

CRIMEN & CIA.

***Per Wahllöö
Maj Sjöwall***
**LOS
TERRORISTAS**



Per Wahlöö y Maj Sjöwall

LOS TERRORISTAS

(Terroristerna, 1975)

Martin Beck #10

OceanofPDF.com

1

El director general de la policía sonrió, con una sonrisa infantil y encantadora, que era la que generalmente tenía reservada para la prensa y para la televisión, y que prodigaba más bien escasamente entre los miembros más allegados de su círculo de trabajo, tales como el intendente Malm, de la dirección general de la Policía, el jefe del servicio secreto Eric Möller, y el director de la comisión nacional de homicidios, comisario Martin Beck.

Sólo uno de esos tres hombres correspondió a la sonrisa.

Stig Malm tenía unos hermosos dientes blancos y solía sonreír mostrándolos generosamente. Sin darse cuenta, había llegado a organizarse un verdadero repertorio de sonrisas diferentes. La que había utilizado en aquel momento era del tipo servil y adulador.

El jefe del servicio secreto contuvo un bostezo y Martin Beck se sonó.

Eran las siete y media de la mañana, el momento preferido por el director general de la policía para convocar reuniones repentinas, lo que no significaba que tuviera por costumbre aparecer en la jefatura de policía a aquellas horas. Normalmente, se dejaba caer a última hora de la mañana, y aun entonces era bastante inaccesible incluso para sus colaboradores más íntimos. En la puerta de su despacho podría muy bien haber colgado un cartel que dijera: «Mi despacho es mi castillo», porque así funcionaba, como una fortaleza inexpugnable vigilada constantemente por una secretaria bien vestida que respondía al nombre inquietante de Draken.

Aquella mañana empezó mostrando su lado más amable y bienintencionado, haciendo colocar un termo de café y tazas de auténtica porcelana, en lugar de los habituales vasos de plástico.

Stig Malm se levantó y sirvió café.

Antes de que se sentase, Martin Beck ya sabía que primero iba a cogerse los pantalones por la raya a la altura de la rodilla, y a pasarse la mano por la cabeza para alisar sus cabellos ondulados y bien esculpidos.

Stig Malm era su superior inmediato y Martin Beck no sentía el más mínimo respeto por él. Su coquetería engreída y su indisimulada adoración por los potentados y los superiores eran particularidades que Martin Beck no compartía en absoluto y que encontraba lisa y llanamente ridículas. Lo

que le irritaba, en cambio, era la rigidez y la inexistente autocrítica de aquel hombre, con el que trabajar era a veces penoso. Estos defectos eran tan grandes y demolidores como su total desconocimiento de todo lo que fuera trabajo policial práctico. Si había llegado a la posición que ocupaba, se debía fundamentalmente a su ambición de subir en el escalafón, a su oportunismo político y a una cierta habilidad administrativa.

El jefe de la policía secreta se echó cuatro terrones en el café, lo removi6 con la cucharilla y lo sorbi6 ruidosamente.

Malm tom6 el café sin azúcar, pues temía estropear su estilizada figura.

Martin Beck no se encontraba bien y no quiso café tan temprano.

El director general de la policía se puso azúcar y leche en el café, y alz6 el dedo meñique al acercarse la taza para beber, vaciándola de un solo trago y alejándola de sí al ponerla sobre la mesa; acto seguido, se acerc6 una cartera verde y delgada que estaba en la esquina de la mesa de juntas brillante y pulida.

—Muy bien —dijo, y volvi6 a sonreír—. Primero un café y luego ya se puede entrar de lleno en el trabajo diario.

Martin Beck mir6 de mala gana la taza intacta que tenía delante y sintió que le apetecía un vaso de leche fría.

—¿Qué te ocurre, Martin? —dijo el director general de la policía fingiendo una cierta conmiseración—. Tienes mal aspecto, ¿no irás a ponerte enfermo otra vez? Ya sabes que no podemos prescindir de ti.

Martin Beck no pensaba ponerse enfermo porque ya lo estaba. Había estado hasta las tres y media de la madrugada bebiendo vino junto a su hija de veinte años y su noviete, y sabía perfectamente que tenía mal aspecto. Pero no tenía ganas de discutir sobre ese punto —que a fin de cuentas era culpa suya— con sus superiores, y además no le parecía nada adecuado aquello de «otra vez». Durante tres días, a principios de marzo, había estado en cama con fiebre y gripe, y ya había pasado bastante tiempo, pues hoy era el siete de mayo.

—No, qué va —dijo—; estoy bien, sólo un poco resfriado.

—Pues tienes mal aspecto —insisti6 Stig Malm, sin fingir siquiera preocupación, sino más bien como reprochándoselo—. Realmente malo —remach6, mirando inquisitivamente a Martin Beck, que sentía crecer su irritación.

—Gracias por el interés, pero estoy bien. Además, no creo que estemos aquí para discutir mi aspecto o mi estado de salud.

—No, exacto —dijo el director general de la policía—; vamos al grano.

Y abrió la carpeta verde; a juzgar por el contenido, no más de tres o cuatro folios, cabía la esperanza de que aquella reunión no durase demasiado tiempo.

Encima de todo lo demás, había una carta manuscrita con un gran sello de color verde debajo de la ampulosa firma; el membrete de la cabecera de la carta quedaba demasiado lejos para que Martin Beck pudiera descifrarlo.

—Como recordaréis, hemos discutido en varias ocasiones nuestra experiencia, en cierto modo escasa, referente a la seguridad y vigilancia en materia de visitas de Estado y otras situaciones parecidas, en las que es de esperar que se produzcan manifestaciones y sucesos de mayor o menor envergadura desde el punto de vista de su carácter violento... —empezó a decir el director general de la policía, con el estilo pomposo que impregnaba todas sus apariciones públicas.

Stig Malm murmuró aprobatoriamente, Martin Beck no dijo nada y Eric Möller interrumpió diciendo:

—Bueno, en realidad no somos tan inexpertos: la visita de Krushev fue bastante bien, aparte de aquel cerdo pintado de rojo que soltaron delante de la escalinata de Logaard; y la de Kosygin también fue bien, tanto desde el punto de vista de la organización como el de la seguridad; y la conferencia del medio ambiente, por ejemplo, para citar algo bien diferente...

—Sí, claro, pero es que esta vez se nos plantea un problema más grave, y me refiero a la visita de los senadores de Estados Unidos a finales de noviembre. Puede ser una patata caliente, si me permitís la expresión. Hasta hoy, no nos hemos visto ante la problemática de una visita norteamericana con personalidades importantes, y ahora la tenemos encima. Es un asunto espinoso y tengo algunas instrucciones: tenemos que estar preparados a tiempo y con toda exactitud, sobre todo en lo que se refiere a agresiones de extremistas de izquierda y otros psicópatas fanatizados, de esos que llevan la guerra de Vietnam metida en los sesos, sin contar además con la posibilidad de grupos terroristas extranjeros.

El director general de la policía había dejado de sonreír.

—Hay que estar preparados para algo más que el simple lanzamiento de huevos podridos, esta vez —dijo con cierta compunción—. Deberías ser consciente de esto, Eric.

—Podemos adoptar medidas preventivas —propuso Möller.

El director general de la policía se encogió de hombros.

—En cierto modo, sí —dijo—, pero no podemos eliminar, encerrar y maniatar a todo aquel que sea susceptible de armar jaleo, y eso lo sabes tú tan bien como yo. Yo he recibido mis órdenes, y tú vas a recibir las tuyas.

«Y yo las mías», pensó Martin Beck con tristeza.

Siguió intentando leer lo que decía en la cabecera de la carta que sostenía el director general. Le pareció distinguir la palabra POLICE o tal vez POLICÍA. Le pesaban los ojos y notaba la lengua dura y áspera como papel de lija. Venciendo sus escrúpulos, se tomó aquel horrible café.

—Pero eso vendrá más adelante —dijo el director general—. Lo que quiero tratar hoy con vosotros es el contenido de esta carta.

Señaló con el dedo índice el papel que apoyaba sobre la carpeta.

—Tiene mucho que ver con el problema que se nos avecina —dijo, tendiéndole la carta a Stig Malm para que la fuera pasando a los demás. Después prosiguió—: Como veis, se trata de una invitación que nos han dirigido para enviar a un hombre a ese país, como observador, durante una próxima visita de una personalidad de Estado. Ya que el presidente visitante no es excesivamente popular en dicho país, se emplearán todos los medios para protegerle. Como en muchos otros países latinoamericanos, allí también han tenido numerosos intentos de atentados contra políticos nacionales o extranjeros, o sea que ya tienen una cierta experiencia, y me atrevería a decir que el cuerpo de policía y el servicio secreto son los mejores de aquella zona. Estoy convencido de que podemos aprender mucho de ellos estudiando sus métodos y recursos.

Martin Beck ojeó la carta, que estaba redactada en inglés, en un tono muy formal y circunspecto. La visita presidencial estaba prevista para el cinco de junio, es decir, apenas un mes después de aquella reunión, y el representante de las autoridades policiales suecas sería bien recibido si se presentase dos semanas antes para poder participar en los detalles de las fases más importantes de los preparativos. La firma era ilegible, pero estaba especificada a máquina; era un nombre español, largo y seguramente aristocrático, o al menos así se lo pareció.

Quando la carta hubo vuelto a la carpeta verde, el director general de la policía dijo:

—El problema es a quién enviamos.

Stig Malm alzó pensativamente la mirada hacia el techo, pero no dijo nada.

Martin Beck temió que fueran a pensar en él. Cinco años atrás, recién desmontado su infeliz matrimonio, hubiera aceptado gustosamente largarse durante una buena temporada, pero en aquel momento lo que menos deseaba era salir de viaje, y se apresuró a decir:

—Parece más bien un trabajo para el departamento de seguridad.

—Yo no puedo viajar —dijo Möller—. Para empezar, no puedo ausentarme de mi departamento, ya que hemos hecho una serie de reorganizaciones en la sección A que nos ocasionan problemas y me temo que nos va a dar trabajo resolverlos; en segundo lugar, en nuestro departamento es precisamente donde más se sabe sobre este tipo de cosas, y me parece que sería más útil que viajara alguien que no supiera nada de estos asuntos, por ejemplo alguien de homicidios, o quizá alguien del departamento de orden público. El que viaje, que venga después a nuestro departamento a contarnos lo que ha visto, y así saldremos todos ganando.

El director general de la policía asintió.

—Sí, no es mala idea, Eric —dijo—, aparte de que no podemos prescindir de ti ahora, como tú mismo has dicho. Ni de ti, Martin.

Martin Beck suspiró con alivio para sus adentros.

—Además, yo no hablo español —dijo el jefe de la policía secreta.

—¿Y quién coño crees tú que sabe hablar español? —dijo Malm mostrando una sonrisa de colegial.

Malm sabía que el director general de la policía tampoco tenía la menor idea del idioma castellano.

—Yo sé de uno —dijo Martin Beck.

Malm alzó las cejas.

—¿Quién?, ¿alguien de homicidios?

—Sí: Gunvald Larsson.

Malm alzó las cejas un milímetro más; luego sonrió maliciosamente y dijo:

—Pero a él no lo podemos enviar.

—¿Por qué no? —dijo Martin Beck—. Yo creo que le va este trabajo.

Se dio cuenta de que se estaba acalorando. En circunstancias normales, no sería él quien rompiera una lanza en favor de Gunvald Larsson, pero el tono de Malm le predispuso, y ya estaba acostumbrado a que sus puntos de vista y los de Malm chocasen siempre, así que se puso en contra suya automáticamente.

—Porque es un patán y no es nada representativo del cuerpo —dijo Malm.

—¿Habla español realmente? —dijo el director general de la policía—. ¿Dónde lo ha aprendido?

—Estuvo en varios países de habla española durante su época de marino —dijo Martin Beck—, Esa ciudad tiene un puerto bastante importante, y seguramente ya ha estado antes ahí. Además, también sabe hablar inglés, francés y alemán bastante correctamente, y un poco de ruso. Lo dice en su ficha.

—De todas formas, es un patán —insistió Stig Malm.

El director general de la policía parecía preocupado.

—Tengo que mirar su hoja de servicios —dijo—; en realidad ya había pensado en él. Es cierto que tiene tendencia a comportarse un tanto toscamente y con poca amabilidad, y que es algo indisciplinado, pero no puede negarse que es uno de nuestros mejores inspectores de homicidios, a pesar de su dificultad para obedecer órdenes y atenerse al reglamento.

Se dirigió al jefe de la policía secreta:

—¿Qué opinas tú, Eric? ¿Crees que se las podría arreglar?

—Pues no es que sea un santo de mi devoción, pero tampoco tengo nada en contra de él. Lo que necesitamos es un hombre experimentado y observador, y Gunvald Larsson tiene experiencia; el hecho de que sea un tanto grosero e independiente quizá sea una ventaja en este caso. Si además habla el idioma y conoce el país de antemano, pues todavía mejor.

Malm parecía disgustado.

—Yo creo que sería una inconveniencia enviarle a él —dijo—. Lo único que hará será deshonorar al cuerpo de policía sueco con sus abruptas maneras. Se comporta como un bruto y utiliza un lenguaje que hace pensar más en un descargador del puerto que en un ex oficial de la Marina.

—A lo mejor no habla así cuando se expresa en español —dijo Martin Beck—, y, aunque se explique con una cierta crudeza de vez en cuando, hay que decir que es bastante discreto.

Esto no era del todo cierto. Martin Beck había oído recientemente a Gunvald Larsson referirse a Malm como «ese orgulloso cagón de lujo» y precisamente estando presente Malm, quien por fortuna no se dio cuenta de que le aludía a él.

El director general no parecía prestar demasiada atención a las observaciones de Malm.

—Quizá no sea mala idea —dijo pensativamente—, porque esta inclinación suya a conducirse un tanto bárbaramente no creo que suponga ningún inconveniente en este caso. Podría comportarse bien si quisiera. Tiene una formación bastante superior a lo habitual en el cuerpo. Proviene de una familia bien situada y cultivada, lo que entre otras cosas significa que se ha formado en los mejores colegios y que su educación le faculta para comportarse con corrección en cualquier contexto. Este tipo de cosas se notan, a pesar de que él haga todo lo posible por disimularlo.

—Eso sí que es verdad —murmuró Malm.

Martin Beck imaginó que Stig Malm hubiera aceptado gustosamente el encargo y que estaba enfadado porque ni siquiera se lo habían propuesto. También pensó que no era mala idea perder de vista a Gunvald Larsson durante una temporada, ya que era un tipo poco apreciado por sus compañeros por su habilidad para crear mal ambiente, armar jaleo y complicar las cosas.

El director general de la policía no parecía totalmente convencido de su propio razonamiento, y Martin Beck dijo en tono animoso:

—Yo creo que lo mejor es que enviemos a Gunvald Larsson, porque reúne todas las condiciones que se precisan para este trabajo.

—Me he dado cuenta de que cuida mucho su aspecto —dijo el director general—; su manera de vestirse refleja buen gusto y un aprecio por la calidad. Son cosas que causan buena impresión.

—Exacto —dijo Martin Beck—, es un detalle importante.

Él sabía que su propia indumentaria apenas podía sugerir la idea de buen gusto, pues llevaba los pantalones arrugados y con bolsas, el cuello de su camisa estaba demasiado descolorido y deshilachado de tanto lavarlo, y su americana azul estaba gastada y además le faltaba un botón.

—La sección de delitos violentos está bien equipada y yo creo que puede pasarse muy bien sin Gunvald Larsson durante un par de semanas —dijo el director general de la policía—. ¿O hay alguna otra propuesta?

Todos asintieron con la cabeza.

Incluso a Malm pareció hacerle gracia la idea de tener a Gunvald Larsson a mucha distancia unos días, y Eric Möller volvió a bostezar y parecía contento de que la reunión hubiera llegado a su fin.

El director general se levantó y cerró la carpeta.

—Muy bien —dijo—, entonces estamos de acuerdo. Yo informaré personalmente a Gunvald Larsson de nuestra decisión.

Gunvald Larsson recibió la noticia sin excesivo entusiasmo. Tampoco se sintió halagado por el encargo. Era un hombre seguro de sí mismo, pero no era del todo insensible y sabía que, cuando se marchara, muchos de sus compañeros exhalarían un suspiro de alivio, lamentando además que no se fuera para siempre.

No ignoraba que sus amigos dentro del cuerpo eran contadísimos. Según él, sólo tenía uno. También sabía que se le consideraba un insubordinado y un tipo difícil, por lo que su puesto estaba siempre colgando de un hilo, aunque este hecho no le inquietaba en absoluto. Cualquier otro policía en su situación y con su sueldo hubiera sentido al menos una cierta sensación de angustia ante la constante amenaza de ser suspendido o directamente despedido, pero Gunvald Larsson no había dejado de dormir una sola noche por ese motivo. Estaba soltero y no tenía hijos, y nadie dependía de él. Hacía tiempo que había roto todo vínculo con su familia, cuya existencia decadente y elegante le repugnaba.

Del futuro no se preocupaba en absoluto.

Durante sus años como policía había considerado varias veces la posibilidad de volver a su antiguo oficio, pero ya tenía casi cincuenta años y era de prever que nunca más volvería a la mar.

Cuanto más se acercaba el día de su partida, más se iba alegrando del encargo que le habían hecho. El encargo era seguramente muy importante, pero lo más probable era que no revistiera ninguna dificultad. Sería cambiar la rutina diaria durante un par de semanas, y ya empezaba a ver aquel viaje como unas vacaciones.

La noche antes del viaje, Gunvald Larsson se hallaba en su habitación de Bollmora en calzoncillos y se estaba mirando al espejo delante del armario.

Le encantaba el estampado de sus calzoncillos —alces amarillos sobre fondo azul— y poseía cinco más; tenía también media docena con el mismo motivo, sólo que el fondo era verde y los alces rojos, y los había metido ya en su enorme maleta de piel de cerdo, que descansaba sobre la cama, abierta de par en par.

Gunvald Larsson era un tipo fuerte y musculoso que medía un metro noventa y seis y que tenía unas manos y unos pies enormes. Se acababa de duchar y de pesarse rutinariamente en la báscula del baño, que había dado ciento doce kilos. Durante los últimos cuatro años, o quizá cinco, había engordado unos diez kilos, y contempló la curva que se le formaba justo encima de la cintura de los calzoncillos.

Encogió el estómago y pensó que lo que debería hacer era acudir con más frecuencia al gimnasio de Jefatura, o ir a nadar a la piscina que estaban construyendo allí, cuando estuviese terminada.

Pero en realidad estaba bastante satisfecho de su aspecto. Contaba cuarenta y nueve años, pero su pelo era espeso y sano, y no tenía entradas en la frente, atravesada por dos importantes arrugas.

Llevaba el cabello corto y lo tenía tan rubio que no se le notaban las canas. Ahora estaba mojado y recién peinado y se le pegaba a su ancha cabeza, pero en cuanto se le secase se le levantaría con fuerza y le quedaría esponjoso. Tenía las cejas muy pobladas, y tan rubias como el cabello; la nariz era ancha y bien formada, con amplios orificios nasales. Los ojos, azules como la porcelana, parecían pequeños en el contexto de aquella cara grande y fuerte, y estaban quizá demasiado juntos, lo que al mirar a lo lejos, sin fijar la vista, le daba un ligero aspecto demencial. Cuando se enfadaba, lo cual sucedía con frecuencia, se le formaba una arruga encima de la nariz y su mirada azul atemorizaba a los delincuentes más bregados y paralizaba a sus subordinados. Sus estallidos de ira eran tan temidos y conocidos en el distrito sexto de Estocolmo como en su día lo fueron, si no en los siete mares, al menos entre las tripulaciones de los barcos en los que él tuvo mando.

En fin, la realidad era que estaba bastante satisfecho de su aspecto externo.

El único que jamás desencadenaba las furias de Gunvald Larsson era Einar Rönn, primer inspector auxiliar de la sección de delitos violentos de Estocolmo, y su único amigo. Rönn era un tipo calmoso y de pocas palabras, un hombre del norte con una nariz eternamente colorada y goteante, que dominaba su cara de tal manera que apenas se notaban otros detalles de la misma. En su interior arrastraba una inextinguible nostalgia por su pueblecito de Arjeplog en Laponia.

A diferencia de Gunvald Larsson, estaba casado y tenía un hijo. Su mujer se llamaba Unda y su hijo Mats, y su propio nombre, el auténtico, lo confesaba muy pocas veces y con desagrado.

Su madre había sentido una irrefrenable admiración por el ídolo cinematográfico del momento, y había bautizado a su primogénito con el nombre de Valentino.

Ya que Gunvald Larsson y Rönn trabajaban en la misma sección se veían casi a diario, pero también coincidían a menudo durante su tiempo

libre. Cuando podían irse de vacaciones al mismo tiempo, se marchaban juntos a Arjeplog, donde fundamentalmente se dedicaban a pescar.

Ninguno de sus compañeros comprendía cómo podía mantenerse la amistad entre aquellas dos personas tan distintas, y muchos se maravillaban de cómo Rönn, con una calma estoica y unas cuantas palabras, podía convertir a un Gunvald Larsson explosivo e iracundo en un manso cordero.

Gunvald Larsson examinó uno por uno los muchos trajes que atestaban su armario guardarropa.

Sabía muy bien el clima que imperaba en el país que se disponía a visitar, y recordaba unas semanas de primavera tórridas en el puerto de aquella ciudad, unos cuantos años atrás. Para soportar el calor de aquellas latitudes había que vestirse con ropas ligeras, y él sólo tenía dos trajes veraniegos.

Como precaución, se los probó y descubrió con fastidio que uno de ellos ya no le entraba en absoluto, mientras que apenas podía abrocharse los pantalones del otro, y la chaqueta le apretaba el cuerpo y si bien se la pudo llegar a abrochar, no sin dificultad, sus movimientos quedarían limitados a menos que terminara reventándola por los costados.

Volvió a colgar en su sitio el traje inaprovechable y colocó el otro encima de la maleta. Probablemente le iría bien de todos modos. Se lo había hecho hacer cuatro años antes, de finísimo algodón egipcio en color tostado con delgadas rayas blancas.

Aparte de los calzoncillos, en la maleta ya había metido zapatos, zapatillas, utensilios de aseo, calcetines, pañuelos, camisas, pijamas y una bata de seda del mismo azul que sus ojos.

Gunvald Larsson no bebía alcohol, pero había comprado una botella de aguardiente Lysholms Linierullad Akvavit, por si llegaba el caso de que alguna persona aficionada a los licores se hiciera merecedora del obsequio. Enrolló la botella en una camiseta verde con alces rojos y lo metió todo entre las camisas.

Completó el equipaje con tres pantalones caqui, una chaqueta de lino y el traje demasiado estrecho. En el bolsillo interior de la tapa de la maleta metió una de sus novelas favoritas, *La huella azul*, de Jul. Regis.

Después cerró la maleta, abrochó las correas con sus cierres de latón y colocó la maleta sobre un taburete.

Al día siguiente le vendría a recoger Einar Rönn en su coche para llevarle al aeropuerto de Estocolmo, Arlanda, que, como la mayor parte de

los aeropuertos suecos, era triste y estaba mal emplazado, con lo que los ilusionados visitantes recibían de sopetón, apenas llegar, una impresión de lo que era Suecia mucho más lamentable de lo que Suecia era en realidad.

No quería dejar su propio EMW durante todo aquel tiempo al aire libre en el aparcamiento del aeropuerto.

Gunvald Larsson metió los calzoncillos de alces amarillos y azules en el cesto de la ropa sucia, se puso el pijama y se metió en la cama.

No padecía el nerviosismo del viajero y se durmió casi en seguida.

2

El experto en seguridad le llegaba a Gunvald Larsson a la altura de los codos, pero era un hombre bien formado y vestía con elegancia un traje azul claro, con unos pantalones anchos y muy bien planchados. Además, llevaba una camisa de color rosa, zapatos negros y brillantísimos, acabados en punta como torpedos, y una corbata de seda natural de un lila intenso. Lo único que le descomponía la figura era la funda de la pistola debajo de la axila izquierda. El experto en seguridad se llamaba Francisco Bajamonde Cassavetes y Larrinaga; tenía el cabello casi negro, la piel ligeramente tostada y los ojos de color de aceituna. Pertenecía a una gran familia aposentada, y su puesto era de gran categoría. Gunvald Larsson también provenía de la alta sociedad, aunque no quería ni siquiera que se notase; sus ciento doce kilos hacían de él más bien un gigantón embrutecido que un hombre refinado.

Francisco Bajamonde Cassavetes y Larrinaga extendió el plano de seguridad en la terraza, pero Gunvald Larsson estaba preocupado observando su propio traje: el sastre de la policía había estado trabajando en él durante siete días y el resultado había sido excelente, pues en aquel país el nivel de costura era realmente elevado. La única controversia había surgido cuando se trató de ensancharlo en el lugar previsto para la funda de la pistola, previsión que el sastre policial había considerado indiscutible, pero Gunvald Larsson nunca utilizaba pistolera, sino que llevaba la pistola prendida con un gancho al cinturón. Naturalmente, en el extranjero circulaba sin el arma, y aquel traje no lo podría utilizar nunca en Suecia. Había habido una ligera disputa sobre el particular, pero, naturalmente, se había salido con la suya. No faltaba más. Con gran satisfacción acarició su traje de arriba abajo, suspiró contento y observó los alrededores.

Se hallaban en el octavo piso del hotel, que había sido un lugar cuidadosamente escogido. La comitiva pasaría justo por debajo del balcón y se pararía en el palacio gubernamental una manzana más allá. Gunvald Larsson ojeó por encima el plano, aunque sin ningún entusiasmo, porque a aquellas alturas ya se lo conocía centímetro a centímetro. Ya sabía que el puerto estaría cerrado al tráfico desde las cinco de la mañana y que el aeropuerto civil quedaría cerrado nada más aterrizar el presidente.

Delante de ellos tenían el puerto y el océano azul. En la ensenada exterior había anclados varios barcos mercantes y de pasajeros. Sólo se veía navegar un barco de guerra, una fragata, y algunas lanchas policiales que se movían por el interior del puerto.

Bajo su puesto de observación se extendía el paseo, jalonado por palmeras y acacias. Justo en medio había una parada de taxis y un poco más lejos una hilera de adornados coches de caballos. Todos habían sido concienzudamente controlados.

Todas las personas que se encontraban en la zona, excepto la policía militar y los gendarmes, habían pasado por un detector de metales parecido a los que uno puede encontrar en cualquier aeropuerto internacional.

Los uniformes de los gendarmes eran verdes y los policías militares iban de gris. Los gendarmes llevaban botas y los policías militares botines.

Gunvald Larsson ahogó un suspiro. Por la mañana había hecho el recorrido de prueba en coche, y todo había estado en su sitio, excepto el propio presidente.

La comitiva se había organizado como sigue: primero un grupo de quince policías de seguridad especialmente entrenados, después otros tantos policías motorizados de las fuerzas regulares de orden, y tras ellos, dos coches repletos de hombres de seguridad. Después, el coche presidencial, un Cadillac negro con cristales azules antibala.

Gunvald Larsson había ocupado el asiento trasero, como relleno, lo que indudablemente habría que considerar un honor.

Tras el coche presidencial, un coche descubierto con hombres del servicio de seguridad de pie en los estribos, a la manera norteamericana.

Cerraban la comitiva policías motorizados, seguidos por el autocar de la unidad móvil de la radio, y varios coches con periodistas acreditados. A lo largo del camino, había además hombres de seguridad colocados estratégicamente desde el aeropuerto hasta el final del recorrido.

Había también un detalle importante: todos los faroles de las calles estaban adornados con retratos del presidente. El camino era bastante largo, muy largo, y Gunvald Larsson había llegado a hartarse de ver aquella cabezota con cuello de toro, cara abotargada y gafas con montura negra.

Ésta era, pues, la protección de superficie.

El espacio aéreo estaba dominado por helicópteros militares a tres niveles, con tres aparatos en cada grupo. Para mayor seguridad, una escuadrilla de Starfighters iba y venía vigilando las alturas superiores.

Todo reflejaba un perfeccionismo que hacía impensable cualquier sorpresa desagradable.

El calor a aquella hora de la tarde era opresivo.

Gunvald Larsson sudaba, aunque no excesivamente. Le parecía que nada podía salir mal. Los preparativos habían sido muy minuciosos y detallistas, y el plan de protección había sido estudiado durante meses.

Habían contado con un grupo especial cuya misión consistía exclusivamente en buscar los posibles fallos en el programa. Se habían hecho unas cuantas modificaciones sobre la marcha. Además, todos los intentos de atentado que se habían producido en aquel país siempre habían fallado, a pesar de que no habían sido pocos. El director general de la policía sueca había tenido razón al decir que se trataba de los expertos más cualificados de la zona.

A las tres menos cuarto de la tarde, Francisco Bajamonde Cassavetes y Larrinaga miró su reloj y dijo:

—*Twentyone minutes to go, I presume.*

Desde luego, no hubiera sido necesario enviar un delegado que hablase español. El experto en seguridad se expresaba en el inglés palaciego propio de los clubs más sofisticados de Belgravia.

Gunvald Larsson consultó su propio reloj y asintió.

Para decirlo con total exactitud, eran las tres menos trece minutos y treinta y cinco segundos del miércoles cinco de junio de mil novecientos setenta y cuatro.

En la embocadura del puerto, la fragata efectuó una curva para ponerse en situación de disparar las salvas de salutación, que era en realidad su única misión.

Muy arriba, contra un cielo azul reverberante, los ocho aviones de ataque volaban en zigzag.

Gunvald Larsson miró a su alrededor. En la prolongación del paseo se veía una plaza de toros enorme, construida en ladrillo, con arcos bien contrastados en rojo y blanco. En el otro extremo acababan de poner en marcha una fuente de surtidores de varios colores y movimientos. Aquel año la sequía había sido especialmente intensa y las fuentes habían estado cerradas, y sólo se ponían en funcionamiento en las grandes ocasiones.

A pesar de todas las diferencias, aquel país era también una democracia formal, igual que Suecia, dominado por una economía capitalista y cínicos

políticos profesionales que se esmeraban en fingir una especie de socialismo que sólo lo era en sus formas externas.

Aparte de las diferencias temporales, lo que resultaba más distinto eran las diversas religiones y el hecho de que aquel país fuese desde hacía muchos años un Estado republicano.

Ya se oían los helicópteros y las sirenas de las motocicletas.

Gunvald Larsson volvió a mirar el reloj. Por lo visto, la comitiva se había adelantado algo al horario previsto. Luego miró hacia el puerto y advirtió que todas las lanchas de la policía estaban en movimiento. Las instalaciones portuarias eran, poco más o menos, las mismas que cuando él había estado allí como marino. Sólo los grandes barcos de la ensenada eran distintos: había superpetroleros, barcos de contenedores, ingenios provistos de compuertas y totalmente simétricos, de manera que daba lo mismo la proa que la popa, y grandes transbordadores en los que los automóviles ocupaban un lugar más importante que el de los pasajeros, y todo eso era bien distinto de sus épocas de marino.

Naturalmente, Gunvald Larsson no era el único en observar que los acontecimientos se habían adelantado sobre el horario previsto. Cassavetes y Larrinaga estaba hablando deprisa, pero en voz baja, por su radio portátil, y la fragata situada en la embocadura del puerto desplegaba una actividad inusitada.

Gunvald Larsson empezó a pensar en dos cosas bien distintas. En parte pensó que su español se había oxidado bastante, y en parte pensó que sólo había tres países en el mundo en los que se gastara más dinero por habitante que en Suecia en asuntos militares: Israel y las dos superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética.

Cassavetes y Larrinaga había terminado de hablar por radio, sonrió a su rubio huésped y miró hacia la fuente de colores, por donde aparecían ya los primeros agentes de seguridad que pasaban entre las hileras de gendarmes de uniforme verde.

Gunvald Larsson miró en otra dirección: justo debajo de ellos, un hombre de seguridad que fumaba un cigarro puro estaba situado en mitad de la calle, controlando a todas luces a los tiradores especiales apostados en los tejados de las cercanías. Detrás de la fila de gendarmes había la hilera de taxis negros con su raya lateral azul, y ante ellos un coche de caballos amarillo y negro, descubierto. El cochero también iba vestido de amarillo y negro, y el caballo llevaba plumas amarillas y negras en la frente.

Detrás de todo esto había hileras de palmeras y de acacias, y un montón de curiosos. Algunos de ellos portaban la única pancarta permitida por las autoridades, es decir, un retrato con la cabezota de cuello de toro, cara de bobo y gafas con montura negra.

El presidente era un visitante muy poco popular, y eso lo sabía todo el mundo, incluido probablemente él mismo.

La comitiva avanzaba con rapidez. El primero de los coches del servicio de seguridad se encontraba precisamente debajo del balcón. El experto en seguridad sonrió a Gunvald Larsson, inclinó levemente la cabeza y empezó a recoger sus papeles.

En aquel preciso instante se abrió la tierra, justo en medio del Cadillac blindado. La onda expansiva empujó a ambos hombres hacia atrás, pero Gunvald Larsson era muy fuerte y se agarró con las dos manos a la barandilla y miró hacia arriba.

La calle se había abierto como un volcán, del que salían llamaradas de cincuenta metros de altura y en cuyo extremo se movían diversos objetos. Los más llamativos eran la parte posterior del Cadillac blindado, un taxi negro con banda azul que giraba sobre sí mismo y medio caballo con plumas amarillas y negras sobre la frente, una pierna con bota negra y tela de uniforme verde y un brazo con un enorme cigarro entre los dedos.

Gunvald Larsson volvió la cabeza cuando empezaron a llover sobre él objetos envueltos en llamas. Se le ocurrió pensar en su traje recién arreglado, cuando de repente sintió que algo le golpeaba con fuerza en el pecho y le tiraba cuan largo era sobre las baldosas de mármol del balcón. No se hizo daño; al menos no demasiado.

El estruendo de la explosión cesó tras unos segundos, y se pudieron oír entonces lamentos, gritos confundidos en demanda de auxilio, llantos y chillidos histéricos, y juramentos, hasta que las voces humanas quedaron ahogadas por las sirenas de las ambulancias y de los bomberos.

Gunvald Larsson se levantó para mirar qué era aquello que le había arrojado al suelo. El objeto se hallaba a sus pies. Tenía cuello de toro y una cara abotargada, y, curiosamente, todavía conservaba en su sitio unas gafas con montura negra.

El experto en seguridad se puso trabajosamente en pie, aparentemente ileso, a pesar de que buena parte de su elegancia se había desvanecido. Miró con incredulidad la cabeza y se persignó.

Gunvald Larsson examinó su traje, que no merecía ya ni el nombre de traje.

—¡Mierda! —dijo.

Después contempló la cabeza que tenía a sus pies.

—A lo mejor me la puedo llevar a casa —dijo para sí—, como *souvenir*.

Francisco Bajamonde Cassavetes y Larrinaga le miró con expresión interrogante. La palabra *souvenir* seguro que la había entendido. A lo mejor creía que los suecos eran cazadores de cabezas.

—¡Una catástrofe! —exclamó.

—Sí, yo diría que sí —asintió Gunvald Larsson.

Francisco Bajamonde Cassavetes y Larrinaga mostraba una expresión tan desconsolada que Gunvald Larsson se sintió obligado a decirle:

—Pero nadie le va a culpar a usted. Por otra parte, este tío tenía una cara particularmente fea.

3

El mismo día en que Gunvald Larsson vivía sus particulares experiencias en aquel balcón con hermosa vista sobre el puerto, en el juzgado de Estocolmo se veía el juicio contra una chica llamada Rebecka Lind, acusada de atraco a mano armada en una sucursal bancaria.

Tenía dieciocho años y ni la más remota idea de las cosas que le estaban ocurriendo a Gunvald Larsson. Si alguien hubiera nombrado la ciudad en la que él se encontraba en aquellos momentos, no la hubiera reconocido, ni hubiera sabido en qué país se hallaba, ni nada sobre personalidades como la del presidente que acababa de perder la cabeza, ni que el presidente de los Estados Unidos todavía se llamaba Nixon.

Ella sabía un montón de otras cosas, pero no tenían nada que ver con el asunto. El fiscal en el caso era Bulldozer Olsson, desde hacía muchos años experto judicial en atracos a mano armada, especialidad delictiva que se cernía como la peste sobre todo el país en aquellos momentos.

Era un hombre que estaba siempre muy ocupado, y pasaba tan poco tiempo en casa que cuando su mujer le abandonó tardó tres semanas en enterarse, al encontrarse un papelito explicativo en la almohada de la cama. De todos modos, las cosas cambiaron bien poco a la sazón, pues, gracias a su rapidez habitual para reaccionar, sustituyó a la esposa abandonista en el plazo de tres días y se hizo con otra. Su nueva compañera era una de sus secretarias, que le admiraba sin reservas y con una entrega total, y la verdad era que sus trajes estaban mejor planchados a partir de su nueva situación.

Sin embargo, a pesar de que siempre tenía prisa, solía llegar a las vistas con lo que él llamaba puntualidad, por lo que aquel día llegó echando el hígado por la boca y dos minutos escasos antes de iniciarse el juicio. Era un hombre de reducida estatura, aunque bastante corpulento, tenía un aspecto jovial y era ligero de movimientos; solía llevar camisas de color rosa y corbatas descomunales de pésimo gusto, lo cual atacaba los nervios de Gunvald Larsson durante su trabajo en común en el grupo especial de Bulldozer, en el que también habían trabajado Einar Rönn y Lennart Kollberg, pero de eso hacía ya muchos años. Kollberg ya no estaba en el cuerpo en aquellos momentos. Bulldozer era partidario de hacer cambios rápidos y prefería la sangre joven entre sus colaboradores.

Miró a su alrededor, en la fría y mal calentada antesala del juzgado, y descubrió un grupo de cinco personas, entre las cuales se hallaban sus propios testigos, y una persona cuya sola cercanía le ponía extraordinariamente nervioso, a saber, el jefe de la comisión nacional de homicidios.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —preguntó a Martin Beck.

—Me han llamado como testigo.

—¿Quién?

—La defensa.

—¿La defensa? ¿Qué defensa es?

—El abogado Braxén —respondió Martin Beck—. Este caso se lo han adjudicado a él.

—El Trueno... —dijo Bulldozer con fastidio—; ya llevo tres reuniones en lo que va de día y dos instrucciones, y ahora sólo me falta sentarme a escuchar al Trueno el resto de la tarde.

—¿Así que no te habías preocupado de quién era el defensor? ¿Qué hiciste entonces durante el período de instrucción?

—Este tipo de instrucción es de pura rutina —explicó Bulldozer—. Ésta sólo duró tres minutos, y la defensa ni siquiera se presentó, porque no hizo falta.

El fiscal se dirigió hacia uno de sus testigos y empezó a rebuscar entre los documentos y las actas que llevaba en su portafolios, sin encontrar lo que buscaba.

Martin Beck pensó que Bulldozer y el Trueno se parecían en algunas cosas: mientras se hablaba con ellos solían desaparecer, pero mientras que Bulldozer lo hacía de manera física y tangible, el Trueno se ausentaba de forma mental, como el que se encuentra realmente en otro mundo.

El fiscal dejó a su testigo en mitad de una frase y se dirigió de nuevo hacia Martin Beck.

—¿Sabes algo de este caso? —preguntó.

—No demasiado, pero la argumentación de Braxén hizo que me decidiera a venir. Además, tampoco tengo ahora nada especial que me impida acudir.

—Vosotros, los de homicidios, no sabéis realmente lo que quiere decir trabajar —dijo Bulldozer Olsson—. Yo mismo tengo ahora, sobre la mesa, treinta y nueve casos, y otros tantos pendientes de resolución. Si vienes un día verás lo que es bueno...

—No —dijo Martin Beck—, y no es porque me dé miedo el trabajo, pero no; gracias de todas maneras.

—Lástima —dijo Bulldozer—, porque a veces creo que éste es el trabajo más bonito de toda la maquinaria judicial, fantástico e interesantísimo, con sorpresas nuevas cada día...

Ya se despedía cuando añadió:

—...como esto del Trueno.

Bulldozer Olsson solía ganar todos sus casos, con algunas contadísimas excepciones. Lo más suave que se podía decir al respecto era que no resultaba especialmente halagüeño para la judicatura. Lo menos suave que pudiera decirse valía más ni pensarlo.

—Pero pasarás una tarde divertida —aseguró Olsson—, El Trueno es todo un espectáculo.

—Yo no he venido aquí a divertirme —repuso Martin Beck.

La discusión quedó interrumpida cuando llamaron para la vista, y los interesados, con una excepción importantísima, entraron en la sala, que era un lúgubre espacio de las dependencias municipales. Las ventanas eran grandes y mayestáticas, lo que no justificaba, pero posiblemente explicaba, que no las hubieran limpiado en mucho tiempo.

El juez, el portavoz del tribunal y siete jurados contemplaban la sala desde una tribuna en la que los pupitres estaban unidos unos a otros, y sus miradas eran altamente circunspectas y ceremoniosas.

Un rayo de luz azulado que atravesaba el espacio polvoriento indicaba que alguien acababa de encender un cigarrillo dentro de la sala.

La acusada entró por una de las puertas laterales. La acompañaba una siniestra mujer de unos cincuenta años, vestida con algo parecido a un uniforme. La acusada era una muchacha de cabellos rubios largos hasta los hombros, boca desabrida y ojos castaños y ausentes. Llevaba un vestido de tela ligera y delgada, verde pálido y con algunos bordados, y calzaba zuecos negros.

Los miembros del tribunal estaban sentados y lo habían estado todo el tiempo. Los demás continuaron de pie. El juez empezó a leer los prolegómenos de la vista con voz monótona, se volvió después hacia la muchacha, que estaba a su izquierda, y le dijo:

—La acusada en este caso es Rebecka Lind, ¿es usted Rebecka Lind?

—Sí.

—¿Puede la acusada hablar un poco más alto?

—Sí.

El juez miró en sus papeles. Por fin dijo:

—¿No tiene usted otros nombres?

—No.

—¿Y nació el trece de enero de mil novecientos cincuenta y seis?

—Sí.

—Debo rogar a la acusada que hable más alto.

Esto lo dijo como si perteneciera a la rutina de todas las vistas, lo cual seguramente era así, porque las condiciones acústicas de la sala eran especialmente deficientes. Además, los acusados eran personas poco acostumbradas a expresarse en público, y se sentían normalmente oprimidos por aquel ambiente hostil y entristecedor. El juez continuó diciendo:

—La acusación corresponde al fiscal jefe Sten Robert Olsson.

Bulldozer no reaccionó en absoluto y siguió revolviendo sus papeles, totalmente ajeno a lo que estaba sucediendo.

—¿Se encuentra en la sala el fiscal jefe Sten Robert Olsson? —preguntó en tono rutinario el regidor, aunque había visto al interesado cientos de veces.

Bulldozer dio un respingo, porque no estaba acostumbrado a que le llamaran por su verdadero nombre.

—¡Desde luego! —exclamó con euforia—. Sí, estoy aquí.

—¿Hay algún representante de los demandantes?

—No se ha interpuesto demanda particular —dijo Bulldozer.

—La defensa corre a cargo del abogado Hedobald Braxén.

Se hizo el silencio. Todo el mundo miró a su alrededor. El bedel miró afuera, en la sala de espera. Trueno todavía no había aparecido.

—El abogado Braxén se ha retrasado, por lo visto —dijo el portavoz al cabo de un rato.

Luego mantuvo una conversación a base de murmullos con otro de los miembros del tribunal, y terminó diciendo:

—Mientras tanto, podemos dar la relación de los testigos. El fiscal ha citado a dos: la cajera Kerstin Franzén y el auxiliar de policía Kenneth Kvastmo.

Ambos acusaron su presencia.

—La defensa ha citado a las siguientes personas: comisario de homicidios Martin Beck, auxiliar de policía Karl Kristiansson, director de

banco Rumford Bondesson, y la profesora de cocina Hedy-Marie Wirén.

Todos señalaron su presencia.

Tras una breve pausa, dijo el juez:

—El abogado defensor también ha llamado a declarar al director Walter Petrus, pero éste ha justificado su no asistencia por compromisos anteriores, aparte de que declara no tener nada que ver con el caso.

Uno de los regidores estornudó.

—Los testigos pueden abandonar la sala.

Y así lo hicieron. Los dos policías, que en tales casos siempre aparecían con los pantalones de uniforme y los zapatos negros, además de chaquetas más o menos fantasiosas, Martin Beck, el director de banco, la profesora de cocina y la cajera salieron a la antesala.

En la sala permanecieron, aparte del propio tribunal, la acusada, su guardiana de la penitenciaría y una oyente.

Bulldozer Olsson examinó sus documentos durante un par de minutos, y después miró con curiosidad a la oyente.

Se trataba de una mujer que a Bulldozer le pareció de unos treinta y cinco años. Ocupaba uno de los bancos, con un cuaderno de taquigrafía en la mano; era una mujer de mediana estatura, apenas un metro sesenta, con el cabello rubio y de punta, y no muy largo. Su indumentaria consistía en téjanos descoloridos y una camisa de color indefinido. Llevaba sandalias y los pies, tostados por el sol, eran muy anchos, con unos dedos largos y rectos; tenía el pecho poco abultado y grandes pezones que se advertían a través de la tela de la camisa.

Lo más llamativo era su cara, levemente angulosa, con una nariz protuberante y una penetrante mirada azul, que dirigía alternativamente a todos los presentes, poniendo especial atención en la acusada y en Bulldozer Olsson; éste se sintió tan fijamente observado que se levantó, bebió un vaso de agua y ocupó un sitio detrás de ella. Ella se volvió en seguida y le interceptó la mirada.

No era su tipo, desde el punto de vista sexual, si es que tenía tipo concreto para estas cosas, pero sentía una gran curiosidad por saber quién era aquella mujer. Desde su nueva posición, pudo darse cuenta de que se trataba de una mujer sólida, si bien no parecía sobrarle nada por ningún lado.

Él dejó de sostenerle la mirada, comunicó al tribunal que tenía una llamada telefónica que hacer y solicitó poder abandonar la sala durante unos

instantes. Se fue con sus pasitos cortos y saltarines, más intrigado que nunca.

Si se lo hubiera preguntado a Martin Beck, que estaba apoyado en un rincón de la sala de espera, hubiera sabido un montón de cosas sobre aquella mujer.

Por ejemplo, que no tenía treinta y cinco sino treinta y nueve años, que tenía amplios conocimientos en sociología y que en la actualidad trabajaba para la seguridad social.

Martin Beck sabía realmente mucho sobre ella, pero seguramente no hubiera dado demasiada información a nadie, ya que lo que sabía era de índole personal.

Quizá, si se lo hubieran preguntado, habría dicho que se llamaba Rhea Nielsen.

Bulldozer terminó sus conversaciones telefónicas en menos de cinco minutos. A juzgar por sus gestos estaba repartiendo instrucciones.

De nuevo en la sala, se puso a caminar de un lado para otro y después se sentó y ojeó sus papeles; la mujer de la mirada penetrante y azul sólo tenía ojos ahora para la acusada.

Bulldozer se sintió más intrigado que nunca. Durante los diez minutos siguientes se levantó seis veces y dio cortos paseos por toda la sala. En una ocasión sacó un enorme pañuelo y se secó el sudor de la frente. Los demás estaban todos quietos y en sus sitios.

Veintidós minutos después de la hora prevista se abrieron las puertas y apareció el Trueno. En una mano llevaba un cigarro encendido y en la otra sus papeles. Estudió el documento flemáticamente, y el juez hubo de toser significativamente tres veces hasta que, con cara de fastidio, accedió a darle el cigarro al bedel para que se lo llevara fuera de la sala.

—El abogado Braxén ha aterrizado —dijo el juez de mal humor—. ¿Podemos saber si hay algún inconveniente grave para que se siga con esta causa?

Bulldozer sacudió la cabeza y dijo:

—No, en absoluto, al menos por mi parte.

El Trueno no reaccionó; estaba estudiando los papeles. Después de unos segundos se colocó las gafas sobre la frente y dijo:

—Mientras venía hacia aquí, ha acudido a mi memoria el hecho de que el fiscal y yo somos viejos conocidos. Lo cierto es que lo tuve sentado en mis rodillas hace más o menos veinticinco años. Esto ocurría en Boraas, por

cierto. El padre del fiscal era abogado allí, y yo estaba destinado en aquel lugar. En aquella época yo esperaba mucho de mi oficio, pero no puedo decir que aquellas esperanzas hayan resultado satisfactorias. Si uno contempla los avances de la organización judicial en otros países, la verdad es que tenemos muy pocas razones para estar orgullosos. Recuerdo Boraas como una horrible ciudad, pero el fiscal era un muchacho muy agradable y vivaracho. Pero lo que mejor recuerdo es el Stadshotel, o como se llame, con su café y sus palmeras polvorientas, las restricciones y el follón que se armaba para comer... cuando había algo, claro. Y, en caso de poder comer algo, aquello le hubiera puesto los pelos de punta a una hiena. Ni siquiera un jubilado de la sociedad actual lo hubiera aceptado como comida para el consumo humano. El plato del día era anguila y la misma comida entraba y salía de la mañana a la noche. Un día apareció una colilla en mi ración, pero bien pensado creo que esto me pasó en Enköping. ¿Sabían ustedes, por cierto, que en Enköping tienen la mejor agua potable de toda Suecia? No hay mucha gente que lo sepa. Cualquier persona que haya crecido en esta capital sin caer en el alcoholismo o en la drogadicción, es porque posee una fuerza interior nada frecuente.

—¿Hay algún inconveniente en que se vea esta causa? —dijo el portavoz del tribunal con paciencia.

El Trueno se levantó y se colocó en medio de la sala.

—Yo y mi familia pertenecemos, naturalmente, a esta categoría —dijo con cierta modestia.

Era un hombre mayor que los demás presentes en la sala, un hombre imperioso con un estómago prominente. Además, iba mal vestido y a la antigua, e incluso un gato sin escrúpulos se hubiera negado a desayunar sobre su chaqueta. Después de varios minutos de espera, durante los cuales mantuvo la vista clavada en Bulldozer, dijo:

—Dejando aparte el hecho de que esta chiquilla no debería haber sido sometida a juicio, no hay ningún impedimento jurídico, desde el punto de vista técnico, claro está.

—¡Protesto! —gritó Bulldozer.

—El abogado Braxén puede ahorrarse sus comentarios para más adelante —dijo el juez—. ¿Quiere el fiscal dirigirse a la sala?

Bulldozer se levantó de su silla y empezó a trotar alrededor de la mesa, en la que descansaban sus papeles, con la cabeza agachada.

—Sostengo que Rebecka Lind, el miércoles veintidós de mayo de este año, efectuó un atraco a mano armada en las oficinas del banco de la Caja Postal en Midsommarkransen, y que después se condujo con violencia contra funcionarios, al ofrecer resistencia violenta contra los policías que acudieron al lugar para detenerla.

—¿Y qué dice la acusada?

—La acusada es inocente —dijo el Trueno—, y por este motivo es mi deber negar toda esta... sarta de tonterías.

Entonces se volvió hacia Bulldozer y le preguntó melancólicamente:

—¿Qué es esto de perseguir a personas inocentes? Cuando te recuerdo como un párvulo, me resulta muy difícil comprender esta especie de digámosle actividad que ejerces hoy en día.

Bulldozer parecía embelesado. Se adelantó hacia el Trueno y le dijo:

—Yo también recuerdo esa época de Boraas, y en especial recuerdo que el pasante de notaría Braxén siempreapestaba a colilla de cigarro y a coñac barato.

—¡Señores! —dijo el juez—. No es ni el lugar ni el momento para los recuerdos personales. Veamos, ¿el abogado Braxén rechaza pues las alegaciones del fiscal?

—A no ser que el olor a coñac se deba a la fantasía del fiscal, debía de provenir de su propio padre —dijo el Trueno—, Aparte de esto, la acusada es inocente, y es la última vez que empleo este término; esta pobre chica, esta...

Volvió a su mesa y rebuscó entre sus papeles.

—Se llama Rebecka Lind —apuntó Bulldozer, servicial.

—Gracias, hijo mío —dijo el Trueno—. Rebecka Lund...

—Lind —corrigió Bulldozer.

—Rebecka —dijo el Trueno— es tan inocente como los ratoncillos del campo.

Todo el mundo pareció quedarse meditando sobre este lenguaje inusual a base de imágenes. Finalmente, dijo el juez:

—Esto es cosa que debe decidir el tribunal, ¿no le parece?

—Sí, por desgracia.

—¿Qué pretende el abogado con este comentario? —preguntó el portavoz del tribunal con cierta agudeza.

El Trueno contestó:

—Por desgracia, es inviable desentrañar todos los detalles que configuran este caso particular, porque, de hacerlo así, esta vista podría durar años.

Todos se mostraron atónitos ante esta aseveración.

El Trueno dijo:

—Es muy interesante la propuesta del portavoz en el sentido de que yo escriba mis memorias.

—¿Yo he propuesto una cosa así? —exclamó el otro, completamente confundido.

—Después de una larga vida en diversas salas, en las que se dice administrar justicia, uno llega a almacenar bastantes experiencias —explicó el Trueno—, De joven pasé una temporada en Sudamérica, trabajando en la industria láctea. Mi madre, que aún vive gracias a Dios, asegura que aquel trabajo en la industria láctea en Buenos Aires ha sido el único trabajo decente que he tenido. A propósito, hace unos días me enteré de que el padre del fiscal, a pesar de su avanzada edad y de su consumo industrial de alcohol, cada día da un paseo a lo largo del riachuelo en Orebro, adonde por lo visto emigró la familia en cierta ocasión durante los años cuarenta. Con los medios de transporte actuales, el trayecto entre Buenos Aires y los nuevos estados africanos ha dejado de ser una distancia infranqueable; me ha llamado la atención recientemente un libro extraordinariamente interesante sobre el Congo-Kinshasa...

—Las memorias del abogado Braxén son seguramente muy interesantes, incluso aunque no las haya escrito —dijo Bulldozer con sonrisa de conejo—, pero no creo que hayamos venido aquí para escucharlas.

—El fiscal tiene razón —afirmó el juez—, ¿quiere, por favor, presentar la exposición de la causa, señor Olsson?

Bulldozer miró a la oyente, que clavó en él su mirada directa e intimidatoria, tanto que él, tras mirar fugazmente al Trueno, miró al juez, a los jurados y al portavoz, hasta llegar por fin a la acusada. La mirada de Rebecka Lind parecía perdida en el espacio, muy lejos de estúpidos burócratas y otras cosas buenas o malas.

Bulldozer juntó las manos a la espalda y empezó a caminar de un lado a otro.

—Muy bien, Rebecka —dijo amistosamente—, lo que te ha ocurrido a ti es, desgraciadamente, algo que les ocurre a muchos de los de tu edad. Entre todos, vamos a procurar ayudarte..., porque... ¿puedo tutearte, verdad?

La muchacha pareció no haber oído la pregunta, si es que la hubo.

—Técnicamente, se trata de una acción simple y diáfana, que permite poca discusión. Como ya se desprendió de la propia detención, nos hallamos...

El Trueno parecía sumido en pensamientos sobre el Congo—. Kinshasa o algo parecido, pero de repente extrajo un cigarro enorme del bolsillo interior, apuntó con él al pecho de Bulldozer y dijo:

—Protesto. Ni yo ni ningún otro abogado estuvimos presentes cuando la detención. ¿Se informó debidamente a Camilla Lund sobre su derecho a ser defendida?

—Rebecka Lind —corrigió el portavoz del tribunal.

—Sí, sí, bueno —dijo el Trueno, impaciente—; pues esto convierte la detención en ilegal.

—¡En absoluto! —exclamó Bulldozer—, Se le preguntó a Rebecka y dijo que no tenía ninguna importancia, y realmente era así. Como pienso demostrar en seguida, este caso está claro como el agua.

—La propia detención es ilegal —alegó el Trueno, terminante—. Exijo que conste en acta mi protesta.

—Sí, así se hará —dijo el portavoz.

El portavoz funcionaba en realidad como secretario del tribunal, ya que buena parte de aquellas salas anticuadas no estaban equipadas con grabadoras.

Bulldozer organizó una pequeña pirueta delante del tribunal, de modo que quedó en la posición adecuada para mirar uno por uno a sus miembros a los ojos.

—A lo mejor puedo continuar con la presentación de esta causa de una vez —dijo sonriente.

El Trueno contemplaba su cigarro con aire ausente.

—Muy bien, Rebecka —prosiguió Bulldozer con sonrisa de vencedor, que era una de sus más típicas estratagemas—, vamos a intentar hacer una exposición clara y exacta de los hechos, de lo que te ocurrió el veintidós de mayo y por qué te ocurrió. Atracaste un banco, seguramente llevada por la desesperación y el atolondramiento, y empleaste la violencia contra un policía.

—Discrepo de la terminología empleada por el señor fiscal —adujo el Trueno—, y, a propósito de terminología, recuerdo a un viejo profesor de alemán que...

Sus pensamientos le llevaban ya muy lejos de allí.

—Si el señor abogado defensor se dedicara a sus recuerdos en silencio y tranquilidad, quizá pudiéramos al menos ahorrarnos algo de tiempo —dijo Bulldozer.

Casi todos los miembros del tribunal se rieron, pero el Trueno dijo, alzando la voz:

—Protesto por la actitud que está adoptando el fiscal, tanto contra mí como contra la muchacha. Además, no tiene ningún derecho sobre mis pensamientos ni a meterse en mi vida privada. El fiscal debería mostrar un poco más de modestia. No es ningún Winston Churchill, que podía permitirse decir, refiriéndose a un adversario: «El señor Attlee es un hombre modesto, pero es que tiene muchas razones para considerarse como tal.»

El juez pareció confundido por la cita, pero, tras unos segundos, le hizo una seña a Bulldozer indicándole que continuara.

Éste había previsto que la presentación del caso quedara lista en cosa de diez minutos o, como mucho, en un cuarto de hora, pero el Trueno le interrumpió nada menos que cuarenta y dos veces a pesar de las reprimendas del juez, y a menudo con comentarios completamente incomprensibles.

Por ejemplo:

—Veo que el fiscal está mirando con ojos codiciosos mi cigarro. Esto me recuerda una historia: que en Cuba, las muchachas, están desnudas en las fábricas de tabaco, debido al calor reinante, y enrollan los cigarros sobre sus muslos, sobre todo cuando fabrican cigarros de marcas escogidas, pero seguramente se trata de una invención fantástica de alguien.

—¿Tiene esto algo que ver con este caso? —preguntó el juez, cansado.

—Es difícil saberlo —repuso el Trueno con voz exageradamente trascendental.

—¿Y pues?

—Es que me da la ligera impresión de que el fiscal no siempre se concentra en los detalles esenciales del desarrollo de los acontecimientos, para utilizar una expresión generosa, claro.

Bulldozer, que ni siquiera era fumador, pareció tocado, pero se recuperó en seguida y pareció exhibir mejor forma que nunca, gesticulando y sonriendo, hasta conducir la exposición de los hechos y sus conclusiones al punto final.

La exposición fue, en pocas palabras, como sigue: Poco antes de las dos de la tarde del veintidós de mayo, Rebecka Lind había entrado en el local del banco de la Caja Postal y se había dirigido a una de las ventanillas de caja. Llevaba una bolsa grande que había colocado sobre el mostrador, y después había pedido dinero. La cajera había visto que iba armada con un puñal y había apretado el pedal de alarma con el pie —la alarma conectada con la policía—, y había empezado a llenar la bolsa de billetes, hasta un total de cinco mil coronas suecas. Antes de que Rebecka Lind lograra abandonar el local con su botín, apareció la primera patrulla móvil, que había sido enviada allí por la central de alarmas. Los componentes de la patrulla, dos policías, habían entrado en la oficina bancaria con las armas en la mano y habían desarmado a la atracadora, con lo que se armó un cierto alboroto, durante el cual los billetes se habían desparramado por el suelo. Los policías habían detenido a la atracadora y la habían trasladado a la comisaría de Kungsholmen. Durante el trayecto, la detenida ofreció resistencia violenta y llegó a estropear el uniforme de uno de los policías. La atracadora, que resultó ser Rebecka Lind, de dieciocho años, había sido conducida primero a la oficina de guardia, y luego transferida a la sección correspondiente encargada de los atracos a bancos. Se la había declarado presuntamente involucrada en atraco a mano armada con violencia contra funcionarios, y al día siguiente fue acusada formalmente ante el juzgado de Estocolmo, tras un simple proceso de instrucción.

Bulldozer Olsson admitió que no habían concurrido todas las formalidades de rigor en cuanto a la detención se refería, pero hizo notar que técnicamente no tenían una importancia relevante. Por su parte, Rebecka Lind había mostrado muy poco interés en su defensa, aparte de que en seguida admitió haber entrado en el banco a buscar dinero.

El Trueno dejó escapar una ventosidad sin enrojecer por ello, y alegó que Rebecka Lind carecía de medios.

Todo el mundo empezó a mirar el reloj, pero a Bulldozer Olsson no le gustaban los descansos, y llamó en seguida a su primer testigo, la cajera Kerstin Franzén. Su testimonio fue breve y se refirió fundamentalmente a lo ya dicho.

Bulldozer preguntó:

—¿Cuándo se dio cuenta de que se trataba de un atraco?

—En cuanto dejó la bolsa sobre el mostrador y pidió el dinero. Luego vi el cuchillo, que me pareció muy peligroso, como una especie de puñal o

daga.

—¿Por qué sacó el dinero de la caja?

—Tenemos instrucciones de no ofrecer resistencia en situaciones como ésta, y de hacer exactamente lo que diga el atracador.

Eso era verdad, pues los bancos no tenían la menor gana de pagar indemnizaciones por muerte o por invalidez a sus empleados.

De repente, pareció que en aquella sala solemne se desencadenaba una tormenta, pero sólo se trataba de que Hedobald Braxén estaba eructando. Era algo que sucedía con cierta frecuencia, y el motivo principal de su apodo.

—¿Desea la defensa hacer alguna pregunta?

El Trueno meneó la cabeza. Estaba ocupado escribiendo algo en un papel, con mucho cuidado.

Bulldozer Olsson llamó al testigo siguiente.

Kenneth Kvastmo entró y repitió con monotonía la fórmula testimonial, porque en Suecia no es suficiente levantar la mano y decir «lo juro».

El testimonio fue más breve que el monótono enunciado de que era policía auxiliar, nacido en Arvika en mil novecientos cuarenta y dos, y que había hecho el servicio de coche patrulla, primero en Solna y más tarde en Estocolmo.

Bulldozer pidió imprudentemente:

—Dígalo con sus propias palabras.

—¿El qué?

—Pues lo que pasó.

El Trueno soltó un eructo como ninguno de los presentes había oído en su vida; luego hizo un gesto torpe, y se le cayó al suelo un papelito que acababa de escribir. En mayúsculas, se leía: REBECKA LIND. Por lo visto, se había propuesto recordar en adelante el nombre de su cliente.

—Ah, sí, —dijo Kvastmo—, pues ahí estaba ella, la asesina... Bueno, no es que haya matado a nadie, claro. Pues Kalle estaba allí y no hacía nada, como siempre, así que tuve que echarme sobre ella como una pantera.

La imagen era poco afortunada, porque Kvastmo era un individuo enorme y deforme, con un gran trasero, cuello de toro y una cara carnosa.

—La cojo por el brazo derecho, justo en el momento en que quiere usar el cuchillo, y entonces le digo que está detenida y luego me la llevo y punto. La tengo que arrastrar hasta el coche y allí, en el asiento de atrás, empieza a ofrecer resistencia violenta contra un funcionario, y luego resulta que

encima va y se conduce con violencia contra un funcionario, porque uno de mis bolsillos ha quedado casi descosido y mi mujer ha cogido un buen cabreo porque tiene que coserlo, porque dan no sé qué en la tele y quiere verlo, y además casi se ha caído un botón del uniforme y a ella no le queda hilo azul, a Anna-Greta, porque se llama Anna-Greta mi mujer. Y cuando, después de tomar cartas en el asunto en lo del atraco y llevárnosla, nos vamos con ella a comisaría, y allí hay uno de guardia, que es compañero y lo conozco, se llama Aldor Gustavsson, que se pone como una fiera porque estaba a punto de irse a casa a comer pastel de macarrones y nos dice que somos unos gilipollas, y menudo es él para decir esto de nosotros, él, que se le escapó el asesino de la calle Berg, pero, claro, los inspectores siempre se sienten importantes, y además no son muy solidarios con los de uniforme, los de orden público. Luego no pasó nada más, aunque ella me llamase puerco, porque eso no fue tampoco desacato contra un funcionario, porque puerco no es nada que signifique desacato o falta de respeto contra el cuerpo, ni contra el guardia de número, que es lo que soy yo, ni contra el policía de uniforme en general. Después quise ver qué hacían un par de sinvergüenzas que acabábamos de ver, pero Kalle llevaba prisa y me dijo que nos fuéramos, y nos fuimos. O sea, con ésta.

Kvastmo señaló a Rebecka Lind.

Mientras el policía desarrollaba sus explicaciones con su tono especial, Bulldozer observó a la oyente, que había estado tomando notas todo el rato y que estaba sentada con los codos sobre las piernas, sosteniéndose la barbilla con las manos mientras miraba alternativamente al Trueno y a Rebecka Lind. Tenía aspecto preocupado, o, mejor dicho, una expresión de profunda compasión e inquietud. Se agachó y se rascó un pie mientras se mordía la muñeca de la otra mano. Volvió a mirar al Trueno, y su inquieta mirada azul reflejó una mezcla de resignación y dudosa esperanza.

Hedobald Braxén tenía todo el aspecto de hallarse físicamente en otra dimensión y no parecía haber oído una sola palabra del testimonio.

—No hay preguntas —dijo.

Bulldozer Olsson se sintió aliviado. El caso parecía claro y preciso, justamente como él había dicho desde el principio. El único defecto era que estaba durando demasiado tiempo.

Cuando el juez propuso un descanso de una hora, asintió con entusiasmo y se dirigió, dando saltitos, a la puerta de salida.

Martin Beck y Rhea Nielsen emplearon el descanso para ir al Amaranten. Tras unos canapés con cerveza, redondearon el refrigerio con café y coñac.

Martin Beck había pasado unas horas aburridas. Conociendo al Trueno, sabía que la cosa iba para largo y no le apetecía en absoluto estar metido en aquella antesala tan triste, sentado junto a Kristiansson y Kvastmo, un director de banco apolillado y un par de señoras que parecían completamente acobardadas ante la solemne ocasión de ser llamadas para atestiguar en un juicio criminal gravísimo, casi un crimen, sobre el que incluso se iba a escribir en periódicos de la importancia del *Aftonbladet* y el *Expressen*.

Había ido un rato a la sección de delitos violentos y había estado charlando con Rönn y con Strömgren, pero no le había resultado en absoluto estimulante. Strömgren no le había gustado nunca, y su relación con Rönn era bastante complicada. La verdad era que ya no le quedaba ningún amigo en la calle Kungsholm. Tanto ahí como en la Dirección General de la Policía había unos cuantos que le admiraban, otros que le odiaban y un tercer grupo, el más numeroso, que simplemente le tenía envidia.

En Västberga tampoco le quedaba ningún amigo desde que Lennart Kollberg se marchó. Benny Skacke había solicitado su puesto y lo había obtenido, con el apoyo de Martin Beck. La relación entre ambos no era nada mala, pero de ahí a una verdadera unión había un gran trecho. De vez en cuando se sentaba a mirar a lo lejos, añorando a Kollberg, a quien sinceramente echaba de menos de la misma manera que encontraría a faltar a un niño o a una amante.

Pasó un rato charlando en el despacho de Rönn, pero éste no estaba de muy buen humor, aparte de que tenía mucho que hacer. Trabajar en la sección de delitos violentos de Estocolmo no era ninguna bicoca, y Rönn se quejaba, además, de la horrible vista que tenía delante de su ventana, pues desde ella se veía la gigantesca nueva central de policía, que se alzaba a una altura imponente. Estaría terminada más o menos al cabo de un año, y entonces se trasladarían todos allí, lo cual no entusiasmaba a nadie.

—Me gustaría saber qué está haciendo Gunvald —dijo Rönn—, y me cambiaría por él en seguida. Toros, palmeras, comidas de representación, ¡caramba!

Rönn tenía la especialidad de lograr que Martin Beck sintiera remordimientos de conciencia. Porque ¿quién mejor que él para haber hecho aquel viaje de placer, siendo como era uno de los más necesitados de apoyo y ánimo?

Porque la verdad no se podía decir en voz alta: Rönn había sido rechazado por la sencilla razón de que no se podía enviar por el mundo a un norteno con la nariz eternamente colorada y chorreando, con un aspecto nada representativo y que además, siendo muy indulgentes, se podía afirmar que balbuceaba algo de inglés, pero sólo siendo muy indulgentes.

Sin embargo, Rönn era un buen detective. Al principio no había sido nada espectacular, pero con el paso del tiempo se había convertido en uno de los indiscutibles buenos valores de la sección.

Martin Beck intentó hallar algo estimulante que decirle, pero no lo encontró, como de costumbre; se limitó a decirle adiós y a marcharse.

Y en aquel momento estaba sentado junto a Rhea y aquello era realmente otra cosa. El único fallo era que ella parecía abatida.

—Este juicio... —dijo—, qué mierda tan deprimente, y qué monigotes para decidir. Ese fiscal es un auténtico payaso... ¡y cómo me mira!, como si no hubiera visto una tía en su vida.

—Bulldozer —dijo Martin Beck— ha visto un montón de tías en su vida, pero tú no eres tampoco su tipo; lo que ocurre es que es más curioso que un cangrejo.

—¿Los cangrejos son curiosos?

—No lo sé, pero lo oí decir una vez; debe de ser sueco-finés o algo así.

—Y el abogado defensor ni siquiera sabe el nombre de su defendida. Además, suelta eructos y dice unas cosas completamente incomprensibles. Esta pobre chica no tiene el más mínimo punto a su favor.

—Todavía no hemos visto el final. Bulldozer gana casi todos sus casos, pero si pierde alguna vez es porque el defensor es Braxén. ¿Te acuerdas de aquella historia de Svård?

—¡Que sí me acuerdo! —rió Rhea roncamente—. Fue cuando viniste a casa, a la calle Tule, la primera vez. Aquella habitación cerrada y todo lo demás, pronto hará dos años, ¡cómo no me iba a acordar! —recordó Rhea, especialmente contenta.

Y él no podía ser más feliz; lo habían pasado estupendamente desde entonces, charlando, prisioneros de los celos, con discusiones amorosas, hermosos momentos de sexo, fidelidad y compañerismo. Y todo a pesar de

que él tenía más de cincuenta años y creía haber vivido ya todo lo que había por vivir; sin embargo, había ido evolucionando junto a Rhea.

En su fuero interno confiaba en que la alegría fuera recíproca, aunque no las tenía todas consigo sobre ese particular. Ella era psíquicamente más fuerte y la más liberal de los dos, y posiblemente también era más inteligente, o al menos más rápida de pensamiento. Rhea tenía también muchos defectos, por ejemplo que con frecuencia estaba de mal humor y en tensión, a pesar de lo cual a él le gustaban estos defectos. Era una manera un tanto romántica o bobalicona de sentir, pero no sabía más.

La miró y se dio cuenta de que había dejado de sentirse celoso. Sus grandes pezones apuntaban a través de la tela de la camisa, que tampoco llevaba abrochada del todo; se había sacado las sandalias y se frotaba los pies uno contra el otro; de vez en cuando se agachaba para rascarse uno de ellos debajo de la mesa. En definitiva, ella era ella y no era de nadie más, ni siquiera de él, y quizá eso era lo que la hacía más encantadora a sus ojos.

Tenía la cara preocupada; sus rasgos irregulares reflejaban inquietud y contrariedad.

—No entiendo mucho de leyes —dijo sin gran convicción—, pero esta causa parece perdida de antemano. ¿Tú crees que tu testimonio puede cambiar algo?

—No lo creo. Ni siquiera sé qué es lo que pretende que diga.

—Pues los otros testigos parecen completamente inútiles. Un director de banco, una profesora de cocina y un policía. ¿Estuvo de verdad alguno de los policías allí?

—Sí, Kristiansson, que conducía el coche patrulla.

—¿Y es igual de memo que el otro?

—Sí.

—Y ni siquiera tiene pinta de poderse ganar el caso por las alegaciones finales y eximentes de la defensa, ¿verdad?

Martin Beck sonrió. En realidad, era de esperar que Rhea se metiera a fondo en aquel caso.

—No, no parece probable, pero ¿estás segura de que este caso lo puede ganar la defensa y que Rebecka es inocente?

—La instrucción del caso es una porquería impresentable. Tendrían que devolverlo a la policía y volver a empezar; no han hecho nada a derechas, y por eso odio a la policía; bueno, excepto por lo de la violencia y esas cosas. Es que presentan causas a juicio con la instrucción a medias, y luego

encima resulta que el fiscal es un tío que se pasea de arriba abajo como un pato en un estercolero, y los del tribunal son una colección de incompetentes que están ahí porque no sirven para hacer otra cosa y porque nadie más se atreve a hacerlo.

En realidad, no le faltaba razón. A los miembros de los tribunales los sacaban de los desechos de los partidos políticos, solían estar conchabados con los fiscales o se dejaban dominar por algún juez autoritario, que en el fondo sentía un infinito desprecio por ellos. En general, no se atrevían a contradecir a los juristas y no eran otra cosa que los representantes de la mayoría silenciosa del país, la que vivía obsesionada por el orden conseguido a base de leyes sumarísimas, y poca cosa más.

De vez en cuando había algún juez progresista, pero eran excepciones rarísimas, y la mayor parte de los abogados defensores vivían resignados desde antiguo, un poco avergonzados por no haberse podido ganar mejor la vida como abogados de empresa o de fama, obteniendo dinero a patadas y saliendo todas las semanas fotografiados en las revistas sensacionalistas.

—Te parecerá raro quizá —dijo Martin Beck—, pero me parece que estás infravalorando a Braxén.

Durante el corto camino hacia el juzgado municipal, Rhea le cogió la mano de repente; era algo poco frecuente y significaba que estaba inquieta o que se encontraba en un estado emocional alterado. Su mano era como todo lo suyo: firme y confiada.

Bulldozer Olsson llegó a la antesala al mismo tiempo que ellos dos, es decir, un minuto antes de la hora.

—El atraco de la calle Vasa está claro —dijo, casi sin aliento—, pero en cambio ya tenemos dos más. Uno de ellos apunta a Werner Roos...

Dirigió su mirada a Kvastmo, y se encaminó hacia él sin terminar siquiera la frase.

—Puedes marcharte a casa —dijo—, o volver al servicio. Lo consideraría como un favor personal.

Ésta era la manera que tenía Bulldozer Olsson de insultar a la gente.

—¿Qué? —dijo Kvastmo.

—Puedes volver al servicio —aconsejó Bulldozer—, cada persona hace falta en su puesto.

—Después de mi testimonio, a ésta la encierran, ¿eh? Y es que tenía todos los detalles guardados aquí dentro, claritos, claritos.

—Sí —dijo Bulldozer—, ha resultado revelador.

Kvastmo se alejó para reemprender la lucha contra la depravación organizada en su propio terreno.

El descanso había terminado y continuaron los procedimientos.

El Trueno llamó a su primer testigo, el director de banco Rumford Bondesson. Después de los formulismos, el abogado Braxén habló y dijo:

—Es realmente bastante difícil llegar a comprender los principios, o, mejor dicho, la falta de principios que rigen esta sociedad capitalista. Casi todo el mundo ha oído hablar de las ballenas; pues eso es lo que pasa con los socialdemócratas y otros partidos burgueses, que «van llenos», ¿comprenden? Tienen los bolsillos llenos, se llenan los bolsillos con el dinero del pueblo, y total para que esa misma gente vote por ellos y por su política, que consiste ni más ni menos que en mantener en el poder a la clase dominante, es decir, el capitalismo, que, junto con los burócratas de los partidos y los cabecillas sindicales, forma un frente que se mueve por un solo interés, por el dinero, y sólo persiguen que la gente refrende siempre la misma política asegurándose que nada va a cambiar, voten a quien voten.

Bulldozer Olsson estaba enfrascado examinando unos documentos. De repente pareció volver a la realidad y dijo, con las manos abiertas:

—Protesto. Esto es un juicio y no un mitin.

—En la escuela nos hablaban de la ballena de Jonás, y de su permanencia en las tripas del animal —dijo el Trueno, impasible—, y luego resultó que la ballena no era un pez, sino un simple mamífero, un cetáceo, aunque la verdad es que yo no he visto nunca ninguna ballena, excepto en fotografías, y una vez mientras visitaba a un cliente en la cárcel, es decir, por televisión. Porque yo no tengo televisión, porque soy de los que opinan que obstaculiza la fluidez del pensamiento; en cambio, tengo una hija...

Y consultó sus papeles.

—...de la edad de Rebecka Lind, a pesar de que yo ya tengo mis buenos años. Por cierto, una amiga suya está casada con un albañil que se llama Lexer Ohlberg, sin que eso quiera decir que sea pariente del actor del mismo apellido, el que hizo la película sobre Elvira Madigan; bueno, en realidad, él no hizo de Elvira Madigan, sino de teniente Sparre, y también dirigió la película. O sea que no son parientes, vamos; o si lo son, lo son tan poco como el artista Ernst Jönsson de Trelleborg y el actor Edvard Persson.

—¿Y por qué no pueden ser parientes? —preguntó el juez, visiblemente arrastrado por contagio hacia aquellas fantasías sin pies ni cabeza.

—Es difícil contestar a eso —replicó el Trueno.

—Mantener una conversación con el abogado Braxén es como ponerse a hablar con un hormiguero entero —indicó Bulldozer a modo de información.

Luego continuó estudiando sus papeles, escribiendo anotaciones aquí y allá, o haciendo gestos sorprendentes. Ni siquiera reaccionó cuando el portavoz del tribunal preguntó de repente:

—Bueno, ¿y qué tiene que ver todo eso con el caso?

—Sobre el particular puedo decirle que se trata de otra pregunta de difícil contestación —manifestó el Trueno.

Luego señaló de repente al testigo, apuntándole con su cigarro apagado, y preguntó inquisitorialmente:

—¿Conoce usted a Rebecka Lind?

—Sí.

—¿Cuándo la conoció?

—Hace aproximadamente un mes. Esta joven vino a la oficina principal de nuestro banco. Por cierto, que iba vestida exactamente igual que ahora, sólo que con un crío colgado con una especie de tirantes ante el pecho.

—¿Y la recibió usted?

—Sí, casualmente tenía unos minutos libres, aparte de que me interesa la juventud actual.

—¿Particularmente la parte femenina?

—Sí, ¿para qué voy a negarlo?

—¿Qué edad tiene usted, señor Bondesson?

—Cincuenta y nueve años.

—¿Qué quería Rebecka Lind?

—Que le prestaran dinero, pero era evidente que no tenía la menor idea sobre las cuestiones más sencillas en materia económica. Alguien le había dicho que los bancos prestan dinero y por eso se dirigió al banco más próximo y pidió hablar con el jefe.

—¿Y qué respondió usted?

—Que los bancos son negocios y que no se dedican a prestar dinero así por las buenas, sino que piden a cambio intereses y seguridad. Entonces me dijo que ella tenía una cabra y tres gatos.

—¿Para qué quería que le prestasen dinero?

—Para ir a América, aunque no sabía muy bien a qué lugar exacto de América, ni qué iba a hacer cuando llegara. De todos modos, me dijo que tenía una dirección apuntada.

—¿Qué más le preguntó?

—Que si había algún banco que no fuera un negocio como los demás, que perteneciera al pueblo y al que las personas corrientes pudieran acudir cuando necesitaran dinero. Le contesté medio en broma que la Caja de Crédito, o el banco PK, —que es como le llama todo el mundo—, que es estatal y por lo tanto del pueblo. Pareció satisfecha con esta contestación.

El Trueno se acercó al testigo, le puso el cigarro ante el pecho y dijo:

—¿Intercambiaron ustedes más frases después de esto?

El director de banco Bondesson no respondió y el juez le indicó:

—Está usted bajo juramento, señor Bondesson, pero no está obligado a responder a preguntas que puedan incriminarle.

—Sí —dijo Bondesson de mala gana—, las chicas jóvenes se interesan por mí y yo por ellas, así que me ofrecí para solucionarle su problema inmediato.

Miró a su alrededor y se encontró con la mirada aniquiladora de Rhea Nielsen y con el brillo de la calva de Bulldozer Olsson, que seguía sumergido en sus papeles.

—¿Y qué contestó Rebecka Lind?

—No me acuerdo; de todos modos, luego no hubo nada.

El Trueno había vuelto a su mesa. Revolvió un momento entre sus papeles y dijo:

—Durante los interrogatorios policiales, Rebecka Lind declaró haberle soltado la siguiente expresión: «Me cago en los viejos verdes», y «Es usted repugnante». —Y el Trueno repitió en voz alta—: ¡Viejos verdes!

Y con un gesto de su cigarro, indicó que las preguntas habían terminado por su parte.

—No comprendo en absoluto qué tiene que ver todo esto con este caso —comentó Bulldozer de nuevo.

El Trueno atravesó la sala, se inclinó sobre la mesa de Bulldozer y dijo:

—Por lo visto, y lo está viendo todo el mundo, el fiscal jefe lleva todo el rato, desde el descanso de la comida, leyendo un informe sobre un tal Werner Roos. Y ahora yo pregunto al portavoz de este tribunal si esto tiene algo que ver con el caso.

—Interesante esto de que el abogado saque a colación a Werner Roos —replicó Bulldozer poniéndose súbitamente de pie.

Luego abrió desmesuradamente los ojos para mirar al Trueno y dijo con voz aguda:

—¿Qué sabe usted acerca de Werner Roos?

—Debo rogar a las partes que se atengan al presente caso —dijo el juez. El testigo se alejó con aire ofendido.

Después le llegó el turno a Martin Beck. Se practicaron las formalidades usuales, mientras Bulldozer se mostraba más atento que con otros testigos, y seguía con evidente interés el planteamiento de la defensa. El Trueno empezó:

—Cuando esta mañana he visto las palomas en la escalera del Ayuntamiento...

Pero el juez ya estaba harto y le interrumpió:

—Estoy seguro de que las observaciones zoológicas del abogado Braxén encajarían mejor en otros contextos y ante un auditorio diferente, y también estoy convencido de que el comisario de homicidios dispone de un tiempo limitado para acompañarnos.

—En estas circunstancias —dijo el Trueno— procuraré ser breve. Ayer me llegó, y no portado por una paloma mensajera, sino de una forma más prosaica y menos alada, o sea por correo, la notificación de que un tal Filip Trofast Mauritzon se había atrevido a recurrir su sentencia ante el Tribunal Supremo. Como el comisario seguramente recuerda, hace poco más de año y medio Mauritzon fue condenado por asesinato en relación con un atraco a mano armada en un banco. El fiscal del caso fue mi tal vez no muy docto amigo Sten Robert Olsson, que a la sazón esgrimía el título de fiscal de cámara. Yo mismo tuve el ingrato deber, que para mi profesión suele resultar moralmente fatigoso, de defender a Mauritzon, que sin ningún género de dudas era lo que vulgarmente llamaron un delincuente. Y ahora quiero hacer una única pregunta: ¿le parece al comisario Beck que Mauritzon era culpable del atraco al banco y del consiguiente asesinato, y que las alegaciones que presentó el hoy en día fiscal jefe Olsson fueron policialmente satisfactorias?

—No —dijo Martin Beck.

A pesar de que el color de las mejillas de Bulldozer adquirió un tono que hacía juego con la camisa, aumentando hasta contrastar con la monstruosa corbata de sirenas doradas y bailarinas de *hula-hoop*, el hombre sonrió y dijo:

—Yo también quiero hacer una pregunta: ¿tuvo el comisario Beck algo que ver con las investigaciones en torno al asesinato en el banco?

—No.

Bulldozer Olsson cerró las manos delante de su cara y cabeceó con alivio.

Martin Beck fue a sentarse junto a Rhea y le sopló en sus rubios cabellos, lo que hizo que ella le mirase con expresión enfadada.

—Me esperaba algo más —dijo ella.

—Yo no —contestó Martin Beck.

Los ojos de Bulldozer Olsson casi se le salían de las órbitas debido a su curiosidad.

Sin saber por qué, al Trueno le pareció que la cosa tenía buen aspecto. Con su ligera cojera se había acercado a la ventana que quedaba detrás de Bulldozer, y sobre el polvo de los cristales escribió la palabra IDIOTA.

Después dijo:

—Me veo obligado a llamar como siguiente testigo a un guardia.

—Policía auxiliar —corrigió el portavoz del tribunal.

—Guardia Karl Kristiansson —dijo el Trueno sin inmutarse.

Kristiansson entró. Era un tipo inseguro, que en los últimos años había llegado al convencimiento categórico de que la organización policial era una sociedad de clases por sí misma, en la que los superiores se comportaban como se comportaban, no para explotar a sus subordinados, sino simple y exclusivamente para fastidiarles.

Tras una larga espera, el Trueno dio media vuelta y empezó a caminar de arriba a abajo por toda la sala. Bulldozer hacía lo mismo, pero a un ritmo distinto, y daban la impresión de ser dos locos de atar. Por fin, el Trueno inició el interrogatorio tras un suspiro tremendo:

—Según los informes, lleva usted quince años en la policía.

—Sí.

—Sus superiores le consideran perezoso e inepto, pero honrado y fundamentalmente tan trabajador, o gandul, como el resto de sus colegas de la policía de Estocolmo.

—¡Protesto! —chilló Bulldozer—. El defensor está insultando al testigo.

—¿Ah, sí? —preguntó el Trueno—, Pues si afirmo que el fiscal jefe es uno de los charlatanes más interesantes de Suecia (digo, del mundo), tan vacío y gordo como un zepelín y tan hueco como el globo *Svenske*, yo creo que en ello no existe nada peyorativo. Pero ahora no estoy diciendo esto sobre el fiscal jefe, sino que, en relación con el testigo, me limité a señalar que es un policía experimentado, tan aplicado e inteligente como los demás policías que adornan nuestra ciudad.

—Si el abogado quisiera dedicar alguna vez un par de horas a escuchar las grabaciones de sus peroratas, con todo su correspondiente acompañamiento de efectos sonoros, estoy seguro de que terminaría tan horrorizado y sorprendido como los demás miembros de la carrera judicial —observó Bulldozer Olsson.

—En el caso de que el fiscal jefe circulara con una de sus corbatas por un país en el que el mal gusto estuviera perseguido, estoy seguro de que lo procesarían —replicó el Trueno—. Por cierto, ¿cómo consigue entrarlas en el país sin que le detengan?

—El abogado defensor me acusa de contrabando ante un tribunal —dijo Bulldozer con una gran calma.

Su rabia oculta se debía a que realmente había entrado unas cuantas de contrabando, concretamente de Irán, adonde había hecho un viaje de estudio para seguir las rutas de contrabando de drogas. La que llevaba en aquellos momentos se la había enviado el ministerio fiscal de Andorra, que, siguiendo las instrucciones de Bulldozer, había escrito «Muestra sin valor» en el paquete.

—Si logramos proteger a esta pobre chica... —empezó Bulldozer con un gesto mayestático.

Inmediatamente fue interrumpido por el Trueno, que, con un gesto aún más solemne, dijo:

—Mucho ruido y pocas nueces.

Antes de que Bulldozer pudiera contraatacar, intervino el juez, aclarándose primero la voz y diciendo después:

—Tengo la impresión de que los señores se han enzarzado en una disputa personal y privada, que por tanto debería transcurrir en privado o quizá en otro lugar.

—Sólo estaba intentando poner de relieve las extraordinarias calificaciones del testigo y su juicioso equilibrio —alegó el Trueno con expresión de inocencia.

Rhea Nielsen estalló en una carcajada y Martin Beck puso la mano derecha sobre la izquierda de ella, pero Rhea se reía cada vez más fuerte. El juez indicó que esperaba que la oyente guardara silencio, y se volvió para mirar a las partes con irritación. Por su parte, Bulldozer miró a Rhea con tal intensidad que se perdió el inicio de la intervención del Trueno.

Éste, en cambio, no reflejaba ninguna reacción de tipo humano. Se limitó a preguntar:

—¿Fue usted el primero en entrar en el banco?

—No.

—¿Detuvo usted a esta chica, Rebecka Olsson?

—No.

—Quiero decir Rebecka Lind —dijo el Trueno tras un titubeo.

—No.

—¿Qué hizo, entonces?

—Detuve a la otra.

—¿Así que hubo dos chicas en aquel atraco?

—Sí.

—¿Y usted detuvo a la otra?

—Sí.

—¿Por qué?

Kristiansson meditó un buen rato.

—Para que no se cayera.

—¿Qué edad tenía esa otra chica?

—A simple vista, unos cuatro meses.

—¿O sea que la situación era que Kvastmo había detenido a Rebecka Lind?

—Sí.

—¿Podría decirse que lo hizo violentamente o empleando una fuerza desmesurada?

—No comprendo en absoluto lo que la defensa quiere dar a entender —exclamó Bulldozer, radiante.

—Quiero dar a entender que Kvastmo, a quien todos nosotros hemos visto hoy aquí...

El Trueno rebuscó un buen rato entre sus papeles.

—Sí, aquí está —dijo—. Kvastmo pesa ciento dos kilos, y entre otras cosas es especialista en karate y lucha libre. Sus superiores le consideran un funcionario celoso y apasionado. El inspector Norman Hansson, que redactó el informe, dice que Kvastmo se muestra demasiado celoso cuando está de servicio, y que muchos detenidos se han quejado de tratos violentos por su parte. El informe dice también que Kenneth Kvastmo ha recibido frecuentes reprimendas, y que no tiene demasiada facilidad para expresarse.

El Trueno apartó el documento y dijo:

—¿Quiere el testigo responder ahora a la pregunta de si Kvastmo empleó la violencia?

—Sí —dijo Kristiansson—, más bien creo que sí.

La experiencia le había enseñado a no mentir en relación con el servicio, o al menos no muy a menudo. Además, Kvastmo no le gustaba nada.

—¿Y usted se ocupó de la criatura?

—Sí, no tuve más remedio. La chica la llevaba sujeta con una especie de faja, y, cuando Kvastmo le arrebató el cuchillo, la niña estuvo a punto de caerse.

—¿Ofreció Rebecka alguna resistencia?

—No.

—¿En absoluto?

—No. Cuando le cogí la niña, sólo me dijo: «Vigile que no se le caiga».

—Este punto queda claro —dijo el Trueno—. Volveré a las eventuales violencias más adelante, pero ahora quiero hablar de otro asunto.

—Sí —asintió Kristiansson.

—En vista de que los agentes que se encargan de proteger el dinero de los bancos no habían aparecido en el lugar... —dijo el Trueno, y calló, mirando al fiscal con una expresión imperativa.

—Nosotros trabajamos las veinticuatro horas —dijo Bulldozer—, Y este caso es una excepción insignificante, uno de tantos.

—Pero, en cambio, es poco probable que el señor Olsson deje de dormir por las noches pensando en todos los inocentes que terminan en prisión gracias a él y gracias a un mal planteamiento o al error de la demanda judicial. —El Trueno había perdido los estribos, soltó un eructo y añadió—: Sí, sí, ya lo creo.

Su mirada perdida, extraviada, se posó finalmente en Karl Kristiansson, que estaba allí de pie, en medio de la sala, y que parecía una oveja, enfundado en su chaqueta blanca con puños de punto azules, un león estilizado en la parte izquierda del pecho, y las palabras THE LIONS bordadas o pegadas en la espalda. El resto era, lisa y llanamente, el uniforme.

—Esto significa que los policías que estaban más a mano fueron los que realizaron los primeros interrogatorios —dijo el Trueno finalmente—. ¿Quién habló con la cajera?

—Yo.

—¿Y qué le dijo?

—Que la chica se acercó al mostrador con la niña a cuestas y puso su bolsa sobre el mostrador, y la cajera vio en seguida el cuchillo, de manera

que empezó a llenarle la bolsa de billetes.

—¿Sacó Rebecka el cuchillo?

—No, lo llevaba en el cinto, casi a la espalda.

—¿Y cómo pudo verlo la cajera?

—Eso no lo sé... Sí, bueno, lo vio en un momento en que Rebecka se dio la vuelta. Entonces gritó: «¡Un cuchillo, un cuchillo, lleva un cuchillo!».

—¿Era un puñal o una navaja?

—No, más bien una especie de cuchillo de cocina, de esos que se tienen en casa.

—¿Qué le dijo Rebecka a la cajera?

—Nada, al menos inmediatamente. Después, parece ser que se rió y dijo: «Pues no sabía yo que era tan fácil pedir dinero prestado». Después, al parecer preguntó si tenía que firmar un recibo o algo así.

—Por lo visto, el dinero quedó esparcido por el suelo —agregó el Trueno—, ¿cómo fue eso?

—Sí, eso sí que lo sé. Kvastmo estaba allí sujetando a la chica, mientras esperábamos refuerzos. Entonces la cajera empezó a contar el dinero, por si faltaba algo. Y entonces Kenneth me gritó: «¡Alto, esto es ilegal!».

—¿Y luego?

—Luego me gritó: «Kalle, procura que nadie toque el botín». Claro, yo llevaba a la cría en brazos, y sólo pude coger la bolsa por una de las asas, y entonces, plam, todo se fue por el suelo. La mayor parte eran billetes pequeños, o sea que salieron volando en todas direcciones. Sí, y entonces llegó otro coche patrulla. Les dimos la niña a ellos y nos llevamos a la detenida a la comisaría de Kungsholmen. Yo conducía y Kvastmo iba en el asiento trasero, con esta chica.

—¿Hubo alboroto en el asiento trasero?

—Sí, un poco. Primero se puso a llorar y preguntó qué habíamos hecho con la cría. Entonces lloró todavía más y Kvastmo tuvo que ponerle las esposas.

—¿Dijo usted algo?

—Sí, le dije que no era necesario, porque Kvastmo era casi el doble de grande que ella, y tampoco es que ofreciera resistencia.

—¿Dijo usted algo más en el coche?

Kristiansson se mantuvo en silencio durante varios minutos. El Trueno permaneció mudo, a la espera. Ni siquiera eructó ni repitió la pregunta, ni

empezó a murmurar ni a advertir sobre el perjuicio de no decir la verdad, que es lo que suelen hacer los abogados.

Kristiansson contempló sus piernas uniformadas, miró con aire de culpabilidad a su alrededor y contestó:

—Le dije: «No le pegues, Kenneth».

El resto era sencillo. El Trueno se levantó y avanzó hacia Kristiansson.

—¿Suele Kenneth Kvastmo pegar a los detenidos?

—Ha ocurrido.

—¿Vio usted el bolsillo descosido y el botón que estaba a punto de caérsele a Kvastmo?

—Sí, dijo algo sobre eso; dijo que su mujer no se cuidaba de arreglarle la ropa.

—¿Cuándo se lo dijo?

—El día antes.

—Su turno, señor fiscal —concluyó el Trueno con gran calma.

Bulldozer miró fijamente a Kristiansson y mantuvo la mirada. ¿Cuántas causas se habían ido a paseo por culpa de policías imbéciles? ¿Y cuántas se habían salvado? El balance era negativo. Pero aquella comedia de los guardias, o auxiliares de policía como se les tenía que llamar, aquello era una desgracia inevitable. Era tan malo para los delincuentes como para la justicia.

—No hay preguntas —repuso Bulldozer con alivio, pero después añadió, como de pasada—: La acusación retira la demanda por violencia contra un funcionario.

A continuación, el Trueno solicitó un descanso. Durante la pausa, primero encendió su cigarro, y luego efectuó el largo recorrido hasta los lavabos. Regresó al cabo de un rato y se puso a charlar con Rhea Nielsen.

—¿De qué clase de señoras te rodeas ahora? —le preguntó Bulldozer Olsson a Martin Beck—. Primero se ríe a carcajadas en mitad de un juicio y ahora se pone a charlar con el Trueno. Todo el mundo sabe que el Trueno tiene un aliento que es capaz de tumbar a un orangután a cincuenta metros de distancia.

—Señoras estupendas —dijo Martin Beck—, mejor dicho, una señora estupenda.

—¡Ah, vaya, te has vuelto a casar! Yo también. Es lo mejor, te lo advierto.

Rhea se acercó a ellos.

—Rhea —dijo Martin Beck—, te presento al fiscal Olsson.

—Ya lo tengo visto.

—Todos le llaman Bulldozer —explicó Martin Beck—. Creo que este juicio te está yendo mal.

—Sí, una mitad ha quedado bloqueada —admitió Bulldozer—, pero el resto continúa, ¿nos apostamos una botella de whisky?

Rhea se rascó la nuca y miró interrogativa a Martin Beck, que sacudía la cabeza.

—Una botella de whisky —repitió Bulldozer seductor.

—No —dijo Martin Beck.

Rhea inclinó un poco la cabeza y pareció como si quisiera decir algo, pero en aquel momento llamaron de nuevo a juicio, y Bulldozer se precipitó hacia la sala de deliberaciones.

La defensa llamó a su siguiente testigo, Hedy-Marie Wirén, una mujer bronceada de unos cincuenta años, inexplicablemente bronceada en un país en el que incluso la meteorología parecía tomar parte en la conjura contra sus pobres habitantes. La primera pregunta del Trueno fue, por tanto:

—¿Cómo es que está usted tan morena?

—Canarias —contestó la testigo lacónicamente.

—De las informaciones de la instrucción se desprende que Rebecka Lund..., bueno, sí, ya lo sé, ya sé que se llama Lind, pero es que yo padezco de algo que seguramente el fiscal no ha tenido nunca ni corre peligro de tener nunca. Me refiero a la fantasía y a la capacidad de identificarme con la sensibilidad y los pensamientos de otras personas.

—¿Es fantasía eso de llamar Lund a la señorita Lind? —preguntó Bulldozer, jugueteando con su corbata—. ¿Es eso identificarse con la sensibilidad de los demás?

—Déjenme preguntarle algo al fiscal —repuso el Trueno—: ¿Sabe el señor Olsson dónde se encuentra en estos momentos la hija de cuatro meses de Rebecka Lind?

—¿Por qué diantre he de saber yo eso? —respondió Bulldozer—. Tenemos una sección de protección de la infancia.

—O sección de asesinato infantil, como prefieren llamarla los padres jóvenes.

El Trueno, en plena distracción, encendió su cigarro, lo que le costó al juez once enfáticos aclaramientos de garganta para señalar el desacato; se llamó a un bedel y, por fin, las cosas volvieron a la normalidad.

—¿Hay alguien en esta sala que sepa dónde se encuentra en estos momentos la niña Camilla Lind-Cosgrave?

En la sala se hizo un silencio sepulcral.

—Alguien lo sabe —dijo el Trueno—, y soy yo.

—¡Camilla! ¿Dónde está? —sollozó Rebecka.

—Todo a su tiempo —dijo el Trueno.

—¿Me permiten que les recuerde que en estos momentos se está celebrando, o, más bien, debería estarse celebrando un juicio? —pidió el juez.

El Trueno puso cara de no entender nada de lo que acababa de oír, y el juez se lo aclaró:

—El abogado Braxén ha llamado a esta mujer como testigo.

—¡Ah! —exclamó el Trueno—. ¡Casi lo había olvidado por completo! La ignorancia del fiscal me ha llevado a pensar en cosas bien distintas.

Rebuscó entre sus papeles, encontró el que buscaba y dijo:

—Rebecka Lind era mala estudiante. Terminó noveno con unas notas muy por debajo de lo requerido para poder acceder al instituto, pero ¿era tan mala estudiante en todas las asignaturas?

—Iba bien en mi asignatura —contestó la testigo—; era una de las mejores alumnas que nunca he tenido. Rebecka tenía muchas ideas propias en lo referente a verduras y productos naturales. Era consciente de que nuestra alimentación, tal como está planteada hoy en día, es despreciable, y que la mayor parte de los alimentos que se encuentran en las tiendas a disposición del público están de una forma o de otra envenenados.

—¿Opina la testigo lo mismo al respecto?

—Sí, absolutamente.

—Esto querría decir que los bistecs con guarnición y las copas de whisky con los que, por ejemplo, yo y el propio fiscal entretenemos nuestras miserables vidas, son despreciables.

—Sí —dijo la testigo—, profundamente despreciables. Es un tipo de alimentación que no solamente daña el cuerpo, sino también la mente y la posibilidad de pensar con claridad. Del mismo modo, el uso del tabaco causa daños al cerebro. Uno se vuelve simplemente idiota a base de fumar. Por otro lado, Rebecka entendió en seguida la importancia de una alimentación saludable. Se hizo con un huerto y estaba siempre conforme con lo que la naturaleza le ofrecía. Por eso siempre llevaba un cuchillo de jardín en el cinto. Yo he charlado mucho con Rebecka.

—¿Sobre remolachas biodinámicas?

El Trueno bostezó.

—Entre otras cosas, pero lo que quiero resaltar es que Rebecka es una chica sana. Quizá su formación académica no sea muy amplia, pero esa circunstancia la tiene perfectamente asumida. Ella no es nada partidaria de sobrecargar su pensamiento con un montón de cosas irrelevantes. Lo único que realmente le interesa son cuestiones como, por ejemplo, cómo se las arreglará la naturaleza para salvarse bajo amenazas totales. No está interesada en política, es decir, lo está en la medida en que considera esta sociedad completamente incomprensible, y piensa que sus dirigentes no pueden ser otra cosa que delincuentes o locos.

—No hay más preguntas —dijo el Trueno.

Llegados a este punto, parecía más interesado en irse a casa que en seguir aburriéndose.

—Me interesa ese cuchillo —anunció Bulldozer dando un brinco y abandonando su sitio.

Se dirigió a la mesa, delante del juez, y cogió el cuchillo.

—Es un cuchillo de jardín normal y corriente —explicó Hedy-Marie Wirén—, es el mismo que ha tenido siempre. Como puede ver, el mango está gastado pero la hoja está en buen estado.

—No es menos cierto que puede resultar un arma peligrosa —dijo Bulldozer.

—Eso habría que verlo; yo no me atrevería a atacar ni a un gorrión con ese cuchillo. Aparte de eso, Rebecka tiene aversión a todo lo que signifique violencia. Ni siquiera la entiende cuando la ve con sus propios ojos, y es una persona incapaz de dar una simple bofetada.

—Yo insisto en que esto es un arma peligrosa y mortal —exclamó Bulldozer, agitando el cuchillo en el aire.

No parecía muy convencido, y a pesar de estarle dedicando su mejor sonrisa a la testigo, tuvo que hacer acopio de valor y de paciencia para resistir la pregunta que le hizo la mujer:

—Me da la impresión de que, una de dos: o usted es malo, o es usted simplemente tonto —dijo la testigo—. ¿Fuma usted o bebe alcohol?

—No hay más preguntas —dijo Bulldozer.

—Han terminado los interrogatorios a los testigos —anunció el juez. ¿Alguien tiene más preguntas antes de pasar a la investigación y a las alegaciones?

El abogado Braxén se levantó chasqueando con la lengua y se dirigió cojeando hacia la tribuna. Dijo:

—Lo de la investigación suele ser un simple trámite rutinario que sirve para que el encargado de redactarla se gane cincuenta coronas, o lo que paguen ahora. Por eso quisiera, y lo mismo espero que hagan otras personas responsables, dirigir unas cuantas preguntas a Rebecka Lind.

Se dirigió por primera vez a la acusada:

—¿Cómo se llama el rey de Suecia?

Incluso Bulldozer pareció confundido.

—Eso no lo sé —dijo Rebecka Lind—, ¿es que hay que saberlo?

—No —admitió el Trueno—, no hay que saberlo. ¿Sabe cómo se llama el primer ministro?

—No, ¿quién es ese?

—Es el jefe del gobierno y el máximo responsable de la política del país.

—En ese caso es un bribón —dijo Rebecka Lind—. Yo sé que Suecia ha construido una central atómica en Barsebäck, en Escania, y eso queda a sólo veinticinco kilómetros del centro de Copenhague. Dicen que el gobierno es culpable de estropear la naturaleza.

—Rebecka —dijo Bulldozer Olsson amablemente—, ¿cómo puede saber estas cosas sobre centrales nucleares, cuando ni siquiera sabe el nombre del primer ministro?

—Mis amigos suelen hablar de cosas como ésta, pero no se meten en política.

El Trueno dejó que todo el mundo meditase sobre la frase. Luego dijo:

—Antes de ir a ver a ese director de banco, cuyo nombre he olvidado y espero que para siempre, ¿había estado alguna vez en un banco?

—No, nunca.

—¿Por qué no?

—¿Qué iba a hacer yo allí? Los bancos son para los ricos. Mis amigos y yo nunca vamos a lugares así.

—Sin embargo, un día fue —dijo el Trueno—. ¿Por qué?

—Porque necesitaba dinero. Uno de mis conocidos me dijo que se podía pedir prestado en los bancos. Luego, cuando ese director de banco imbécil me dijo que había bancos que eran propiedad del pueblo, pensé que allí me podrían prestar el dinero.

—¿Así que cuando entró en la oficina del banco PK creyó, en realidad, que le iban a prestar el dinero?

—Sí, pero me quedé asombrada al ver lo fácil que resultaba. Ni siquiera me dieron tiempo para decir cuánto necesitaba.

Bulldozer, que ya había comprendido en qué dirección pensaba actuar la defensa para derrumbar la acusación, se apresuró a intervenir.

—Rebecka —dijo sonriendo con toda la cara—, hay cosas que no acabo de comprender. ¿Cómo es posible que, con la cantidad de medios de comunicación que hay actualmente, alguien consiga desconocer las mínimas normas que rigen la sociedad?

—Su sociedad no es la mía —replicó Rebecka Lind.

—Esto no es cierto, Rebecka —protestó Bulldozer—; vivimos todos juntos en este país y tenemos una responsabilidad común para discernir lo que está bien de lo que está mal. Pero quiero preguntarle cómo se logra no oír lo que dice la televisión y la radio y no ver lo que explican los periódicos.

—Yo no tengo ni radio ni tele, y lo único que miro en los periódicos es el horóscopo.

—Pero usted ha ido nueve años a la escuela, ¿no?

—Allí sólo intentaban enseñarnos un montón de paja. Yo procuraba no escuchar.

—Pero el dinero... —dijo Bulldozer—, el dinero es algo que le interesa a todo el mundo.

—A mí no.

—¿De dónde sacaba el dinero para mantenerse?

—De la oficina social, pero yo necesitaba muy poco, al menos hasta ahora.

El juez resumió entonces el informe de las investigaciones con una voz monótona, y no resultó tan banal como había supuesto el abogado Braxén.

Rebecka Lind había nacido el 3 de enero de 1956 y se había criado en el seno de la clase media baja. El padre era oficinista de bajo rango en el ramo de la construcción. El ambiente familiar había sido bueno, pero Rebecka se había rebelado precozmente, y la oposición contra sus padres había culminado a sus dieciséis años. Había mostrado escasísimo interés por la escuela y la había dejado después de noveno. Sus profesores consideraban su bagaje intelectual muy poco consistente; a pesar de no carecer de inteligencia, ésta daba como resultado unas formulaciones escasamente reales y tangibles. No había podido encontrar ningún trabajo, pero tampoco mostró mayor preocupación por el asunto. A los dieciséis años la situación

familiar atravesaba una época de especial pobreza y resolvió marcharse de casa. A la pregunta de los investigadores, el padre había respondido que aquello había sido lo mejor para todos, ya que tenían otros hijos que respondían mejor a sus desvelos. Primero había vivido en una habitación que había conseguido como préstamo más o menos permanente de un conocido, y que conservó incluso cuando consiguió un pequeñísimo apartamento en el Söder, en Estocolmo. A principios de 1973 había conocido a un desertor americano de la OTAN y se había ido a vivir con él. Se llamaba Jim Cosgrave. Rebecka Lind había quedado en seguida embarazada, cosa que además le apetecía, y en enero del setenta y cuatro había tenido una niña, Camilla. La pequeña familia había empezado entonces a pasar dificultades. Cosgrave quería trabajar, pero no encontró nada porque llevaba melenas y porque era extranjero. El único trabajo que consiguió durante años en Suecia fueron dos semanas de verano como lavaplatos en uno de los transbordadores que van a Finlandia. Además, añoraba los Estados Unidos. Tenía una buena formación, y pensaba que podría arreglárselas bastante bien cuando volviera a América con su familia. A principios de febrero había entrado en contacto con la embajada americana y se declaró dispuesto a regresar voluntariamente, siempre que le dieran un mínimo de garantías. Habría que repatriarlo y se le había prometido que sólo recibiría un castigo formal, aparte de que, por lo visto, estaba protegido por los pactos con el estado sueco. Había volado a Estados Unidos el 12 de febrero. Rebecka había calculado poder viajar hacia marzo, ya que los padres de su novio les habían prometido ayudarles con algo de dinero. Pero los meses pasaron y no se supo nada de los Cosgrave. Ella acudió a la oficina social, y se le dijo que no había nada que hacer, ya que Cosgrave era extranjero. Fue entonces cuando Rebecka Lind decidió viajar por su cuenta a Estados Unidos para averiguar qué había pasado. Para obtener el dinero se había dirigido a un banco, con el resultado de todos conocido. Las investigaciones eran en sí positivas. Revelaban que Rebecka había cuidado a su niña con mucho cariño, que nunca había sido un lastre para nadie, ni había mostrado inclinación a la violencia. Era sincera hasta el máximo; sólo que adoptaba una actitud ajena a este mundo y daba frecuentes pruebas de una exagerada buena fe. Cosgrave también fue brevemente enjuiciado. Según sus conocidos, se trataba de un joven decidido, que no intentaba soslayar sus responsabilidades y que creía sin reservas en un futuro para sí y para su familia en Estados Unidos.

Mientras se daba lectura a los resultados de las investigaciones personales Bulldozer Olsson se había estado entreteniendo en estudiar uno de sus informes, con periódicos y significativas consultas al reloj.

Se levantó para hacer las alegaciones y Rhea le miró guiñándole un ojo.

Dejando aparte su deplorable indumentaria, era un hombre del que emanaba una gran seguridad en sí mismo y un gran interés por todo lo que hacía.

Bulldozer había ojeado el planteamiento de la defensa del Trueno, pero se había propuesto no dejarse impresionar. En su lugar, optó por expresarse sencilla y brevemente, y conservando la línea de lo que había pensado de antemano. Sacó el pecho —en realidad fue más bien el estómago—, observó sus polvorientos zapatos marrones y dijo con una voz aterciopelada:

—Voy a presentar mis alegaciones dentro de la más estricta exposición de hechos. Rebecka Lind entró en la oficina del banco PK armada con un cuchillo y provista de una bolsa de mano vieja, en la que pensaba meter el botín. Mi larga experiencia en atracos sencillos a los bancos, —y se han perpetrado a miles en los últimos años— me lleva a la convicción de que Rebecka actuó siguiendo una pauta. Su inexperiencia hizo que fuera detenida en seguida. Personalmente, siento compasión por la acusada, que a su tierna edad ya se ha dejado arrastrar a la perpetración de un delito execrable, pero aun así me veo obligado, en nombre de la igualdad de todos ante la ley, a solicitar una pena carcelaria. Las pruebas son, como se ha demostrado en este largo juicio, irrefutables, y no hay argumentación que las pueda echar por tierra.

Bulldozer jugueteó con los dedos y su corbata, y añadió:

—Con esto doy por terminada mi alegación y dejo el veredicto en manos del jurado.

—¿Está el abogado Braxén preparado para las alegaciones finales de la defensa? —preguntó el juez.

El Trueno no parecía preparado en absoluto. Reunió de cualquier manera todos sus papeles en un montón, observó un instante su cigarro y se lo metió en el bolsillo. Después miró a su alrededor por toda la sala, como si no hubiera estado jamás allí. Observó minuciosamente a cada uno de los presentes, como si no hubiera visto a nadie en su vida.

Por fin se levantó y avanzó cojeando, para recorrer de arriba abajo la barandilla que le separaba del tribunal.

La mayor parte de los que conocían al Trueno estaban a la espera, porque sabían que tanto se le podía ocurrir estar hablando durante horas como liquidar las alegaciones en cinco minutos.

Bulldozer Olsson miró ostentosamente su reloj.

El Trueno contempló con reproche al juez, al portavoz y a los miembros del tribunal, mientras continuaba paseando. Su cojera, imperceptible al principio, se había ido haciendo más visible a media que avanzaba el juicio.

Por fin comenzó:

—Como ya dije en la presentación, esta señorita, que ha sido sentada en el banquillo de los acusados o, mejor dicho, en la silla, es inocente, y realmente sería innecesario hacer alegaciones en su defensa, a pesar de lo cual voy a decir algunas palabras.

Todos se preguntaron nerviosos qué querría decir el Trueno con lo de las «pocas palabras».

Sin embargo, la intranquilidad no tenía fundamento. El Trueno se desabrochó la americana, eructó con una expresión de alivio, sacó el estómago y se dirigió a la tribuna, diciendo:

—Como ha dicho el fiscal, se cometen una enorme cantidad de atracos en este país. La gran publicidad que les rodea y las intervenciones a menudo espectaculares de la policía para evitarlos no sólo han contribuido a hacer del fiscal un hombre conocido y celebrado, cuyas corbatas incluso han encontrado un espacio en las columnas de los semanarios; no sólo eso, sino que se ha desatado una histeria colectiva que hace que, cuando una persona normal entra en un banco, se tienda a pensar que el recién llegado está allí para cometer un atraco o cometer cualquier otra inconveniencia.

El Trueno hizo una pausa, y estuvo un rato contemplando el suelo. Probablemente estaba intentando concentrarse.

—Rebecka Lind no ha recibido mucha ayuda ni muchas alegrías por parte de la sociedad. Ni la escuela ni sus propios padres ni la generación de los adultos le han dado su apoyo o su estímulo. El hecho de que no se haya integrado totalmente en el sistema social es algo de lo que no podemos culparla. Cuando ella, a diferencia de tantos otros jóvenes, intenta encontrar trabajo, se le dice simplemente que no hay. Sería revelador preguntarse por qué no hay trabajo para la gente que sube, pero vamos a dejarlo. Cuando por fin se ve en una situación de auténtico apuro decide dirigirse a un banco. No tiene la más leve idea de cómo funciona la banca y se le ocurre la errónea idea de que el banco PK iba a ser menos capitalista, o simplemente

de propiedad popular. Cuando la cajera ve entrar a Rebecka se le antoja que entra a robar, en parte porque no se le ocurre que una persona como ella tenga algún motivo para entrar en un banco, y en parte porque vive alterada por las innumerables directrices con las que se bombardea a los empleados de banca en los últimos tiempos. En seguida conecta la alarma y empieza a meter billetes en la bolsa que la chica había colocado sobre el mostrador. ¿Qué pasa después? Pues que en lugar de aparecer los bien entrenados detectives del fiscal jefe, que no tienen tiempo para ocuparse de cosas tan banales como ésa, aterrizan dos policías de uniforme en un coche patrulla. Mientras uno de ellos, según propias palabras, se arroja como una pantera sobre la chica, el otro logra esparcir todo el dinero por el suelo. Aparte de esta aportación, encima interroga a la cajera. De dicho interrogatorio se desprende que Rebecka no amenazó a nadie dentro del banco y que no exigió el dinero. Todo, en resumen, puede llamarse un malentendido. Esta chica se condujo con cierta ingenuidad, pero eso, como todos saben, no constituye delito.

El Trueno se marchó cojeando hacia su mesa, estudió los informes con la espalda vuelta hacia el juez y los jurados, y dijo:

—Exijo que Rebecka Lind sea liberada y que se invalide la denuncia. Cualquier exigencia alternativa resulta irrisoria, pues cualquiera, en su sano juicio, ha de comprender que no tiene culpa alguna y que por consiguiente no ha lugar ninguna clase de castigo.

Las deliberaciones del tribunal fueron breves. La sentencia llegó en menos de media hora.

Rebecka Lind fue declarada inocente y puesta inmediatamente en libertad. Sin embargo, no fue retirada la denuncia, porque cinco de los miembros del tribunal habían votado a favor de retirarla, pero dos en contra, y el juez había recomendado sentencia condenatoria.

Cuando abandonaban la sala, Bulldozer Olsson se acercó a Martin Beck y le dijo:

—Ya lo ves, si hubieras sido un poco más listo, habrías ganado la botella de whisky.

—¿Piensas recurrir?

—No. ¿Te crees que no tengo nada mejor que hacer que pasarme un día entero en el tribunal supremo aguantando al Trueno? ¡Y por un caso así!

Y se marchó.

El Trueno también se acercó a ellos. Parecía cojear todavía más.

—Gracias por venir a declarar —dijo—; muchos no lo hubieran hecho.

—Creí entender tu pensamiento —explicó Martin Beck.

—Ése es el problema —dijo Braxén—: que muchos entienden el pensamiento de uno, pero luego no se presentan a declarar.

El Trueno observó agradecido a Rhea mientras apretaba su cigarro.

—He tenido una conversación muy interesante con la señorita, señora, con la dama... con esta dama, durante el descanso.

—Nielsen se llama —aclaró Martin Beck—, Rhea Nielsen.

—Gracias —dijo el Trueno cálidamente—; a veces me parece que pierdo algunos juicios justamente por eso de los nombres. En cualquier caso, lo que creo es que la señora Nilsson tendría que haberse dedicado a la abogacía. Ha analizado todo el caso en diez minutos y ha hecho una composición de lugar que al fiscal le hubiera costado varios meses desentrañar, suponiendo que fuera capaz de entenderlo.

—Hmmm —dijo Martin Beck—, si Bulldozer quisiera recurrir al supremo, seguramente ganaría.

—Psé —hizo el Trueno—. Hay que tener en cuenta la psique del adversario. Si pierde en primera instancia, no recurre nunca.

—¿Por qué no?—preguntó Rhea.

—Porque perdería su imagen de hombre tan ocupado que apenas tiene tiempo para nada. Y si todos los fiscales fueran como Bulldozer, medio país estaría entre rejas.

Rhea hizo una mueca.

—Gracias de todos modos —dijo el Trueno, y se alejó cojeando.

Ante la puerta del Ayuntamiento se paró y encendió su cigarro. Dado que simultáneamente soltó un eructo imponente, el resultado fue que abandonó la sede judicial envuelto en una enorme nube de humo.

Martin Beck lo miró pensativo. Luego dijo:

—¿Adónde quieres ir?

—A casa.

—¿A la tuya o a la mía?

—A la tuya, pues ya hace tiempo que no vamos.

«Hace tiempo» eran escasamente cuatro días.

4

Martin Beck vivía en la calle Köpman, en la Ciudad Vieja, tan en medio de Estocolmo que no podía estar más céntrico. Era una casa bien puesta, y cualquiera hubiera dicho que se trataba de un apartamento de ensueño, excepto, naturalmente, los decadentes presumidos que vivían en Saltsjöbaden o en Djursholm, con sus villas, parques y piscinas. Había tenido suerte cuando encontró aquel apartamento. Lo más increíble era que lo había obtenido sin amenazas, sin extorsión ni a cambio de nada sucio, que era la forma habitual de los policías para obtener algo en la vida. Además, aquel apartamento era lo que le había dado fuerzas para la ruptura final de un matrimonio de dieciocho años, totalmente desgraciado.

Luego había tenido mala suerte de nuevo, cuando un loco le pegó un tiro en el pecho desde un tejado, y un año después, ya dado de alta del hospital, le pareció que volvía de otro mundo: harto del trabajo y asustado por la posibilidad de tener que pasarse el resto de su vida activa sentado en una butaca detrás de una mesa de jefe de oficina, rodeado de alfombras costosas y de cuadros de primeras firmas.

Ese riesgo había pasado ya. Los jefazos de la dirección general de la policía habían llegado a la conclusión de que, si bien no podía decirse que estuviera loco del todo, lo que sí era seguro era que resultaba totalmente imposible trabajar a su lado.

Martin Beck era, pues, comisario jefe del servicio nacional de homicidios, y continuaría siéndolo mientras existiese esa sección anticuada pero todavía eficaz.

Incluso se rumoreaba que dicha sección tenía un presupuesto excesivo, lo cual redundaba, desde luego, en un buen equipamiento del personal, y que tenía en realidad pocos casos en los que ocuparse y, por tanto, mucho tiempo disponible para dedicarlo a cada proceso de investigación.

También había personas de altos cargos que no simpatizaban en absoluto con Martin Beck en el terreno personal. Uno de ellos había hecho correr el rumor de que Martin Beck, valiéndose de malas artes, había sido el responsable directo de que Lennart Kollberg, uno de los mejores policías del país, abandonase el cuerpo para dedicarse a clasificar revólveres a

tiempo parcial en el Museo del Ejército, consintiendo que su pobre mujer sucumbiera a las dificultades de llevar una casa adelante.

Martin Beck se soliviantaba raramente, pero cuando oyó este infundio le faltó poco para levantarse y sacudirle en los morros a quien se lo fue a contar.

La verdad había sido que todos contribuyeron un poco a que Kollberg se retirara; él mismo fue el primero, porque así conseguiría ver más a menudo a su familia, su mujer y sus hijos, que querían tenerle en casa más tiempo. Además, también lo hizo Benny Skacke, que obtuvo la plaza de Kollberg, con lo cual seguramente llegaría a almacenar los méritos suficientes en su imparable carrera hacia una meta que llevaba clavada entre ceja y ceja: ser jefe de policía. Por último, tuvieron parte en la decisión de Kollberg ciertos miembros de la dirección general de la policía, quienes, a pesar de tener que admitir que era un buen policía, jamás dejaron de considerar que «resultaba incómodo» y que «ocasionaba dificultades».

Al fin y al cabo, sólo había una persona en todo Västberga que echase de menos a Kollberg, sobre todo mientras pasaban los días vacíos y sin ningún acontecimiento digno de mención, y esa persona era Martin Beck.

Cuando salió del hospital dos años atrás, tuvo el mismo problema de índole personal. Se había sentido solo y aislado como nunca; el caso que le asignaron como terapia de recuperación parecía extraído de un manual para confeccionar novelas policíacas. Se trataba de una habitación cerrada; la investigación resultaba artificiosa y la solución nada satisfactoria. A menudo, tuvo la impresión de ser él quien se encontraba en dicha habitación cerrada, en lugar de un cadáver más o menos interesante.

Y luego volvió a tener suerte, pero no con las investigaciones, porque el asesino apareció por sí solo, y Bulldozer Olsson prefirió plantear el subsiguiente juicio culpando al acusado de un asesinato en conexión con el atraco a un banco, del cual el acusado ni siquiera era responsable. Era el mismo juicio al que el Trueno se había referido pocas horas antes. Desde aquella vez, Martin Beck había dejado de sentir aprecio por Bulldozer, en vista de sus maniobras inmorales y despreciables. Pero la cosa no era muy grave; Martin Beck no era rencoroso y charlaba sin reservas con Bulldozer, aunque no podía negar que le satisfacía enormemente tener ocasión de fastidiarle de vez en cuando, como había logrado aquel mismo día con su testimonio.

No, la suerte de Martin Beck no era otra que Rhea Nielsen. Había conocido a una mujer y al cabo de diez minutos se había dado cuenta de que le interesaba sobremanera; ella tampoco había disimulado su interés por él. Al principio, lo más significativo había sido descubrir a una persona capaz de comprender lo que él quería decir y cuyas opiniones tampoco resultaban complicadas, sin que surgieran malentendidos por ningún motivo.

Así había empezado. Se habían visto a menudo, pero sólo en casa de ella. Tenía una casa de alquiler en la calle Tule y la llevaba un poco como una comuna.

Pasaron bastantes semanas hasta que ella se decidió a ir al piso de la calle Köpman. Aquella vez había hecho la comida, pues era una entusiasta de la cocina. Durante la velada se había visto que además tenía otros intereses y que ambos coincidían en casi todo. Había sido una estupenda velada, quizá la mejor del mundo para Martin Beck.

Desayunaron juntos por la mañana, un desayuno que había preparado Martin Beck, y él se la quedó mirando mientras ella se vestía. La había visto desnuda muchas veces, antes, pero le daba la impresión de que tardaría bastantes años en terminar de mirar.

Rhea Nielsen era fuerte y estaba bien formada. Cabía decir que era un poco machucha, pero también que tenía un cuerpo muy bien proporcionado y armonioso. Y su cara tenía unos rasgos irregulares, muy pronunciados y que revelaban una fuerte personalidad.

Lo que más le gustaba a él eran cinco cosas distintas: su intransigente mirada azul, sus senos pequeños y redondos, sus pezones grandes y ligeramente tostados, su rubia zona entre las ingles, y sus pies.

Rhea Nielsen se rió roncamente.

—Sí, mira, hace gracia que la miren a una de vez en cuando —dijo, poniéndose las bragas.

Poco después estaban desayunando té y tostadas con mermelada. Ella parecía pensativa, y Martin Beck sabía por qué, porque también él estaba preocupado. Un par de minutos después, ella le dijo al marcharse:

—Gracias por esta noche tan estupenda.

—Igualmente.

—Te llamaré —dijo Rhea—, y, si te parece que tardo mucho, llama tú.

Parecía agradecida, pero todavía preocupada. Luego se calzó sus zuecos y dijo bruscamente:

—Bueno, adiós y gracias.

Martin Beck tenía el día libre. Cuando Rhea se hubo marchado se metió en el baño y se duchó, se frotó con la toalla y se tumbó en la cama después de ponerse el albornoz.

Estaba preocupado; se levantó y se miró al espejo. Había que reconocer que no parecía tener cuarenta y nueve años, pero también había que admitir que los tenía. Sus rasgos no habían cambiado durante bastantes años. Era vigoroso y alto, un hombre con la piel algo amarillenta y la barbilla ancha. El cabello no presentaba ni una sola cana, y no tenía tampoco entradas.

¿O eran todo ilusiones, sólo porque le parecía que tenía que ser así?

Martin Beck volvió a la cama, se tumbó de espaldas y se puso las manos detrás de la nuca. Había pasado las mejores horas de su vida. Al mismo tiempo había surgido un problema que le parecía insoluble. Era una delicia acostarse con Rhea, pero ¿cómo era ella? No estaba seguro de poderlo decir, porque no estaba seguro de nada. Todo eran conjeturas y sensaciones encontradas. Aquella noche había sido fantástica, sobre todo sexualmente, aunque Martin Beck no era un experto en estas lides.

¿Cómo era ella? No sabía qué contestar a eso, y habría que hacerlo antes de abordar la cuestión principal. Ella lo había pasado bien, se reía, y en algún momento le había parecido oírla llorar. Tan pronto le parecía que todo era perfecto, como de repente le parecía que todo era descabellado. No funcionaría, había demasiadas cosas en contra. Él era trece años mayor que ella, y ambos estaban divorciados y tenían hijos, aunque los suyos eran mayores, Rolf tenía diecinueve años, e Ingrid pronto cumpliría veintitrés; sin embargo, los de Rhea eran todavía pequeños. Por otro lado, cuando él cumpliera los sesenta, a punto de jubilarse, ella tendría todavía cuarenta y siete. No, no podía ser, aquello era una locura.

Martin Beck no la llamó. Pasaron los días, y había pasado más de una semana desde aquella velada perfecta, cuando sonó el teléfono a las siete y media de la mañana.

—Hola —dijo Rhea.

—¿Qué tal, cómo estás?

—Bien gracias, ¿estás ocupado?

—No, en absoluto.

—¡Desde luego, no sé cuándo estáis ocupados los policías! —dijo Rhea—. ¿Cuándo trabajáis?

—Hemos tenido bastante calma en la sección, pero en otras secciones no tanto; sal a la calle y verás.

—Gracias, ya sé el aspecto que tiene la calle.

Hizo una breve pausa y tosió roncamente. Luego dijo:

—¿Podemos charlar?

—Creo que sí.

—De acuerdo. Iré adonde digas. Casi mejor en tu casa, ¿no?

—Y podríamos salir a cenar después —propuso Martin Beck.

—Sí —dijo ella al cabo de un rato—, claro que sí. ¿Se puede ir con zuecos a ese restaurante?

—Desde luego.

—Pues iré a las siete. No creo que vaya a ser una reunión demasiado larga.

Fue una conversación importante para los dos, pero fue como había pronosticado Rhea, sin demasiadas complicaciones y sin posibilidad de andarse por las ramas.

Martin Beck tampoco estaba para charlar demasiado rato. Sus pensamientos solían ir en la misma dirección, y no había razón para que aquella vez no fuese también así. Más de una vez habían dicho exactamente la misma frase al mismo tiempo, lo cual resultaba significativo.

Rhea llegó exactamente a las siete. Se quitó los zuecos de cualquier manera y se puso de puntillas para llegar a darle un beso. Luego preguntó:

—¿Por qué no me llamaste?

Martin Beck no respondió.

—¿Porque habías estado pensando y no te gustaba el resultado final?

—Más o menos.

—¿Más o menos?

—Exactamente eso.

—O sea que no podemos empezar a vivir juntos o casarnos, o tener más críos o cualquier otra tontería, porque entonces todo se complica y se enreda, y una buena relación como la que tenemos se puede estropear con mucha facilidad, se puede ir al cuerno en dos días.

—Sí —dijo él—, seguramente tienes razón, por mucho que me gustase llevarte la contraria.

Ella le miró fijamente con sus ojos azulísimos y le dijo:

—¿Quieres llevarme la contraria?

—Sí, pero no.

Por un momento, ella pareció desconcertada. Fue hacia la ventana, apartó la cortina y dijo algo en voz tan baja que él no pudo entender nada.

Tras unos segundos, y todavía sin volverse hacia él, añadió:

—He dicho que te quiero. Te quiero ahora y me parece que voy a continuar queriéndote durante mucho tiempo.

Martin Beck se sintió desarmado. Fue hacia ella y la rodeó con los brazos. Ella levantó en seguida la cabeza y le dijo:

—Lo que quiero decir es que apuesto por ti y que pienso seguir así mientras lo hagamos los dos, ¿queda claro?

—Sí —dijo Martin Beck—, ¿vamos a cenar?

Fueron a un restaurante tan caro que más de uno miró aquellos zuecos colorados con cara de horror. En general salían poco a cenar, porque a Rhea le encantaba cocinar y además lo hacía mejor que la mayoría.

Después volvieron a casa y se acostaron en la misma cama, lo cual no había previsto ninguno de los dos.

Desde entonces habían pasado casi dos años. Rhea Nielsen había estado en la casa de la calle Köpman en innumerables ocasiones, y en cierto modo había conseguido darle un aire personal al piso, lo cual se advertía sobre todo en la cocina, que estaba irreconocible.

También había colgado un cartel con la efigie de Mao Zedong sobre la cabecera de la cama. Martin Beck no se pronunciaba nunca en cuestiones políticas y tampoco había dicho nada sobre el particular.

Pero Rhea había dicho:

—Si alguien te viene a hacer un reportaje íntimo, más valdrá que lo saques, si es que eres tan cobarde como para eso...

Martin Beck no había contestado, pero, al pensar en el estremecimiento que semejante cartel podía llegar a causar en ciertos círculos, prefirió que siguiera donde estaba.

Cuando entraron en el apartamento de Martin Beck la noche del 5 de junio de 1974, Rhea se desabrochó en seguida las sandalias.

—Esta mierda de tirantes me rozan —dijo—, pero seguramente se alargarán dentro de una semana.

Se quitó las sandalias y las arrojó lejos de sí.

—¡Qué bien! —dijo.

Llevaba charlando todo el trayecto desde el juzgado municipal. Lo que más le había impresionado había sido el procedimiento casi ilegal de la policía, la sentencia prácticamente milagrosa y casual, y, en definitiva, el juicio en su totalidad.

—A lo mejor yo también puedo decir algo —indicó Martin Beck.

—Desde luego, ya sabes que yo hablo demasiado, pero tú mismo has reconocido que la locuacidad no es ningún defecto de carácter.

—Correcto, y llevo tanto rato escuchándote que empiezo a creer que la locuacidad es, definitivamente, una riqueza del carácter, al menos cuando el interesado tiene algo importante que decir.

—La locuacidad es bonita —dijo ella, riéndose.

Martin Beck dijo:

—Me he dado cuenta de que estabas conversando muy animadamente con Braxén durante uno de los descansos. Me ha entrado una gran curiosidad por lo que hablabais.

—La curiosidad también es una virtud —repuso Rhea—. Bueno, pues le indicaba ciertos aspectos de la vista que me ha parecido que él no había observado, y después he visto que realmente no se había dado cuenta. Después...

—¿Después?

—Después he hablado con él de las mismas cosas que he comentado contigo cuando veníamos, o sea de que tenemos la policía más cara del mundo, a pesar de lo cual esta policía realiza investigaciones que resultan tan defectuosas que no debieran llegar jamás a los tribunales, y que en un verdadero Estado de derecho serían devueltas inmediatamente a la propia policía.

—¿Y qué ha dicho el Trueno sobre el particular?

—Que hay que hablar en voz baja sobre eso del Estado de derecho, y que el presupuesto exagerado de la policía sólo sirve para defender al régimen y a ciertas clases privilegiadas y a ciertos grupos.

—Podría haber añadido que la criminalidad en el país es muy elevada.

—Y la segunda parte de la pregunta —dijo Rhea— es: ¿por qué esta fuerza policial tan fabulosa no es capaz de llevar a cabo investigaciones como está mandado? Yo misma lo haría mejor. Están jugando con el futuro de las personas, y a menudo con sus propias vidas. ¿Puedes contestar a esto, por favor?

—Es cierto que los recursos de la policía han aumentado mucho en los últimos diez años, pero una gran parte de ese presupuesto se reserva para misiones especiales. Lo que no tengo es la menor idea acerca de qué clase de misiones o trabajos se trata.

—Es precisamente la misma respuesta que me ha dado Braxén.

Martin Beck no dijo nada.

—Pero has hecho algo bueno hoy —dijo Rhea—. ¿Cuántos policías se hubieran presentado para contestar a esas preguntas?

Martin Beck siguió sin decir nada.

—¡Ni uno solo! —dijo Rhea—, Y lo que has dicho, ha hecho ganar el juicio, lo he visto en seguida. Si tuviera tiempo, iría más a menudo a los juicios; es muy instructivo, estimula la sensibilidad y se ve en seguida cómo reacciona la gente y cómo cambian de cara.

A Rhea Nielsen no le hacía absolutamente ninguna falta ser más sensible de lo que era, pero Martin Beck se abstuvo de comentarlo.

Ella se miró los pies y dijo:

—Son bonitas estas sandalias, pero qué daño, caray. ¡Menos mal que me las he podido quitar!

—Sácate lo demás, si quieres —dijo Martin Beck.

Había conocido ya lo suficiente a aquella mujer como para saber exactamente hacia dónde iban a ir los tiros: o bien se quitaría toda la ropa en seguida, o bien empezaría a charlar sobre cualquier otro tema.

Rhea le miró fijamente. A veces parecía tener luz propia en la mirada, pensó Martin Beck. Ella abrió la boca como para ir a decir algo, pero la volvió a cerrar en seguida.

Entonces se quitó la camisa y los téjanos, y, antes de que Martin Beck lograra desabrocharse la chaqueta, sus ropas yacían por el suelo y ella se había tendido desnuda sobre la cama.

—Puñeta, ¡si que tardas en desnudarte! —exclamó ella riéndose.

De repente se había puesto de buen humor. Se notó también en la postura que escogió, con las piernas bien separadas y algo levantadas, tal como le pareció más divertido y que también era la forma más efectiva. Ambos llegaron al mismo punto al mismo tiempo, y consideraron que era suficiente por aquel día.

Rhea Nielsen hurgó en el armario y sacó una chaqueta larga de color lila, que seguramente era su prenda más querida y la que le había costado más dejar abandonada en la calle Tule, lo mismo que toda su persona.

Justo antes de terminar de ponérsela, empezó a hablar de comida.

—Un buen bocado caliente me sentaría bien, o cuatro o cinco. He comprado de todo, jamón, pastel de hígado y el mejor queso Jarlsberg que hayas probado en tu vida.

—Te creo —dijo Martin Beck.

Él se quedó junto a la ventana y escuchó las sirenas de la policía, que se oían muy bien a pesar de que vivía en un lugar bastante recogido.

—Estará listo dentro de cinco minutos —dijo Rhea.

—Te sigo creyendo.

Siempre que se acostaban juntos ocurría lo mismo: ella se sentía hambrienta de repente. A veces era una cosa tan aparatosa que salía desnuda hacia la cocina para empezar a preparar comida. El hecho de que casi siempre prefiriera comer caliente hacía que la convivencia resultara más complicada.

Martin Beck no tenía problemas de este tipo. Más bien le ocurría al revés. Desde luego, sus problemas de estómago se habían esfumado cuando se libró de su mujer; no era fácil saber si se debía a su tosca manera de cocinar o a un problema psicosomático, pero de todos modos, tanto cuando estaba de servicio como en los momentos en que no estaba junto a Rhea, sus necesidades alimentarias se arreglaban con un par de canapés de queso y un par de vasos de leche homogeneizada.

Pero resultaba muy difícil resistirse a los canapés calientes que preparaba Rhea.

De la misma manera que Bulldozer Olsson casi siempre ganaba sus juicios, Rhea alcanzaba el éxito con sus platos.

Martin Beck comió tres canapés y se bebió dos botellas de Hof. Rhea se zampó a su vez siete canapés y media botella de vino tinto, pero no quedó satisfecha y un cuarto de hora más tarde se metía en la cocina para tratar de pescar algo comestible en algún rincón.

—¿Estás contenta? —preguntó Martin Beck.

—Sí, gracias, es que parece un día especial.

—¿Qué clase de día?

—El día que nos parezca a nosotros, yo qué sé...

—Ah, caramba, eso está bien.

—Podemos celebrar, por ejemplo, el día de la Bandera Sueca, o el día del santo del rey. A ver si encontramos algo original que celebrar cuando nos despertemos.

—Sí, yo creo que se nos ocurrirá algo.

Rhea se encaramó al sillón. A mucha gente le hubiera parecido extraña su postura, su aspecto y aquella chaqueta larga.

Pero a Martin Beck no le pareció nada raro. Al cabo de un rato pareció como si se hubiera dormido, pero de repente dijo:

—Ahora recuerdo lo que quería decirte precisamente cuando te has abalanzado sobre mí.

—Vaya, ¿y qué era?

—Es sobre esa chica, Rebecka Lind. ¿Qué va a ser de ella?

—No le va a pasar nada; la han puesto en libertad.

—A veces dices tonterías, verdaderamente. Ya lo sé, que la han puesto en libertad. La cuestión es qué le va a ocurrir psicológicamente. ¿Será capaz de ocuparse de sí misma?

—Yo creo que sí. No es tan vaga y pasiva como otras de su edad. Y en cuanto al juicio...

—Ah, sí, el juicio, ¿qué le habrá parecido? Algo así como que a una la puede detener la policía, la pueden juzgar y tiene grandes probabilidades de ir a parar a la cárcel aunque no haya hecho nada de nada.

Rhea arrugó la frente y prosiguió:

—Estoy inquieta por esa chica. Es difícil arreglárselas en una sociedad que una ni siquiera comprende, en un lugar en el que una se siente ajena al sistema.

—Al parecer, ese americano es un buen chico, que realmente quería ocuparse de ella.

—A lo mejor ni siquiera puede —replicó Rhea sacudiendo la cabeza.

Martin Beck la miró un rato en silencio. Después dijo:

—En realidad, yo también estoy preocupado por esa chica. Otra cosa es que no podemos hacer nada por ella, aunque, desde luego, podríamos ayudarla privadamente, con dinero, pero me parece que ella no aceptaría una ayuda así, aparte de que yo, personalmente, no tengo dinero para ayudar a nadie.

Ella se tocó la nuca un momento y contestó:

—Tienes razón; me parece que es del tipo de personas que no aceptan ayuda de nadie, que tienen una especie de orgullo clavado en el corazón. No irá nunca voluntariamente a una oficina de ayuda social. Quizá intente encontrar algún trabajo, pero no encontrará nada.

Martin Beck se movió un poco y pronunció su primera frase con tinte político de los últimos años:

—Por lo que se ve, necesitamos ayuda —dijo—. ¿Y quién nos la va a dar?, ¿ése de la pared?

—No puedo pensar nada más —declaró Rhea—, pero una cosa está clara: Rebecka Lind nunca llegará a ser nadie en esta sociedad nuestra.

Estaba en un error, e inmediatamente después se durmió.

Martin Beck fue a la cocina, fregó los platos y puso orden, y al poco rato oyó que Rhea se había despertado y que estaba viendo la televisión. Ya que ella no tenía televisión en casa, por los críos, solía mirar la de él. La oyó gritar algo, soltó lo que tenía entre las manos y entró en la habitación.

—Es un noticiario especial —dijo ella.

Se habían perdido buena parte del principio, pero no había duda acerca de su contenido.

La voz del locutor era solemne, muy grave.

—«...el atentado ha sido perpetrado justo antes de la llegada al palacio. En el momento de pasar la comitiva, ha estallado una potente carga explosiva. El presidente y otras personas que ocupaban el coche blindado han resultado muertos instantáneamente, y sus cuerpos, han quedado mutilados. El automóvil ha salido despedido hacia un edificio cercano. Otras varias personas han muerto en el atentado, entre ellas varios policías de seguridad y civiles que se encontraban en las cercanías. El jefe local de la policía ha informado que con seguridad han muerto dieciséis personas, pero que este número puede aumentar en las próximas horas. También ha destacado que las medidas de seguridad que se habían adoptado eran las más completas en toda la historia del país. Una emisora francesa ha informado, inmediatamente después del atentado, de que el grupo terrorista internacional ULAG se atribuye la responsabilidad del mismo.»

El locutor descolgó el teléfono que tenía a su lado y escuchó durante unos segundos. Después dijo:

—«Vía satélite, tenemos conexión con una cadena de televisión americana que estaba siguiendo en directo esta visita que ha terminado tan trágicamente.»

Las imágenes eran de mala calidad, pero tan dramáticas, a pesar de todo, que resultaban espeluznantes.

Primero se vieron unas imágenes de la llegada del avión presidencial y del propio presidente saludando al comité de recepción. Luego pasaba revista sin demasiado interés a una compañía de honor y saludaba con una sonrisa permanente a sus anfitriones. Después siguieron varias imágenes de la comitiva. El aparato de seguridad parecía realmente imponente. Y entonces venía el momento culminante de la emisión. La cadena televisiva parecía haber tenido un cámara muy bien colocado para la ocasión; si hubiera estado cincuenta metros más cerca, seguramente habría muerto,

pero si hubiera estado cincuenta metros más lejos, lo más probable era que no hubiese podido captar aquellas imágenes. Todo ocurría muy deprisa. Se vio una enorme columna de fuego, coches, animales y personas dando vueltas por los aires, y cuerpos destrozados que formaban parte de una nube de humo como la de una explosión nuclear. Luego el cámara tomó una panorámica de las inmediaciones, que eran realmente hermosas: una fuente artística y una avenida jalonada por palmeras. Luego llegaron las escenas horripilantes que cerraban el reportaje: un caballo al que le faltaba la parte posterior del cuerpo y que se debatía todavía entre estertores, junto a un montón de chatarra que había sido antes un coche, y al lado una masa informe que había sido una persona segundos antes.

El reportero había estado hablando sin parar con esa voz exaltada y apasionada que sólo los reporteros norteamericanos parecen poseer, y había hablado como si hubiera estado comentando el mismo fin del mundo.

—¡Mierda! —exclamó Rhea escondiendo la cabeza en el respaldo del sillón—. ¡En qué mierda de mundo vivimos!

Pero a Martin Beck le faltaba todavía el final.

El locutor volvió a aparecer y dijo:

—«Se nos comunica que la policía sueca había enviado un observador especial al lugar del atentado, el inspector Gunvald Larsson, de la sección de homicidios y delitos violentos de la policía de Estocolmo.»

La pantalla mostró entonces una fotografía de archivo de Gunvald Larsson, con una expresión ausente en el rostro y su nombre mal escrito, como es costumbre en estos casos.

El locutor reapareció y dijo:

—«Sentimos no disponer de ninguna información sobre la suerte que haya podido correr el inspector Larsson. El próximo programa de noticias será el noticiario radiado habitual.»

—¡Joder! —exclamó Martin Beck—. ¡Me cago en la leche!

—¡Qué te pasa! —preguntó Rhea.

—Pues esto de Gunvald. Siempre se mete allí donde va a haber jaleo.

—Pensaba que no te gustaba ese tío.

—Pues sí me gustaba, aunque no lo decía nunca.

—Pues hay que decir lo que uno piensa —dijo Rhea—. Ven, vayamos a acostarnos.

Veinte minutos más tarde, él se había dormido con la mejilla contra su costado. Pronto se le entumeció el costado y todo el brazo, pero no se

movió; se quedó despierta en la oscuridad, queriéndole en silencio.

OceanofPDF.com

5

El último tren nocturno de Estocolmo y cercanías paró en Rotebro y de él bajó un solo pasajero.

El hombre, vestido con pantalones vaqueros y chaqueta de la misma tela azul, y calzado con zapatillas de gimnasia negras, caminó rápidamente por el andén y bajó por las escaleras, pero cuando hubo dejado atrás la intensa iluminación de la estación aminoró su marcha.

Continuó sin prisa, cruzando la parte antigua de la ciudad residencial, con sus verjas, muros bajos y setos bien cuidados alrededor de los jardines. El aire era frío, pero tranquilo y lleno de perfumes. Era la hora más oscura de la noche, y faltaban tan sólo un par de semanas para la noche más larga del año; el cielo azul intenso de junio se cernía sobre aquel caminante nocturno solitario.

A ambos lados del camino, las villas permanecían silenciosas y oscuras, y el único ruido que se percibía era el de sus suelas de goma en la acera.

Durante el viaje en tren había estado inquieto y nervioso, pero ya se encontraba más calmado y dejaba correr los pensamientos sin ninguna alteración.

Le vino a la memoria un poema de Elmer Diktonius y recitó a media voz algunos versos, al ritmo de sus propios pasos:

«Haz el camino vigilante,
pero no cuentes jamás tus pasos
porque el miedo los matará».

Algunas veces había intentado escribir poesía, con pésimos resultados, pero le gustaba leerla y se sabía de memoria varios poemas de sus autores favoritos.

Mientras caminaba apretaba con fuerza la gruesa barra de hierro de casi medio metro que llevaba escondida en la manga derecha de su chaqueta tejana.

Cuando el hombre hubo cruzado la calle de Holmboda y entró en la zona residencial, sus movimientos se hicieron más cautelosos y vigilantes. Hasta

el momento no se había cruzado con nadie, y confiaba en poder llegar sin mayores contratiempos hasta su objetivo, que no quedaba muy lejos.

Se sintió algo menos protegido, porque los jardines estaban situados detrás de las casas, y el pequeño espacio entre éstas y las aceras estaba ocupado por parterres con arbustos y setos bajos que no servían para ocultarse.

En uno de los lados, las casas estaban pintadas de amarillo, y las de la línea frente a él de rojo. Ésta parecía ser la única diferencia, porque los exteriores eran idénticos, casas unifamiliares de dos plantas, de madera y con tejados de doble vertiente. Entre casa y casa había garajes o casetas para herramientas, que parecían puestos allí para diferenciar y también para igualar las casas entre sí.

El hombre se dirigía hacia la parte exterior, donde terminaban las casas y empezaban los campos y los prados.

Avanzó rápidamente y sin hacer ruido hacia el garaje de una de las casas de la esquina, mientras miraba en dirección de las otras casas y a la calle. No se veía a nadie.

En el garaje no había ningún coche; le faltaban las puertas y dentro sólo había una bicicleta de mujer cerca de la entrada, y a su lado un cubo de basuras.

Más allá, junto a la pared frontal, había dos cajas de madera bastante altas. Había estado inquieto pensando si alguien podía haberlas sacado de allí. Había escogido el escondite de antemano, y le hubiera resultado difícil encontrar otro tan propicio.

El espacio que quedaba entre las cajas y la pared era estrecho, pero lo suficientemente ancho como para que él pudiera pasar.

Se metió detrás de las cajas, que eran de madera de pino sin pulir y que por su forma parecían ataúdes. Cuando se hubo asegurado de que quedaba totalmente oculto tras las cajas, extrajo la barra de hierro de la manga de la chaqueta.

Ya sólo le quedaba esperar mientras la noche estival avanzaba lentamente hacia la luz de la mañana.

El suelo de cemento era duro y frío, y algo húmedo, por lo que sintió algo de frío allí, tumbado sobre el estómago y con la cabeza apoyada en un brazo. En la mano derecha tenía la barra de hierro, que aún conservaba el calor de su cuerpo.

Se despertó con el canto de los pájaros, se arrodilló y miró el reloj. Eran casi las dos y media; estaba a punto de amanecer y todavía le quedaban cuatro horas de espera.

Poco antes de las seis se empezaron a oír ruidos en el interior de la casa. Eran débiles e indeterminados, y el hombre escondido entre las cajas de madera tuvo ganas de poner la oreja contra la pared, pero no se atrevió porque le hubieran podido ver desde la calle. Por una rendija entre las dos cajas podía ver un trozo de la calle y la casa de enfrente. Pasó un coche y, al cabo de un rato, oyó ponerse en marcha un motor, y poco después un coche que se alejaba.

A las seis y media oyó unos pasos que se acercaban, al otro lado de la pared. Parecía alguien que llevara zapatillas. El ruido se hizo más lejano y volvió a aproximarse varias veces, y por fin pudo oír con claridad una voz femenina que decía:

—Bueno, adiós, me marchó. ¿Me llamarás esta noche?

No oyó ninguna respuesta, pero sí cómo se abría la puerta principal y luego se cerraba. El hombre permanecía totalmente inmóvil, con el ojo pegado a la rendija.

La mujer calzada con zuecos entró en el garaje. No podía verla, pero oyó cómo abría el candado de la bicicleta, y luego el crujido de la gravilla a su paso en dirección a la calle.

Lo único que pudo ver de aquella mujer, cuando pasaba por delante de él, montada en la bicicleta, fueron sus pantalones blancos y el cabello largo y oscuro.

Entonces se concentró en la casa que tenía enfrente, al otro lado de la calle. La ventana que podía ver tenía las persianas bajadas.

Agarró fuertemente la barra de hierro con la mano izquierda, escondiéndola debajo de la chaqueta, y avanzó tres pasos desde su escondite detrás de las cajas de madera, aplicó la oreja a la pared y escuchó mientras vigilaba la calle.

Primero no captó nada, pero al cabo de un rato se oyeron unos pasos que se alejaban, subiendo una escalera.

La calle estaba desierta.

A lo lejos se oía ladrar un perro y el rumor sordo de un motor diesel, pero en el pinar que le rodeaba parecía reinar la calma más absoluta.

Se puso los guantes, que llevaba enrollados en los bolsillos de la chaqueta, se movió deprisa sin dejar de pegarse a la pared del garaje, dobló

la esquina, llegó hasta la puerta principal, asió el pomo y, tal como había previsto, estaba abierta.

Entreabrió la puerta, oyó pasos en el piso superior, comprobó con una rápida mirada que la calle continuaba desierta, y se coló en el interior.

El vestíbulo estaba un escalón por debajo del nivel del suelo de parquet del salón, y se quedó allí, mirando hacia la derecha, a través de la salita y hasta el gran salón abierto. Conocía perfectamente la distribución de la casa.

Tres puertas a la derecha, la del centro abierta. Era la cocina. El cuarto de baño estaba detrás de la puerta de la izquierda de la salita. Junto a ella, la escalera que llevaba al piso superior. Tras la escalera se encontraba la parte del salón que no podía ver, y que desembocaba en el jardín de la parte posterior de la casa.

A su izquierda se veían diversas ropas de abrigo colgadas, y en el suelo botas, sandalias y zapatos. Justo frente a él, de cara a la puerta de entrada, todavía había otra puerta; la abrió, entró y la cerró sin hacer ruido.

Era una habitación mitad lavadero y mitad trastero. También había allí el quemador de la calefacción. Una máquina de lavar, una centrifugadora y un armario de secado ocupaban una de las paredes. En la otra parte había dos armarios grandes y en el extremo un banco de trabajo.

El hombre entreabrió las puertas de los armarios. En uno de ellos había un traje de esquiador, un chaquetón de piel de carnero, y prendas de las que se usan poco o solamente en invierno. El otro armario contenía rollos de papel y un bidón de cinco litros de pintura blanca.

El ruido en el piso de arriba había cesado.

El hombre sostuvo la barra de hierro con una mano mientras entreabría la puerta y escuchaba.

De repente oyó pasos en la escalera y se apresuró a esconderse cerrando la puerta, pero permaneció junto a ella escuchando.

Abajo, los pasos se oían menos; probablemente, el que caminaba iba en calcetines o descalzo.

Hubo un estruendo en la cocina, como si se hubiera caído una cacerola.

Silencio.

Los pasos resonaron más cerca, y el hombre apretó con fuerza la barra de hierro entre sus dedos.

Oyó abrirse la puerta del cuarto de baño, y luego soltar el agua del retrete. Volvió a entreabrir la puerta y miró.

A pesar del rumor del agua, alcanzó a oír el ruido inconfundible que se produce cuando alguien se lava los dientes e intenta cantar al mismo tiempo. A eso le sucedió una serie de gárgaras, carraspeos, escupitajos y otras manifestaciones por el estilo, y luego continuó el canto, ya con definitiva claridad y un tono agudo y fuerte.

Reconoció la canción, a pesar de que la ejecución era bastante deficiente y de que, además, probablemente llevaba veintitantos años sin oírla. Le pareció recordar que se titulaba «La chica de Marsella»...

—«...y una noche en que el mar esté brillando, yo estaré tendido y muerto en el barrio del puerto...» —oyó que cantaban desde el cuarto de baño, mientras abrían el grifo de la ducha.

Salió al vestíbulo y caminó de puntillas hacia la puerta entreabierta del cuarto de baño. El ruido de la ducha no ocultaba la canción, que se vio mezclada de sonidos de despeje nasal.

El hombre sostenía la barra de hierro en la mano y miraba el interior del cuarto de baño. Vio la brillante espalda sonrosada, a cuyos lados colgaban dos bolsillas de grasa que se zarandeaban justo en el lugar en el que hubiera debido existir la cintura.

Vio los muslos fofos temblequeando por encima de sus piernas deformes, la parte posterior de las rodillas y las piernas llenas de varices.

Miró el grueso cuello y la cabezota, que brillaba, casi calva, con rayas delgadas de pelo oscuro.

Y mientras miraba y avanzaba los pocos pasos que le separaban del hombre que estaba en la bañera, se fue llenando de odio y de desprecio, alzó su arma y, con la fuerza de todo su odio almacenado, le partió el cráneo de un solo golpe.

Los pies del hombre gordo resbalaron hacia atrás mientras su cuerpo caía hacia adelante. La cabeza le quedó apoyada en el borde de la bañera, y el resto del cuerpo quedó inmóvil bajo la fina lluvia de la ducha.

El asesino se inclinó hacia adelante, cerró los grifos del agua y vio cómo la sangre y la materia cerebral se mezclaban con el agua y se iban por el desagüe, que quedaba medio obstruido por el dedo gordo del pie del muerto.

Asqueado, cogió una toalla y secó su arma mortífera, tiró la toalla sobre la cabeza del cadáver y volvió a meter la barra de hierro en la manga de la chaqueta.

Cerró la puerta del cuarto de baño, salió al salón y abrió el ventanal que daba al jardín, cuyo césped se extendía hasta el campo abierto que circundaba la ciudad residencial.

Tenía que caminar un largo trecho a campo abierto para llegar a la arboleda del otro lado. Un caminito atravesaba el campo, y lo siguió. Más allá, el campo recién labrado ya enseñaba sus primeros brotes verdes.

No se volvió, pero por el rabillo del ojo izquierdo veía la hilera de casas con sus tejados inclinados y sus ventanas relucientes en sus cavidades puntiagudas. Cada ventana era un ojo que le observaba impasible.

Cuando estuvo cerca de la arboleda, en un montículo rodeado de arbustos, dejó el camino. Antes de adentrarse a través de las matas de endrinos, para llegar a la arboleda, dejó caer la barra de hierro para que quedase oculta entre la vegetación.

Martin Beck estaba solo en casa, hojeando un ejemplar de la revista *Longitude*, y escuchaba uno de los discos de Rhea. Rhea y él no tenían precisamente los mismos gustos musicales, pero a ambos les gustaba Nannie Porres y ponían su disco a menudo.

Eran las ocho menos cuarto de la tarde y había pensado acostarse temprano. Rhea tenía una reunión de padres en el colegio de los chicos, y por la mañana ya habían celebrado el día de la Bandera Sueca de una manera más que memorable.

El teléfono sonó en mitad de la frase «I thought about you», y, como sabía casi con toda seguridad que no era Rhea, no se dio ninguna prisa en contestar.

Era el comisario de homicidios Pärsson, del distrito policial de Märsta, conocido con el apodo de «Märsta-Pärsta». Martin Beck encontraba el mote un tanto infantil y pensaba siempre en él como Pärsson de Märsta, lo que por otra parte le recordaba a algún antiguo parlamentario del antiguo sindicato campesino.

Pärsson dijo:

—He llamado primero al inspector de guardia, y me ha dicho que podía llamarte a casa. Tenemos un caso en Rotebro que, evidentemente, es homicidio o asesinato. Le han partido el cráneo a un hombre, de un fuerte golpe en la cabeza.

—¿Cuándo y dónde lo han encontrado?

—En una casa unifamiliar de la calle Tennis. La mujer que vive en la casa, y que al parecer es su querida, ha llegado a las cinco a casa y lo ha encontrado muerto en la bañera. Estaba vivo cuando ella se ha marchado de la casa a las siete de la mañana, según dice.

—¿Cuánto tiempo hace que habéis llegado?

—Nos ha llamado a las diecisiete treinta y cinco —contestó Pärsson—, Hemos llegado aquí exactamente hace dos horas.

Hizo una breve pausa y añadió:

—Probablemente sea un caso que podamos resolver nosotros solos, pero he pensado que sería mejor consultártelo a ti lo antes posible. De momento, es difícil saber lo complicado que puede llegar a ser este asunto. El arma no ha aparecido, y la mujer, que tiene un aspecto más fuerte de lo normal, no puede haberlo hecho.

—¿Por qué? Hay ejemplos de suicidios cometidos con un hachazo en la cabeza. La fuerza que hace falta para eso no es más que la que pueda hacer una mujer.

—Quizá no me he explicado bien —dijo Pärsson—; no se trata de un hachazo, sino de un golpe con algún objeto no cortante.

—O sea que lo mejor será que intervengamos —propuso Martin Beck.

—Si no hubiera sabido que ahora no teníais ningún caso entre manos, no me hubiera atrevido a molestarte a estas horas. Lo que quisiera es que me asesoras. Vosotros soléis abordar los casos cuando están todavía frescos, ¿no?

Pärsson parecía un poco inseguro. Admiraba a los que sabían, y Martin Beck era uno de éstos, pero sobre todo tenía un gran respeto por su profesionalidad.

—Desde luego —contestó Martin Beck—, has hecho muy bien. Te agradezco que hayas llamado en seguida.

Era verdad. Ocurría demasiado a menudo que las secciones de homicidios de los distritos rurales tardaran demasiado en avisar a la comisión nacional de homicidios, bien porque sobrevalorasen sus propios recursos, o porque menospreciaran el propio trabajo de investigación en sí, o bien porque quisieran darles esquinazo a los expertos de Estocolmo y acaparar los honores de resolver un caso por su cuenta y riesgo. Cuando por fin se veían obligados a reconocer sus limitaciones y Martin Beck y sus hombres aparecían en escena, todas las pistas estaban alteradas, los informes resultaban ilegibles, los testigos habían perdido la memoria, y el

culpable seguramente estaba viviendo en las Quimbambas o se había muerto de puro viejo.

—Además, es verdad que ahora no tenemos gran cosa entre manos —continuó Martin Beck—, o no lo teníamos hasta que has llamado tú.

—¿Cuándo puedes venir? —preguntó Pärsson, visiblemente aliviado.

—Iré en seguida, sólo he de llamar a Koll... Skacke y ver si puede acompañarme.

Martin Beck seguía pensando automáticamente en llamar a Kollberg, en situaciones semejantes. Reconocía que su subconsciente se negaba a admitir que ya no trabajaban juntos. Durante los primeros meses después de que Kollberg se marchara, le había ocurrido que, cuando tenía que hacer una salida, le llamaba a él.

Skacke estaba en casa y pareció entusiasmado y bien dispuesto como siempre. Vivía en el Söder, junto con Monica y su hija de un año. Le prometió estar en la calle Köpman al cabo de siete minutos, y Martin Beck bajó a la calle a esperarle. Al cabo de siete minutos exactamente apareció Skacke en su Saab negro.

Camino de Rotebro, dijo:

—¿Te has enterado de lo de Gunvald, que recibió la cabeza del presidente en plena barriga?

—Sí, ya me lo han contado —respondió Martin Beck—; es una suerte que no le ocurriera nada.

Benny Skacke condujo un rato en silencio y luego dijo:

—Resulta chistoso eso de que te dé en el cuerpo un presidente sin cuerpo.

Ese chiste tan malo lo había oído en el comedor de la jefatura de policía, y le había parecido divertido, pero ya empezaba a tener sus dudas. Por su parte, Martin Beck tampoco dio ninguna muestra de especial regocijo al respecto.

—He estado pensando en eso de los trajes de Gunvald —continuó Skacke en un intento desesperado para relegar al olvido aquella frase de mal gusto—; ¡siempre es tan cuidadoso con la ropa, y siempre se la estropean! Esta vez habrá quedado manchado de sangre hasta las cejas.

—Seguro —dijo Martin Beck—, pero ha salido con vida y eso es lo más importante.

—Lo más importante... —repitió Skacke y suspiró.

Benny Skacke tenía treinta y cinco años y durante los últimos seis años había formado parte a menudo del equipo de trabajo de Martin Beck; él mismo consideraba que como había aprendido más sobre el trabajo de homicidios había sido observando y estudiando el trabajo en equipo entre Martin Beck y Lennart Kollberg. También se había dado cuenta de la especial relación que existía entre ambos, y le admiraba la facilidad que tenían para pensar más o menos en la misma dirección. Creía que esa relación nunca podría llegar a producirse entre él y Martin Beck, y que, a los ojos de éste, él representaba un pobre sustituto de Kollberg. Esta sensación le hacía comportarse de forma insegura cuando estaba junto a Martin Beck.

Martin Beck, por su parte, comprendía perfectamente los sentimientos de Skacke y hacía lo que podía para animarle y demostrarle que apreciaba su aportación al trabajo. Había visto madurar a Skacke durante los últimos años y sabía que trabajaba duramente, no sólo para hacer carrera, sino para llegar a ser un buen policía con conocimientos diversos. En sus horas libres se ocupaba no sólo de mejorar su forma física y su puntería, sino que también estudiaba derecho, sociología y psicología, y estaba al día de cuanto ocurría en el cuerpo policial, tanto en lo referente a las diversas disciplinas como a su organización.

La mujer de Skacke, Monica, era nueve años más joven que él y llevaban siete años juntos. Monica trabajaba como asistente sanitaria en el hospital de Söder, y Benny Skacke le había confiado hacía poco a Martin Beck que no pensaban tener más críos hasta que pudiera permitirse dejar el apartamento de la calle Tideliuss y mudarse a una casa, a ser posible una villa en Lidingö.

Skacke era también un conductor experto, que conocía mejor que cualquier taxista Estocolmo y los nuevos barrios residenciales del extrarradio. No tuvo ninguna dificultad en encontrar la dirección de Rotebro.

Aparcó al final de una larga hilera de coches parados en la calle Tennis.

Un hombre, una mujer y un perro se encontraban en medio de la calzada mirando a Martin Beck y Skacke dirigirse hacia la casa. No se veía el amontonamiento de curiosos que solía producirse apenas más de un coche de la policía se paraba delante de una casa, momento en que la gente se agolpaba como moscas sobre un terrón de azúcar, pero en las ventanas de

las casas cercanas se veían caras que observaban, y en el jardín de enfrente un grupo de niños pequeños miraban, señalaban y charlaban en voz alta.

Además, acababan de aterrizar allí unos cuantos representantes de la prensa, pero dos policías de paisano los mantenían a raya conversando junto a sus coches. Los fotógrafos reconocieron en seguida a Martin Beck y dispararon sus cámaras en cuanto le vieron aparecer.

El acceso a la casa y al garaje estaban acordonados y el policía que montaba guardia franqueó el paso a Martin Beck y a Skacke, mientras les saludaba llevándose la mano a la gorra.

Dentro de la casa había una gran actividad. El personal técnico había puesto manos a la obra, un hombre agachado en el salón tomaba huellas dactilares en una lámpara de mesa con ayuda de un fino pincel, y un chispazo les hizo notar que el fotógrafo estaba cumpliendo con su cometido.

El comisario de homicidios Pärsson se acercó a Martin Beck y Skacke.

—Habéis corrido bastante —dijo—, ¿queréis ver primero el baño?

El hombre de la bañera no era un espectáculo divertido, y ni Martin Beck ni Skacke permanecieron allí mirando más de lo estrictamente necesario.

—El médico forense acaba de venir —explicó Pärsson—, y dice que este hombre lleva muerto entre ocho y quince horas. El golpe era mortal de necesidad, y cree que el arma pudo haber sido una barra de hierro, o una pata de cabra o algo parecido.

—¿Quién es? —preguntó Martin Beck, señalando el cuarto de baño.

Pärsson suspiró.

—Desgraciadamente, una persona que será carne de prensa en seguida: Walter Petrus, el productor de cine.

—¡Mierda! —exclamó Martin Beck.

—O el director cinematográfico Walter Petrus Pettersson, como dicen sus papeles. La ropa, la agenda y el portafolios estaban en el dormitorio.

—Le he visto alguna vez en «Hänt i Veckan» —dijo Skacke—, con un montón de tías buenas a su alrededor.

—Yo nunca he oído hablar de ninguna película suya —confesó Pärsson—, pero era muy conocido.

El hombre que tenía que cargar con el cuerpo de la víctima estaba esperando, impaciente, poder entrar, y Martin Beck, Pärsson y Skacke se trasladaron al salón para dejar el paso libre.

—¿Dónde está la señora que vive aquí? —preguntó Martin Beck—. ¿Y quién es? ¡No me vengáis con que es estrella de cine!

—No, qué va —dijo Pärsson—; está arriba, en el piso, y uno de nuestros hombres está hablando con ella precisamente ahora. Se llama Maud Lundin, tiene cuarenta y dos años y trabaja en un salón de belleza en la calle Svea.

—¿Cómo está? —preguntó Skacke—. ¿Impresionada?

—Pues no... —contestó Pärsson—, más bien parecía nerviosa; creo que se ha ido calmando. No podrá dormir aquí esta noche, pero dice que tiene una amiga en la ciudad, con la que puede vivir hasta que hayamos terminado en esta casa.

—¿Habéis interrogado a los vecinos? —quiso saber Martin Beck.

—Sólo hemos hablado con el que vive en la casa de al lado, y luego con el vecino de enfrente. Ninguno de los dos ha oído nada raro, según dicen, pero mañana continuaremos preguntando en todas las casas de la calle. A lo mejor tenemos que preguntar en todo Rotebro. Éste es un lugar de esos en los que todo el mundo se conoce: los chicos van a la misma escuela, se compra en las mismas tiendas, y los que no tienen coche van en el mismo tren o autobús.

—Pero ese tal Walter Petrus, ¿vivía aquí también? —preguntó Benny Skacke.

—No, qué va —respondió Pärsson—, sólo venía algunas noches de la semana y las pasaba con la señora Lundin. Él vivía con su esposa y tres hijos en una villa en Djursholm.

—¿Se ha informado a la familia? —preguntó Martin Beck.

—Sí —dijo Pärsson—; tuvimos suerte, porque en la cartera de mano había una receta extendida por un médico privado, al que hemos llamado, y, como ha resultado ser un amigo de la familia, se ha ofrecido para decírselo a la familia y ocuparse de ellos.

—Bien —decidió Martin Beck—, mañana habrá que interrogarles a ellos también. Ahora empieza a ser tarde, o sea que lo único que podemos hacer es intentar terminar aquí en la casa.

Pärsson miró el reloj.

—Son las nueve y media —dijo—; no es tan tarde, pero tienes razón; además, también podemos dejar a la familia en paz por hoy.

Pärsson era un hombre alto y delgado, con el cabello totalmente blanco y la piel llena de pecas, lo que muchas veces le hacía parecer moreno. Tenía

una expresión aristocrática, con su nariz ligeramente aguileña, labios delgados y unos movimientos gráciles y mesurados.

—Me gustaría hablar un rato con Maud Lundin —dijo Martin Beck—, Has dicho que hay un hombre arriba con ella, ¿no molestaré si subo?

—No, en absoluto —respondió Pärsson—; al contrario. Además, tú eres el jefe, así que haz lo que quieras.

Afuera se oían voces y alboroto y Pärsson entró en la cocina y miró por la ventana.

—¡Estos malditos curiosos! —exclamó—. Son como buitres; será mejor que salga a hablar con ellos.

Salió en dirección a la puerta principal, con paso decidido y expresión seria.

—Puedes ir mirando por ahí —indicó Martin Beck a Skacke.

Skacke asintió, fue hacia las estanterías llenas de libros y empezó a mirar los títulos.

Martin Beck subió por la escalera, que conducía a un espacio cuadrado enmoquetado de blanco. El mobiliario consistía en ocho sillones de piel clara, que parecían hinchados y formaban un círculo alrededor de una enorme mesa redonda de cristal. En la pared se veía un aparato de alta fidelidad empotrado, seguramente muy caro, y en unos estantes montados en cada esquina había altavoces pintados de blanco. El techo era inclinado y la vista desde la enorme ventana daba a la parte posterior de la casa, lo que permitía ver el campo lleno de tranquilidad y la espesa vegetación que anunciaba el bosque.

En la habitación sólo había una puerta, y estaba cerrada. Martin Beck oyó voces que murmuraban detrás de la puerta, la golpeó y la abrió.

Había dos mujeres sentadas en una gran cama de matrimonio, con un cobertor blanco imitación de piel. Las dos callaron y le miraron en silencio.

Una de las mujeres era bastante robusta y bastante más alta que la otra. Tenía unos rasgos muy marcados, ojos oscuros y el cabello peinado hacia los lados, negro y largo hasta la espalda.

La otra mujer era pequeña y angulosa, tenía los ojos castaños y el cabello oscuro y muy corto.

—¡Martin! —exclamó—. No sabía que estabas aquí.

Martin Beck estaba sorprendido y tardó un poco en reaccionar.

—¡Hola, Aasa! —dijo—. Yo tampoco sabía que estuvieras aquí. Pärsson me ha dicho que tenía un hombre aquí arriba.

—¡Bah! —hizo Aasa Torell—, a todo el mundo le llama «sus hombres», aunque se trate de mujeres.

Se volvió hacia la otra mujer.

—Maud, es el comisario Beck, el jefe de la comisión nacional de homicidios.

La mujer inclinó la cabeza hacia Martin Beck, que le devolvió el saludo. Todavía no se había recuperado del inesperado reencuentro con Aasa. Cinco años atrás había estado casi enamorado de ella.

La había conocido unos ocho años antes, cuando su marido, que era su más joven colaborador en la sección, había sido abatido a balazos, junto con otras ocho personas, en el interior de un autobús. Aasa había echado mucho de menos a su marido, Aake Stenström, y había terminado por querer ser policía. En aquellos momentos, era auxiliar de homicidios con Pärsson en Mårsta.

Una noche de verano, en Malmö, cinco años atrás, Martin Beck y Aasa se habían acostado juntos. Había sido una noche deliciosa, pero no se había repetido jamás. Se alegró de ello al cabo del tiempo, pues Aasa era dulce y ambos mantenían una buena relación de camaradería, si alguna vez coincidían de servicio, pero, después de lo de Rhea, a él le era completamente imposible tener relaciones sexuales con otra mujer. Aasa continuaba sin haberse casado; se había entregado a fondo a su trabajo y había llegado a ser una buena policía.

A Martin Beck le asaltó la idea de lo que habría ocurrido si aquella vez sus sentimientos por Aasa le hubieran llevado a casarse con ella. No había cosa peor que estar casado con una colega y no poder olvidar jamás que se es policía.

—Supongo que quieres hablar con Maud —dijo Aasa—, Nosotras ya hemos charlado un rato; si quieres, me voy.

—Vete abajo con Pärsson —dijo Martin Beck—; seguro que te necesita para algo.

Aasa asintió brevemente y se fue.

Ya que Martin Beck sabía que Aasa era de una gran efectividad en lo referente a entablar contacto con el interrogado, pensó que su conversación con Maud Lundin sería breve.

—Me imagino que está usted cansada y afectada por lo ocurrido —dijo—. No la voy a molestar mucho rato, pero quisiera saber algo sobre su relación con el director Petrus. ¿Cuánto tiempo hacía que se conocían?

Maud Lundin se estiró el cabello detrás de las orejas y le miró con la vista fija.

—Tres años —contestó—; nos conocimos en una fiesta y después me invitó varias veces a cenar. Era en primavera; en verano tenía que empezar un rodaje y me contrató como maquilladora. Después, nos seguimos viendo.

—Pero ahora no trabajaba para él —dijo Martin Beck—. ¿Cuánto tiempo estuvo empleada con él?

—Sólo trabajé en aquella película. Luego tardó bastante en empezar una nueva producción, y mientras tanto yo encontré un buen trabajo en un salón.

—¿Qué clase de película era aquella en la que usted trabajó?

—Era una película sólo para la exportación, y no se ha exhibido en Suecia.

—¿Como se llamaba?

—*Amor bajo el sol de medianoche*.

—¿Con qué frecuencia se veían usted y el director Petrus?

—Más o menos una vez por semana, a veces dos. Casi siempre venía él aquí, pero a veces salíamos a bailar.

—¿Conocía su esposa esta relación?

—Sí, pero no le importaba en absoluto, mientras no se divorciase de ella.

—¿Pensaba hacerlo, quizá?

—Lo había pensado, tiempo atrás, pero me parece que ya se encontraba bien tal como estaba.

—¿Y a usted también le parecía bien tal como estaban?

—No le hubiera dicho que no si me hubiera propuesto casarme con él, pero, a grandes rasgos, ya estaba bien así. Era bueno y generoso.

—¿Tiene alguna idea de quién puede haberle asesinado?

Maud Lundin meneó la cabeza.

—Ni la más ligera idea —dijo—; parece de locura, no puedo comprender qué es lo que ha pasado.

Permaneció callada un rato y él la miró. Parecía curiosamente impertérrita.

—¿Está abajo todavía? —preguntó la mujer.

—No, ya no.

—¿Puedo quedarme aquí esta noche, entonces?

—No, todavía no hemos terminado con nuestra investigación.

Ella le miró con sus ojos oscuros y se encogió de hombros.

—Es igual —dijo—; puedo dormir en la ciudad.

—¿Cómo estaba él esta mañana, cuando se despidieron? —preguntó Martin Beck.

—Como siempre, no vi ninguna diferencia. Yo suelo salir antes que él, no le gusta demasiado madrugar. A veces íbamos juntos a la ciudad en taxi, que es como iba él siempre, pero yo sola prefiero ir en bicicleta hasta la estación y tomar el tren.

—¿Por qué viajaba en taxi? ¿No tenía coche?

—No le gustaba conducir. Tiene un Bentley y lo lleva algunas veces, pero casi siempre conducen otros.

—¿Qué otros?

—Su mujer o alguien de la oficina. De vez en cuando, un tipo que le cuida el jardín.

—¿Cuánta gente trabaja en su oficina?

—Sólo tres personas: un administrador, una secretaria y uno que lleva los contratos y las ventas y esas cosas. Luego contrata gente eventual según las necesidades de cada producción.

—¿Qué clase de películas producía?

La mujer no respondió en seguida. Luego levantó la vista y contestó lentamente:

—Bueno, no sé exactamente cómo hay que definir las; si hay que ser sinceros, eran filmes pornográficos, pero muy artísticos. Una vez hizo una película muy ambiciosa, con actores buenos y todo. Se basaba en una novela famosa, e incluso obtuvo un premio en un festival, pero no ganó mucho dinero con aquello.

—¿Y ahora se ganaba bien la vida con estas películas?

—Muy bien; me ha comprado esta casa, y tendría que ver la suya de Djursholm. Es una villa de lujo, con un parque, piscina y todo.

Martin Beck empezaba a comprender la clase de persona que había sido Walter Petrus, pero no tenía mucha idea de qué clase de persona era la mujer a la que se enfrentaba.

—¿Le amaba usted? —preguntó.

Maud Lundin le miró con tranquilidad y respondió:

—Si he de ser sincera, no, pero era muy bueno conmigo; me encontraba a faltar y no se metía en lo que yo hacía cuando no nos veíamos.

Calló unos instantes y luego añadió:

—No era precisamente guapo, ni un amante excepcional; tenía problemas de impotencia, ¿comprende lo que quiero decir? Yo estuve casada ocho años con un tipo que era realmente un hombre; se mató en un accidente de coche hace cinco años.

—¿Veía usted a otros hombres aparte de Petrus?

—Sí, esporádicamente, cuando había alguno que valiera la pena.

—¿Y él no estaba celoso?

—No, pero quería que le contase qué tal me había ido con los otros y pedía detalles; le encantaba, y yo hacía lo posible para que estuviera contento.

Martin Beck miró a Maud Lundin. Estaba sentada muy erguida y le aguantaba la mirada con perfecta calma.

—¿Podría decirse que, en realidad, estaba usted con él sólo por su dinero? —inquirió.

—Sí —dijo ella—, podría decirse así, pero no me considero una ramera, aunque usted lo crea así. Tengo gran necesidad de dinero. Me gustan ciertas cosas que se tienen que comprar con dinero, y no es fácil que una mujer de cuarenta años y sin ninguna formación especial lo pueda obtener, si no es a través de un hombre. Si yo soy una puta, la mayor parte de las mujeres casadas lo son también.

Martin Beck se levantó y dijo:

—Gracias por la charla y por su sinceridad.

—No tiene que agradecerme nada; yo soy siempre sincera ¿Puedo irme a casa de mi amiga? Estoy cansada.

—Naturalmente. Dígale solamente al comisario Pärsson dónde podemos encontrarla.

Maud Lundin se levantó y cogió una bolsa de piel que estaba a los pies de la cama.

Martin Beck la observó mientras ella abandonaba la habitación. Iba muy erguida y parecía calmada y serena. Su cuerpo largo y fuerte estaba muy bien formado; parecía robusta y seguramente le había pasado toda la cabeza a aquel director cinematográfico bajo y gordo.

Pensó en lo que ella había dicho sobre las cosas que se pueden obtener a cambio de dinero. Walter Petrus había obtenido con el suyo una mujer que no estaba nada mal.

6

La autopsia dio como resultado la información de que la muerte de Walter Petrus había ocurrido entre las seis y las nueve de la mañana. No había ningún motivo para no creer la afirmación de Maud Lundin, según la cual estaba con vida cuando ella abandonó la casa a las seis y media. Tanto Aasa Torell como Martin Beck estaban convencidos de que ella no tenía nada que ver con su muerte.

El hecho de que la puerta principal estuviera abierta había facilitado al asesino la entrada en la casa y le había permitido sorprender a Petrus cuando estaba en la ducha, pero el misterio residía en cómo había logrado salir de allí sin ser visto. Tanto si había venido en coche, que era lo más lógico, como si había llegado en tren, lo curioso del caso era que nadie de los que vivían en los alrededores le hubiera visto.

En un grupo residencial en el que todos se conocen, al menos los vecinos más cercanos y sus coches, parecía que la posibilidad de que le vieran a uno era considerable, precisamente entre las seis y media y las nueve de la mañana. Entonces estaba todo el mundo en movimiento, los hombres camino del trabajo, los críos de la escuela, y las amas de casa de compras y cuidando los jardines.

Durante varios días se preguntó puerta por puerta en toda la zona, y cuando prácticamente se había interrogado a todo Rotebro se pudo constatar que nadie había visto nada ni a nadie que pudieran tener alguna relación con el asesinato. Pärsson y sus hombres, fundamentalmente Aasa Torell, trabajaban sobre la teoría de que el asesino vivía en las cercanías, pero todavía no habían encontrado a nadie que conociera a Petrus o que pudiera tener algún motivo para haberle matado.

Martin Beck y Skacke se dedicaron a investigar en la vida privada de Walter Petrus, su actividad como productor y su situación económica.

Estos últimos aspectos eran difíciles de desentrañar. Petrus parecía haber sido un evasor de impuestos bastante considerable; vendía sus producciones en el extranjero y se podía imaginar que tenía unas abultadas cuentas bancarias en Suiza. Tampoco había demasiadas dudas sobre las trampas que había hecho con la contabilidad y con sus declaraciones, y seguramente se había asesorado con unos consejeros jurídicos muy capaces. Eran cosas

sobre las que Martin Beck no entendía demasiado, y delegó gustosamente la tarea en expertos en la materia para esclarecer el panorama.

La AB Petrus Film estaba enclavada en un edificio antiguo de la calle Nybro. Los locales, que un día fueron viviendas, habían sido respetuosamente renovados y consistían en seis habitaciones y una cocina. Cada empleado tenía su despacho y los muebles de oficina parecían objetos raros en aquel entorno de estufas de cerámica, paneles de roble y relojes de cuco. El propio Walter Petrus había presidido todo aquello, sentado tras una enorme mesa escritorio de jacaranda en una habitación hermosa y amplia, que hacía esquina y con altas ventanas. Además, había una especie de sala de proyecciones con espacio para diez espectadores, y una habitación que servía de archivo y almacén.

Martin Beck y Skacke consumieron un par de horas matinales en la sala de proyecciones para hacerse una idea del tipo de productos que la actividad de Walter Petrus había logrado crear. Vieron una película del principio al final y fragmentos de otros siete filmes, a cual más deplorable.

Skacke, al principio se había sentido un poco avergonzado, pero al cabo de un rato había empezado a bostezar. Las películas eran todas de muy baja calidad técnica, y llamarlas artísticas, como había hecho Maud Lundin, no era una exageración, sino una mentira. Martin Beck pensó que en aquello no había sido muy sincera, a no ser que hubiera perdido totalmente el sentido del buen gusto.

Los actores, si es que había que emplear esta denominación para designar a aquella tropa de simples aficionados que aparecían en la pantalla, se movían prácticamente desnudos. La partida de vestuario no debía de haber sido la más importante del presupuesto de aquella película. Si por casualidad aparecía alguien vestido, la idea era que se quedase sin nada lo antes posible.

En varias de las películas salían las mismas chicas adolescentes, unas veces juntas y otras veces una por una. Una de ellas parecía avergonzada y miraba fugazmente a la cámara insegura, mientras, siguiendo probablemente las imperiosas indicaciones detrás de la cámara, hacía mover la lengua, rodar los ojos y mover el cuerpo contoneándose. Los chicos, excepto uno que era negro, eran todos ellos rubios y bien formados. La escenografía era austera, y la acción se desarrollaba casi siempre en el mismo viejo camastro, al que de vez en cuando le cambiaban las sábanas.

Sólo una de las películas parecía tener un cierto argumento o guión. Era aquella de la que había hablado Maud Lundin, *Amor bajo el sol de medianoche*.

La habían rodado en las islas costeras cercanas a Estocolmo, y empezaba con la protagonista, una niña de unos quince años, que iba remando a una isla para celebrar el sol de medianoche a la vieja usanza sueca. En la canoa llevaba un cesto con una botella de aguardiente, vasos para el aguardiente, platos, cubiertos de plata, un mantel de lino, una lechuga y un pan redondo. Cuando hubo bajado el cesto a tierra, junto con una gran cuchara, se desnudó casi totalmente, aunque despacio y con grandes aspavientos, la boca abierta y los ojos entreabiertos o entrecerrados, según se mirase. Acto seguido se colocaba con las piernas abiertas sobre una roca medio sumergida y empezaba a masturbarse con el mango de la cuchara. Después de haber agitado la cabeza y de haber emitido algunos mugidos de placer, tiraba del anzuelo y sacaba un enorme salmón muerto. Contenta con su pesca, daba saltitos por la roca durante un rato, abría y cerraba las piernas, movía las caderas y hacía bailotear los pechos. En un abrir y cerrar de ojos, organizaba una hoguera con los restos de un naufragio, que se hallaban casualmente amontonados a su lado, y empezaba a asar el pescado. Luego vertía aguardiente en uno de los vasitos, que más bien parecía una copa de champán, y, justo después de engullir el primer trago, veía cómo salía del agua un joven rubio, apuesto y desnudo. Le invitaba a compartir el almuerzo, y copa va copa viene, bebidas en el mismo vaso, despachaban el salmón, perfectamente ahumado y cortado en lonchas, como si acabara de salir de un supermercado para una fiesta. Se había hecho de noche, a pesar de que el sol continuaba alto, y ambos jóvenes iniciaban un ritual alrededor del fuego. Luego, se iban cogidos de la mano, hacia los verdes prados de la isla, encontraban un confortable montón de heno y yacían durante un cuarto de hora, con un total de unas veinte posiciones distintas. En la escena final, los dos jovencitos caminaban muy juntos hacia el mar abierto. *The end*.

—¡Madre mía! —exclamó Skacke—, ¡Y pensar que se pueden ganar millones con esto! ¿Qué puede haberle costado a Petrus producir esa porquería?

—No creo que mucho más que el valor de la cinta virgen, el revelado y el copiado —dijo Martin Beck—, No le hacía falta ni estudio ni escenografía ni nada, y la dirección, si es que se la puede llamar así, debía

correr a su cargo. Claro que seguramente tuvo que pagar al cámara y darles alguna propina a los actores, para llamarles de alguna manera.

—Sin embargo, el salmón es caro... —dijo Skacke—; podía haber asado una sardina, ¿no crees?

El jefe de ventas de la AB Petrus Film les propuso ver otros filmes de éxito parecido, por ejemplo *Amor y lujuria en Suecia*, o bien *3 noches con una Eva sueca*, pero Martin Beck y Skacke rechazaron amablemente la invitación. Les dijeron que *Amor bajo el sol de medianoche* era uno de los números estelares de la compañía, y que se había vendido en ocho países.

La chica que desempeñaba el papel principal se encontraba en aquellos momentos en uno de esos países, y el jefe de ventas no recordaba en cuál, si era Italia o dónde, y allí pensaba continuar su carrera. El director Petrus le había buscado un buen contrato a otra de las chicas, con una compañía alemana, continuó explicando el jefe de ventas, quien opinaba que aquellas mozas quedaban muy bien situadas después, y salían ganando más que el billete de mil coronas que Petrus les daba por una película, es decir, si representaban el papel estelar, claro.

Martin Beck delegó en Skacke la continuación de la búsqueda de datos en las repugnantes estanterías de la AB Petrus Film, y decidió que había llegado el momento de hacerles una visita a los familiares más allegados del difunto. Había llamado a la villa de Djursholm el mismo viernes, pero sólo había podido hablar con el médico de cabecera, que en tono breve y autoritario le había informado de que la señora Petrus no estaba en condiciones de recibir ninguna visita, y mucho menos de la policía. El médico le había hecho saber que le parecía extraordinariamente inoportuno no respetar el dolor de una pobre viuda y no dejarla en paz al menos durante el fin de semana.

Como el fin de semana ya había pasado, y era lunes diez de julio, decidió ir. Cuando Martin Beck llegó a la calle Nybro, lucía el sol. Estaba empezando el verano, se aproximaba la época de vacaciones y la gente andaba por las calles más o menos presurosa.

Martin Beck bajó por la calle hasta la plaza Östernalm, y, cuando llegó a los nuevos locales policiales del distrito séptimo, entró en el portal y subió por la escalera para pedir que le dejaran utilizar el teléfono.

En la villa de los Petrus contestó una mujer. Le pidió que esperase, volvió al cabo de bastante rato y le anunció que la señora Petrus estaba

dispuesta a recibirle, con la condición de que la visita fuera breve. Él prometió no quedarse demasiado tiempo.

Después llamó un taxi.

La villa de Djursholm estaba rodeada por un vasto jardín que parecía más bien un parque, y el camino de acceso a la casa estaba bordeado por álamos altísimos. En la entrada había dos verjas de hierro abiertas de par en par, y el taxista le preguntó si tenían que entrar, pero Martin Beck le pidió que parase antes de entrar por la verja, pagó y se apeó.

Mientras Martin Beck caminaba por la alameda, fue estudiando aquella mansión y sus alrededores. El seto que daba a la calle era espeso, tenía la altura de una persona y estaba cuidadosamente redondeado en sus extremos. Dentro de la finca, el camino de entrada se dividía y continuaba por la derecha hacia un gran garaje. El enorme jardín parecía muy bien cuidado, y el césped limitaba perfectamente con los caminitos de grava que rodeaban los arbustos y los parterres con flores; a juzgar por la altura de los álamos y la edad de los árboles frutales, aquel jardín tenía ya bastantes años.

Dentro de semejante marco, cabía esperar encontrar una mansión secular de las que abundaban en las zonas residenciales tradicionales, pero cuando Martin Beck se acercó a la casa por el sendero de gravilla, vio que se trataba de una creación arquitectónica bastante reciente, de dos plantas, con el tejado plano y enormes ventanas.

Le abrió la puerta una mujer de mediana edad vestida de negro y con un delantal blanco, sin darle tiempo a tocar el timbre. Le condujo en silencio a través de una amplia sala, pasaron junto a una ancha escalera que llevaba al piso superior, atravesaron otras dos habitaciones, y se pararon ante una gran abertura en forma de arco que daba a una estancia soleada, cuya pared frontal era toda ella de cristal.

El suelo, de pino barnizado, estaba a un nivel inferior, y Martin Beck, que no vio el escalón, se precipitó, más que entró, en la habitación donde le esperaba la viuda de Walter Petrus, tendida en una tumbona, en el ángulo de la pared de vidrio. Afuera, en la terraza, se veían unas cuantas tumbonas alineadas como si se tratara de la cubierta de un barco de pasajeros.

—¡Cuidado! —exclamó la mujer, mientras agitaba nerviosa una mano y miraba a la sirvienta del delantal, como quien espanta una mosca.

Cuando la sirvienta se había vuelto ya para marcharse, la señora Petrus cambió de idea y dijo:

—No; espere, señora Pettersson.

Miró a Martin Beck y le preguntó:

—¿Quiere usted beber algo, comisario? Hay café, té, cerveza, o una copa si lo prefiere. Yo voy a tomar un jerez.

—Gracias —dijo Martin Beck—, tomaré una cerveza.

—Una cerveza y una copa grande de jerez —dijo en tono imperativo—. Y, señora Pettersson, traiga también algunos de aquellos pastelitos holandeses de queso.

Martin Beck pensó en la coincidencia de que la viuda de Walter Petrus Pettersson tuviera el mismo apellido que su empleada de hogar, o como se llamase ese oficio afortunadamente cada día más escaso. Y tenían, además, aproximadamente la misma edad.

Le habían dado algunas informaciones sobre aquella mujer y sabía que ya de soltera se apellidaba Pettersson, Kristina Elvira de nombre, aunque casi todos la llamaban Chris; que tenía cincuenta y siete años y que había estado casada con Petrus veintiocho años. De joven había trabajado como oficinista durante una temporada, y justo antes de casarse había sido secretaria de una empresa dirigida por Petrus. El productor cinematográfico Walter Petrus era algo relativamente reciente. Durante muchos años se había llamado Walter Pettersson y había trabajado como restaurador de coches de desguace, actividad muy lucrativa, pero escasamente honorable, que el endurecimiento de las leyes y un control más severo en el ramo le obligaron a abandonar.

Martin Beck continuaba de pie en medio del suelo, y mirando a la mujer de la tumbona.

Era rubia teñida y se la veía morena debajo del maquillaje, y llevaba una blusa negra sobre una ropa interior de lino que transparentaba un poco. Estaba muy delgada y su cara parecía cansada y demacrada, en contraste con el peinado moderno y lleno de ricitos.

Se adelantó hacia ella y ella le tendió una pequeña mano huesuda; él le dio el pésame y le pidió disculpas por las molestias con que la venía a apesadumbrar en aquella hora; eran frases repetidas cientos de veces en situaciones semejantes.

Martin Beck no sabía muy bien dónde instalarse, pues la tumbona estaba solitaria en la esquina, pero la mujer se levantó y se dirigió hacia dos enormes sofás de piel que ocupaban la parte central de la habitación, a ambos lados de una mesa larga con superficie de mármol. Se sentó junto al

extremo de uno de los sofás y Martin Beck lo hizo en el centro del otro sofá.

Al otro lado de la pared de cristal, que se abría con puerta corredera, había una terraza con el suelo de piedra, y más abajo una piscina. Después de la piscina empezaba el césped, que llegaba hasta una hilera de abedules muy erguidos, a unos cincuenta metros de la casa. El césped era espeso y uniforme, y no había parterres ni árboles ni arbustos, como delante de la casa. Detrás del pálido verdor de los abedules se distinguía el brillo de las aguas azules del Gran Värt.

—Sí, tenemos una vista muy hermosa —dijo Chris Petrus, que había seguido la mirada de Martin Beck—. Lástima no tener también la playa, porque entonces haría cortar los abedules y podríamos ver mejor el agua.

—Pero los abedules también son bonitos —alegó Martin Beck.

Entró la señora Pettersson y colocó una bandeja sobre la mesa, sirvió la cerveza de Martin Beck y dispuso una copa grande de jerez y el cuenco con las galletitas de queso, que puso delante de la señora Petrus. Luego retiró la bandeja y abandonó la estancia sin pronunciar una sola palabra.

La señora Petrus levantó su copa y saludó a Martin Beck con una inclinación de cabeza antes de beber. Luego depositó de nuevo la copa y dijo:

—Siempre nos hemos encontrado bien aquí. Cuando compramos la finca hace seis años, había aquí un horrible castillo en ruinas, pero lo hicimos derribar y construimos esta casa en su lugar. Un amigo de Walter, que es arquitecto, nos hizo los planos.

Martin Beck estaba convencido de que el castillo en ruinas debió de haber sido más confortable para vivir. Lo que llevaba visto de la casa le parecía frío y poco acogedor, y aquel aspecto hipermoderno y probablemente muy caro parecía hecho más para impresionar que para hacer la vida agradable y cómoda.

—¿No hace mucho frío en invierno, con estas ventanas tan grandes? —preguntó Martin Beck para entrar en conversación.

—No, qué va, tenemos infrarrojos en el techo y tuberías de calefacción en el suelo, incluso en la terraza. Además, no estamos mucho aquí en invierno; solemos irnos a zonas más cálidas, Grecia, Algarve, o África.

A Martin Beck le dio la impresión de que aquella mujer no se había llegado a dar cuenta de que su vida había cambiado, aunque quizá el cambio no fuera tan grande; había perdido a su marido, pero no su dinero.

A lo mejor, incluso había deseado su muerte alguna vez. A fin de cuentas, todo se puede comprar con dinero, incluso el asesinato.

—¿Cómo era la relación entre usted y su marido? —inquirió.

Ella le miró desconcertada, como si él estuviera allí para hablar de vaguedades y trivialidades en torno a la casa, a la vista desde la terraza o a sus viajes de placer al extranjero. Al cabo de un rato, contestó:

—Muy buena; hemos estado casados veintiocho años y tenemos tres hijos. Sólo por ellos vale la pena formar un matrimonio.

—Pero eso no significa necesariamente que el matrimonio sea feliz —dijo Martin Beck—. ¿Fueron felices?

—Uno se acostumbra al otro con el paso de los años; se hace la vista gorda con los defectos y se aguanta —dijo—. ¿Cree usted, acaso, que existen matrimonios completamente felices? El nuestro, en cualquier caso, no tenía roces y jamás se nos ocurrió pensar en divorciarnos.

—¿Intervenía usted en los negocios de su marido?

—En absoluto. La compañía cinematográfica no me interesa en lo más mínimo, y jamás me metí en los asuntos de mi marido.

—¿Qué le parecen las películas que producía su marido?

—No las vi jamás. Creo que sé qué clase de filmes hacía, pero yo no tengo prejuicios y me abstengo de opinar sobre el particular. Walle trabajaba duro, e hizo siempre todo lo posible por que mis hijos y yo tuviéramos lo mejor.

«Lo mejor» era una expresión justa, y quizá se quedaba corta, pero Martin Beck se abstuvo de hacer comentarios y dijo:

—Sus hijos, es verdad; ya deben de ser mayores. ¿Viven en casa todavía?

Chris Petrus alzó su copa de jerez y la hizo girar entre los dedos. Bebió un poco y dejó la copa en su sitio antes de responder.

—Sí y no. Nuestro hijo mayor tiene veintiséis años y es oficial de la Marina. Vive aquí cuando está en Estocolmo, pero casi siempre está embarcado o en Karlskrona. Pierre, que tiene veintitrés años y siente inclinaciones artísticas, también quiere trabajar en el ramo cinematográfico, pero con estos tiempos difíciles en la actualidad se dedica a viajar para obtener contactos y almacenar impresiones. Sin embargo, tiene su habitación arriba y vive aquí cuando no está en el extranjero. He teleografiado a su última dirección en España, pero no me ha contestado, de manera que ni siquiera sé si se ha enterado de la muerte de su padre.

Sacó un cigarrillo de una caja de plata que había sobre la mesa y lo prendió con un encendedor, también de plata, y monstruosamente grande.

—Bueno, y luego está Titti. Titti sólo tiene diecinueve años, pero ya se las arregla muy bien como modelo fotográfica. Vive alternando entre aquí y un pequeño estudio que tiene en la Ciudad Vieja. Ahora no está en casa; si no, la podría haber conocido. Es muy simpática.

—Estoy seguro de ello —dijo Martin Beck con expresión amable, pensando que, si era cierto, la niña se parecía bien poco a su padre.

—Aunque no le interesaran los negocios de su marido, seguramente sabía usted con quién alternaba en su trabajo —continuó.

Chris Petrus se pasó la mano por su fastuoso peinado y respondió:

—Ya lo creo, teníamos a menudo a gente de lo más variado dentro del mundo del cine a cenar, y luego Walle tenía que acudir a un montón de fiestas y reuniones, aunque en los últimos años yo casi no iba nunca.

—¿Por qué no?

La señora Petrus miró por la ventana.

—No me apetece —dijo—. Había siempre tanta gente, y un montón de gente joven con la que una no tiene nada en común. Y a Walle no le parecía necesario que fuera. Yo tengo mis propios amigos, con los que me lo paso mejor.

Walter Petrus, en otras palabras, no había querido llevar a su mujer cincuentona a las fiestas en las que tenía la oportunidad de conocer a muchachitas jóvenes con las que alternar gracias a su profesión y a su dinero. Él tenía sesenta y dos años, y era gordo, feo e impotente, y su reputación como productor cinematográfico había llegado a ser casi vergonzante, a pesar de que en ciertos círculos todavía se le consideraba como un hombre importante, con una producción apreciada y un espíritu ambicioso y artístico. Pero la aureola de admiración que rodea al mundo del cine hace que muchas chicas estén dispuestas a cualquier clase de humillaciones con tal de entrar en él, y Walter Petrus, indudablemente, no había desaprovechado jamás aquella predisposición.

—Señora Petrus, supongo que habrá tenido tiempo de pensar en quién haya podido matar a su marido —dijo Martin Beck.

—No se me ocurre otra cosa que la acción de un loco. Es horrible que aún ande suelto.

—¿No había nadie a su alrededor que pudiera...?

Ella le interrumpió y pareció agitarse por primera vez durante aquella conversación.

—Nadie, excepto un loco de remate, tiene la oportunidad de hacer algo así. Entre nuestro círculo de amistades no hay ningún chiflado, y he de decirle, señor comisario, que pensase lo que pensase la gente de mi marido, no había nadie que le odiara hasta ese punto.

—No era mi intención criticar a su marido o a sus conocidos —dijo Martin Beck—; sólo quiero decir que a lo mejor se sentía amenazado, o a lo mejor alguien se ha sentido maltratado por él...

Ella le volvió a interrumpir.

—Walle no maltrataba a nadie. Era bueno y hacía lo que podía por sus empleados. El gremio en el que trabajaba es duro y difícil, y a veces había que ser cruel para no sucumbir, eso lo había dicho alguna vez, pero de ahí a que le hubiera hecho algo tan grave a alguien, no me lo puedo imaginar, la verdad.

Vació su copa de jerez y encendió un cigarrillo, y Martin Beck esperó a que se serenase.

Martin Beck miró por la ventana. Por el césped venía un hombre con ropas de trabajo de color azul.

—Alguien viene —dijo.

La señora Petrus miró hacia el hombre.

—Ése es Hellström, nuestro jardinero —dijo.

El hombre de azul torció hacia la derecha junto a la piscina y desapareció de su vista.

—¿Tiene usted otros empleados, aparte de la señora Pettersson y el jardinero? —preguntó Martin Beck.

—No. La señora Pettersson se ocupa de la casa, y dos veces a la semana viene una asistenta. Y Hellström no es sólo el jardinero de esta casa, sino que cuida otros jardines de por aquí. No vive aquí, sino en una casita en el terreno del vecino.

—¿También se ocupa del coche?

Ella asintió.

—Los coches. Walle tenía un Bentley y yo un Jaguar pequeño. Hellström se encarga de los dos coches, y a veces llevaba a Walle a la ciudad. A Walle no le gustaba conducir, o sea que Hellström también hacía de chófer. A veces, también iba yo a la ciudad al mismo tiempo que Walle, pero yo prefería conducir mi propio coche y él prefería ir en el Bentley.

—¿No conducía nunca su marido?

—Raramente, a no ser en casos extremos, pero no le gustaba nada.

Señaló la copa con el dedo y miró hacia la puerta. Después se levantó y dijo:

—Voy a llamar a la señora Pettersson. El único defecto de esta casa es que no hay timbre para llamar a la cocina.

Salió, y la oyó gritarle a la señora Pettersson que trajera la botella de jerez. Luego volvió a sentarse en el sofá.

Martin Beck esperó a hacerle la siguiente pregunta hasta que la señora Pettersson hubo colocado la botella de jerez sobre la mesa y se hubo alejado; bebió un trago de cerveza, que estaba empezando a calentarse y a perder presión, y dijo:

—Señora Petrus, ¿sabía usted que su marido tenía relaciones con otras mujeres?

Ella respondió en seguida, mirándole a los ojos.

—Naturalmente que lo sabía, y conocía su relación con la mujer en cuya casa ha sido asesinado. Ha sido su amante durante dos años. No creo que tuviera otros asuntos; quizá alguno esporádico, pero tampoco era ningún mozo ya. Como le he dicho antes, yo no tengo prejuicios y dejaba que Walle viviera su vida como le pareciera.

—¿Conoce a Maud Lundin?

—No, y tampoco tengo ningunas ganas de conocerla. Walle sentía una cierta atracción por las mujeres vulgares, y me parece que esa tal señora Lundin es de ese tipo.

—¿Ha tenido usted relaciones con otros hombres?

Ella le miró un rato y contestó:

—No creo que tenga nada que ver con el asunto.

—Lo tiene; de lo contrario, no se lo habría preguntado.

—Si está pensando en que yo tenía un amante que ha matado a Walle por celos, puedo decirle que se equivoca. Tengo, efectivamente, un amante desde hace varios años, pero él y Walle eran buenos amigos y mi esposo aceptaba nuestra relación mientras fuera discreta. No pienso decirle cómo se llama.

—No creo que sea necesario —dijo Martin Beck.

Chris Petrus se pasó el dorso de la mano por la frente y cerró los ojos; fue un gesto muy teatral. Tenía ojeras.

—Y ahora puedo decirle que me deje en paz —dijo—. La verdad es que no resulta nada divertido estar aquí hablando sobre la vida privada de Walle y la mía con un desconocido.

—Lo siento, de veras, pero mi trabajo consiste en intentar encontrar a la persona que mató a su marido, y por esa razón me veo obligado a hacer una serie de preguntas indiscretas, con el fin de formarme una idea de lo que pueda haber motivado su muerte.

—Usted me prometió por teléfono que la conversación sería breve —protestó ella quejumbrosa.

—No la voy a molestar con más preguntas por ahora —dijo Martin Beck—, pero quizá tenga que volver, yo o alguno de mis compañeros, y le ruego que me permita llamarla en ese caso.

—Sí, sí —asintió la señora Petrus impaciente.

Él se levantó y ella volvió a tenderle elegantemente su mano mientras continuaba sentada.

Cuando salía por el arco, aquella vez ya sin tropezar en el escalón, oyó el rumor de la botella de jerez al verter más vino en la copa.

La señora Pettersson estaba seguramente ocupada en las regiones superiores de la residencia, pues pudo oír sus pasos y el ronquido de una aspiradora.

El jardinero tampoco se veía por ninguna parte, y las puertas del garaje estaban cerradas.

Cuando salió por la puerta principal vio que en el marco exterior había células fotoeléctricas, probablemente conectadas a algún sistema de alarma en la casa. Eso explicaba que la señora Pettersson le hubiera abierto sin necesidad de tocar el timbre.

Mientras atravesaba el césped vio al jardinero, que terminaba de cortar la hierba alrededor de la mansión de los Petrus. Se detuvo y pensó en acercarse a él para conversar un rato, pero el hombre, que había estado agachado unos momentos antes, se levantó y se alejó con pasos rápidos. Entonces empezó a resoplar una boquilla de aspersion y a lanzar unos finos hilillos de agua sobre el césped verdísimo.

Martin Beck continuó caminando, en dirección a la estación. Iba pensando en Rhea, y en que le contaría cómo era la familia Petrus y en qué ambiente vivían, y sabía de antemano cuál sería su reacción.

Al día siguiente de la fiesta del solsticio de verano llegó a la jefatura de policía de Märsta un hombre joven y entregó al inspector de guardia un objeto pesado y largo, envuelto en papel de periódico.

Desde el día del asesinato de Rotebro habían pasado diecinueve días, y los resultados de las investigaciones habían sido bastante pobres. La inspección técnica había aportado muy pocos datos dignos de atención o de interés, ni siquiera una huella digital que no fuera las del propio Walter Petrus, Maud Lundin o cualquiera de sus conocidos o personas cuya presencia en la casa se considerase normal. Lo único que podía pensarse que proviniera del asesino era una huella de pisada delante de la puerta del jardín.

Se habían realizado numerosos interrogatorios a vecinos, parientes, empleados, amigos y conocidos, y, mientras crecía todo ese material, también se iba clarificando la imagen del propio Walter Petrus. Tras una fachada de generosidad y jovialidad se ocultaba un hombre duro e inmisericorde, desprovisto de escrúpulos a la hora de conseguir sus propósitos. Su comportamiento sin conciencia en la esfera de los negocios le había granjeado numerosos antagonistas, pero las personas de su entorno que pudieran tener motivos suficientes para asesinarle tenían todas clarísimas coartadas. Aparte de su mujer y de sus hijos, no había ninguna persona que se pudiera beneficiar económicamente de su muerte.

El inspector de guardia hizo llegar el paquete al comisario de homicidios Pärsson, quien lo abrió, echó un vistazo a su contenido e hizo pasar al joven que lo había traído.

Señaló la barra de hierro envuelta en papel de periódico.

—¿Qué es eso, y por qué nos lo ha traído?

—Es una cosa que encontré en Rotebro —dijo el hombre—. Pensé que podía tener algo que ver con el asesinato de ese Petrus. Leí algo en el periódico, y allí decía que el arma homicida no había sido hallada en el lugar del crimen. Tengo un amigo que vive en la casa de enfrente de donde sucedió, y esta noche he dormido allí. Naturalmente, hablamos del crimen, y, cuando encontré esto esta mañana, he pensado que podía ser el arma

homicida. En fin, que he pensado que lo más adecuado era entregárselo a la policía.

Miró a Pärsson y continuó con aire de duda:

—Por si acaso, porque nunca se sabe.

Pärsson asintió.

Algunos días antes, una mujer había enviado unas tenazas por correo y en una carta acusaba a su vecino del crimen. Las tenazas las había encontrado en el garaje del vecino, y daba el razonamiento de que, ya que estaban manchadas de sangre y el vecino ya había cometido un crimen anteriormente, lo que tenía que hacer la policía era simplemente ir allí y detenerle. Luego se supo que la mujer estaba mal de los nervios y era paranoica, que estaba convencida de que su vecino se había cargado a su gato, que llevaba tres meses sin aparecer, y, finalmente, que las manchas rojas eran de pintura.

—¿Dónde lo ha encontrado? —preguntó Pärsson.

—En realidad, fue Emil el que lo encontró —dijo el joven.

—¿Emil?

—Mi perro. Es que fuimos a pasear por el campo y a Emil se le enredó la correa en unos arbustos, y al irlo a soltar vi la barra en el suelo.

Pärsson volvió a asentir.

El joven parecía un poco inseguro, y Pärsson le dijo amablemente:

—Ha sido muy amable al venir. ¿Podría usted indicarnos el lugar exacto en donde la encontró si fuera necesario?

—Desde luego; clavé una rama para señalar el lugar, por si acaso.

—Muy bien —dijo Pärsson—, muy comprensible. Deje ahí afuera su nombre y el número de teléfono por si hubiera que llamarle en caso necesario.

—A lo mejor, sólo es un barrote de hierro cualquiera, pero, como leo la Enciclopedia del Detective Práctico, pues... —dijo el joven desde la puerta.

Una hora más tarde, el paquete se hallaba sobre la mesa de Martin Beck, en la Jefatura de la zona sur. Examinó la barra de hierro y la comparó con las ampliaciones de la fractura craneal de la víctima. Después descolgó el teléfono y llamó al laboratorio Criminal del Estado, en Solna. Pidió hablar con Oskar Hjelm, jefe de sección del laboratorio.

Hjelm parecía irritado, como de costumbre.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó.

—Una barra de hierro —dijo Martin Beck—. Por lo que veo, muy bien podría ser la que mató a Walter Petrus. Naturalmente, ya sé que tienes mucho trabajo, pero ¿me harías el favor de ocuparte de esto lo antes posible?

—¡Lo antes posible! —exclamó Hjelm—. Tenemos trabajo hasta Navidad y todo se tiene que hacer lo antes posible. Pero, en fin, envíamela. ¿Hay que hacer algo especial, o lo de siempre?

—Sí, lo de siempre. Mira si encaja con la herida, y cualquier otra cosa que veas. Ha estado un tiempo a la intemperie, y a lo mejor es difícil encontrar algo, pero haz lo que puedas.

Hjelm pareció un poco molesto al decir:

—Aquí hacemos siempre lo que podemos.

—Ya lo sé —se apresuró a decir Martin Beck—, Te lo enviaré en seguida.

—Te llamaré cuando haya terminado —aseguró Hjelm, y colgó.

Cuatro horas más tarde, mientras Martin Beck ponía orden entre sus papeles antes de marcharse llamó Hjelm.

—Aquí Hjelm —dijo—. Sí, encaja perfectamente, y se advierten restos de sangre y de materia cerebral adheridos, aunque muy poquita cosa; de todos modos, he conseguido determinar el grupo sanguíneo y es el correcto.

—Muy bien, Hjelm —dijo Martin Beck—, ¿algo más?

—Fibra de algodón, de dos clases, una blanca, probablemente del trapo que se utilizó para limpiar la sangre, y otra azul, que puede ser de la ropa.

—¡Estupendo Oskar! —exclamó Martin Beck.

—Y tierra y óxido. La barra mide cuatrocientos veintidós milímetros de longitud y treinta y tres de diámetro, es octogonal, de hierro de fundición, y, a juzgar por la corrosión, ha estado a la intemperie mucho tiempo, muchos años, a lo mejor siempre. Está soldada a mano y tiene soldaduras en ambos extremos, por haber estado montada en algún sitio.

—¿Dónde, por ejemplo?

—Parece una cosa vieja, a lo mejor sesenta o setenta años; podría ser de alguna barandilla o algo parecido.

—¿Estás seguro de que es el arma con la que se mató a Walter Petrus?

—Sí —contestó Hjelm—, definitivamente. Por desgracia, la superficie es tan rugosa que resulta imposible encontrar huellas digitales.

—Ya nos arreglaremos —dijo Martin Beck.

Le agradeció el favor a Hjelm, que contestó con un gruñido, y colgó.

Martin Beck llamó a Pärsson, de Märsta, y le contó lo que le había dicho Hjelm.

—Bueno, ya hemos avanzado algo —dijo Pärsson—; será mejor que enviemos algunos hombres que puedan rastrear el terreno. No es que vaya a servir de mucho después de tantos días, pero nunca se sabe.

—¿Se sabe exactamente dónde estaba este pedazo de hierro? —preguntó Martin Beck.

—El joven que lo encontró dejó una señal en el lugar —contestó Pärsson—. Le llamaré. ¿Querrás venir a verlo?

—Bueno, llámame cuando salgas, e iré para allá.

Martin Beck continuó cambiando papeles y carpetas de sitio, hasta que consiguió poner algo de orden en su escritorio.

Se inclinó hacia atrás en su sillón y abrió una carpeta de informes que le había dejado Aasa Torell por la mañana. La carpeta contenía el informe realizado por Aasa Torell después de interrogar a dos muchachas que habían conocido a Petrus. Por lo que se leía, Aasa ya conocía a una de las chicas, de su época en la sección de moralidad y orden.

Los relatos de las chicas eran casi idénticos. Sus opiniones sobre Petrus no eran nada buenas, y ninguna de las dos sentía especialmente su desaparición. En cuanto a una de sus características, ambas coincidían plenamente: había sido un tacaño descomunal.

Por ejemplo, no las había invitado jamás a tomar una copa ni a comer por ahí, ni les había regalado una miserable golosina o un paquete de tabaco. En una ocasión, llevó a una de ellas al cine, pero era porque tenía invitaciones.

Con cierta frecuencia las llamaba y las hacía ir a su oficina, siempre por las tardes, cuando ya se había marchado todo el mundo, y coincidían en decir que sus condiciones sexuales eran deplorables. La mayor parte de las veces se mostraba completamente impotente, y las infructuosas horas de amorío en la oficina nunca le hicieron ser más generoso. Alguna que otra vez, muy de tarde en tarde, les había dado dinero para el taxi después de una sesión larga, llena de esfuerzos agotadores y frustrados para proporcionarle alguna satisfacción sexual, pero en general las mandaba a paseo de mal humor e insatisfecho.

Una de las razones decisivas para que las chicas quisieran saber algo de él era su generosidad en cuestión de hachís y de alcohol. En este apartado era muy desprendido. A pesar de que él mismo apenas tomaba bebidas

fuertes y sólo fumaba algún porro de vez en cuando, sus cajones siempre estaban bien surtidos de cannabis y de marihuana, y su botellero bien repleto de toda clase de bebidas.

La otra razón decisiva era su constante promesa de proyección y promoción artística dentro de la cinematografía, y las perspectivas de viajes, festivales de Cannes y una vida de lujo y fama.

Una de las chicas había dejado de verle seis meses atrás, pero la otra había estado con él hasta pocos días antes de su muerte.

Admitía que al principio había sido lo suficientemente tonta como para creer en todas sus promesas, pero que luego empezó a sospechar que tan sólo se estaba aprovechando de ella. Después de su último encuentro se había sentido humillada, y tan asqueada de él que había decidido soltarle cuatro verdades y colgarle el teléfono la próxima vez que le llamase. Luego, dado lo que había pasado, prefería no pensar más en ello.

El sentimiento que le quedaba tras la muerte de Walter Petrus no era mucho más agradable. Aasa había repetido textualmente sus deseos de «bailar a go-go sobre su tumba, si es que algún imbécil se ha entretenido en enterrar a semejante cabrón de mierda».

Aasa había unido un papelito a su informe, con un comentario escrito a mano. Martin Beck soltó el papel de su grapa y leyó:

«Martin: esta chica está colgadísima, aunque no se la conoce en la sección de estupefacientes, pero tiene todas las características de los que consumen cosas más fuertes que el hachís. Ella niega que W. P. le suministrara otras cosas, pero quizá sería interesante investigar por ahí».

Martin Beck dejó el papel en una bandeja de asuntos urgentes, cerró la carpeta con los informes y se levantó, dirigiéndose a la ventana con las manos metidas en los bolsillos.

Pensaba en la sospecha de Aasa de que Walter Petrus hubiera podido estar metido en el tráfico de drogas, cada día más extendido y menos controlable. Era un nuevo aspecto del caso, que podría abrir nuevas vías de investigación, pero también complicarlo todavía más.

No se había encontrado ninguna pista que indujese a pensar que Walter Petrus hubiera traficado en drogas duras, ni en sus oficinas

cinematográficas ni en su casa, pero por otro lado tiempo atrás se había sospechado de él en ese sentido. Lo mejor era entrar en contacto con la sección de estupefacientes y ver qué le contaban allí.

Sonó el teléfono.

Pärsson de Märsta le dijo que había localizado al joven que les indicaría el lugar del hallazgo, y que saldrían hacia allí al cabo de un rato.

Martin Beck le prometió ir en seguida y fue a buscar a Skacke, pero éste se había marchado ya a casa, o había salido por algún recado.

Levantó el auricular para llamar un taxi, pero cambió de opinión y llamó al garaje. Ir hasta Rotebro en taxi costaría casi cien coronas, y otro tanto la vuelta, y la partida de vales de taxi de aquel mes ya estaba demasiado abultada.

A Martin Beck no le gustaba demasiado conducir, y sólo se ponía al volante en casos de apuro. No tenía elección y tomó el ascensor para bajar al garaje, donde había un Volkswagen negro a su disposición.

Pärsson le esperaba en el lugar convenido de Rotebro, y, junto con el joven y su perro, se dirigieron al arbusto de endrino donde había estado la famosa barra de hierro.

El tiempo se había estropeado y el aire era húmedo y frío. El cielo vespertino estaba tapado y gris, y se veían nubes repletas de lluvia.

Martin Beck miró hacia la casa más allá del campo.

—Es curioso que viniese por aquí, porque era fácil que alguien le viese —dijo.

—A lo mejor tenía un coche esperándole en la calle Enköping —alegó Pärsson—. Yo creo que debemos trabajar sobre esa hipótesis y ver de encontrar mañana qué camino tomó para ir a la calle.

—Seguro que lloverá —dijo Martin Beck—, y ya han pasado casi tres semanas. No creo que sirva de nada.

—Con probar no se pierde nada —replicó Pärsson.

El perro había desaparecido entre los árboles y su dueño lo llamaba insistentemente.

—¡Qué nombre tan curioso para un perro! —observó Pärsson.

—Yo conozco a otro perro que se llama Emil —dijo Martin Beck—, es muy divertido. Vive en la calle Kungsten.

Tenía frío en los pies y echaba de menos a Rhea. Los arbustos de endrinas no les daban la respuesta de quién había matado a Walter Petrus, y estaba oscureciendo.

—¿Nos vamos? —dijo, y empezó a caminar hacia donde estaban los coches.

Fue directamente a la calle Tule, y mientras Rhea freía un poco de carne en la cocina, él se quedó tumbado en la bañera, pensando cómo tendría que organizar el trabajo del día siguiente.

Había que informar a la sección de estupefacientes y había que hacerla intervenir en el caso.

Había que proceder a un registro a fondo en la mansión de Djursholm, en los despachos de la productora y en la casa de Maud Lundin.

Benny Skacke tendría que encargarse durante todo el día de averiguar si Petrus había tenido algún escondrijo misterioso o había alquilado algún piso bajo nombre falso.

Había que presionar un poco más a la chica que había hablado con Aasa. Sería un asunto de la sección de narcóticos.

Por su parte, llevaba varios días dándole vueltas a la idea de llegarse de nuevo a la villa y charlar con la señora Pettersson y con el jardinero Hellström, pero eso podía esperar. Al día siguiente tenía que estar en su oficina.

Con el servicio de la mansión de Djursholm podía muy bien hablar Aasa.

No sabía qué era lo que estaba haciendo Aasa; no la había visto en todo el día.

—¡La comida está lista! —gritó Rhea—. ¿Quieres vino o cerveza?

—Cerveza, gracias —gritó él a su vez, saliendo de la bañera y dejando de pensar en lo que haría al día siguiente.

8

El director general de la policía sonrió a Gunvald Larsson, pero en aquella sonrisa no había ni ingenuidad ni encanto, sino única y exclusivamente dos filas de dientes que ocultaban mal el desagrado que sentía hacia el visitante. Stig Malm estaba en su sitio, esto es, se ocultaba tras su jefe procurando parecer completamente ajeno a aquel asunto.

Malm había alcanzado su posición merced a lo que pudiera llamarse ambición de hacer carrera y gran esmero profesional, pero en un lenguaje menos refinado se diría que era un auténtico lameculos. Sabía lo peligroso que resultaba adular en exceso a los jefazos, del mismo modo que sabía que no conviene ser demasiado intransigente con los subordinados, pues muy bien podía ocurrir que un día éstos se sentaran en las poltronas de las alturas.

Por eso observaba la escena con una mirada neutral.

El director general de la policía alzó unos centímetros las palmas de las manos, para dejarlas caer luego sobre la mesa.

—Bueno, Larsson —dijo—, no hace falta que te diga lo contentos que estamos de que salieras ileso de esa desagradable experiencia.

Gunvald Larsson miró a Malm, que distaba de parecer contento.

Cuando Malm descubrió que le miraba, intentó reparar el malentendido con una amplia sonrisa, y dijo:

—Oh, desde luego, Gunvald, de verdad que pasamos un mal rato aquel día.

El director general de la policía volvió la cabeza y miró con frialdad a su hombre más cercano.

Malm se dio cuenta de que se estaba excediendo y apagó su sonrisa en seguida, bajando la mirada. Compungido, pensó: «Haga lo que haga, quedaré mal».

Era un hombre con lo que se dice mala pata. Si en alguna ocasión él o el director general de la policía tenían alguna actuación desafortunada, merecedora de la atención de la prensa, invariablemente era a él a quien despellejaban vivo los periodistas. Y si alguno de sus subordinados se pasaba de la raya, era él quien resultaba ridiculizado y zaherido. Si hubiera sido una persona más razonable y más sociable, nada hubiera exigido que

las cosas salieran siempre así, pero a él no se le había ocurrido nunca reflexionar a este respecto.

El director general de la policía, que creía firmemente que los largos silencios hacían crecer su autoridad, sin saber muy bien por qué, dijo por fin:

—Lo que resultaba un poco extraño es que todavía te quedases allí once días después del atentado, a pesar de que tenías billete para el día siguiente. Tenías que haber vuelto el día seis de junio, pero no llegaste hasta el dieciocho. ¿Cómo explicas esto?

Gunvald Larsson tenía dos respuestas para esa pregunta. Sin pensarlo dos veces, escogió la respuesta que mejor se adecuaba a su manera de ser.

—Es que me hice cortar otro traje.

—¿Y se tardan once días para hacer un traje nuevo? —preguntó el director general con cansancio.

—Sí, si se quiere un trabajo bien hecho. Naturalmente, puede hacerse más de prisa, pero entonces es inevitable que surjan chapuzas por todas partes.

—Mmm —dijo el director general irritado—; como es sabido, tenemos nuestros inspectores, y cosas tales como trajes nuevos resultan más bien difíciles de meter en el presupuesto. Por cierto, que podías haberte comprado el traje aquí.

—Yo no me compro nunca trajes —replicó Gunvald Larsson—, yo me los hago hacer, y en toda Europa dudo que haya un sastre capaz de hacer lo que yo quería.

—Pero eso de los inspectores va a ser un problema, con estos gastos —dijo Malm.

Estaba seguro de haber pronunciado una frase correcta e inofensiva, pero el director general pareció haber perdido repentinamente todo interés por el vestuario de Gunvald Larsson, y exclamó:

—Eres un tipo curioso, Larsson, pero con los años hemos visto que eres un buen policía.

—Sí —dijo Malm—, es verdad.

—¡Pues claro que es verdad, lo acabo de decir yo! —exclamó el director general irritado—. Pero eres un tipo especial.

—Y algo indisciplinado —corrigió Malm.

El director general de la policía se volvió hacia Malm y dijo con una expresión como si estuviera a punto de perder los nervios:

—Yo no tolero ni la indisciplina ni la embriaguez. A estas alturas ya deberías saberlo, Stig.

Era evidente que Stig Malm estaba en plena línea de tiro, y tenía que darse maña para salirse. Miró a su alrededor en busca de una salida.

Gunvald Larsson le guiñó un ojo.

Malm quedó perplejo, porque las relaciones entre ellos dos eran fatales desde siempre, y a menudo habían surgido conflictos cuando trabajaron en equipo.

—Como Stig sabe, no me he pasado los once días metido en casa del sastre —dijo Gunvald Larsson tranquilamente.

En realidad, Stig Malm no tenía ni la más remota idea de lo que había estado haciendo Gunvald Larsson. Era algo muy típico de la Dirección General de la Policía aquello de que ninguno de los jefazos hubiera tenido un minuto para charlar con Gunvald Larsson antes de aquel momento, cuando llevaba ya más de tres semanas de nuevo en Suecia. Pero, claro, se habían dado cuenta de su nota de gastos.

El director general dejó de interesarse ya por las inconveniencias de Malm. Como de pasada, dijo:

—Muy bien, Stig, me gusta que dediques parte de tu tiempo a seguir las andanzas de nuestros hombres.

Y volviéndose con curiosidad hacia Gunvald Larsson, le preguntó:

—Bueno, ¿y qué hiciste?

—Bueno, pues primero me ocupé de lo de la casa de putas. Siempre he creído que teníamos que hacer averiguaciones acerca de todas las casas de placer del mundo, como un servicio para marinos y otros suecos que se hallen fuera de casa.

Gunvald Larsson había ido a un burdel por primera vez a los veintidós años, y decidió también que sería su última visita.

Malm creyó que el director general iba a ser víctima de un ataque epiléptico o que le arrojaría un pisapapeles a la cabeza a Gunvald Larsson o cualquier cosa parecida, pero el gran jefe, e impensadamente, lo que hizo fue prorrumpir en una estruendosa carcajada incontrolable, que sólo pudo refrenar después de pasados un par de minutos.

—¡Caray, sí que eres divertido, Larsson! —exclamó entre risotadas por fin—. Hacía no sé cuánto tiempo que no me reía tan a gusto.

Gunvald Larsson pensó que alguien debería hacer un estudio serio sobre el sentido del humor del director general de la policía. Luego dijo:

—Bueno, y ya que estaba allí y tenía que esperar a que me terminasen el traje, me dediqué a investigar sobre lo que había ocurrido.

—No parece muy constructivo eso —dijo el director general—. La policía de allí llevó a cabo una investigación muy concienzuda. Por cierto, que nos enviaron todos los informes, que llegaron mientras tú todavía te encontrabas allí, o sea que igual te los podían haber dado a ti. Claro que estabas seguramente muy ocupado con lo de los burdeles...

El director general rompió de nuevo a reír a mandíbula batiente.

Malm lanzó una mirada completamente confundida a los otros dos y se acarició pensativo su cabello rizado.

Gunvald Larsson esperó a que el director general terminase su alboroto y se hubiera secado las lágrimas. Después dijo:

—Personalmente, me parece que el servicio de seguridad cometió diversos errores y que las conclusiones de la investigación oficial de la policía no son correctas, especialmente en unos cuantos detalles bastante significativos. Por cierto, tengo en mi poder un ejemplar del informe en mi despacho; me lo dieron antes de marcharme.

En la habitación se hizo el silencio durante unos instantes. Después, Malm se atrevió a pronunciarse:

—Puede ser importante para la visita de noviembre.

—Error, Stig, error —dijo el director general de la policía—; no sólo es importante, sino extremadamente importante. Hemos de celebrar una reunión en seguida.

—¡Exacto! —dijo Malm.

Las reuniones le encantaban, formaban parte de la propia vida. Sin las reuniones no se podía hacer nada, y la sociedad se hubiera simplemente derrumbado.

—¿A quién hay que llamar? —quiso saber Malm, ya con el teléfono en la mano.

El director general de la policía estaba sumido en sus pensamientos. Gunvald Larsson se entretenía en tocarse los dedos uno por uno, hasta hacer crujir las articulaciones.

—Gunvald tiene que asistir, claro, como informador —dijo Malm.

—Después de lo que ha pasado tiene que asistir como experto en la materia —replicó el director general—, pero estoy pensando en otra cosa: el grupo especial no existe todavía. Tenemos bastante tiempo aún, pero se

trata de una misión muy delicada y yo creo que es el momento de constituir un grupo con lo mejor de nuestras fuerzas.

—El jefe del departamento de seguridad —dijo Malm.

—Sí, claro, éste no falla, como el jefe del departamento de orden público y el jefe de policía de Estocolmo.

Gunvald Larsson bostezó, más por incomodidad que por cansancio; cuando pensaba en el jefe de policía de Estocolmo, con sus corbatas de seda y los innumerables gilipollas bajo su presunto mando, siempre le acometía una especie de aburrimiento general, aparte de que también sentía un cierto temor interno.

El director general de la policía prosiguió:

—Vamos a necesitar grupos especializados de toda clase y habrá que pedir la ayuda del ejército y de la aviación, y a lo mejor también de la marina. Naturalmente, toda la responsabilidad de todo lo que suceda recaerá solamente sobre una persona: sobre mí.

Tan colosal responsabilidad no parecía hacerle sentir incómodo en absoluto. Se irguió ante la mesa e hizo el viejo gesto de apoyar las palmas de las manos sobre la mesa.

—O de lo que no suceda —señaló Gunvald Larsson.

—¿Qué quiere decir esto?

—Quiero decir la responsabilidad de lo que no suceda.

—Eres un tipo curioso, Larsson —dijo el director general—, pero sumamente divertido. —Siguió sus pensamientos y añadió con modestia—: Sobre mí, ya lo he dicho. A la reunión, dentro de dos horas, conviene indiscutiblemente que acuda Möller, el jefe local de la policía, el jefe del departamento de orden público y vosotros dos.

Hizo un vago gesto hacia Malm y Gunvald Larsson.

—Pero hay otra cosa —prosiguió—. A fin de poder tener bajo control todo lo que se haga, y coordinar desde el primer día todos los preparativos y todas las fuerzas, etcétera, conviene que haya un jefe operativo, un policía experto y un buen administrador, un hombre que pueda coordinar todas las fuerzas concentradas en esta operación de protección; un hombre que tenga estas características y además una agudeza de criminalista y algo de psicología. ¿Quién es ese hombre?

El director general de la policía miró a Gunvald Larsson, que asintió sin decir nada, como si la respuesta fuera ya un hecho.

Stig Malm se levantó automáticamente. Él creía que la respuesta era clarísima: ¿quién mejor que él podía reunir todas esas cualidades para encargarse de la misión? Él hecho de que tiempo atrás hubiera estado al frente de un caso con resultados catastróficos, no era más que mala suerte y una casualidad.

—Beck —dijo Gunvald Larsson.

—¡Justo! —exclamó el director general de la policía—. Martin Beck es nuestro hombre.

En su fuero interno pensó que valía la pena resaltar eso, sobre todo si algo salía mal. Pero añadió en voz alta:

—De todos modos, la responsabilidad última es mía.

No estaba mal, pero en seguida se le ocurrió una frase más rimbombante, que, aunque no llegó a pronunciar era: «Las últimas consecuencias hacen gravitar la espada de Damocles de la responsabilidad sobre mis hombros».

—¿Por qué no empiezas a llamar?

El director general miraba interrogativamente a Malm, que se engalló un tanto al decir:

—Beck tiene un caso, y en realidad es subordinado mío; pertenece a mi sección.

—Ah, qué bien, ¿así que la comisión nacional de homicidios se ocupa de un caso? Bueno, pero seguramente le sobraré tiempo, aparte de que esta comisión nacional me parece que desaparecerá pronto y para siempre.

Hacía algún tiempo que había un cierto interés en dismantelar aquella comisión nacional de homicidios. El principio del fin sería probablemente la mudanza desde Västberga hasta el formidable cuartel general de la policía de Kungsholmen, en Estocolmo, que debía realizarse durante el año mil novecientos setenta y cinco. El hecho de que se quisiera hacer desaparecer la comisión nacional de homicidios se debía, en parte, a las desorbitadas ambiciones centralizadoras y militarizantes, pero también a la corrosiva envidia que existe en todos los elementos oficiales suecos. A los de la comisión nacional de homicidios les iba todo demasiado bien, pues resolvían prácticamente todos los casos que se les presentaban, mientras una gran parte de la policía estatal aparecía como una colección de matones corrompidos e ignorantes, o como un rebaño de bobos uniformados con una dirección estúpida y desconsiderada; en cambio, la comisión nacional de homicidios rara vez ofrecía motivos de queja. La mayor parte de los

criminalistas que trabajaban en ella eran reconocidos por todo el mundo y eran muy populares. La expresión «ahora vienen los de la comisión de homicidios» venía siendo una especie de garantía de seguridad desde hacía años. El personal de la sección lo constituían policías bien preparados, que casi siempre realizaban bien su labor, y la idea de que algunos pudieran emplear métodos inhumanos era impensable. De todos modos, no se podía generalizar ni por exceso ni por defecto, porque del mismo modo que había montones de imbéciles de uniforme en los cuerpos de policía de las grandes ciudades, dirigidos además por tipos violentos, sádicos y estúpidos, también existía una gran cantidad de hombres intachables que realmente intentaban desempeñar lo mejor posible un oficio difícil. No era fácil encontrar algo que echarle en cara a la comisión nacional de homicidios, pero, con el paso del tiempo, Martin Beck se había visto obligado alguna vez a pedir el traslado de alguno de sus colaboradores a otra zona en la que necesitaran gente.

—Pues yo tengo once casos —alegó Gunvald Larsson.

—Pero tú no estás en mi sección —repuso Stig Malm.

—No, gracias a Dios. O a quien sea.

Stig Malm logró hablar con todos en seguida, incluso con el jefe de la sección de orden público, que tenía dolor de garganta, cuarenta grados de fiebre y apenas podía hablar. A ese hombre se le consideraba menos eficiente, pero eso tenía poca importancia, porque el jefe de la policía de Estocolmo podría hablar por él, y así lo haría con toda seguridad llegado el caso.

Cuando salían del Sancta Sanctorum, Stig Malm y Gunvald Larsson intercambiaron algunas frases.

—Realmente, me has echado un cable ahí dentro —dijo Malm—, pero...

—¿Pero qué?

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque me dabas lástima.

—Pero yo no te caigo bien, ¿no es así?

—Me caes como un saco de mierda —dijo Gunvald Larsson—, pero a uno también le pueden dar lástima los sacos, ¿no?

—Supongo que sí.

—Por cierto, tengo un consejo para ti.

—A ver, di.

—Que cultives tu sentido del humor.

—A propósito —dijo Malm, lleno de curiosidad—, ¿qué tal eran los burdeles allí?

—Todos a rayas rojas y blancas, igual que todo lo demás que hay dentro; al cabo de media hora de estar en uno de esos lugares, se te pone la verga igual, como si fuera un caramelo de feria.

—¿Y cuándo se marchan esas rayas?

—Nunca —contestó Gunvald Larsson—; seguramente, por eso allí no va nadie a las casas de putas.

Cada uno se marchó por su lado. Stig Malm iba meneando la cabeza pensativo.

—¡Será papanatas! —renegaba Gunvald Larsson—. ¡Vaya oficio para el que me he estado preparando durante cuarenta y cinco años!

Todo el mundo llegó puntualmente, excepto Möller. Stig Malm y Gunvald Larsson se saludaron y saludaron al director general de la policía sin demasiado entusiasmo, pero tampoco era la primera vez que se veían en aquel día tan poco ameno del mes de julio. Martin Beck también estaba presente, vestido con una chaqueta de tejano y unos pantalones arrugados, y el jefe de la policía de Estocolmo lucía la esperada corbata blanca de seda. A lo mejor estaba celebrando todavía el entierro del rey Gustavo VI Adolfo, el otoño pasado, aunque eso pareciera un exceso de celo monárquico.

Pero faltaba Möller.

Todos se habían sentado a la mesa de conferencias, cuando el director general se dio cuenta de su ausencia y pronunció la frase genial:

—¿Dónde está Möller?

—Seguramente está en secretaría, jugando a la ruleta rusa con las chicas —contestó Gunvald Larsson.

—Pues no podemos empezar sin él —dijo el director general—. Ya sabéis el jaleo que se arma cuando está el departamento de seguridad por en medio.

Eric Möller era el jefe del departamento de seguridad de la dirección general de policía, lo que la gente llamaba vulgarmente la SÄPO, pero no se sabía exactamente si él mismo se había dado cuenta de que era jefe. Lo de la policía de seguridad era en sí una cosa bien curiosa. En total daba trabajo a unas ochocientas personas, que se suponía que pasaban el tiempo haciendo dos cosas: primero, perseguir y apresar espías extranjeros, y luego

desbaratar el trabajo de organizaciones y grupos que eran peligrosos para la seguridad del reino. Con los años se fue enredando este asunto, porque todo el mundo sabía que en realidad la única misión de la SÄPO consistía en registrar, perseguir y, en general, hacer la vida imposible a todo aquel que tuviera ideas socialistas. Cuando por fin la cosa llegó al extremo de que la policía empezó a meterse con los socialistas que pertenecían al partido socialdemócrata, el gobierno pseudosocialdemócrata se vio en apuros para aguantarse la máscara. Lo único que pudo hacer fue repetir, día tras día, que Suecia no tenía espías en el extranjero y que los registros por razones ideológicas no existían y que habían desaparecido —de hecho, se prohibieron por la ley en 1968—, pero pronto se vio que todas estas explicaciones eran falsas. Suecia tenía espías en el exterior, unos por cuenta del gobierno y otros por cuenta de terceros intereses, y la ley que prohibía los registros por razones ideológicas quedaba invalidada merced a sutiles disposiciones excepcionales. Estas actividades no las efectuaba directamente la policía de seguridad o el servicio secreto, sino que se producían a través de misteriosos despachos y algunas instituciones de tapadera, que dirigían la policía, el ejército y el gobierno en armoniosa unión. Cuando algunos de estos hechos atravesaban las nubes de humo que los ocultaban y se publicaban, el régimen reaccionaba de la manera desgraciadamente más esperable: valiéndose de la corrupción judicial se encerraba a los periodistas que habían destapado el maloliente pastel, mientras los miembros del gobierno continuaban mintiéndole a la gente con la mayor desfachatez. Luego, en los círculos más estrechos del poder, también unos mentían a los otros con igual descaro, de manera que había gente a la que le costaba creer que el jefe nacional de seguridad no supiera, exacta y detalladamente, de qué era jefe.

Treinta y tres minutos después de la hora prevista aterrizó Eric Möller en el despacho de la reunión. Si de verdad había estado jugando a la ruleta rusa, la cosa debía de haberle resultado bastante mal, porque el jefe de seguridad tenía la cara llena de sudor y respiraba con dificultad y resoplando. Tenía más o menos la misma edad que el resto de los presentes, aunque pesaba bastante más. Por otra parte, alrededor de su cabezota calva tenía una coronilla de pelo rojizo, y unas enormes orejas que llamaban poderosamente la atención.

A pesar de ser espía o contraespía, o lo que fuese, Eric Möller lo tenía difícil para disfrazarse.

Ninguno de los demás le conocía muy a fondo. Era un hombre bastante reservado, lo cual quizá fuese una deformación profesional, porque una cosa era segura: tenía que resultar una rareza y una continua pirueta lo de andar todo el día intentando averiguar si la gente era comunista en un país que por un lado disfrutaba de libertad de expresión y asociación, y en el que por otro lado era totalmente legal ser socialista, y además existía un partido comunista legalizado e instalado, aparte de otras tendencias que aseguraban estar más a la izquierda. Como remate, el partido capitalista del gobierno, cuando estaba en vena y se exaltaba, juraba una y otra vez en público ser socialista.

El único de los presentes que realmente despreciaba a Möller era Gunvald Larsson, que preguntó:

—¿Qué tal les va a tus comparsas de Ustasja? ¿Seguís teniendo reuniones para tomar el té en el jardín, los sábados por la tarde? ¿Y cómo es que Franco todavía no ha honrado a esos buitres con una habitación en el Ritz?

Eric Möller estaba demasiado cansado para poder responder.

El director general de la policía decidió abrir la reunión, contó lo de la visita del impopular senador el jueves veintiuno de noviembre, dijo que Gunvald Larsson traía consigo un material interesantísimo y muy instructivo, producto de su viaje de estudio, y continuó hablando del alto grado de dificultad de la empresa y de la enorme importancia que tenía para el prestigio de la policía. Luego hizo una relación de los específicos cometidos que iban a recaer sobre cada uno de los presentes.

«Lástima que no pude traerme aquella cabezota metida en un bocal con formol —pensó Gunvald Larsson—, porque entonces sí que hubiera sido un material interesante e instructivo.»

La noticia de que por primera vez en su vida iba a ser el jefe de un comando operativo sorprendió a Martin Beck en mitad de un bostezo, que procuró sofocar lo mejor que pudo.

—Perdón, un momento —dijo—, ¿estás hablando de mí?

—Precisamente de ti, Martin —confirmó el director general de la policía con afecto—, ¿qué es esto sino una investigación de homicidios preventiva? Por eso resultas tan adecuado. Tendrás todos los recursos: puedes disponer de quien quieras y distribuir a tu personal de la manera que te parezca más conveniente.

Martin Beck pensó inmediatamente en sacudir la cabeza y negarse, pero después pensó que aquel hombre, de hecho, podía ordenárselo sin más. Luego se dio cuenta de que Gunvald Larsson le daba un golpecito con el codo y se volvió hacia él.

—Me parece que los señores especialistas en asesinatos están deliberando —dijo el jefe local de la policía, que siempre intentaba resultar ocurrente y no lo lograba jamás.

Gunvald Larsson murmuró:

—Dile que te harás cargo de organizar el aparato de protección, de hacer las investigaciones previas, de la protección a distancia y de todo.

—¿Pero cómo?

—Con el personal de la comisión nacional de homicidios y la sección de delitos violentos. Sólo hace falta que le encarguen a otro la protección cuerpo a cuerpo; por ejemplo, evitar que se le acerque cualquiera y le clave un hacha en la cabeza.

—Bueno, a ver, hablad en voz alta —pidió el director general de la policía.

Gunvald Larsson lanzó una rápida mirada a Martin Beck, lo vio desanimado y dijo:

—Creemos que Beck y yo podemos encargarnos de organizar todo el despliegue de protección, incluido el apartado de protección preventiva y la protección a distancia, con la única ayuda del personal de la comisión nacional de homicidios y la gente de la sección de delitos violentos. Lo que, en cambio, preferimos dejar en manos de otras personas es lo referente a la protección cuerpo a cuerpo, esto es, que alguien llegue y le sacuda al honorable huésped en la cabeza con un ladrillo o algo por el estilo. Yo creo que esa misión les va perfectamente a Möller y a su equipo.

El director general de la policía se aclaró la garganta y preguntó con voz quebrada:

—¿Qué te parece, Eric?

—Sí —dijo Möller—, lo haremos nosotros.

El hombre seguía teniendo problemas de flato.

—Precisamente esta parte del trabajo es la más sencilla —dijo Gunvald Larsson—. Yo me atrevería a realizarla con la ayuda de los veinte guardias más idiotas que tenga, y Möller tiene muchos zopencos vestidos de payaso haciendo el tonto por la calle. El otro día oí decir a uno que fotografió al

primer ministro en su discurso del primero de mayo y dijo que le pareció un comunista peligroso.

—¡Basta, Larsson! —exclamó el director general de la policía—, Ya basta por hoy. Vamos a ver, Beck, ¿te encargas del asunto?

Martin Beck suspiró, pero asintió. Veía aquel encargo ante sí, con su enorme carga de complicaciones desagradables, reuniones interminables, y el trato con los políticos y los militares, que se metían siempre en todo. Pero, aun así, en primer lugar no podía negarse ante una orden tan directa, y por otra parte tuvo la sensación de que Gunvald Larsson tenía alguna idea sobre cómo había que enfocar el asunto. De momento había conseguido quitar de enmedio a la policía de seguridad, y eso era ya buena cosa.

—Antes de continuar, quisiera saber una cosa —dijo el director general de la policía—, una cosa que quizá me pueda decir el amigo Möller.

—A ver —invitó el jefe de seguridad estoicamente, abrochando el botón de su portafolios.

—Sí, me refiero a esa organización la USCH, o como se llame... ¿qué sabemos de ella?

—No, no se llama USCH —dijo Malm acariciándose el cabello.

—Pero se tendría que llamar así —apuntó Gunvald Larsson.

El director general estalló en una carcajada. Todos, excepto Gunvald Larsson, se le quedaron mirando muy sorprendidos.

—Se llama ULAG —dijo Malm.

—¡Sí, eso! —exclamó el director general—. ¿Qué sabemos, pues, de ella?

Möller sacó un solo papel de su cartera y contestó lacónicamente:

—Prácticamente nada. Quiero decir que sabemos que han cometido varios atentados, todos con éxito. La primera vez fue en marzo del año pasado, cuando el presidente de Costa Rica fue asesinado cuando bajaba del avión en Tegucigalpa; nadie se esperaba un atentado, y se vio que las medidas de prevención y de seguridad eran insuficientes. Si no llega a ser porque el ULAG se atribuyó el atentado, todo el mundo hubiera creído que se trataba de la obra de un loco aislado.

—¿Le mataron de un tiro? —preguntó Martin Beck.

—Sí, por lo visto con un arma de largo alcance, oculta en una furgoneta. La policía no consiguió encontrar a ningún culpable.

—¿Y la vez siguiente?

—En Malawi, donde dos jefes de estado se reunieron en conferencia sobre una regulación fronteriza. De repente explotó todo el edificio y murieron más de cuarenta personas; fue en septiembre. Las medidas de seguridad eran bastante completas.

Möller se secó el sudor de la frente. Gunvald Larsson pensó con alivio que su propia situación no era tan comprometedora.

—En enero, la organización cometió otros dos atentados; primero mataron a un ministro norvietnamita, junto con un general y tres miembros de su equipo, al disparar con un lanzagranadas contra el coche en el que viajaban. Iban a una conferencia con altos funcionarios sudvietnamitas. El convoy llevaba escolta militar, y, al principio, las malas lenguas quisieron hacer creer que tras el atentado se escondían otras fuerzas, pero el propio ULAG se atribuyó la responsabilidad del atentado en una emisión radiofónica. Apenas una semana más tarde, la organización volvió a actuar en uno de los estados del norte de la India. Cuando el presidente del estado visitaba una estación de ferrocarril, por lo menos cinco hombres empezaron a lanzar granadas de mano contra el tren y en la propia estación. Después, los terroristas dispararon varias ráfagas de metralleta. Éste es, hasta la fecha, el caso más sangriento, porque se habían congregado varios cientos de escolares para vitorear al presidente, y murieron casi cincuenta. Todos los policías y hombres de seguridad que se encontraban presentes murieron o resultaron gravemente heridos. El presidente saltó en pedazos. También es la única vez en que se vieron los asaltantes: iban enmascarados y llevaban una especie de uniformes de campaña. Huyeron en varios coches diferentes y no los pudieron encontrar. Después hubo otro caso en Japón, en marzo cuando un político muy famoso e importante visitaba una escuela. También en esa ocasión explotó el edificio y murió el político, junto con muchas otras personas. Se cree que fue obra de ULAG, pero la emisión radiofónica que se oyó era tan confusa que no se pudo distinguir el nombre con claridad.

—¿Esto es lo que sabes sobre ULAG? —preguntó Martin Beck.

—Sí.

—¿La habéis hecho vosotros esta relación?

—No.

—¿Cuándo la recibisteis?

—Hace unos quince días.

—¿Podemos preguntar de dónde la habéis sacado? —preguntó Gunvald Larsson.

—Sí, desde luego, pero no estoy obligado a responder.

Todos lo sabían ya y Möller dijo con expresión resignada:

—De la CIA.

El único que reaccionó fue el jefe local de policía, que inquirió:

—¿Qué significa eso, exactamente?

Möller no respondió. Martin Beck, viendo que el jefe local de la policía lo preguntaba porque realmente lo ignoraba, dijo:

—Significa Central Intelligence Agency.

—Está en inglés —dijo Gunvald Larsson con malicia.

—No es ningún secreto que intercambiamos información con Estados Unidos —precisó Möller, dolido.

—Intercambiamos información es una expresión bonita —dijo Gunvald Larsson—; encuentro que queda bien.

—¿O sea que, antes de esto, la policía de seguridad no sabía nada de ULAG? —preguntó Martin Beck.

—No —respondió Möller impasible—, no más de lo que había leído en los periódicos. No parece que se trate de un grupo de inspiración comunista.

—Ni árabe —agregó Gunvald Larsson.

—No —dijo Möller sin demasiado interés—, exactamente.

—A ver, oigamos lo que nos dice Larsson —propuso el director general de la policía—, ¿qué más sabes sobre esto del ULAG, o como se llame?

—Muchas cosas. Por ejemplo, que es típico de nuestro servicio de seguridad, que existe entre otras cosas para vigilar a los grupos terroristas internacionales, que haga oídos sordos ante todo lo que no sean grupos comunistas o palestinos.

—¡Esto no es verdad! —protestó Möller.

—Probablemente, tampoco será verdad que permitisteis que dos terroristas fascistas mataran a tiros a un enviado yugoslavo sin haber movido un dedo para evitarlo, y que luego los soltarais.

—No puede expresarse exactamente así —dijo Möller, que no reflejaba la menor intención de perder la calma.

Gunvald Larsson empezaba a darse cuenta de que aquel hombre era demasiado insensible como para dejarse provocar, por lo que volvió al núcleo de la cuestión y dijo:

—Yo sé sobre ULAG lo mismo que sabe Möller, porque lo tiene en este papel, y un poco más. Yo participé en gran parte de la investigación que siguió al atentado del cinco de junio, y me satisface poder afirmar que existen países cuya policía de seguridad no se contenta con recitar en voz alta lo que les llega en las fotocopias de la CIA.

—No seas tan reticente, Gunvald —le dijo Martin Beck.

Gunvald Larsson le miró de soslayo. No le gustaba demasiado Martin Beck, pero le admiraba como policía, y sobre todo por su clarividencia. Además, reconocía que sí tenía cierta tendencia a ser reticente, tendencia que todavía no había podido domesticar en muchos años.

—Si examinamos estos atentados —dijo—, veremos que podemos llegar a algunas conclusiones. Por ejemplo, que siempre se han dirigido contra políticos de alto nivel, pero también que estos políticos tienen muy poco en común. El presidente de Costa Rica era más bien socialdemócrata, y los dos africanos eran auténticos nacionalistas. Los vietnamitas, que no eran norvietnamitas como ha dicho Möller, sino del PRR, es decir, del gobierno provisional del Vietnam del Sur, eran comunistas. El presidente del estado federal indio era liberal-socialista y el japonés ultraconservador. El presidente cuya muerte tuve ocasión de contemplar era fascista y fundador de una antigua y sólida dictadura. Le podemos dar vueltas y más vueltas a todo esto y no podremos establecer ninguna conexión política. Ni yo ni nadie está en condiciones de dar una explicación razonable.

—A lo mejor sólo trabajan por encargo —observó Martin Beck.

—Ya lo he pensado, pero no parece verosímil. Esta solución no acaba de encajar. Lo que me sorprende, igual que en todas partes, es que todos los atentados hayan estado tan bien planeados y ejecutados. Se han valido de métodos muy diferentes y todos han funcionado a la perfección. Esta gente conoce su trabajo y son un verdadero peligro de muerte, lo cual indica que están bien entrenados y formados. Además, da la impresión de que disponen de importantes recursos, y deben de contar con alguna especie de base.

—¿Dónde? —inquirió Martin Beck.

—No lo sé —dijo Gunvald Larsson—, Podría especular sobre ello e intentar adivinarlo, pero prefiero dejarlo. En fin, y prescindiendo del objetivo al que ataquen, no se me ocurre pensar en nada más tremendo que un grupo terrorista que siempre tenga éxito en sus atentados.

—Explícanos ahora lo que ocurrió allá abajo —pidió el director general de la policía.

—Tardamos un rato en ver qué había ocurrido —dijo Gunvald Larsson—, La explosión fue extraordinariamente violenta, y, aparte del presidente y del gobernador, murieron otras veintiséis personas. La mayoría eran policías o agentes de seguridad, pero también les tocó la china a varios taxistas y cocheros que se hallaban cerca. También murió una persona que pasaba por otra calle, porque le cayó encima el resto del coche. La explosión fue tan tremenda porque habían puesto la carga justamente en una de las tuberías de gas principales de la ciudad. La única explicación es la de que hicieran estallar la bomba por control remoto desde muy lejos.

—¿Y cuál crees que fue el error de la policía? —preguntó Martin Beck.

—No se cometieron errores en la organización de protección —dijo Gunvald Larsson—; era prácticamente la misma que montó la policía norteamericana después del asesinato de Kennedy, pero, dado que el huésped era tan impopular, no se hubiera tenido que dar a conocer el itinerario que seguiría la comitiva.

—Pero entonces la gente no puede saludar ni agitar banderitas —alegó el jefe local de policía.

—Y aparte de esto, es un desbarajuste cambiar el itinerario de repente —dijo Möller—. Me acuerdo del cacao que se armó cuando vino Krushev.

—Me acuerdo de que cuando se marchó dijo que en ningún lugar del mundo había visto tantas espaldas de policías —observó Martin Beck.

—Eso es problema suyo —dijo Möller—; aquel puerco no era capaz ni de tener miedo.

—La situación mundial era distinta entonces —indicó Martin Beck—; no había tanta desesperación ni tanta confusión.

El director general de la policía no dijo nada. Por aquel entonces no era director general de la policía, ni nadie hubiera imaginado que pudiera serlo algún día.

—Otro fallo que tuvieron allí —prosiguió Gunvald Larsson— fue que se tomaron las medidas preventivas demasiado tarde. Se establecieron controles en los puertos y en los aeropuertos tan sólo dos días antes de la visita oficial, pero los tipos esos de ULAG necesitan más tiempo para preparar sus golpes. Suelen aparecer con semanas de antelación.

—Eso sólo son conjeturas —dijo Möller.

—No exactamente. La policía de allí realizó unos informes muy interesantes. Aparte de esto, los informes que existen sobre el atentado de la India no son tan exigüos como lo que has leído. Uno de los policías, que resultó gravemente herido y después murió, dijo que los terroristas no iban enmascarados, sino que por todo disfraz llevaban unos cascos como los que acostumbran a llevar los trabajadores de la construcción. También dijo que, de los tres que él vio, estaba seguro de que dos eran japoneses y el tercero europeo, alto y de unos treinta años. Cuando éste último saltó para meterse en el coche y huir, se le cayó el casco y ese policía herido pudo ver que tenía el cabello rubio y llevaba patillas. La policía india controló, naturalmente, todas las salidas del país, y encontraron a una persona que se ajustaba a la descripción. Tenía pasaporte rhodesiano y anotaron su nombre, pero ya que el testimonio del policía no había llegado todavía hasta allí, no se pudo hacer gran cosa. Las autoridades de Rhodesia dijeron que no conocían a nadie con ese nombre.

—Siempre es algo —dijo Martin Beck.

—Antes de que el presidente volara por los aires, la policía de seguridad no mantuvo ningún contacto con la policía india, pero se anotaron todos los nombres de los que salieron del país en los días siguientes, y entre ellos se encontró por lo visto una persona con el mismo nombre y el mismo pasaporte. El pasaporte es, casi con toda seguridad, falso, así como el nombre, pero creo que tiene un cierto interés. Estoy seguro de que todos vosotros lo vais a oír con una confusión de sentimientos.

—¿Cómo se hace llamar? —preguntó Martin Beck.

—Reinhard Heydrich —respondió Gunvald Larsson.

El director general de la policía se aclaró la garganta y dijo:

—Esto de ULAG parece desagradable. Y Heydrich es una aparición histórica.

—En cualquier caso es histórico —dijo Gunvald Larsson—, pero las acciones de ULAG hasta la fecha han demostrado un total y absoluto desprecio por la vida humana.

—¿Cómo puede uno proteger a nadie contra bombas accionadas a distancia? —preguntó Möller compungido.

—Ya lo arreglaremos —dijo Gunvald Larsson—; tú preocúpate tan sólo de la protección cuerpo a cuerpo.

—La verdad es que no tiene nada de fácil si de repente uno se ve volando por los aires —repuso el jefe de seguridad—; ¿cómo vamos a

protegerle?

—No te preocupes por las bombas y esas cosas; de eso ya nos encargamos nosotros.

—Estaba pensando una cosa —dijo Martin Beck—, y es que si de verdad funcionó allí la protección a distancia, entonces el que hizo estallar la bomba no pudo haber visto lo que ocurría.

—Seguro que no —dijo Gunvald Larsson.

—¿Tenía quizá a algún colaborador cerca de él?

—No lo creo.

—Entonces, ¿cómo supo en qué momento tenía que explotar la bomba?

—Mi impresión es que el tipo estuvo escuchando la radio o viendo la televisión, porque la visita la retransmitieron en directo por los dos medios; es lo que suelen hacer en todos los países cuando pasa algo especial.

—Lo que también me sorprendió fue que ULAG hiciera unas declaraciones tan de prisa, atribuyéndose el atentado, y que las hiciera por una emisora francesa.

—En realidad, la declaración se oyó en una emisión en habla francesa procedente de las Antillas, y desde allí se captaba la emisión a partir de otra fuente que no se pudo localizar. Igual pudo ser desde un avión o desde un barco.

—Hum —rezongó Martin Beck—, me parece que más valdrá contar con ULAG.

—Sí —dijo Gunvald Larsson—, eso parece. He estado intentando pensar en sus procedimientos, y no creo que puedan establecerse normas de ninguna clase. Eso sí, sabemos algunas cosas sobre ellos, siempre atacan contra figuras políticas muy conocidas, y, hasta la fecha, cada vez ha sido cuando la persona en cuestión hacía algo fuera de lo normal o muy espectacular, preferentemente durante visitas oficiales y cosas así; o sea que en esta ocasión todo parece apuntar a que podemos esperar alguna acción por su parte.

—¿Qué hacemos con la prevención? —quiso saber Möller—. ¿Hemos de encerrar a todos los alborotadores que tengan la foto de Mao colgada en la pared de su casa?

Martin Beck se rió, recordando algo muy suyo, y, naturalmente, nadie comprendió de qué se reía.

—No —dijo Gunvald Larsson—, todos los que lo deseen podrán salir a manifestarse.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo —replicó el jefe local, que se había formado como policía de orden público, y prosiguió—: En este caso tendríamos que traer por la fuerza a cada uno de los policías del país. Cuando McNamara tenía que ir a Copenhague hace unos años, simplemente no se atrevió a hacerlo cuando le dijeron la cantidad de manifestaciones que se esperaban; y cuando Reagan estaba en Dinamarca comiendo en el yate real, hace dos años, ni siquiera se publicó en los periódicos; estaba allí en visita privada y no quiso que ese hiciera ninguna publicidad, eso lo dijo él mismo. Imaginaos, Reagan...

—Si yo estuviera libre ese día, seguro que me iba a manifestar contra ese cabrón —dijo Gunvald Larsson—; ese tipo es mucho peor que Reagan.

Todos le miraron con desconfianza y una cierta seriedad, excepto Martin Beck, que parecía sumido en sus propios pensamientos. Todos, también excepto Martin Beck, pensaron: «¿Es ése el hombre adecuado en el lugar adecuado?».

El director general de la policía pensó después que Gunvald Larsson le había parecido un tipo divertido y que aquello sería probablemente una de sus bromas, y dijo:

—Ha sido una reunión muy interesante y creo que estamos en el buen camino. Gracias a todos.

Martin Beck ya había terminado de pensar. Se volvió hacia Eric Möller y dijo:

—He recibido ese encargo y lo acepto, lo cual quiere decir que debes atenerte a mis directrices; una de ellas es que te abstengas de atentar contra la libertad de personas que tengan ideas distintas de las tuyas, excepto cuando se trate de acusaciones realmente peligrosas, y después de que los demás, yo el primero, hayamos dado el visto bueno. Tienes una misión importante, que es la protección cuerpo a cuerpo, y es en lo primero que tienes que pensar. También quiero que recuerdes que tenemos derecho de libre manifestación y que te prohíbo hacer provocaciones y emplear la violencia sin necesidad. Has de recordar que es indispensable manejar bien las manifestaciones y debes colaborar con el jefe local de la policía y el jefe de la sección de orden público en esta cuestión. Además, todos los planes me corresponden a mí.

—Pero, ¿y todas las fuerzas subversivas del país? ¿Tengo que olvidarme de ellas?

—En mi opinión, las fuerzas subversivas son un producto de tu fantasía y de tus deseos. Tienes una misión importante, que es proteger al senador. Las manifestaciones son inevitables, pero no deben sofocarse con violencia. Si las fuerzas de orden público reciben las instrucciones adecuadas, no habrá complicaciones. Yo tomaré parte en todos tus planes. Puedes disponer de tus ochocientos espías como quieras, siempre que se haga todo legalmente, ¿lo has comprendido?

—Comprendido —respondió Möller—, pero tú sabes que hay instancias superiores a las que puedo dirigirme si lo juzgo pertinente.

Martin Beck no le contestó.

El jefe local de la policía se dirigió al espejo y se dedicó a enderezar su corbata blanca.

—Señores —dijo el director general—, la reunión ha terminado y tiene que empezar el trabajo de campo. Deposito mi confianza en todos vosotros.

Con eso terminó la reunión.

A la salida, Gunvald Larsson dijo a Malm:

—La próxima vez haz la prueba de contarle aquello de la verga de colores, a ver si tienes suerte.

Martin Beck les miró a ambos, con la expresión del que no entiende nada en absoluto.

Algo más tarde, aquel mismo día, Eric Möller fue en busca de Martin Beck, cosa que no había ocurrido jamás.

Martin Beck estaba todavía en la calle Kungsholm, aunque en realidad hubiera tenido que estar en su despacho de la central de Västberga, o en Rotebro o en Djursholm, porque estaba dispuesto a terminar con el asesinato de Petrus antes de que la nueva misión le ocupase demasiado tiempo, y todavía no había logrado confiar en la capacidad de Skacke como en su día confiara en la de Kollberg, para analizar fríamente un asesinato premeditado, con todas sus implicaciones sociales y psicológicas. Lennart Kollberg había sido un investigador criminal fuera de lo corriente, sistemático y rico en ideas, y Martin Beck pensaba a menudo que Kollberg había sido muy superior a él en muchos aspectos.

No había nada de malo en la ambición de Skacke y en sus energías, pero nunca había demostrado una agudeza deslumbrante, y probablemente jamás

llegaría a hacerlo. Claro que era posible que evolucionase, dada su relativa juventud; hacía poco que había cumplido treinta y cinco años y ya había mostrado su admirable voluntad y que no conocía el miedo, pero Martin Beck todavía tendría que esperar largo tiempo para poder dejar en sus manos una investigación difícil. Por otro lado, Benny Skacke y Aasa Torell formaban un buen equipo y podían llevar la cosa adelante, si la directiva de Märsta-Pärsta no les abandonaba.

Aparte de todo esto, pronto tendría que trasladar a Skacke al comando de protección que se estaba formando, por lo que la comisión nacional de homicidios quedaría temporalmente debilitada. Él estaba preparado para hacer tranquilamente dos trabajos a la vez, pero dudaba de la capacidad de Benny Skacke.

Por su parte, el trabajo en paralelo ya había empezado. Se acababa de discutir qué locales utilizarían como central de órdenes, cuartel general del comando, como Stig Malm lo denominaba marcialmente.

Estaba estudiando la composición de la escolta con Gunvald Larsson, mientras pensaba en la mansión de Djursholm, cuando se oyeron unos golpecitos en la puerta y entró Möller, más colorado y barrigudo que nunca.

Lanzó una mirada inexpresiva a Gunvald Larsson, se volvió hacia Martin Beck y le dijo con su voz y tono normales:

—Supongo que has estudiado cómo debe ser la escolta.

—¿Tienes micrófonos escondidos aquí dentro, también? —replicó Gunvald Larsson.

Möller ignoró totalmente a su adversario. No había forma de provocarle. De lo contrario, tal vez no hubiera llegado a ser el jefe de la SÄPO.

—Pues tengo una idea —dijo.

—¿Ah, sí? —exclamó Gunvald Larsson—. ¿De veras?

—Parte de la base de que el senador, supongo, irá en el coche *limousine* blindado —dijo Möller.

Se volvió hacia Martin Beck.

—Sí.

—En ese caso, mi idea es que vaya otro en ese coche, y que el senador vaya en un vehículo poco llamativo, por ejemplo en un coche de la policía, al final de la cola.

—¿Quién sería ese otro? —preguntó Gunvald Larsson.

Möller se encogió de hombros y respondió:

—Psé, cualquiera.

—¡Típico! —dijo Gunvald Larsson—. ¿Es posible que seas tan condenadamente cínico...?

Martin Beck advirtió que Gunvald Larsson empezaba a enfadarse en serio y le interrumpió rápidamente.

—La idea no es nueva, se ha aplicado en algunas ocasiones, a veces con buenos resultados y otras veces sin fortuna. En este caso es un claro inconveniente. Primero subirá el senador al coche blindado, y después habrá la televisión, que mostrará quién sube al coche.

—Hay muchos trucos —dijo Möller.

—Ya lo sabemos —admitió Martin Beck—, pero no nos interesan los trucos.

—¡Está bien! —exclamó el jefe de la SÄPO—. Adiós, pues.

Y se marchó.

Los colores de la cara de Gunvald Larsson recuperaron poco a poco la normalidad.

—¡Trucos! —rezongó—. ¡Joder!

—No sirve de nada meterse con Möller —dijo Martin Beck—. No reacciona en ningún sentido y es como echar agua en un cesto de mimbre. Bueno, ahora tengo que marcharme a Västberga.

9

Pasaron los días y las semanas, y el verano, tan largamente esperado, se veía ya amenazado nada más empezar por la proximidad del otoño.

Era todavía julio, el punto central del verano, con días fríos y lluviosos, y sólo algún que otro día soleado.

Martin Beck no tenía tiempo para preocuparse por el tiempo. Estaba muy ocupado, y algunos días apenas salía de las cuatro paredes de su despacho. A menudo se quedaba hasta bastante tarde, cuando la central de policía permanecía en silencio y prácticamente deshabitada; no siempre lo hacía porque fuera necesario, sino porque sencillamente no le apetecía volver a casa, o porque quería pensar en algo que no había podido meditar suficientemente a lo largo de un día agitado salpicado de conversaciones telefónicas y de visitas.

Rhea se había tomado tres semanas de vacaciones y se había ido a Dinamarca con sus hijos, pues allí vivía su padre, que se había vuelto a casar y tenía a su vez otros hijos de su nueva unión, y una casa de verano en Tunö. Rhea, que se llevaba bien con su ex marido y con su nueva familia, solía pasar las vacaciones con ellos, y sus hijos se quedaban luego todo el tiempo que podían.

Martin Beck la echaba de menos, pero ella volvería al cabo de una semana, y él, mientras tanto, llenaba su existencia con el trabajo y con tranquilas veladas solitarias en su apartamento de la Ciudad Vieja.

El asesinato de Walter Petrus ocupaba gran parte de su tiempo y de sus pensamientos; estudiaba una y otra vez el extenso material de que disponía, procedente de diversos lugares, y constantemente le asaltaba el sentimiento de estar dando vueltas alrededor de los mismos puntos sin llegar a nada nuevo.

Más de un mes y medio después del crimen, eran fundamentalmente Benny Skacke y Aasa Torell los que se ocupaban del caso. Confiaba plenamente en su minuciosidad y exactitud, y les dejaba trabajar con una completa independencia.

La sección de estupefacientes había elaborado su informe tras un trabajo de investigación largo y concienzudo. Walter Petrus no había traficado en droga a gran escala, y no había nada que indicara que se hubiera dedicado a

hacer de enlace. Probablemente, nunca tuvo gran cantidad de droga en casa, aunque siempre estuvo bien surtido de los productos más diversos.

Personalmente, no había sido un gran consumidor; alguna vez había fumado hachís o había tomado centraminas. En un cajón cerrado del escritorio de su casa se había hallado envoltorios de distintos productos extranjeros, pero nada indicaba que hubiera existido contrabando de grandes cantidades.

En el mercado de drogas de Estocolmo era bien conocido como cliente habitual, y fundamentalmente utilizaba los servicios de tres camellos diferentes para sus no muy abultadas compras. Siempre pagaba puntualmente y acudía periódicamente, dejando pasar largos intervalos, y nunca dio muestras de ansiedad o desesperación, que es lo que distingue a los auténticos drogadictos.

También habían interrogado a algunas chicas con experiencias similares a las de las que habían hablado con Aasa Torell. Todas habían sido invitadas a droga, pero sólo durante sus visitas al despacho, y nunca les había dado droga para llevarse.

Dos de las chicas tomaron parte en una de sus películas; no en una superproducción internacional con Charles Bronson como protagonista, sino en una película pornográfica de tema lesbiano. Ambas admitieron que durante la filmación habían estado bajo los efectos de la droga, de tal manera que no sabían lo que hacían.

—¡Vaya cerdo asqueroso! —había exclamado Aasa al leer el informe.

Aasa y Skacke habían estado en Djursholm y habían charlado con Chris Petrus de nuevo, y también con los dos hermanos que vivían en casa. El hijo más joven se encontraba todavía de viaje y no había dado señales de vida, a pesar de que la familia le había enviado un telegrama a su última dirección conocida y habían publicado un anuncio en la sección de avisos personales del *International Herald Tribune*.

—No te apures, mamá, ya dirá algo cuando se le termine el dinero —dijo el hijo mayor en tono amargo.

Aasa había sostenido una conversación con la señora Pettersson, que únicamente había respondido con monosílabos; además, se trataba de una sirvienta al viejo estilo, y en las pocas palabras que dijo se notaba su fidelidad a toda prueba y el alto lugar que para ella ocupaban sus señores.

—Me entraron ganas de soltarle un discurso sobre la liberación de la mujer —había dicho después Aasa, hablando con Martin Beck—, o de

llevármela a un mitin del Grupo Ocho.

Benny Skacke había hablado con Sture Hellström, el jardinero de Walter Petrus, de quien también era chófer; el hombre empleó tan pocas palabras como la criada en lo tocante a referirse a la familia Petrus, pero charló gustoso sobre su trabajo como jardinero.

Skacke empleó también bastante tiempo en Rotebro, que en realidad era la zona de Aasa. Ninguno de ellos sabía exactamente qué era lo que estaba haciendo, y un día, sentados en el despacho de Martin Beck y tomando café, Aasa dijo provocativa:

—¿No te habrás enamorado de Maud Lundin, verdad, Benny? Ten cuidado con ella, pues me parece una mujer peligrosa.

—Yo creo que es una mujer venal —respondió Skacke—, pero con quien he hablado mucho ha sido con un tipo de allí, el escultor, que vive justo enfrente. Hace cosas con desechos de hierro, realmente hermosas.

Aasa también había pasado largas horas sin decir adónde se dirigía ni dónde iba a estar. Por fin, Martin Beck le preguntó qué hacía.

—Voy al cine, a ver películas verdes. Las tomo en raciones limitadas, un par al día, pero me he empeñado en ver todas las películas de Petrus. Probablemente, me volveré frígida a causa de la impresión.

—¿Por qué quieres ver todas sus películas? —inquirió Martin Beck—. ¿Qué crees poder sacar en claro? Para mí fue más que suficiente ver aquel *Amor bajo el sol de medianoche*, o como se llamase.

Aasa se echó a reír.

—Ésa no tiene nada que ver con las demás. Algunas de ellas son realmente mucho mejores desde el punto de vista técnico, de color, calidad de la película y todo eso. Me parece que las vendía en Japón. No resulta nada satisfactorio ver todas esas películas, especialmente para una tía, porque una queda supercabreada.

—Lo comprendo —dijo Martin Beck—; a mí también me cabrea ver cómo exponen a la mujer como un simple objeto sexual y nada más.

—En las horribles películas de Petrus, la mujer es un simple instrumento de placer, o un animal que sólo piensa en pollas gigantescas y en orgasmos interminables. ¡Mierda!

Aasa se empezaba a acalorar, y, a fin de evitar una prolongada exposición sobre la opresión de la mujer y el chauvinismo masculino, Martin Beck dijo:

—No has contestado por qué es tan importante ver todas esas películas.

Aasa se acarició su desordenado cabello oscuro y respondió:

—Sí, verás, observo a los que salen en las películas, y procuro estudiar qué clase de personas son, dónde viven y qué es lo que hacen en realidad. He entrevistado a un par de tipos que salían en varias películas. Uno de ellos es un profesional, trabaja en sex-clubs y se lo toma como un oficio, y le pagaron bien. El otro trabaja en una tienda de artículos para caballero, y lo hizo porque le pareció divertido; a éste apenas le dieron una propina. Tengo una larga lista de gente de la que me pienso ocupar.

Martin Beck asintió pensativo y la miró con una expresión de escepticismo.

—No es porque crea que eso me va a llevar a algún sitio —añadió Aasa—, pero si no tienes nada en contra, continuaré.

—Sigue, sigue, mientras aguantes... —dijo Martin Beck.

—Sólo me falta una por ver —explicó Aasa—, *Confesiones de una enfermera de noche* me parece que se llama. Horrible. Bueno, adiós.

Pasó la semana, y el último día Rhea regresó.

Aquella noche lo celebraron con anguila ahumada, quesos daneses, cerveza Elefant y Krabask, que se trajo de Copenhague.

Rhea charlaba y charlaba sin descanso, hasta que por fin se durmió entre sus brazos. Martin Beck se quedó así un rato y se sintió feliz al volverla a tener a su lado, pero el Krabask se impuso y pronto se durmió él también.

El día siguiente empezaron a ocurrir cosas.

Era el primero de agosto, el santo del día era Per, y caía la lluvia.

Martin Beck se sentía despierto y espabilado, a pesar de una ligera pesadez de cabeza y de que el sabor del queso curado y del Krabask no le habían abandonado completamente, aun después de una intensa limpieza de boca.

Llegó tarde al trabajo; tres semanas eran mucho tiempo de espera, y Rhea se había mostrado muy locuaz contando sus vivencias en la isla danesa, y habían comido de todo y bebido cerveza y aguardiente de tal manera que pronto se durmieron sin tener ocasión de exteriorizar su añoranza. Asunto que abordaron al día siguiente, aprovechando que los niños estaban todavía en Dinamarca y nadie les podía molestar, y permanecieron largo rato sin hacer nada, hasta que Rhea le empujó por fin fuera de la cama ordenándole que pensase en sus responsabilidades y en su obligación de dar buen ejemplo como jefe.

Benny Skacke había estado esperando impacientemente su llegada durante dos horas. Antes de que Martin Beck pudiera sentarse, él ya estaba en su despacho y pateaba el suelo.

—Hola, Benny —dijo Martin Beck—, ¿qué tal estás?

—Bien, creo.

—¿Sigues sospechando de ese escultor de desechos de chatarra?

—No, eso sólo fue al principio —contestó Skacke—, porque vive tan cerca y tiene el patio tan lleno de barras de hierro y tubos y trozos de plancha que pensé que encajaba perfectamente. Por un lado conoce bien a Maud Lundin, y por otro sólo hubiera tenido que cruzar la calle con una de sus barras de hierro o tubos de plomo, y golpear al tío cuando Maud Lundin se marchó al trabajo. La verdad es que lo tenía en bandeja.

—Pero tenía una coartada, ¿no es así?

—Sí, una chica que pasó toda la noche con él y que le acompañó a la ciudad por la mañana, aparte de que es un chico agradable y no tenía nada que ver con Petrus. Su chica parece también sincera, dice que le cuesta dormir y que estuvo leyendo mientras él ya dormía, y dice que durmió como un tronco hasta las diez de la mañana.

Martin Beck contempló divertido la cara apasionada de Skacke.

—¿Qué es lo que has descubierto, pues? —preguntó.

—Pues mira, yo he pasado mucho tiempo allí, en Rotan; he paseado y he observado a mi alrededor y he estado charlando un buen rato con ese escultor. Ayer estuve un momento allí y bebimos cerveza juntos, y me di cuenta de que había aquellas cajas grandes en el garaje de Maud Lundin, y que son de él, porque las usa para embalar sus esculturas cuando las tiene que enviar a alguna exposición. No tiene sitio en su propio garaje, así que Maud Lundin le dejó ponerlas en el suyo. Han estado allí desde el mes de marzo y nadie las ha tocado desde entonces. Entonces se me ocurrió que el tipo que asesinó a Petrus podía muy bien haber llegado a la casa de noche, sin correr el riesgo de que alguien le viera, y haberse ocultado detrás de las cajas esperando que el hombre estuviera solo en la casa.

—Pero luego se fue a campo traviesa para que le viera todo el mundo —observó Martin Beck.

—Sí, eso está claro, pero, si se escondió detrás de las cajas, seguro que fue porque Walter Petrus solía marcharse de allí poco después de Maud Lundin, o sea que tenía que controlar aquel breve tiempo en el que el tío se

quedaba solo en la casa, y desde su escondrijo detrás de las cajas podía oír cuándo se marchaba ella.

Martin Beck se rascó la nariz.

—Parece muy plausible —dijo—. ¿Has comprobado si realmente es posible esconderse ahí? ¿No están pegadas a la pared?

Benny Skacke meneó la cabeza.

—No —contestó—, hay un pequeño espacio en el que se cabe justo. Kollberg, por ejemplo, a lo mejor no cabría, con su panza enorme, pero una persona normal sí.

Calló. Las expresiones negativas referidas a Kollberg no solían ser muy bien recibidas por parte de Martin Beck, pero éste no pareció tomárselo a mal. Skacke continuó:

—Miré detrás de las cajas y se había almacenado mucho polvo y arena y tierra suelta en el suelo. ¿No podríamos hacer alguna comprobación allí? ¿Buscar huellas de pisadas con el método del spray, o cribar la arena para ver si encontramos algo?

—Quizá no sea mala idea —dijo Martin Beck—. Voy a pedir que lo hagan inmediatamente.

Cuando Skacke se hubo marchado, Martin Beck llamó y ordenó una inmediata inspección técnica en el garaje de Maud Lundin.

Cuando colgó entró Aasa Torell en su despacho, sin llamar a la puerta.

Parecía muy agitada y jadeante, y por lo menos tan entusiasmada como lo había estado Skacke.

—Siéntate y cálmate —dijo Martin Beck—. ¿Has estado viendo películas como otra vez? ¿Qué tal las confesiones de la enfermera de noche?

—¡Asqueroso! Y no estaban nada flojos aquellos pacientes... ¡Todos la mar de tiesos! ¡Ya lo creo!

Martin Beck se rió.

—No, en serio, yo creo que con ésta ya he visto mi última película porno —dijo Aasa—, pero escucha y verás.

Martin Beck apoyó los codos en la mesa y adoptó una postura de oyente, con la barbilla entre las manos.

—¿Te acuerdas de aquella lista de la que te hablé? —preguntó Aasa—. ¿Aquella que hice con los que salían en las películas de Petrus?

Martin Beck asintió y Aasa continuó:

—En algunos de los peores filmes, que tú también viste, esos cortos en blanco y negro con coito sobre un sofá viejo y esas cosas, pues en ellos salía una chica que se llama Kiki Hell. Traté de localizarla y resultó que ya no vive en Suecia, pero conocí a un amigo suyo que me contó varias cosas. Kiki Hell se llama en realidad Kristina Hellström, y hace unos años vivía en Djursholm y en la misma calle que Walter Petrus, ¿qué te parece?

Martin Beck se incorporó y se golpeó la frente.

—¡Hellström! —exclamó—. ¡El jardinero!

—¡Exacto! —dijo Aasa—. Kiki Hellström es la hija del jardinero de Walter Petrus. Todavía no sé todo lo que quisiera sobre ella; parece ser que abandonó Suecia hace un par de años y nadie sabe dónde se encuentra en estos momentos.

—Es indudable que ahí tenemos algo, Aasa. ¿Has traído el coche?

Aasa asintió.

—Está en el aparcamiento. ¿Vamos a Djursholm?

—En el acto —dijo Martin Beck—; seguiremos hablando en el coche.

Ya en el coche, Aasa preguntó:

—¿Crees que pudo ser él?

—Lo que está claro es que tiene razones para odiar bastante a Walter Petrus —dijo Martin Beck—, Si es como yo imagino, Petrus utilizaba a la hija del jardinero en sus películas y su padre debió de ponerse de muy mal humor cuando se enteró. ¿Qué edad tiene la niña?

—Ahora tiene diecinueve años, pero las películas son de hace cuatro años, o sea que sólo tenía quince cuando se hicieron.

Tras unos minutos de silencio, Aasa dijo:

—Imagínate que fuese al revés.

—¿Qué quieres decir?

—Que el padre la animase a hacer las películas para sacarle dinero a Petrus.

—¿Quieres decir vender a su propia hija? Uf, Aasa, se te desborda la fantasía desde que ves esas porquerías en el cine.

Aparcaron junto a la acera y cruzaron la puerta de la verja de la finca de Petrus. No había ninguna célula fotoeléctrica en las barras de las puertas.

Hacia la izquierda, un ancho sendero de grava conducía a un garaje, a lo largo del seto, y a una vivienda pequeña estucada de amarillo. Entre la casita y el garaje había un edificio más bajo, que parecía contener una especie de taller o caseta de herramientas.

—Debe de ser aquí donde vive —dijo Aasa, y echaron a andar hacia la casa amarilla.

El jardín era enorme, y el edificio principal, que habían visto desde la misma verja, quedaba oculto tras los altos árboles.

Hellström pareció oír sus pasos en la grava a través de la puerta abierta de la caseta de las herramientas, porque salió al umbral y se quedó esperándoles.

Parecía tener unos cincuenta años y era alto y robusto. Guardaba silencio, con las piernas abiertas y algo cargado de espaldas. Tenía los ojos azules y entrecerrados, y sus facciones eran acusadas y tristes. Su cabello, oscuro y rizado, estaba salpicado de canas, y las patillas eran totalmente blancas. Llevaba en la mano una garlopa y unas virutas blancas se habían adherido a su mono azul.

—¿Le molestamos, señor Hellström? —dijo Aasa.

El hombre se encogió de hombros y lanzó una mirada a la estancia que tenía detrás.

—No —dijo—, sólo estaba cepillando unos listones; es cosa que puede esperar.

—Sólo queríamos charlar con usted un momento —explicó Martin Beck—; somos de la brigada de homicidios.

—Acaba de pasar un policía por aquí —dijo Hellström—, y no creo que pueda contarles nada más.

Aasa le mostró su placa, pero Hellström dio media vuelta y fue a dejar el cepillo sobre un banco de trabajo que había detrás de la puerta. Aasa se guardó su placa sin que el hombre la hubiera visto.

—No puedo contar gran cosa sobre el director Petrus —dijo—. Apenas le conocía; sólo trabajaba para él.

—¿Tiene usted una hija, verdad? —preguntó Martin Beck.

—Sí, pero ya no vive en casa —respondió Hellström.

Estaba de medio lado, casi dándole la espalda, y se puso a rebuscar entre las herramientas del banco de trabajo.

—Nos gustaría que nos hablase un poco de ella —dijo Martin Beck—. ¿Podemos ir a algún sitio donde podamos hablar en paz y tranquilidad?

—Podemos entrar en mi casa —propuso Hellström—. Un momento, voy a sacarme ese mono.

Aasa y Martin Beck esperaron mientras el hombre se desabrochaba el mono y lo colgaba de un clavo en la pared. Bajo el mono llevaba téjanos y

una camisa negra con las mangas arremangadas. Rodeaba su cintura un ancho cinturón con una hebilla de latón en forma de herradura.

Había terminado de llover, pero todavía caían gruesas gotas a través del ramaje de un gran castaño, delante de la fachada de la casa.

La puerta de la casa estaba abierta; Hellström la abrió y esperó en el descansillo que Aasa Torell y Martin Beck hubieran entrado en el vestíbulo. Después les precedió hacia la salita. La estancia no era muy grande, y por una puerta entreabierta pudieron ver su dormitorio; había también una pequeña cocina, que se veía desde el vestíbulo, pero no parecía haber más habitaciones.

La sala la llenaban un sofá y dos sillones desiguales. En una esquina tenía un televisor de un modelo bastante antiguo, y a lo largo de una de las paredes había una librería, hecha seguramente por el propio Hellström, llena de libros hasta la mitad.

Mientras Aasa se sentaba en el sofá y Hellström desaparecía dentro de la cocina, Martin Beck leyó los lomos de los libros. Había unos cuantos clásicos, entre ellos Dostoievski, Balzac y Strindberg, y, sorprendentemente, mucha poesía, varias antologías y ejemplares de poesía «Folket i Bild», pero también varias ediciones completas de autores como Nils Ferlin, Elmer Diktonius y Edith Södergran.

Hellström abrió el agua de la cocina y al cabo de un rato apareció en el quicio de la puerta mientras se secaba las manos con un trapo de cocina bastante sucio.

—¿Querrán té? —dijo—. Es lo único que puedo ofrecerles. Yo no tomo café, así que no tengo.

—No se moleste por nosotros —contestó Aasa.

—Yo voy a tomar —dijo Hellström.

—En ese caso, también nosotros tomaremos un poco de té —dijo Aasa.

Hellström entró en la cocina y Martin Beck se sentó en uno de los sillones. En el borde del sofá había un libro abierto. Martin Beck le dio la vuelta y miró la cubierta. Era un sermón de Ralf Parland.

El jardinero de Walter Petrus tenía un gusto literario avanzado y exquisito.

Hellström puso tazas, azucarero y un cartón de leche sobre la mesa, fue a la cocina de nuevo y regresó al cabo de un rato con la tetera. Después se sentó en el otro sillón y sacó del bolsillo del pantalón un paquete de cigarrillos aplastado y una caja de cerillas.

Cuando hubo encendido el cigarrillo vertió té en las tazas y dijo:

—Han dicho que querían hablarme de mi hija. ¿Le ha ocurrido algo?

—Que nosotros sepamos, no —respondió Martin Beck—. ¿Dónde está?

—La última vez que supe algo de ella estaba en Copenhague —dijo Hellström.

—¿Y qué hacía allí? —preguntó Aasa—. ¿Trabajaba?

—No lo sé exactamente —dijo Hellström, y miró el cigarrillo que sostenía entre sus dedos morenos.

—¿Cuándo fue eso? —inquirió Martin Beck—. Quiero decir cuándo supo de ella.

Hellström tardó en contestar.

—En realidad, no sé absolutamente nada de ella, porque no da ninguna señal de vida —explicó—, pero hace algún tiempo estuve allí y pude verla; fue en primavera.

—¿Y a qué se dedicaba entonces? —preguntó Aasa—. ¿Ha conocido a algún chico allí?

Hellström sonrió con amargura.

—Sí, quizá sí —dijo—, pero no solamente a uno, me parece.

—¿Quiere usted decir que...?

—Hace de puta, sí —le interrumpió él.

Más que decirlas, escupió las palabras, y prosiguió:

—Hace la calle, vive de eso. Allí me ayudaron los de la asistencia social a dar con ella; estaba totalmente depauperada, y de mí no quiso saber nada. Yo intenté traérmela a casa, pero se negó en redondo.

Hizo una pausa y jugueteó con el cigarrillo.

—Pronto cumplirá veinte años; así que nadie le puede impedir hacer su vida —dijo.

—¿La tuvo que criar usted solo, no es así?

Martin Beck permanecía silencio y dejaba que Aasa llevara la conversación.

—Sí, mi mujer murió cuando ella sólo tenía un mes. Entonces no vivíamos aquí, sino en la ciudad.

Aasa asintió y él continuó:

—Mona se quitó la vida, y el médico dijo que se trataba de una especie de depresión después del parto. No entendí nada. Claro que me daba cuenta de que estaba deprimida, pero más bien creía que se trataba de inquietud por el dinero y por el futuro y por todo, porque habíamos tenido un crío.

—¿En qué trabajaba usted entonces?

—Era vigilante del cementerio. Entonces tenía veintitrés años, pero no había tenido ningún tipo de formación. Mi padre era empleado de la limpieza, basurero para entendernos, y mi madre hacía faenas de vez en cuando. A mí, sólo me preocupaba encontrar cualquier trabajo lo antes posible, en cuanto hube terminado la escuela básica. Trabajé de mozo de recados y en almacenes y cosas así; íbamos muy mal y yo tenía un montón de hermanos menores, así que necesitábamos dinero.

—¿Cómo se hizo jardinero?

—Trabajaba de mozo en una jardinería en Svartsjölandet, y el dueño era un tipo amable y me dejaba ir a clase; también me costeó el carnet de conducir; tenía un camión, en el que yo llevaba verduras y frutas al mercado de Klarahallen.

Hellström dio una chupada al cigarrillo y lo apagó en el cenicero.

—¿Cómo se las arreglaba para cuidar de su hija y trabajar al mismo tiempo?

Martin Beck bebió un sorbo de té y siguió escuchando la conversación.

—Hice lo que pude —contestó Hellström—, Cuando era pequeñita me la llevaba a todas partes, y luego, cuando empezó a ir a la escuela, se tuvo que apañar sola por las tardes. Ya sé que no era una educación perfecta, pero no tenía otra elección. —Bebió un sorbo de té y añadió con amargura —: Los resultados se vieron luego.

—¿Cuándo vino usted aquí, a Djursholm? —preguntó Aasa.

—Me dieron este trabajo hace diez años: vivienda gratis a cambio de cuidar el jardín. Y luego me ofrecieron trabajo como jardinero en otras casas, y nos iba bastante bien. Creí que sería bueno para Kiki vivir en este ambiente, con la escuela de aquí y compañeros de buenas familias, pero no siempre lo tuvo fácil; todos sus compañeros de clase tenían padres ricos que vivían en mansiones elegantes y enormes, y ella se avergonzaba de nuestra situación. Nunca trajo a nadie a casa.

—La familia Petrus tiene una chica más o menos de la misma edad. ¿Eran buenas amigas? A fin de cuentas, eran vecinas.

Hellström se encogió de hombros.

—Incluso iban a la misma clase, pero no se veían nunca fuera de la escuela. La hija de Petrus miraba a Kiki por encima del hombro, con desprecio; bueno, y el resto de la familia lo mismo.

—¿Usted también era chófer de Petrus, no?

—En realidad, no era mi trabajo, pero a menudo le llevaba en el coche. Cuando la familia Petrus vino a vivir aquí me emplearon como jardinero, y nunca se habló de hacer de chófer.

—¿Adónde solía llevar al director Petrus?

—A la oficina o a otros recados en la ciudad. Y también algunas veces, cuando él y la señora iban a alguna fiesta.

—¿Le llevó alguna vez a Rotebro?

—Alguna vez, quizá tres o cuatro.

—¿Qué opinaba del director Petrus?

—Nada en especial; la verdad, era simplemente uno de mis patronos.

Aasa meditó unos instantes y dijo:

—¿Trabajó usted seis años para él, no?

Hellström asintió.

—Sí, más o menos; desde que se hicieron esa casa.

—Entonces habrá usted charlado bastante con él; por ejemplo, cuando iban en coche.

Hellström meneó la cabeza.

—Nunca hablábamos en el coche; si acaso, hablábamos sobre todo de lo que había que hacer en el jardín y cosas por el estilo.

—¿Sabía usted la clase de películas que hacía el director Petrus?

—No he visto ninguna; casi nunca voy al cine.

—¿Sabía usted que su hija había hecho algunas de esas películas?

Hellström sacudió de nuevo la cabeza.

—No —replicó escuetamente.

Aasa le miró, pero no encontró su mirada. Tras unos segundos, el hombre añadió:

—¿Como actriz?

—Salió en una película pornográfica —explicó Aasa.

Hellström le lanzó una mirada fugaz y dijo:

—No, eso no lo sabía.

Aasa lo contempló un rato y dijo:

—Usted debía de estar muy unido a su hija, más que la mayoría de los padres; y ella a usted, dado que no tenían a nadie más.

Hellström asintió.

—Sí, sólo estábamos los dos. Al menos cuando era pequeña, ella era la única razón de mi vida. —Se incorporó y encendió otro cigarrillo—. Pero

ya es mayor y hace lo que quiere; no pienso volver a meterme en su vida nunca más.

—¿Qué hizo aquella mañana, cuando el director Petrus fue asesinado?

—Supongo que estaba aquí —dijo Hellström.

—¿Sabe qué día fue, verdad? Jueves, seis de junio.

—Acostumbro a estar aquí y empiezo a trabajar muy temprano, o sea que aquel día fue como cualquier otro para mí.

—¿Puede alguien atestiguar que estaba usted aquí? ¿Alguno de sus otros patronos, quizá?

—Eso no lo sé. Mi trabajo es bastante independiente, y mientras tenga las cosas a punto nadie se mete en si voy o en si vengo, ni a qué hora hago las cosas, pero en general empiezo a las ocho.

Después de unos segundos añadió:

—No fui yo quien lo mató; no tuve ocasión de hacerlo.

—Quizá no —admitió Martin Beck—, pero sería realmente positivo que alguien pudiera testificar que estaba usted aquí la mañana del seis de junio.

—No sé si alguien podrá hacerlo; yo vivo solo, y, si no estoy en el jardín, me quedo en el taller, porque siempre hay algo que arreglar.

—A lo mejor podemos hablar con alguno de sus patronos, o cualquier otra persona que le hubiera visto aquella mañana —dijo Martin Beck—, Es para estar más seguros, ¿comprende?

Hellström se encogió de hombros.

—Hace tanto tiempo —dijo—, que no puedo recordar qué hice exactamente aquella mañana.

—No, no, no es fácil —admitió Martin Beck.

—¿Qué pasó en Copenhague, cuando fue a ver a su hija? —preguntó Aasa.

—Nada especial —dijo Hellström—; vivía en un pequeño apartamento en el que recibía a sus clientes. Me lo dijo tal como suena. Me habló de una película en la que tenía que trabajar, y dijo que aquello era sólo momentáneo, y también que hacer de puta no le disgustaba, ya que le proporcionaba buen dinero. Dijo que creía que pronto lo dejaría, en cuanto le dieran aquel trabajo en la película. Me prometió escribirme, pero desde entonces no he vuelto a saber nada. Me mandó a paseo al cabo de una hora y me dijo que no quería venir conmigo a casa, y que lo mejor era que no fuera más a verla, y no pienso hacerlo, desde luego. Para mí está perdida para siempre; es cuestión de aceptarlo y basta.

—¿Cuánto hace que se fue de casa?

—Oh, se largó en cuanto terminó la escuela; vivía con amigos suyos en la ciudad. De vez en cuando venía a saludarme, pero no muy a menudo; después desapareció del todo y luego me enteré de rebote de que estaba en Copenhague.

—¿Sabía usted de su relación con el director Petrus?

—¿Relación? No, no tenían ninguna relación; quizá le diera algún papel en alguna película, pero, por lo demás, para él era simplemente la hija del jardinero, igual que para el resto de la familia. Yo comprendo que no quisiera vivir más en este ambiente cursi en el que a uno le miran por encima del hombro simplemente porque no tiene dinero.

—¿Sabe si hay alguien en la casa ahora? —preguntó Martin Beck—. Porque podría subir a preguntar si le vio alguien por aquí aquella mañana.

—No sé si están en casa —dijo Hellström—, pero puede ir a verlo. Lo que no creo es que se fijen mucho en lo que hago o dejo de hacer.

Martin Beck guiñó un ojo a Aasa y se levantó. Aasa sirvió un poco más de té en su taza y en la de Hellström, y se volvió a arrellanar en el sofá.

La señora de la casa estaba y a la pregunta de Martin Beck respondió, efectivamente, que en realidad ella no se fijaba en lo que hacía el jardinero mientras éste tuviera las cosas al día, tal como se esperaba de él. Aparte de esto, dijo que también trabajaba para otros y que iba y venía cómo le parecía.

Martin Beck atravesó el jardín en dirección a la casa de Hellström. Sabía que a Aasa se le daba bien lo de hacer hablar a la gente, y pensó que quizá se las arreglaría mejor con Hellström sin estar él delante.

Miró en el interior del garaje. Estaba casi vacío; había una manguera enrollada, un par de cubiertas de neumáticos y un bidón de gasolina de veinticinco litros. La puerta que conducía al taller estaba entreabierta, y la empujó y entró. En el banco de trabajo había sujeta una barandilla en la que Hellström estaba trabajando; a lo largo de una de las paredes se veían herramientas de jardín de diversos tipos, y sobre la mesa de trabajo otras herramientas colgaban de clavos y estantes. Justo a la puerta había un cortacésped de gasolina, y justo al lado, apoyadas en la pared, varias ventanas de invernadero con los marcos recién pintados. Martin Beck se detuvo ante el banco de trabajo y acarició con un dedo la superficie recién cepillada del listón de pino, cuando de repente vio algo que estaba medio escondido en un rincón, tras una pila de bolsas negras de plástico. Fue allí y

sacó aquel objeto. Era una reja cuadrada, de fundición, con cuatro barras octogonales soldadas al marco. El espacio entre dos soldaduras en el marco indicaba que debían haber sido cinco barras en lugar de cuatro.

Levantó la reja y regresó a la casa de Hellström.

Aasa estaba sentada, tenía la taza de té en la mano y charlaba con Hellström cuando Martin Beck entró en la habitación. Cuando vio lo que llevaba en la mano dejó de hablar.

Hellström se volvió y miró a Martin Beck y luego a la reja.

—He encontrado esto en su taller —dijo Martin Beck.

—Es de la casa vieja que derribaron para que Petrus pudiera hacerse la suya. Pertenecía a una ventanuca del sótano. Pensé que podría usarla algún día y por eso la tengo ahí.

—Ya le encontró la utilidad, ¿no? —dijo Martin Beck.

Hellström no contestó. Se volvió hacia la mesa y aplastó cuidadosamente su cigarrillo.

—Falta uno de los barrotes —indicó Martin Beck.

—Ha faltado siempre —dijo Hellström.

Aasa se levantó y Martin Beck repuso:

—No lo creo. Yo creo que será mejor que nos acompañe, a ver si aclaramos esto.

Hellström permaneció un rato en silencio. Luego se levantó, fue al vestíbulo y cogió su chaqueta.

Salió delante de ellos a través de la verja, y aguardó junto al coche con gran calma, mientras Martin Beck metía la reja en el maletero.

Se sentó en el asiento posterior, junto a Martin Beck, y condujo Aasa. Ninguno de los tres dijo una sola palabra durante el trayecto hacia la comisaría.

10

Sture Hellström tardó todavía unas tres horas en reconocerse culpable del asesinato de Walter Petrus.

En cambio, no se tardó tanto en determinar que el barrote que faltaba en la reja que había encontrado Martin Beck en el taller de Hellström era el mismo que se había utilizado como arma homicida.

Ante esa evidencia, Hellström contestó que el barrote ya faltaba cuando él encontró la reja seis años atrás, y dijo que cualquiera podía haber encontrado la barra y habérsela quedado.

La investigación técnica realizada en el garaje de Maud Lundin, para averiguar algo sobre el espacio existente entre las cajas y la pared, había dado como resultado una leve marca de una hebilla muy parecida a la del cinturón de Hellström; además, un par de huellas poco claras e incompletas, pero exactamente iguales a las encontradas en el jardín, y que indudablemente pertenecían a las suelas de goma de las zapatillas de gimnasia que se hallaron en el armario de Sture Hellström. También se encontraron un par de hilos y fibras de tejido de algodón azul.

Mientras Martin Beck iba relatando estos hallazgos que relacionaban indefectiblemente a Sture Hellström con el crimen, éste iba negando sistemáticamente cuantas imputaciones se le hacían y fumaba un cigarrillo tras de otro.

Martin Beck había pedido té y cigarrillos, y Hellström rechazó la comida que se le ofreció.

Había empezado a llover de nuevo, y el rumor uniforme del agua contra las ventanas y la luz grisácea de la habitación llena de humo daban un ambiente intemporal y aislado a la estancia en la que ocurrían los hechos.

Martin Beck observó al hombre que tenía delante. Había intentado hablar con él de su infancia y de su adolescencia, de su lucha por la existencia de su hija y la suya propia, de sus sentimientos hacia su hija y de su trabajo; al principio, el hombre había contestado con una cierta rebeldía, luego pasó a los monosílabos y acabó por guardar silencio, con los hombros encogidos y la mirada clavada en el suelo.

Martin Beck permaneció en silencio y a la espera.

Por fin, Sture Hellström se incorporó y miró a Martin Beck.

—La verdad es que no tengo ya demasiadas razones para vivir —dijo—. Estropeó a mi hija, y le odiaba con toda mi alma.

Se quedó un rato en silencio y se miró las manos; tenía las uñas estropeadas y endurecidas, con una raya negra de suciedad. Levantó la mirada y observó la lluvia que caía.

—Todavía le odio, aunque esté muerto —añadió.

Ya que Sture Hellström se había decidido a hablar por fin, a Martin Beck le bastó con añadir alguna que otra pregunta.

Contó que había decidido matar a Petrus en el viaje de regreso desde Copenhague. Su hija le había contado cómo la había tratado Petrus, y aquel relato le había impresionado fuertemente. Nunca había sabido lo que había ocurrido en realidad.

Cuando Kiki todavía iba a la escuela, Petrus la había llamado un día a su oficina; Kiki había tardado en atreverse a subir, pero cuando lo hizo Petrus le dijo que la encontraba encantadora y que tenía carisma, y le prometió que, de poderla lanzar en una película, todos sus sueños de gloria se verían realizados.

Ya en la primera visita le ofreció hachís. La chica había vuelto repetidas veces, y él empezó a ofrecerle en seguida anfetaminas y heroína. Al cabo de un tiempo, ella dependía totalmente de él, y aceptó hacer cualquier cosa en sus películas mientras le suministrase la droga.

Cuando terminó la escuela y se fue de casa, era ya una drogadicta y no le bastaba con lo que le daba Petrus. Empezó a convivir con otros drogadictos, pasaba el tiempo en antros rodeada de ellos, y empezó a prostituirse para conseguir dinero.

Por fin, se fue con un grupo de jóvenes a Copenhague y allí se quedó. Cuando su padre fue a buscarla le dijo que estaba irremediablemente colgada y que no pensaba hacer nada para remediarlo; necesitaba grandes dosis y tenía que trabajar a marchas forzadas para conseguir el cupo diario.

Él hizo todo lo que pudo para llevársela a casa, para hacerla someter a una cura de desintoxicación, pero ella le contestó que no tenía tantas ganas de vivir como para eso, y que pensaba continuar al mismo ritmo, hasta tomar la última cucharada, lo cual creía que iba a ocurrir bastante pronto.

En un primer momento, Sture Hellström se había reprochado a sí mismo esa situación, pero cuando pensó en lo simpática y espabilada que había sido su hija hasta que cayó en manos de Walter Petrus, empezó a ver que la culpa era totalmente de aquel hombre.

Sabía que Walter Petrus visitaba regularmente a Maud Lundin y decidió matarlo allí. Empezó a seguirle y pronto descubrió que a menudo se quedaba solo en la casa por las mañanas.

La noche del seis de junio, cuando sabía que Petrus iría a casa de Maud Lundin, tomó el tren hasta Rotebro, esperó en el garaje hasta que amaneció, entró en la casa y mató a Walter Petrus sin que éste tuviera tiempo de reaccionar. Eso era lo único que no le había satisfecho; con el arma de la que disponía se había visto obligado a sorprenderle, pero si hubiera tenido un arma de fuego, habría entrado, le habría amenazado y le habría explicado que le iba a matar y por qué.

Había abandonado la casa saliendo por la puerta trasera, había atravesado el campo, un bosquecillo y un jardín abandonado, y había salido a la carretera de Enköping. Luego había regresado a la estación, había tomado el tren hasta la estación central, luego había ido a la estación del Este y había regresado a casa en el tren de Djursholm. Eso era todo.

—Nunca creí que fuera capaz de matar a una persona —dijo Sture Hellström—, pero cuando vi a mi hija hundida hasta el máximo nivel de mierda en que una persona puede hundirse, y luego vi a aquel cerdo andar tan fresco y satisfecho por el mundo, tan satisfecho de sí mismo, entonces vi que no podía hacer otra cosa. Casi me alegré cuando decidí matarle.

—Pero eso no ayudó a su hija —dijo Martin Beck.

—No, nada puede ya ayudarla a estas alturas, ni a mí tampoco.

Sture Hellström permaneció un rato en silencio y luego dijo:

—Quizá estábamos marcados desde el principio, Kiki y yo, pero sigo pensando que hice lo que debía. Ahora, ya no podrá hacer daño a nadie más.

Martin Beck observaba a Sture Hellström. Parecía cansado, pero también muy tranquilo. Ninguno de los dos dijo nada. Por fin, Martin Beck detuvo la grabadora, que llevaba ya un rato runruneando, y se levantó.

—Bueno, vámonos —dijo.

Sture Hellström se levantó inmediatamente, y echó a andar, delante de Martin Beck, hacia la puerta.

11

A mediados de agosto, Rebecka Lind fue desahuciada de su piso en el Söder.

Era una casa vieja y mal conservada y la pensaban derribar para construir unas nuevas viviendas en su lugar, en las que los alquileres podrían ser tres veces más elevados, después de instalar toda clase de comodidades modernas y baratas, y decoraciones innecesarias y de bajísima calidad, pero de aspecto lujoso.

Al menos, así era como solía funcionar el mercado de la vivienda en Estocolmo, pero de eso sabía Rebecka Lind muy poco. Además, estaba realquilada, carecía de contrato y no podía recurrir como el resto de los inquilinos, ni solicitar una vivienda de iguales características, ni pedir tanda para habitar algún otro suburbio con alquileres monstruosos. Y aunque hubiera tenido contrato, no lo hubiera leído seguramente, ni se hubiera preocupado de saber cuáles eran sus derechos.

Tras el mes reglamentario de plazo, se marchó con su hijita y sus escuetas propiedades a casa de unos amigos, que le dejaron compartir un piso grande en una casa en el mismo barrio, igualmente deteriorada y sobre la que pesaba también amenaza de derribo.

Casualmente, había una habitación libre y podría disponer de ella durante un tiempo; estaba junto a la cocina, y era un cuartito de reducidas dimensiones que en su día había sido la habitación destinada al servicio.

Rebecka amuebló la habitación de la doncella con su colchón, un gran cesto de mimbre con la sábana, toallas y ropa, cuatro cajas de cerveza pintadas de rojo que hacían las veces de cajones, y la cama de Camilla, que Jim le había construido antes marcharse.

Debajo de la cama de Camilla, Rebecka metió una pequeña maleta de viaje que se había llevado de su casa al marcharse, y que nunca había abierto todavía. En ella tenía dibujos que había hecho en la escuela, fotografías, cartas y algunas chucherías metidas en una vieja bolsa bordada que había heredado de una tía abuela; también tenía un diario que le había regalado su madre al cumplir los quince años, pero en él había escrito pocas cosas: su última anotación tenía más de un año. Decía: «No sé muy bien si buscar un trabajo o si ir a la escuela. Para vivir en este mundo tan raro hace

falta dinero, es lo malo que tiene. La mayoría sólo quieren dinero en vez de querer a sus semejantes, pero yo creo que un día despertarán a la realidad en lugar de vivir de ilusiones».

Rebecka estaba contenta de tener un techo bajo el que guarecerse y se lo pasaba bien entre sus amigos, en su pequeña habitación, que daba a un patio interior enorme, con dos grandes árboles que abrían sus verdes coronas hacia el cielo.

Seguía esperando que Jim diera alguna señal de vida. Cuando alguno de sus amigos le aconsejaba olvidarle, ya que a todas luces él la había dejado en la estacada, ella respondía con gran calma que le conocía lo suficiente como para no creer que la pudiera abandonar sin una sola explicación.

Ella sabía que algo tenía que haberle ocurrido, y su intranquilidad aumentaba cada día.

Justo ante de cometer su fatal intentona de pedir dinero prestado para viajar a América, había escrito a los padres de Jim, a la dirección que él le había dado, pero no había obtenido respuesta. Le había costado mucho redactar aquella carta, porque si bien el inglés que había aprendido en la escuela había mejorado bastante durante el año que vivieron juntos, todavía tenía grandes dificultades para deletrear correctamente.

Un día de enero, en que Jim fue a la embajada americana, le acompañó y le estuvo esperando afuera; aproximadamente un mes después del juicio en junio, volvió allí para pedir ayuda, pero cuando se hubo abierto camino a través de una horda de manifestantes que se habían reunido allí para protestar contra algo y que rodeaban la embajada, un policía la apartó violentamente. Se dio cuenta entonces de que toda la zona alrededor de la embajada se hallaba acordonada por la policía, y una chica entre los manifestantes le dijo que en la embajada se estaba celebrando una fiesta.

Ella no tenía ni idea de que se tratase de la fiesta nacional de listados Unidos, y tardó algún tiempo en intentar de nuevo entrar en la embajada, temerosa de que se volviese a celebrar allí una fiesta cuando ella fuese. A menudo se daban fiestas en las embajadas, eso lo había oído decir, y creía a pies juntillas que la misión principal de las embajadas era la de dar recepciones.

Aquella vez no había acordonamiento policial, tan sólo dos hombres de uniforme con radioteléfonos que circulaban de un lado a otro, al pie de la escalera de entrada.

Habló con un hombre de traje azul y gafas ahumadas, que se sentaba ante una mesa, en la entrada. Intentó explicarle su propósito, y, mientras escuchaba su titubeante inglés, empeorado por el nerviosismo, fue perdiendo su amable sonrisa poco a poco, hasta que por fin le comunicó que tenía que dirigirse a otro sitio con su problema, aunque no le dijo adónde.

Una noche, cuando Camilla ya se había dormido, se sentó sobre su colchón con las piernas cruzadas, y, utilizando una de las cajas de cerveza a modo de escritorio, escribió una carta a los padres de Jim.

Procurando hacer buena letra, escribió:

«Queridos señor y señora Cosgrave:

«Desde que Jim nos dejó a su hija y a mí en enero no he sabido nada más de él, y de eso ya hace cinco meses. ¿Saben ustedes dónde se encuentra? Estoy muy preocupada por él y sería muy amable de su parte si me escribieran una carta en caso de que sepan qué le ha ocurrido. Sé que si él hubiese podido me habría escrito, porque es un chico muy bueno y nos quiere mucho a mí y a nuestra hija. Ella acaba de cumplir seis meses y es una niña preciosa. Por favor, señor y señora Cosgrave, escríbanme explicándome qué le ha ocurrido a Jim.

»Muy agradecida de antemano, reciban un afectuoso saludo de

Rebecka Lind».

Un amigo le había dado un sobre para correo aéreo y, cuando lo hubo cerrado, escribió con mucho cuidado su dirección en el dorso. Para estar más segura, al día siguiente fue a la oficina de correos a franquear la carta. Luego, no quedaba sino continuar esperando.

A Rebecka no le gustaba vivir en la ciudad. Siempre había sentido el anhelo de vivir en el campo. Quería vivir una vida sencilla y sana, cerca de la naturaleza, a ser posible rodeada de un montón de animales y de niños. Se sentía en un tiempo y en un lugar inadecuados. De vez en cuando pensaba en lo absurdo que resultaba el hecho de que, mientras en el pasado eran los pobres y los que trabajaban duramente los que habitaban el campo, en su época casi fueran sólo los ricos y los potentados quienes se afincaban en el campo. Las viejas granjas se convertían en fincas de veraneo irreconocibles, para la gente refinada. Las cabañas de pescadores y las

barracas para soldados eran casitas de fin de semana, elegantes y pintorescas, para empresarios cansadísimos, políticos, médicos y abogados. Muchos de los más agrestes e incontaminados lugares de la campiña se convertían en campos de golf, con edificios lujosos para albergar las reuniones de sus exquisitos socios. Se construían aeropuertos y centrales nucleares en espacios que debieran estar reservados a la conservación de la naturaleza. Y, para tender autopistas, se estropeaban grandes extensiones de la mejor tierra de labranza.

A menudo, cuando Rebecka deambulaba por las calles pensando en estas cosas, le entraban ganas de meterse en una autopista, parar el tráfico y decirles a todas las personas que encontrase que hicieran el favor de darse cuenta de la locura que estaban cometiendo entre todos. Andando por las calles, envuelta en el humo de los escapes de los coches, y con el cuerpo caliente de Camilla contra el suyo, tenía serias dudas sobre el mundo en el que tendría que desenvolverse su hija.

Rebecka había logrado conservar un pequeño pedazo de tierra en el terreno en el que había vivido una temporada. Estaba en Eriksdalslunden, no muy lejos de su nueva y casual vivienda. Cada mañana iba allí, y cuidaba su pequeño jardín y cultivaba las verduras que creía que serían buenas para Camilla. Había aprendido bastante sobre alimentación biodinámica y macrobiótica, y la complacía poderse procurar la mayor parte de los alimentos que ella y su hija necesitaban.

Cuando hacía buen tiempo pasaba ratos en Eriksdalslunden con Camilla, que jugueteaba en la hierba, mientras ella pensaba en Jim y se preguntaba a quién tendría que acudir para que le dieran razón de su paradero.

Era casi el otoño y se acercaba el día en que llegaría la persona que tenía contratada la habitación de antemano, y ella tendría que abandonarla. No sabía adónde podría ir, pero confiaba en que alguno de sus amigos pudiera darle cobijo.

Un par de días antes de que tuviera que marcharse, llegó la respuesta a su carta a los padres de Jim.

La madre de Jim le escribía que, poco tiempo atrás, se habían ido a vivir a otro estado, muy lejos de donde habían vivido antes. A Jim no le habían aplicado el castigo simbólico que le habían prometido, sino que le habían condenado a cuatro años de cárcel por desertión. No tenían ninguna posibilidad de visitarle porque la distancia era demasiado grande hasta el estado donde se encontraba, pero podían escribirle. Suponían que en la

cárcel se censuraban las cartas y que por esa razón no habían recibido ninguna por respuesta. Decía también que ella misma podía intentar escribirle, pero que no podría estar segura de que la carta llegase a sus manos. Ellos no podían hacer nada ni para ayudarle a él, ni para ayudarla a ella o a la niña, porque el padre de Jim estaba muy enfermo y necesitaba unos cuidados muy costosos.

Rebecka leyó la carta minuciosamente varias veces, pero la única palabra que le llegó hasta el fondo del alma fue «cuatro años de cárcel».

Camilla dormía sobre el colchón en el suelo; se echó a su lado, se acurrucó lo más cerca posible de su hija y lloró.

Rebecka no durmió aquella noche; sólo cuando ya amanecía pudo dormir un poco.

Cuando un rato después la despertó Camilla, de repente le vino a la mente con gran claridad quién era la persona a la que tenía que acudir en demanda de ayuda.

12

La oficina de Hedobald Braxén era tan destartalada como él. Estaba en un lugar céntrico, en la calle David Bagare, pero en una casa cuyo propietario no consentía casi ningún cambio, y tan sólo a regañadientes accedía a que cambiaran una bombilla gastada de algún rellano, y ese proceder había sido siempre el mismo desde que se construyó la casa, muchos años atrás.

Braxén no tenía ni secretaria ni sala de espera, tan sólo una habitación cuyas ventanas estaban increíblemente sucias; tenía un hornillo en el que de vez en cuando preparaba café, es decir, cuando tenía algo de café y no se le habían terminado los vasos de plástico.

Había gente que le llamaba «el abogado del aguardiente», pero se equivocaban, porque las costumbres alcohólicas del Trueno eran inexistentes. Ni siquiera cuando le invitaban, era capaz de beber algo más que una simple cerveza.

En el recinto, que era muy pequeño, había dos gatos y una jaula con un canario gordo y desplumado. La mayor parte del suelo la ocupaba un gran escritorio que era seguramente viejísimo, y tan enorme que mucha gente se preguntaba quién había sido el genio que había sido capaz de pasarlo por la puerta. El Trueno solía decir en broma que lo construyeron al mismo tiempo que la casa, mientras iban cerrando paredes, setenta años atrás. Era una nueva versión del misterio de la habitación cerrada.

Braxén estaba sentado detrás del escritorio, leyendo *Ny dag* mientras su cigarro descansaba en un cenicero repleto de colillas; espiaba a los clientes por encima del borde del periódico, con sus ojos multicolores extraordinariamente vivos.

La mesa estaba cubierta de montones de actas y documentos hasta la altura máxima tolerable.

Nunca se le había ocurrido que viniera más de un cliente a la vez, porque sólo había un sillón para sentarse, y ése estaba repleto y hundido, lleno de carpetas, papeles y periódicos viejos que llegaban hasta los brazos.

Lo de leer el periódico era algo que también hacía en las salas de juicio, para desespero de muchos, pero con gran regocijo de él; a veces, sus propios clientes sacaban provecho de esa costumbre, porque un acusado

cuyo abogado mostraba semejante tranquilidad durante el juicio forzosamente había de ser inocente. Aparte de eso, los pliegos de pruebas los tenía el fiscal, que no solía perder el hilo, aunque solía montar en cólera cuando tenía que enfrentarse con los métodos nada ortodoxos del Trueno. Bulldozer Olsson era una de las pocas excepciones a esa regla.

Tras unos minutos, que fue lo que como mínimo tardó, se le iluminó la mirada y exclamó:

—¡Ah, sí, Roberta...!

—Rebecka —dijo la chica.

—Exacto, Rebecka, sí —dijo él.

Braxén apartó el periódico y alzó un gato hasta la mesa en su lugar. Algunos de sus colegas habían intentado expulsarlo del colegio de abogados, alegando entre otras cosas que su oficina no parecía un local de negocios, sino un parque zoológico. Aquellos hermanos de carrera eran de los más refinados y afortunados, al menos en lo referente al dinero, pero normalmente perdían sus juicios o conseguían conciliaciones que se producían por sí solas, mientras que el Trueno ganaba de vez en cuando casos que cualquier otro abogado sueco hubiera considerado perdidos de antemano.

El hecho de que la vista contra Rebecka Lind le hubiera tocado a él por oficio había sido una suerte para ella, al menos momentáneamente.

—Bueno —dijo, acariciando al gato desde el morro hasta el extremo final de la cola—, ganamos el juicio. El contrabandista de corbatas no recurrió y es mejor así, pues en el tribunal supremo hay unos juristas medio petrificados que sólo leen la ley según su interpretación literal. Hubiera sido muy difícil convencerles de cuál era la verdad, y de vez en cuando dudo seriamente de que esa palabra forme parte de su terminología.

La miró, y, advirtiendo su mirada interrogante, se apresuró a aclararle:

—Repertorio, vocabulario, palabras, ¿sabes?

El Trueno encendió su cigarro, aspiró y luego sopló produciendo un gigantesco anillo de humo. Después repitió la operación y consiguió meter el nuevo anillo dentro del anterior formando ángulo recto, como si fuera un giróscopo o los anillos de Saturno. Era un número muy espectacular, con el que seguramente hubiera podido exhibirse en un circo. Era una lástima que ciertas prohibiciones estúpidas le impidieran emplearlo en los juicios. Siempre había soñado con colocar un anillo como aureola de gloria alrededor de la cabeza del juez.

Se había dado cuenta de que la chica parecía apurada y le preguntó amablemente:

—¿Qué tal está el chaval?

—Niña, es niña, y se llama Camilla.

—Desde luego, claro —dijo el Trueno.

—Está bien; la he dejado en casa de una amiga mientras venía aquí, porque chilla mucho y se enfada.

—Me acuerdo de que cuando yo era un crío —dijo el Trueno— solíamos brincar entre los témpanos de hielo. En mis tiempos le llamábamos a eso dar brincos, y naturalmente estaba prohibido. Un día llegué a caerme al agua, y desde luego hubo un guardia que lo presencié.

El Trueno hizo otros dos anillos de humo, tan elegantes como los primeros y rozando el más puro perfeccionismo.

—¿Y qué ocurrió? Pues que me llevaron ante un juez policial, que era lo que había entonces, y me pusieron una multa de dos coronas, que era mi asignación de dos meses en aquella época, para no hablar de los bastonazos que me propinó mi padre.

Volvió a observar la mirada de incompreensión de la chica y le dijo:

—Me dieron una paliza, quiero decir; por desgracia, mi educación era un tanto anticuada. —Y prosiguió—: Además, no había ninguna ley que prohibiera dar brincos; como mucho, un par de líneas en las ordenanzas municipales. Aquel día decidí ser jurista antes o después, a pesar de que todos los que me rodeaban decían que no sería capaz.

De repente estalló en una carcajada y exclamó:

—¿Que no sería capaz? ¡Cómo no iba a ser capaz, en un país en el que en el noventa por ciento de los casos sería mejor poner una cazuela agujereada en el sitio del abogado defensor!

El Trueno observó que sus comentarios no producían el menor efecto en su visitante. De la cocinilla sacó un par de Alka-Seltzer y las echó en un vaso de plástico lleno de agua. Luego se tragó la mezcla, y tan sólo un cuarto de minuto más tarde hizo una colosal demostración que encajaba perfectamente con su nombre de batalla.

Sus rasgos reflejaban preocupación. Se inclinó hacia atrás en el sillón de su escritorio, y se apretó un agujero más la hebilla del cinturón.

—El señor abogado debería usar tirantes —dijo la chica.

—Sí —admitió el Trueno—, desde luego, es una idea inteligente y muy acertada.

Cogió una hoja en blanco y escribió cuidadosamente la palabra «tirantes».

Después miró muy serio a la visitante.

—Bueno, Roberta...

—Rebecka —dijo ella.

—Bueno, Rebecka, ¿qué es lo que te preocupa? ¿Ha ocurrido algo?

—Sí, y el señor abogado es la única persona que me ha ayudado en este mundo.

El Trueno encendió su cigarro, que se había apagado durante el ceremonial de las tabletas de Alka-Seltzer. Luego se colocó uno de los gatos sobre las rodillas y lo acarició detrás de las orejas hasta que empezó a ronronear.

No la interrumpió ni una sola vez durante su exposición del asunto. Por fin ella exclamó, desesperada:

—¿Qué tengo que hacer?

—Puedes dirigirte a la asistencia social o a la tutela de menores; ya que no estás casada, seguramente todavía tienes asignado un tutor.

—No —replicó en seguida la chica—, ¡no y mil veces no! Esa gente me persigue como si fuera una bestia. Y mientras Camilla estuvo con ellos, cuando yo estaba detenida, la maltrataron.

—¿La maltrataron?

—Sí, le dieron comida equivocada. Tardó tres semanas en volverle a funcionar normalmente la tripa.

—La mía no ha funcionado jamás normalmente.

—Es por culpa de esos cigarros que fuma y porque come cosas inadecuadas.

—Hum —dijo el Trueno—, no es impensable, pero de todos modos ahora ya soy demasiado viejo para que pueda tener algún sentido dejar algunos vicios. Por ejemplo, he estado casado cuatro veces y he fumado cigarros desde los trece años, con una breve pausa durante la guerra, en que me pasé a la marihuana que traían los soldados americanos; tengo once hijos y dieciséis nietos. En cambio, mi hermano es vegetariano y jamás ha fumado nada, no tiene hijos, y, según las leyes de la lógica tampoco tiene ningún nieto; sin embargo, tiene cáncer de pulmón y se morirá seguramente en menos de seis meses.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Rebecka.

Braxén levantó y apartó el gato, un ejemplar especialmente horrible, salpicado de amarillo, ocre, blanco y negro, y dijo:

—Una larga vida de lucha contra diversas autoridades, y sobre todo con las que tienen más poder que las otras, me ha enseñado que es muy poco frecuente que alguien nos escuche, y mucho menos que te den la razón.

—¿Quién dirige esta mierda de país? —preguntó ella.

—Formalmente es el Parlamento, pero en la práctica es el gobierno, y los desechos, y los capitalistas, y una serie de personas que han sido escogidas porque tienen dinero o bien porque políticamente son capaces de controlar grupos importantes y a los cabecillas sindicales. El jefe máximo, por así decirlo es...

—¿El rey?

—No, el rey no tiene aquí nada que ver; me refiero al jefe del gobierno.

—¿Jefe del gobierno?

—¿No has oído hablar nunca de él?

—No.

—El jefe del gobierno, al que se puede llamar también presidente del gobierno, o primer ministro, o ministro de Estado o lo que quieras; él es el que dirige la política del país.

El Trueno buscó algo encima de su mesa.

—Aquí —dijo—, aquí hay una foto suya en el periódico.

—¡Vaya tipo! ¿Y quién es éste del sombrero de cowboy?

—Un senador americano que pronto vendrá para eso que llaman una visita oficial. Antes era gobernador, precisamente del estado donde nació tu novio.

—Mi marido —corrigió ella.

—Sí, uno nunca sabe qué es lo que ha de decir en estos tiempos —dijo el Trueno y eructó.

—¿Se puede ir a hablar con ese jefe del gobierno? ¿Habla sueco, no?

—Sí, pero será difícil. No recibe a cualquiera sin antes hacer una selección. Pero se le puede hacer llegar un escrito, es decir, enviarle una carta.

—No seré capaz —murmuró ella con resignación.

—Pero yo sí —dijo el Trueno.

De las interioridades de su fantástico escritorio Hedobald Braxén sacó una Underwood antediluviana montada sobre una plancha de madera. Introdujo dos hojas de papel blanco y una de papel carbón entre las dos, en

el carrito de la máquina. Luego empezó a escribir con ligereza y mucho cuidado. Cualquiera que le hubiera visto darle a las teclas y al espaciador habría descubierto que había aprendido a escribir en alguna academia muchos años atrás.

—¿No saldrá carísimo esto? —dijo Rebecka Lind insegura.

—Mi idea es la siguiente —explicó el Trueno—: si una persona que es considerada culpable de algún crimen o ha perjudicado a la sociedad tiene derecho a la asistencia jurídica gratuita, no veo por qué una persona que es totalmente inocente tiene que pagar minutas de abogado demasiado elevadas.

Repasó la carta, entregó el original a Rebecka y guardó la copia en una carpeta.

—¿Qué tengo que hacer ahora? —dijo ella.

—Firmar —contestó Braxén—. Mi dirección está en la cabecera de la carta.

Ella firmó con la mano temblorosa, mientras Braxén escribía el sobre.

Después cerró el sobre, le pegó un sello con la imagen del rey sin poderes y le dio la carta.

—Si sales de la portería hacia la derecha y luego tuerces otra vez a la derecha, encontrarás un buzón. Échala allí.

—Gracias —dijo ella.

—Adiós, Ro... Rebecka. ¿Dónde te puedo encontrar?

—Ahora en ningún sitio.

—Pues vuelve aquí. No vengas antes de una semana, porque no creo que recibamos respuesta antes.

Cuando ella hubo cerrado la puerta, Hedobald Braxén volvió a meter la máquina de escribir en su sitio y cogió en sus brazos el gato de las manchas. Miró la fotografía del primer ministro y del senador americano, levantó una pierna y se relajó con aire pensativo.

13

El hombre alto y rubio ya no se llamaba Heydrich, sino Andrew Black, con pasaporte británico y de profesión hombre de negocios. Llegó a Suecia el quince de octubre y se sirvió del medio más seguro para entrar en el país, es decir, vino desde Copenhague en el hidroplano de Malmö, en cuya estación terminal los controladores de pasaportes, cuando están presentes, suelen entretenerse en beber café y bostezar.

En Malmö sacó billete para el tren de Estocolmo, durmió tranquilamente mientras la lluvia golpeaba las ventanillas de su vagón, llegó a Estocolmo por la mañana y tomó un taxi hasta el piso de seis habitaciones del Söder, que tenía alquilado la empresa tapadera de ULAG para alojar a sus visitantes de negocios. La primera molestia que tuvo que soportar en Suecia fue la larga cola de taxis a la salida de la estación ferroviaria.

Había llegado, pues, sin ningún problema; en ningún lugar tuvo que mostrar más que la cubierta de su pasaporte, no dio su nombre a nadie y tampoco había abierto las maletas, que tenían todas doble fondo y cuyo contenido era altamente interesante. De todos modos, un aduanero normal, sólo pendiente de pescar un poco de aguardiente o de tabaco, no hubiera encontrado nada anormal.

A la hora de comer fue a una especie de bar, donde le llamó la atención que la comida fuese tan mala y tan cara. Luego compró algunos periódicos suecos y regresó a la casa. Al cabo de un rato se dio cuenta de que entendía sorprendentemente bien el idioma.

En realidad se llamaba Reinhard Heydt y era sudafricano, y había crecido en un hogar en el que se hablaban cuatro idiomas: holandés, afrikaans, inglés y danés. Después había aprendido francés y alemán, y se desenvolvía bastante bien en otra media docena de idiomas. Se había educado en un colegio de Inglaterra.

La formación práctica de Heydt era paramilitar; primero había luchado en el Congo y luego había estado con los perdedores en Biafra. También participó en el golpe de Guinea, y, después de una temporada en el servicio de información portugués, había combatido a las guerrillas del Frelimo en Mozambique. Allí le habían reclutado para ULAG.

Heydt se había formado como terrorista en campos de Rhodesia y de Angola. Había sido un entrenamiento durísimo, en el que, al más mínimo signo de debilidad física o psíquica, le ponían a uno a realizar labores administrativas. La cobardía y la traición se castigaban con la muerte.

ULAG se había montado y organizado a partir de intereses privados, aunque con el apoyo económico de al menos tres gobiernos. Su máxima preocupación era conseguir un grupo terrorista altamente eficaz, que en caso extremo pudiera ponerse al servicio de los regímenes blancos más débiles de África meridional. Los puntos de contacto en el extranjero eran pocos, pero existían; por ejemplo, había un club muy selecto de Londres en el que era posible encargarle un trabajo a ULAG. Hasta la fecha sólo había sido realizado uno de esos trabajos por encargo, concretamente el que Gunvald Larsson había podido presenciar tan de cerca. Lo que hacía que las acciones de la organización resultasen tan temibles y desorientadoras era que en realidad se habían efectuado como experimento.

Los grupos terroristas se dedicaban simplemente a demostrar de qué eran capaces, y detrás se producía la desconfianza y la inestabilidad política, lo cual se había conseguido siempre, pues el golpe en Malawi había conducido a un impresionante enfrentamiento entre los tres estados involucrados, con gran aparato militar y enormes complicaciones políticas. El atentado de la India había producido una gran confusión política, y después del golpe en Vietnam, con sus fuegos artificiales, los servicios secretos de Pekín y Moscú todavía no estaban seguros de que detrás no estuviera la CIA o el régimen de Van Thieu.

Los que concibieron ULAG conocían perfectamente el valor del terrorismo como arma política y los problemas que suponía. De otro modo, hubiera ocurrido como en el Ulster, donde los activistas van mal armados y peor instruidos; a nadie le sorprendía que un simple labrador irlandés saltase por los aires por falta de conocimientos en fabricación de bombas o en su tratamiento; o bien pasaría como con las acciones de los palestinos, que con frecuencia conducían a la muerte de los propios terroristas, debido a que sus adversarios estaban muy bien pertrechados y carecían, además, de escrúpulos.

Lo que se quiso, pues, conseguir, era un grupo que no fallase jamás, y que, a pesar de sus reducidas dimensiones, fuese capaz de producir auténtico terror.

En aquellos momentos, ULAG no tenía más de cien hombres, divididos en diez grupos de activistas de cuatro hombres cada uno, diez en la reserva y veinte en período de formación. El resto eran administrativos, que por razones de seguridad permanecían lo más ocultos posible.

Ciertamente, el grupo inicial se había compuesto de hombres que habían muerto en Biafra y Angola, pero luego se hizo multinacional y se había ido fortaleciendo a base de gente de muchos países, entre ellos Japón, cuyos elementos constituían una especie de falange ultranacional y consideraban que de este modo servían también a su patria. También había un miembro sueco, pero se hallaba todavía en período de formación. El conjunto era una mezcla multicolor, cuyos dos elementos más sorprendentes eran dos negros que sabían muy bien lo que hacían, y un agente de seguridad israelí que se había cambiado de bando.

Reinhard Heydt había sido el número uno durante los cursillos de formación y se le podía considerar como uno de los diez hombres más peligrosos del mundo, idea que le halagaba enormemente. Además, era un hombre cultivado y de agradable conversación, con un aspecto muy elegante y que se sentía muy a gusto con aquel trabajo. Por el hecho de ser sudafricano, cabría pensar que actuaba por idealismo, pero no era así. Los ideales de ULAG no habían sido expuestos nunca, y Sudáfrica sería igual seguramente durante muchos años más.

En cualquier caso, ULAG había demostrado su eficacia, y probablemente debería tomarse muy pronto en serio. De los regímenes blancos de África se acababa de desmoronar el de Mozambique, y todo parecía indicar que Angola y Namibia estaban maduros para el cambio, y que dentro de poco un inglés que llegase al aeropuerto de Salisbury no se iba a encontrar tan en su propia salsa como cuando llegase a Glasgow o a Cardiff.

Tres días después de Heydt, llegaron los dos japoneses a Estocolmo. Habían viajado a través de Finlandia y habían llegado en una barcaza llena de borrachines, desde Mariehamn. Uno de los controladores de pasaportes que estaban de servicio les timbró con indiferencia los pasaportes falsos, mientras uno de ellos le preguntaba dónde podía encontrar el cine pornográfico más próximo, con guapas suecas sin ropa.

Aquello de las guapas suecas sin ropa infundió todavía más prisa al aduanero, que marcó con tiza sus equipajes sin preocuparse de nada más.

—¡Joder con esta gente! A ver cuando nos dan folletos en japonés y en inglés con los nombres y las direcciones de todas las putas y los sex-club, para que los regalemos a toda esa pandilla de amarillos que entran por aquí —dijo uno de los aduaneros a su compañero.

—¡Eso son prejuicios racistas! —gritó un joven de los que hacían cola—. ¿No se dan cuenta? La ley prohíbe discriminar a las personas por su raza o color.

Y mientras se armaba un cierto alboroto sobre el particular, el otro japonés también pasó sin los mayores problemas su equipaje; era un tipo grandote y con unas manos de hierro.

Los japoneses habían participado en lo de la India, pero no en Latinoamérica; Reinhard Heydt sabía que eran enormemente eficientes, fríos, sin escrúpulos y leales. Aunque él mismo fuera uno de los diez tipos más peligrosos del mundo, jamás hubiera querido encontrarse cara a cara con uno de ellos en mitad de su trabajo.

Sin embargo, la convivencia con los dos japoneses era totalmente melancólica; casi nunca decían nada, y se pasaban las horas muertas jugando a un juego incomprensible con muchas bolitas. Sus caras eran tan inexpresivas que nunca había forma de saber quién ganaba o quién perdía la partida, o si la partida se había terminado o si tenían que continuar al día siguiente.

A diferencia de los otros dos, Heydt no había estado nunca en Estocolmo, y durante los primeros días se dedicó a pasear por toda la ciudad a fin de hacerse cargo de aquella sociedad en su conjunto. En seguida se dio cuenta de que la ciudad estaba tan embrutecida y devastada por los gamberros como Nueva York y ciertos suburbios de Londres; primero pensó en ir armado, pero luego recordó que había aprendido a no ir jamás armado, excepto cuando estaba en plena faena, y decidió alquilar un coche; en la oficina de alquiler se identificó con sus documentos como el súbdito británico Andrew Black.

Al cabo de una semana recibió, procedente de la terminal de mercancías, una gran caja que había llegado como paquete postal; puesto que probablemente había entrado sin pasar los controles aduaneros, decidió no preocuparse por las otras dos cajas cuyos avisos de llegada recibió poco después, ya que al cabo de un cierto tiempo serían devueltas al remitente.

Después visitó una pequeña oficina de Östermalm, se identificó como representante de una empresa holandesa de construcción y compró los

planos completos de la red ferroviaria suburbana, del sistema de alcantarillas y de las conducciones eléctricas y de gas. De antemano se había puesto en contacto con aquella oficina por carta, y habían respondido pidiendo que les pasase oferta.

Lo irónico era que la persona que vendía aquel material, que de por sí no es ningún secreto, era miembro del servicio secreto sueco que trabajaba en un despacho pagado por el ejército o por la policía, no lo sabía muy bien; lo que sí sabía era que cobraba demasiado poco en su trabajo y por eso se dedicaba a vender material clasificado, aunque, como buen sueco, no lo vendía a ningún ruso, por principio. ULAG compró de esta manera un material no secreto, pero considerando con todo que lo más sencillo era hacerlo precisamente a través del servicio secreto.

El 31 de octubre, Reinhard Heydt llevaba ya diecisiete días en Suecia. Los dos japoneses continuaban jugando a su extravagante juego, aunque de vez en cuando lo dejaban para ir a la cocina y prepararse una comida también extravagante, cuyas materias primas encontraban en las tiendas.

Ya tenían todo el material a mano. Quedaban tres semanas para la visita del senador.

Reinhard Heydt condujo hasta el aeropuerto internacional de Arlanda, lo recorrió sin demasiado interés y regresó a la ciudad. Parecía muy claro el recorrido que haría el personaje americano.

Cuando Heydt pasó por delante del Palacio Real, viró y aparcó en la Cuesta de Palacio. Luego cogió su mapa de Estocolmo y caminó, como un turista cualquiera lo hubiera hecho, hacia la escalinata de Logaard y se detuvo, observando detenidamente a su alrededor.

Aquél era un buen sitio. La cosa estaba clara, cualquiera que fuese el método escogido, aunque más o menos ya se había decidido por emplear una bomba. Naturalmente, se corría el riesgo de que el rey cayera en el mismo golpe; nadie había hablado de ningún rey, y a él no le gustaba nada la idea. Lo de los reyes era una cosa especial, era como si merecieran algo más que una simple muerte accidental, al tiempo que moría otro. Tenía que ser una muerte más sonada la de un rey. Heydt sonrió para sus adentros y sacudió la cabeza. Estaba decidido: si las cabezas coronadas habían de caer, tenía que ser una caída de primera mano, por decirlo de algún modo. Contempló el palacio nuevamente y pensó que era un montón de piedras muy sólido y muy feo. Cuando hubo cruzado la calle, dejó el coche donde estaba y dio un paseo por la Ciudad Vieja, que era la única parte de

Estocolmo que le gustaba. «¿Cómo puede la gente vivir aquí, en este horrible clima?», pensó.

Reinhard Heydt deambuló hasta llegar al Stortorget, la plaza mayor de Estocolmo; contempló la Fuente de Brunkeberg y luego fue hacia el este por la calle Köpman. De repente, una mujer salió de una callejuela justo delante de él y echó a andar en su misma dirección. «Las mujeres escandinavas han de ser altas y rubias», pensó. Su madre, danesa, había sido así pero la que caminaba delante de él era pequeña, quizá tan sólo midiera un metro cincuenta y cinco, y tenía los hombros anchos, el cabello lacio y claro, y llevaba botas rojas de goma, pantalones téjanos y un chaquetón negro, con las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos. Caminaba con la cabeza gacha y paso decidido, exactamente a la misma velocidad que él.

La siguió unos metros a lo largo del pasaje de Bollhus, y de repente ella volvió la cabeza, como si se sintiera perseguida, y le miró. Tenía la mirada brillante y los ojos tan azules como los suyos. Ella le observó detenidamente, miró el mapa que él llevaba todavía doblado en la mano derecha, y se hizo a un lado para dejarle pasar.

Mientras se metía en el coche volvió a verla; caminaba a grandes pasos hacia el puente de Skepp y le pareció advertir que ella le miraba fugazmente desde lejos, rápida y observadora. Por alguna razón volvió a pensar en su madre danesa, que todavía vivía, en las cercanías de Pietermaritzburg. Cuando terminase aquel trabajo, iría a saludarla.

Aquel mismo día, llamó por teléfono al radioespecialista del grupo, que era francés pero llevaba bastante tiempo en Copenhague. Le dijo que fuera a Estocolmo el día 14 de noviembre como máximo, y que el método sería el mismo que la última vez.

El lunes de la semana siguiente, Reinhard Heydt quedó tan harto de sus silenciosos compañeros japoneses, que jugaban sin parar, que decidió salir en busca de alguna mujer. En sí se trataba de una excepción a la norma, pues hasta entonces jamás se había preocupado de las mujeres durante los preparativos de una acción.

Le deprimió la enorme cantidad de prostitutas de Estocolmo, sobre todo aquellas adolescentes, casi niñas, que hacían cualquier cosa para conseguir la droga, o por un simple pinchazo.

Después de contemplar un rato el sórdido tráfico que tenía lugar en la llamada «plaza de la nieve», y después de comprobar los poco refinados

métodos que empleaba la policía para reprimir aquel mercadeo, se marchó en busca de uno de los hoteles más elegantes de la ciudad y se metió en el bar.

Reinhard Heydt no bebía nunca alcohol, pero de vez en cuando tomaba un vaso de jugo de tomate con salsa tabasco. Mientras saboreaba su bebida iba pensando en la clase de mujer que deseaba; preferiblemente una rubia ceniza, alta, de unos veinticinco años. Él tenía treinta, pero lo de los veinticinco años era una idea fija. Lo que definitivamente no quería era una profesional o una de las que trabajaban en lugares fijos. No creía demasiado en el mito de la sueca estupenda, y más bien le parecía una de las muchas mentiras que el régimen esparcía con fines propagandísticos.

Mientras se entretenía con su segundo vaso de tomate especiado, entró una mujer y se sentó al otro extremo de la barra del bar. Pidió zumo de naranja con una guinda roja dentro y una rodaja de naranja clavada en el borde del vaso. Se miraron varias veces y no disimularon un cierto interés recíproco.

Le preguntó al camarero si podía invitarla a tomar la próxima copa y la respuesta fue afirmativa. Poco después, el asiento junto a ella quedó libre; él lo miró interrogante y ella asintió.

Se sentó a su lado y estuvo charlando en escandinavo con ella durante algo más de media hora. Dijo ser ingeniero danés y llamarse Reinhard Jörgensen. Lo más sencillo era mantenerse siempre lo más cerca posible de la verdad, y su madre se había llamado Jörgensen de soltera. Ella le dijo llamarse Ruth Salomonsson. Él le preguntó en seguida su edad y ella confesó tener veintiocho años. Casi todo encajaba: no era rubia, sino cenicienta, y tenía los ojos azules; era alta, delgada y bien formada.

El siguiente paso fue invitarla al cine, pero en seguida se dio cuenta de que a ella esto le parecía un poco pasado de moda, y entonces le propuso cenar juntos. Ella le respondió riendo que acababa de comer, pero que no tenía ningún inconveniente en salir con él cualquier otro día.

Sólo hicieron falta quince minutos para que él se diera cuenta de que ella estaba en aquel bar por la misma razón que él. Luego sólo fue cosa de pedirle al conserje que llamara un taxi.

Al igual que gran parte de las mujeres que frecuentan los hoteles, Ruth Salomonsson llevaba consigo a una amiga; estaba en otra mesa charlando con un hombre, y, mientras esperaban que llegara el taxi Reinhard Heydt tuvo ocasión de dirigir a la amiga unas frases amables.

Había hecho una buena elección y pasó una estupenda velada; unas horas más tarde se le ocurrió llenar una pausa con la pregunta:

—¿Y en qué trabajas tú?

Él le había contado cosas sueltas sobre sus negocios y sus viajes de aquí para allá. Ella encendió un cigarrillo con la colilla del suyo, expulsó una nube de humo, y contestó:

—Policía.

—¿Policía? —preguntó él—. ¿Trabajas en la policía?

—Exacto —dijo ella—. Policía auxiliar le llaman.

—¿Será un trabajo interesante, no?

—No suele ser nada espectacular —dijo ella—. Trabajo en algo que llaman la sección de investigación.

Él no dijo nada; más bien se sentía sorprendido, pero en cierto modo aquello la hizo más interesante a sus ojos.

—No te lo he dicho al principio expresamente —explicó ella—. Hay gente que reacciona muy mal si les dices que eres policía.

—¡Bah! —exclamó Reinhard Heydt, atrayéndola hacia sí.

No llegó a la casa y sus japoneses hasta las siete de la mañana siguiente. Le miraron con cierto reproche, y luego se fueron a acostar.

Se encontraba en buena forma y le parecía que todos los problemas iban a ser fáciles de controlar. Se duchó, se echó en la cama y pasó el día enfrascado en un libro. Lo que él consideraba buena literatura era por ejemplo la historia de la guerra naval, de Ruge; lo leía con el mismo apasionamiento que los jugadores de ajedrez leen su literatura específica, y a menudo leía y releía aquellos pasajes que le parecían más reveladores.

Aquel día estaba estudiando la Weserübung, es decir, el ataque de la flota alemana contra Dinamarca y Noruega en 1940. Era uno de sus temas favoritos y lo conocía hasta el último detalle, pero, aun así, cada vez que lo leía se sentía igualmente impresionado. Unos enviaban unos cascarones contra puertos lejanos y objetivos desconocidos a través de un océano que el enemigo dominaba por mar y aire. Y entonces, ¡zas!, todo sale a pedir de boca a pesar de que los demás son numéricamente superiores, y se efectúa la conquista en su totalidad; he ahí la belleza del perfeccionismo heterodoxo.

Martin Beck también sacaba su ejemplar de Ruge de la estantería de tarde en tarde.

Él y Reinhard Heydt tenían por lo menos un libro en común, y no dejaba de ser chocante que el mismo lunes 11 de noviembre de 1974, es decir, justamente diez días antes de la célebre visita, ambos estuvieran tumbados leyendo el mismo texto.

A Martin Beck también le fascinaba la Weserübung, pero sólo entonces, a años vista y en la intimidad, sin admitirlo nunca de puertas afuera.

Recordaba cuando aquello iba en serio, en abril, treinta y cuatro años atrás, y entonces era muy difícil que alguien se sintiera fascinado por aquello, pues los malditos batallones pardos lo arrasaban todo a su paso.

¿Qué hacía Martin Beck aquella primavera, en mil novecientos cuarenta? Tenía diecisiete años cumplidos y los pulmones mal. Trabajaba lo mejor que podía en la granja de su padre, que estaba en Klara, en mitad de la ciudad, y que su padre había arrancado junto con un compañero en la primavera del treinta y nueve.

¿Qué había pasado desde entonces? Él se hizo policía en el cuarenta y cuatro para librarse del servicio militar, el mismo año se cerró la granja debido a los malos tiempos, y cinco años más tarde murió su padre. Ya habían muerto todos, la granja había sido derribada, y el barrio donde estaba había desaparecido.

Él era el único que quedaba. Él era comisario de homicidios y tenía cincuenta y dos años. Y la Weserübung era historia. Había que verlo así, fría y serenamente, porque no hay historia buena ni mala.

¿Mil novecientos cuarenta? En la granja de las afueras de Pietermaritzburg, Reinhard Heydt no era todavía ni siquiera una esperanza en los ojos azules de su madre danesa.

Gunvald Larsson contempló su traje nuevo. ¿Sería inoportuno ponérselo cuando llegara el gran día? ¿Se vería empapado por las tripas del desagradable senador, o algo parecido? No era imposible, pero quizá precisamente por esa razón decidió llevar aquel traje el jueves siguiente. Gunvald Larsson pensaba a menudo de forma poco ortodoxa.

Después se puso sus ropas habituales: chaqueta de piel forrada de pelo, pantalones marrones y zapatos daneses duros de paseo, con suela de goma: se miró al espejo y meneó la cabeza. Luego se marchó al trabajo.

A Gunvald Larsson no le hacía gracia envejecer; pronto iba a cumplir los cincuenta y con frecuencia se preguntaba por el sentido real de su vida. Había sido divertido dilapidar a toda prisa la mayor parte de su herencia, cosa memorable para él y para otros. Se lo había pasado bastante bien en la Marina, y todavía mejor en la flota mercante, pero no sabía por qué demonios se había hecho policía, oficio que le obligaba día sí, día no, a actuar contra su propia conciencia.

La respuesta era simple: era el único trabajo que pudo encontrar con su tosca formación, y en su día pensó incluso que podría serle útil a la sociedad. ¿Había sido así realmente?

¿Y por qué no se había casado? Había tenido un montón de oportunidades, pero ya era francamente tarde. Eran preguntas que se hacía de vez en cuando, aun cuando parecían ya un tanto fuera de contexto.

Llegó, aparcó el coche y subió a la sección de delitos violentos, donde tenía su cuartel general el grupo especial. Los locales tenían un aspecto frágil y abandonado, y el edificio entero parecía a punto de derrumbarse bajo la presión del nuevo edificio de la jefatura de policía, de grandes dimensiones y que casi tocaba las ventanas del antiguo.

Aquel edificio descomunal y pomposo se había creado con la intención de reunir en sus dependencias todos los recursos policiales, entre otros un eventual mando para caso de golpes de estado. Hubiera resultado interesante escuchar alguna explicación de por qué ese eventual mando estaría emplazado precisamente en una isla, fácilmente aislable derribando unos cuantos puentes bastante vulnerables.

Aquel coloso, que ya estaba prácticamente terminado, había presentado en su día a la policía un buen ejemplo del misterio de la habitación cerrada. Los módulos, prefabricados se iban colocando uno a uno en sus sitios, una vez terminados, y en uno de ellos los trabajadores habían hallado un vagabundo muerto. Pronto se averiguó que el interfecto había muerto a causa de una sobredosis de heroína, pero la puerta del módulo había estado cerrada todo el tiempo; nunca pudo ofrecer nadie la menor explicación de cómo había logrado llegar aquel hombre al interior del módulo.

Gunvald Larsson miró el reloj eléctrico de la pared. Eran las ocho y tres minutos; era el 14 de noviembre, y faltaba justamente una semana para el gran día.

El cuartel general de la operación disponía de cuatro despachos, lo cual no era mucho, pero por otro lado el jefe local de policía y Möller no iban casi nunca, el jefe de la policía de orden público tampoco se dejaba ver a menudo, y Malm y el director general de la policía no aparecían jamás. El que más acto de presencia hacía allí era Martin Beck. Gunvald Larsson y Einar Rönn estaban casi siempre también, al igual que Benny Skacke y Fredrik Melander, que era inspector de la sección de robos pero tenía muchos años de experiencia, tanto en la comisión nacional de homicidios como en la sección de delitos violentos de Estocolmo.

Melander era un tipo poco corriente y una gran ayuda; su memoria funcionaba como un ordenador, aunque mejor, y haciendo que todos los encargos pasasen por sus manos se podían evitar bastantes irregularidades, duplicidad de misiones y otras cosas. Físicamente era un hombre alto y calmoso, algo mayor que los demás; solía permanecer sentado en silencio estudiando sus papeles o rascando su pipa, y si no estaba ante su mesa era porque se encontraba en el lavabo, cosa que conocía media policía de Estocolmo y les parecía extraordinariamente divertido.

Los que se dejaban ver poco por el cuartel general tenían todos ellos bonitos despachos propios en las cercanías, especialmente el jefe de la policía de orden público, que realizaba gran parte del trabajo de organización en su despacho de la vieja comisaría de la calle Agne, y después enviaba copia de todos los procedimientos a Martin Beck.

No estaba mal para ser un cuartel general; se trabajaba con un estilo convencional y Gunvald Larsson se limitó a saludar con la cabeza a Rönn antes de entrar en el despacho de Martin Beck. Éste estaba sentado sobre la

mesa, balanceando las piernas, mientras hablaba por teléfono a la vez que hojeaba un grueso informe.

—No —dijo—, he dicho ya varias veces que no tengo opinión sobre este asunto.

»Sí, muy bien, pues haga lo que quiera.

»No señor, yo no he dicho eso.

»Exacto, lo que he dicho es que haga usted lo que quiera. No tenemos opinión de ninguna clase sobre este asunto, ya se lo he dicho, ¿es que no me ha entendido?

Hablaba con un cierto énfasis.

—Adiós —dijo por fin, y colgó.

Gunvald Larsson le miró interrogante.

—La aviación —explicó Martin Beck.

—¡Uf! —exclamó Gunvald Larsson.

—Sí, eso era lo que intentaba decir, aunque un poco más amablemente. Quieren saber si necesitamos más de una escuadrilla de cazas.

—¿Y qué les has dicho?

—He llegado a decirle que no necesitamos ningún aeroplano de ninguna clase —dijo Martin Beck.

—¿Eso le has dicho?

—Sí, y ese general se ha puesto de muy mala leche. Se ve que la palabra «aeroplano» no les gusta.

—Claro que no, es tan inexacto como decir escopeta en vez de fusil.

—¡Oh, qué horror! ¿Tan mal lo he hecho? Voy a tener que pedirle perdón la próxima vez que llame.

Miró la fecha en su reloj y dijo:

—Tus amigos de ULAG no han dado señales de vida.

Los controles fronterizos y las llegadas del extranjero habían sido exhaustivos durante las últimas semanas.

Gunvald Larsson se arrancó un grueso pelo de uno de los agujeros de la nariz, lo examinó con vivo interés y dijo:

—Mmmm.

—¿Ha sido una declaración eso, o no? —preguntó Martin Beck.

Gunvald Larsson recorrió la habitación de un extremo a otro un par de veces dando grandes zancadas, y por fin dijo:

—Creo que tendríamos que actuar como si realmente estuvieran aquí.

—¿Crees que no han llegado todavía?

—No. Si planean algo, ten por seguro que ya están donde han de estar.

—Debe de tratarse de varias personas. ¿Es posible que hayan logrado entrar en el país sin que los hayamos podido pescar?

En diversos puestos fronterizos habían sido retenidas varias personas con el fin de realizar un control más exacto, pero todos habían presentado los papeles en regla.

—Es curioso —dijo Gunvald Larsson—, pero...

Se calló y Martin Beck dijo:

—Otra posibilidad es que hayan entrado antes de que empezaran los controles fronterizos de emergencia.

—Sí —admitió Gunvald Larsson—, es una posibilidad.

Parecía desacostumbradamente pensativo.

—¿En qué piensas? —preguntó Martin Beck.

—En que ésta es una ocasión perfecta para ULAG, pues todo les viene de maravilla; nunca han dado todavía un golpe en Europa, y además, ese senador está...

—¿En la lista negra?

—¿En la lista negra? —exclamó Gunvald Larsson—, En según qué círculos han puesto precio a su cabeza.

—Bueno... —dijo Martin Beck impasible—, en ese caso demuestra tener un cierto valor al venir aquí—. Y como para cambiar de conversación, preguntó—: ¿Viste alguna película interesante ayer?

Gunvald Larsson se había encargado de estudiar algunas filmaciones de visitas oficiales que había recopilado el servicio de seguridad.

—Bueno... —contestó Gunvald Larsson—. Sobre lo que has dicho antes, me he fijado en que Nixon circuló en un coche descubierto por todo Belgrado junto con Tito. Y lo mismo en Dublín: Nixon y De Valera desfilaron en un Rolls Royce del año de la pera, con el techo destapado. Por lo que vi en la filmación, había un solo agente de seguridad. En cambio, cuando Kissinger fue a Roma, medio país parecía cerrado.

—¿Has visto el gran clásico, también? ¿El Papa en Jerusalén?

—Sí; desgraciadamente, ya lo había visto antes.

La visita del Papa a Jerusalén fue controlada por la policía de seguridad jordana, que armó un jaleo impresionante, como nunca se había formado. Ni siquiera a Stig Malm se le podría ocurrir una barbaridad parecida.

Sonó el teléfono.

—Sí. Beck.

—Hola —dijo el jefe de la policía de orden público—. ¿Has visto el papel que te he enviado?

—Sí, ahora mismo lo estaba mirando.

—Esos dos días va a faltar gente de orden público en el resto del país.

—Lo comprendo.

—Sólo quiero que lo tengas en cuenta.

—En realidad, no es cosa mía. Pregúntale al director general si ya se ha dado cuenta.

—De acuerdo, llamaré a Malm.

Rönn entró con las gafas colgando de la roja punta de su nariz y con un papel en la mano.

—Sí, mira, la lista de GE; la he encontrado en mi mesa.

—Tenía que estar en mi casillero —dijo Gunvald Larsson—, déjala ahí. ¿Quién coño la ha cambiado de sitio?

—Ah, no lo sé, yo no he sido —respondió Rönn.

—¿Qué clase de lista es ésta?

—Gente que estará de servicio —dijo Gunvald Larsson—, gente que lo que mejor hace es pasar el rato en la sala de recreo jugando al póquer, no sé si me entiendes.

Martin Beck arrebató la lista a Rönn y la observó; empezaba con una serie de nombres seguros:

«Lista GE:

Bo Zachrisson

Kenneth Kvastmo

Karl Kristiansson

Victor Paulsson

Aldor Gustavsson

Richard Ullholm

etc.».

—Entiendo perfectamente —dijo Martin Beck—; eso de tener gente preparada de servicio es una buena idea. Por cierto, ¿qué significa GE?

—Gilipollas Escogidos —contestó Gunvald Larsson—, No quería expresarme con tanta claridad.

Fueron a la habitación en la que tenían sus mesas Rönn y Melander; allí habían pegado en la pared una copia azul del plano de la ciudad y habían pintado el recorrido inicial de la comitiva. Había un gran desorden, como suele suceder en tales lugares.

El teléfono sonaba sin parar, y cada dos por tres entraba alguien para entregar comunicados interiores metidos en carpetas marrones con ventanillas.

Melander estaba hablando en aquel momento por teléfono, sin sacarse la pipa de la boca. Decía:

—Sí, ahora mismo viene. Tendió el auricular a Martin Beck.

—Sí, soy Beck.

—Menos mal que te encuentro —dijo Stig Malm.

—Ya ves.

—Por cierto, te felicito por la discreta y elegante resolución del asesinato de Petrus.

Demasiado tarde para felicitar, y demasiado ceremonioso.

—Gracias —dijo Martin Beck—, En realidad, fueron más bien Aasa y Benny los que lo descubrieron; sobre todo Aasa.

—¿Aasa?

Malm tenía problemas para conocer a su propia gente.

—Aasa Torell —aclaró Martin Beck—, de la comisaría de Märsta.

—¡Ah, ya! —dijo Malm vagamente, pues no acababan de hacerle el peso los policías femeninos.

—¿Era eso lo que querías decirme? —preguntó Martin Beck.

—No —dijo Malm—, desgraciadamente, no.

—¿Qué pasa, pues?

—El jefe de la aviación acaba de llamar al director general de la policía.

«Sí que van deprisa», pensó Martin Beck, y exclamó:

—¡Ajá!

—Parece ser que el general está...

—¿Cabreado?

—Bueno, bueno, vamos a decir que parecía tener sus dudas sobre la voluntad de colaboración de la policía en este asunto.

—¡Ah, vaya!

Malm se aclaró la garganta.

—¿Estás resfriado?

«Vaya porquería de jefe», pensó Martin Beck, aunque en seguida se dio cuenta de que en realidad aquella vez el jefe era él en cierto modo, y estaba por encima de Malm. Entonces dijo:

—Tengo mucho trabajo, ¿qué quieres?

—Hombre, es que consideramos que nuestras relaciones con la defensa son muy delicadas y muy importantes, y por eso sería de agradecer que las conversaciones con las fuerzas armadas se celebraran en un espíritu de mutua comprensión. Bueno, ya sabes que no soy yo quien habla.

Martin Beck se rió por lo bajo y dijo:

—¿Pues quién coño habla? ¿Alguna especie de fantasma telefónico?

—Martin —dijo Malm suplicante—, tú sabes en qué posición me encuentro. No es fácil...

—De acuerdo —le atajó Martin Beck—, ¿algo más?

—De momento, no.

—Adiós, pues.

—Adiós.

Durante esa conversación Benny Skacke también había entrado en la habitación. Miró interrogante a Martin Beck, que dijo:

—El jefe administrativo Malm; una personalidad interesante, como seguramente tendrás ocasión de comprobar a menudo durante tu carrera.

Gunvald Larsson estaba al otro extremo, junto al plano. Sin volver la cabeza dijo:

—No exageres. Malm es tan sólo un burócrata con la cabeza hueca; toda la organización está infestada por gente como él.

El teléfono volvió a sonar y contestó Melander; aquella vez era Möller, que quería hablar de lo que él llamaba su lucha contra las fuerzas subversivas de la sociedad; dicho más sencillamente: los comunistas.

Todos dejaron que Melander mantuviera la conversación; para aquel tipo de cosas era el hombre idóneo, contestaba con brevedad y con gran paciencia a todo, no perdía jamás de vista el meollo del asunto y no alzaba nunca la voz. Cuando terminaba la conversación, el que había llamado generalmente no sacaba nada en claro, pero no podía quejarse, porque le habían tratado amablemente.

Los demás estudiaban el recorrido del cortejo.

El programa para la visita del poco grato senador era muy sencillo.

Su avión especial, que probablemente chequeaban diez veces diarias unos mecánicos escogidos, aterrizaría en Estocolmo—. Arlanda a la una del mediodía. Allí sería recibido por algún representante gubernamental y entrarían en la sala de los VIP. El gobierno había rechazado amablemente la idea de que una compañía le rindiera honores militares. El representante del gobierno y el visitante estadounidense subirían al coche blindado para

dirigirse al Parlamento, en la plaza Sergel. Más tarde, el mismo día, el senador o, mejor dicho, cuatro oficiales de un buque de guerra norteamericano que se encontraba en el puerto de Oslo, colocarían una corona de flores como homenaje al anterior rey.

Se habían producido numerosas discusiones en torno a ese homenaje al fallecido monarca. Todo había empezado cuando le preguntaron al senador si tenía algún deseo especial, y él respondió que le apetecía visitar un campamento lapón, donde los lapones vivieran igual que quinientos años atrás. Este deseo produjo una cierta decepción entre los miembros del gobierno que apoyaron la decisión de invitar a aquel hombre que demostraba tan sublime desconocimiento de Suecia en general y de los lapones en particular. Se habían visto obligados a responder que no existía tal cosa y se le propuso, a cambio, visitar y examinar el buque de guerra *Wasa*, del siglo XVII; el senador había respondido que no le interesaban los barcos viejos y que en cambio quería rendir homenaje al recientemente desaparecido rey, ya que dicho monarca era el sueco más representativo, no sólo personalmente a ojos del senador, sino para gran parte del pueblo de los Estados Unidos.

A nadie le alegró demasiado la idea. A muchos ministros les había chocado la explosión desenfrenada de realismo que se había desatado a raíz de la muerte del anciano rey y la proclamación de su sucesor. Primero pensaron que tanto fasto empezaba a resultar excesivo, y, a través de los canales diplomáticos, habían intentado averiguar qué era lo que el senador quería decir realmente con lo de «recientemente», porque ya había pasado un año desde la muerte de Gustavo VI Adolfo, y después manifestaron enérgicamente que el gobierno no estaba interesado en colaborar en la idolatrización de reyes muertos. Pero el senador fue inflexible; se había empeñado en depositar una corona de flores y así se haría.

La embajada de Estados Unidos se ocupó de encargarse una corona, tan grande que tuvieron que trabajar en ella dos empresas de floristería; el propio senador había señalado el diámetro que debería tener y qué clase de flores habría que utilizar. Los cuatro oficiales de marina llegaron ya a Estocolmo el 12 de noviembre y eran unos tipos robustos y atléticos, ninguno de los cuales medía menos de un metro noventa sin zapatos. Esto daba idea del tamaño de la ofrenda floral, pues era impensable que marinos de menor formato pudieran acarrear aquel jardín redondo.

Tras esta ceremonia, a la que el jefe del gobierno había prometido asistir, después de mucho estira y afloja, el cortejo se dirigiría al Parlamento. Por la tarde, el senador se reuniría con varios consejeros de Estado para celebrar conversaciones políticas informales.

Por la noche, el gobierno ofrecería un gran banquete en el Patio de Caballerizas, en el que incluso los líderes de la oposición y sus esposas tendrían ocasión de charlar con el hombre que un día casi llegó a la presidencia de los Estados Unidos.

El calibre político del senador era tal que el líder de la izquierda sueca, el portavoz del Partido Comunista, prácticamente rechazó la invitación para compartir la cena con semejante personaje.

Tras la cena, el senador pernoctaría en las dependencias para invitados de la embajada.

El programa del viernes era aparentemente sencillo. El rey ofrecería un almuerzo en Palacio. El servicio de protocolo no había especificado todavía cuál sería el programa, pero de momento ya se sabía que el rey recibiría a su huésped en el patio de Logaard, desde el cual ambos entrarían en el edificio palaciego.

Después del almuerzo, el senador, junto con uno o varios miembros del gobierno, se dirigiría al aeropuerto de Arlanda, donde se despediría y viajaría rumbo a los Estados Unidos. Punto final.

No había nada especialmente complicado ni notorio en todo ello. En realidad, era absurdo que se ocupasen tantos policías de todas clases en proteger a una sola persona.

Estaban todos delante del mapa, todos excepto Melander, que continuaba hablando por teléfono.

De repente, Rönn fue presa de una risa convulsiva y ahogada, sin ninguna razón aparente, y Gunvald Larsson le preguntó:

—¿Qué tienes, Einar?

Y Skacke:

—¿Te ha vuelto a dar el flato?

Gunvald Larsson miró con reproche a Skacke, que enrojeció y guardó silencio durante un rato.

—No —dijo Rönn—, es que pensaba en que el títere ese quiera ver lapones. Podría venir a casa y mirar a Unda; sólo mirarla, claro.

Unda era la mujer de Rönn, y era de raza lapona, menuda y con un cabello negro como el azabache y brillante, y ojos de color de nuez. Tenían

un hijo, Mats, que había cumplido diez años en marzo.

El chico era rubio y de ojos azules, igual que el propio Rönn, pero en cambio había heredado el temperamento explosivo de la madre, lo que hacía que Rönn representase la calma en el seno de una familia en la que cualquier nimiedad pronto desencadenaba un drama acompañado de griterío y algaradas violentas.

Melander terminó también aquella conversación telefónica, se levantó y se dirigió hacia donde estaban los demás.

—Mmm —dijo—, ahora ya he leído, como todos vosotros, el material existente sobre ese grupo sabotador.

—¿Y dónde situarías la carga explosiva? —inquirió Martin Beck.

Melander encendió la pipa y repuso con indiferencia:

—¿Dónde colocaríais vosotros esa hipotética bomba?

Cinco dedos señalaron inmediatamente el mismo punto del plano de la ciudad.

—¡Frío, frío! —exclamó Rönn.

Todos se sintieron un poco ridículos. Por fin, Gunvald Larsson comentó:

—Si cinco personas como nosotros llegamos a la misma conclusión, ésta debe ser más falsa que Judas.

Martin Beck se apartó unos pasos a un lado, apoyó los codos en un archivador que había junto a la pared y dijo:

—Fredrik, Benny, Einar y Gunvald: dentro de diez minutos quiero tener una propuesta por escrito, y cada cual escribirá la suya. Yo también escribiré una. Tiene que ser breve.

Entró en su despacho. Sonó el teléfono, pero dejó que siguiera sonando. Metió una hoja en la máquina de escribir y tecleó con el dedo índice:

«Si ULAG comete un atentado, todo parece indicar que emplearán una bomba accionada a distancia. Con el tipo de servicio de seguridad que tenemos montado, contra lo que parece más difícil defenderse es contra la colocación de una bomba en las conducciones del gas. En parte, también, porque en ese caso se producen una serie de explosiones en cadena. He indicado un lugar del recorrido desde el aeropuerto a la ciudad, justo a la entrada, precisamente porque ese recorrido es difícil de alterar sin grandes complicaciones, sobre todo en lo que se refiere a las fuerzas del orden y su cambio de posiciones. Precisamente en ese lugar existen

muchos pasillos y corredores subterráneos, la mayor parte correspondientes al sistema de comunicaciones del metro y que pasan por allí, y también una complicada red de alcantarillado. También se puede llegar hasta ese punto a través de varias bocas de alcantarilla y otros accesos, si es que conocen la red de conexiones subterráneas de la ciudad. Debemos contar también con la posibilidad de la colocación de explosivos en otros lugares como refuerzo, y hay que procurar localizarlos en sus posiciones más previsibles. Beck».

Skacke entró con su informe justo en el momento en el que Martin Beck terminaba. Después llegaron Melander y Gunvald Larsson. Rönn llegó el último; la redacción le había exigido veinte minutos, pues no era hombre de letras.

Todos tenían puntos de vista similares, pero el estudio de Rönn era el más digno de leerse. Había escrito:

«El bombardero subterráneo, aunque utilice la detonación por control remoto, ha de poder introducir la bomba en una tubería de gas allí donde las haya. Hay muchas (cinco) en el lugar que yo he señalado, y, si tiene que meter la bomba en algún sitio, ha de excavar por sí mismo como un topo y construir un túnel, o bien utilizar los pasadizos subterráneos que ya existen. Precisamente en el lugar que he señalado hay numerosos pasadizos, y si la bomba es tan pequeña como dice Gunvald, es imposible que la encontremos a no ser que organicemos la expedición de un grupo de policías subterráneos, con lo que nos veremos obligados a crear un comando especial subterráneo, pero como no tienen ninguna experiencia no servirán para nada. «Pero no sabemos si hay terroristas de los que colocan bombas para atentados en el suelo, pero si los hay, ni la policía de superficie ni la policía subterránea podrán encontrarlos, pero también puede ser que vayan nadando por las cloacas y entonces, además, necesitaremos un comando de cloacas formado por hombres rana.»

El narrador se retorció mientras Martin Beck leía, pero éste ni siquiera sonrió, sino que dejó el documento sobre un montón de papeles. Rönn

pensaba bien, pero escribía de una forma un tanto rara; tal vez fuera ésa la razón por la que no había sido ascendido a inspector. De vez en cuando, alguien hacía circular maliciosamente sus escritos, suscitando carcajadas burlonas. Desde luego, los informes que solían escribir los policías eran a menudo un desastre, pero muchos opinaban que, por ser Rönn un buen detective, bien podía escribir algo mejor.

Martin Beck se acercó a la nevera, bebió un vaso de agua, apoyó el codo a su manera habitual, se rascó la cabeza y dijo:

—Benny, ¿quieres decir que no nos pasen ninguna llamada y que no dejen entrar ninguna visita, sea quien sea?

Skacke se dispuso a obedecer, pero advirtió:

—¿Y si vienen el director general o Malm?

—A Malm le pegamos una patada y ya está —contestó Gunvald Larsson—; en cuanto al otro, tendrá que armarse de paciencia. En el cajón de mi mesa hay una baraja y puede hacer un solitario. Es de Einar, que la heredó de Aake Stenström.

—De acuerdo —dijo Martin Beck—. Primero, Gunvald quiere explicarnos una cosa.

—Se trata de la técnica de colocación de bombas de ULAG —dijo Gunvald Larsson—. Inmediatamente después del atentado del cinco de junio, el comando de artificieros de la policía, junto con expertos del ejército, empezó a buscar otros explosivos en la red de tuberías de gas de la ciudad. Resulta que han aparecido dos cargas sin explotar, pero eran tan pequeñas y estaban tan camufladas y tan astutamente colocadas, que la primera la encontraron al cabo de tres meses y la segunda apareció la semana pasada. Estaban nada menos que en puntos del recorrido previsto para el día siguiente y tuvieron que excavar metro a metro. Las bombas eran un modelo muy mejorado de las cargas de plástico que en su día se emplearon en Argelia. El dispositivo de detonación por radio era técnicamente muy avanzado.

Calló y Martin Beck dijo:

—Está bien. Ahora hemos de hablar de otra cosa, y es un detalle que no tiene que salir de aquí bajo ningún concepto. Sólo nosotros cinco hemos de saber de qué va la cosa, nadie más. Bueno, hay una excepción, pero ya hablaremos de ello más adelante.

La charla duró todavía unas dos horas y todos tuvieron puntos de vista que exponer.

Martin Beck quedó muy satisfecho al terminar. Era un buen grupo, aparte de las opiniones particulares de algunos sobre los demás. A menudo tenía que explicar las cosas dos veces, lo cual, como de costumbre, hacía que echara de menos a Kollberg.

Skacke pidió la lista de todos los que habían llamado durante este tiempo. Era una lista nutrida:

El director general de la policía, el jefe de la policía de Estocolmo, el comandante en jefe, el jefe del estado mayor del ejército, el ayudante del rey, el director de la radio, el jefe administrativo Malm, el ministro de Justicia, el portavoz del Partido Moderado, el jefe de la policía de orden público, diez periódicos diferentes, el embajador de Estados Unidos, el jefe de policía de Märsta, el secretario del presidente del gobierno, el jefe de las fuerzas de vigilancia del Parlamento, Lennart Kollberg, Aasa Torell, el fiscal general del Estado, y Rhea Nielsen, más once ciudadanos anónimos.

Martin Beck observó la lista con preocupación y suspiró profundamente. Seguro que habría jaleo, de alguna forma o de muchas formas. Resiguió la larga lista con el dedo, se acercó al teléfono y marcó el número de Rhea.

—¡Hola! —dijo ella con naturalidad—. ¿Molesto?

—Tú no molestas nunca.

—¿Vendrás esta noche a casa?

—Sí, pero seguramente bastante tarde.

—¿Cómo de tarde?

—A las diez, a las once, algo por el estilo.

—¿Has comido hoy? —inquirió ella.

Martin Beck no contestó.

—¿Nada, verdad? Acuérdate de que acordamos decir siempre la verdad.

—Tienes razón, como casi siempre.

—Pues ven a casa; si puedes, llámame media hora antes. No quiero que te mueras de hambre antes de que aterrice ese zopenco.

—De acuerdo, un beso.

—Un beso.

Después se repartieron las llamadas, de las que unas eran rápidas y poco importantes, y otras largas y complicadas.

Gunvald Larsson habló con Malm:

—¿Qué quieres?

—Parece ser que Beck intenta cargarnos la responsabilidad de traer un montón de policías de provincias aquí. El jefe de la policía de orden público

me ha llamado sobre este asunto hace un par de horas.

—¿Y qué?

—Nosotros aquí, desde la DGP, sólo queremos indicar que no os podéis mezclar en una serie de crímenes en la periferia que todavía no se han cometido.

—¿Eso hacemos?

—El jefe considera la cuestión de la responsabilidad como muy importante. Si se cometen crímenes en otros lugares, no será culpa nuestra. La DGP no tiene nada que ver con el asunto.

—Es curiosísimo —dijo Gunvald Larsson—, Si yo perteneciera a la DGP, me encargaría de que se tomasen medidas preventivas. ¿Qué es lo que hacéis en realidad en la DGP, a qué creéis que debéis dedicaros?

—La responsabilidad no es nuestra, sino del gobierno.

—Está bien, entonces llamaré al ministro.

—¿Qué?

—Has oído perfectamente lo que he dicho. Adiós.

Gunvald Larsson nunca había hablado antes con un miembro del gobierno. Tampoco le había interesado nunca, pero marcó el número del ministerio de Justicia con cierto placer.

Le dieron línea en seguida y pronto tuvo al ministro de Justicia al otro lado del hilo.

—Buenos días —dijo—, me llamo Larsson y soy policía. Tomo parte en el asunto de la protección durante la visita senatorial.

—Buenos días. He oído hablar de usted.

—Pues resulta que se ha iniciado una discusión, a mi modo de ver nada divertida y bastante inútil, sobre quién es el responsable de que el próximo jueves y viernes no haya guardias en lugares como por ejemplo Enköping y Norrtälje.

—¿Y...?

—Pensaba solicitar una respuesta a esta pregunta, para que no haga falta desgañitarse contra todos los posibles idiotas que decidan hablar sobre este tema.

—Bien, la responsabilidad es única y exclusivamente del gobierno. No se puede señalar a ninguna otra persona en particular, ni siquiera a los que propusieron y llevaron adelante la invitación al visitante. Personalmente, yo voy a dar instrucciones a la dirección general de la policía a fin de que

hagan todo lo que esté en su mano para reforzar la prevención de delitos en las provincias en las que el personal sea escaso.

—Perfecto —dijo Gunvald Larsson—; eso era lo que quería oír. Adiós.

—Un momento —le atajó el ministro de Justicia—, yo mismo he llamado hace un rato para saber cómo están las cosas en lo referente a la seguridad.

—Creemos que bien —contestó Gunvald Larsson—; trabajamos siguiendo un plan minucioso, pero flexible.

—Perfecto.

«Parecía verdaderamente un hombre sensato», pensó Gunvald Larsson. Pero el ministro de Justicia tenía fama de ser una honrosa excepción entre los políticos de carrera que dirigían Suecia en su largo e irrefrenable declive.

Así transcurrió el día, entre conversaciones abundantes y a menudo insignificantes. Las bandejas de carpetas entraban y salían, formando una auténtica corriente.

Hacia las diez de la noche, Gunvald Larsson recibió una carpeta, cuyo contenido le hizo permanecer durante media hora en silencio y con la cabeza entre las manos.

Skacke y Martin Beck seguían allí, pero pensaban marcharse pronto a casa, y Gunvald Larsson no quería fastidiarles la noche, por lo que decidió no decir nada sobre el contenido de aquella carpeta hasta el día siguiente. Después cambió de parecer y se la entregó a Martin Beck sin hacer ningún comentario, y éste la metió, impasible, en su portafolios.

Aquella noche, Martin llegó a la casa de la calle Tule pasadas las once y veinte.

La jornada de trabajo había terminado con una larguísima reunión con el jefe de la policía de orden público. Lo que tenían que decirse era importante y exigía concentración. ¿Cómo disponer aquella cantidad ingente de policías uniformados? ¿Cómo acuartelarlos, trasladarlos y distribuirlos? ¿Dónde tendrían que estar situados en cada momento? ¿Cómo tratar a los manifestantes?

El jefe de las fuerzas de orden público era un buen administrativo, pero lo mejor de él era su visión serena de las cuestiones delicadas del momento. Una de ellas era, precisamente, el problema de los manifestantes. Todo parecía indicar que Eric Möller pensaba montar algún número especial y que estaba dispuesto a dirigirse a los máximos responsables de la burocracia

para que se tuvieran en cuenta sus puntos de vista. Por eso, Martin Beck quería tener soluciones claras y redondas, con las que poder evitar la puesta en práctica de los inventos de la SÄPO.

Personalmente no creía que fuera posible evitar que el impopular visitante viera, oyera y notara que muchas personas del país estaban en contra de él y que consideraban su visita una inconveniencia. Eran demasiadas las cosas en las que había estado mezclado aquel hombre, cosas demasiado recientes y frescas en la memoria de todos: la guerra de Vietnam, la intervención en Camboya, el genocidio en Chile, para citar sólo algunos ejemplos.

El jefe de las fuerzas de orden público comprendía estos puntos de vista. Otros, en cambio, no comprendían nada, como por ejemplo Stig Malm, que consideraba que había que cerrar al tráfico las carreteras y acordonar el trayecto al paso del cortejo, de tal manera que el senador no tuviera necesidad de ver ni un solo manifestante, ni siquiera un cartel o una pancarta.

El último informe tendencioso de Eric Möller señalaba que los manifestantes serían muy numerosos y que vendría gente de todos los rincones del país para tener la oportunidad de expresar su opinión. Hasta ahí habían llegado las averiguaciones de sus sabuesos.

No cabían dudas al respecto; era absurdo pensar que absolutamente todas las acciones del servicio secreto fuesen tonterías o simples hostigamientos contra la izquierda.

La preocupación de Martin Beck y del jefe de las fuerzas de orden público era la de que los manifestantes pudieran expresar sus puntos de vista con total libertad y a sus anchas, pero que los grupos más radicales no tuvieran oportunidad de atravesar el cordón policial y detener la comitiva o alzar barricadas en las calles. El jefe de las fuerzas de orden público consideró que podría cumplir ese encargo. Tras algunas dudas, pasaron a la siguiente cuestión: que la policía uniformada, bajo ningún concepto, utilizase la violencia, a no ser en un caso extremo. Los hombres que incumplieran dicha disposición recibirían un castigo disciplinario y en caso necesario serían procesados.

Martin Beck intentó durante un rato sustituir la palabra «procesado» por «cesado», pero finalmente se vio obligado a rendirse.

Abrió la puerta de la calle con su propia llave. Luego subió dos escalones y llamó a la puerta, que estaba cerrada. Hizo unas señales

convenidas y esperó. Ella tenía llave para entrar en su piso, pero él no podía entrar en el de ella. Martin Beck no creía necesitarlas, pues nada tenía que hacer allí si ella no estaba. Y cuando ella estaba en casa, casi siempre dejaba la puerta sin cerrar.

Al cabo de medio minuto llegó ella brincando y descalza, y abrió la puerta. Estaba especialmente atractiva, y sólo llevaba una blusa azul gris muy ancha, que le llegaba hasta media pierna.

—¡Puñeta! —exclamó—. Me has dejado poco tiempo. Tengo una cosa que ha de estar media hora en el horno.

No había podido llamarla antes de terminar la discusión con el jefe de las fuerzas de orden público, y lo había hecho por fin hacía sólo diez minutos. Después había pedido que le acompañaran en un coche patrulla, ya que el servicio de taxis, como siempre, estaba colapsado.

—¡Jesús, cómo vienes! —exclamó ella—. ¿No comprendes que hay que comer de vez en cuando? —Le miró fijamente y añadió—: ¿Quieres que nos bañemos? Yo creo que lo necesitas.

Rhea había hecho construir en el sótano una sauna para los inquilinos, un año antes. Cuando la quería utilizar sólo ella, se limitaba a colocar un cartelito en la puerta del sótano.

Martin Beck se cambió y se puso un albornoz viejo que guardaba en el armario del dormitorio, mientras ella bajaba y ponía en marcha la sauna. Era una instalación perfecta, seca y muy caliente.

Son mayoría los que suelen sentarse en silencio en la sauna, pero Rhea no tenía esa costumbre y preguntó:

—¿Cómo va tu extraño trabajo?

—Creo que bien, pero...

—¿Pero qué?

—Es difícil saberlo con seguridad; nunca he hecho una cosa parecida.

—¡Mira que invitar a ese malnacido! —exclamó Rhea—. A los socialdemócratas se les caerá la cara de vergüenza.

—Parece que ese hombre no es muy popular.

—¿Popular? Será una lástima que le salvéis el pellejo.

—¿En serio?

—No, no es en serio, pues la violencia casi nunca es una solución acertada, aunque a veces sí.

—¿Cuándo?

—En guerras de liberación que han durado años. Vietnam, por ejemplo. ¿Qué puede hacer la gente? Han de luchar. Y ahora llega el vencedor, ¿qué falta para que venga? ¿Una semana?

—¡Qué va, ni eso! Llega el jueves próximo.

—¿Saldrá por radio o por televisión?

—En las dos.

—Bajaré a la calle Köpman, a ver esa desgracia.

—¿No vas a manifestarte?

—A lo mejor tendría que ir —contestó ella, desabrida—. Quizá empiece a ser un poco mayor para ir a las manifestaciones. Hace unos años era distinto.

—¿Has oído hablar alguna vez de algo llamado ULAG?

—He leído algo en los periódicos; no está muy claro qué defienden o qué atacan. ¿Crees que se disponen a hacer algo aquí?

—Hay una posibilidad.

—Parecen peligrosos.

—Por lo visto.

—¿Tienes bastante?

El termómetro se acercaba a los cien grados. Echó un par de cazos de agua sobre las piedras y del techo bajó un calor agradable. Salieron y se ducharon; después se frotaron mutuamente.

Cuando volvieron a subir al piso, salía de la cocina un perfume lleno de sugerencias.

—Me parece que ya está. ¿Podrás poner la mesa?

Más o menos, era de lo único que se sentía capaz, aparte de comer.

La cena era buenísima y él comió como hacía tiempo que no lo hacía. Luego permaneció callado, con su copa de vino en la mano. Ella le miró y dijo:

—Pareces rendido. Acuéstate.

Martin Beck estaba realmente rendido. Aquella jornada de incesantes llamadas telefónicas y de reuniones ininterrumpidas le había agotado, pero por alguna razón no quiso acostarse en seguida. Se sentía demasiado a gusto en aquella cocina, entre ristras de ajos, manojos de ajeno, tomillo y serba. Al cabo de un rato dijo:

—¿Rhea?

—¿Sí?

—¿Crees que hice mal al aceptar ese trabajo?

Ella meditó durante largo rato antes de contestar:

—Eso precisaría un análisis complicado.

—Pues hazlo —dijo, y bostezó.

—Tal como yo lo veo, para empezar ha sido un error garrafal del gobierno invitar a ese payaso reaccionario; Estados Unidos lleva mucho tiempo siendo la amenaza constante para la paz; no es el único país en este aspecto, porque hay estados como Israel, por ejemplo. Pero Estados Unidos es el más grande y el más peligroso. Aquí en Suecia llevamos varias décadas con gobiernos pseudosocialistas que proclaman nuestra neutralidad, que es a todas luces falsa. Todo el tiempo, incluso mucho antes de la guerra fría, nuestra política exterior la han conformado personas con posturas negativas hacia el socialismo y favorables al capitalismo occidental. El famoso Dag Hammarskjöld, del que tanto se habló en su día, era una de esas personas. Su misión principal en el ministerio de Asuntos Exteriores fue dar forma a las bases sobre las que descansaría la toma de postura política del país. Al parecer, consideró que el enemigo natural de Suecia era el Soviet socialista, y que por consiguiente nuestro mejor aliado tenía que ser Estados Unidos. Dado que el gobierno socialdemócrata hace en realidad negocios públicos y privados en defensa de intereses capitalistas, aunque ha logrado convencer a la gente de que representa una especie de socialismo, resulta que durante toda su existencia lo que ha hecho ha sido combatir el auténtico socialismo. Ha puesto el dispositivo de inteligencia sueco al servicio de los americanos. Por ejemplo, combatió el movimiento de Vietnam hasta que se vio que no se podía seguir engañando a la gente en ese punto; si recuerdas el asunto Catalina, comprenderás lo que quiero decir.

El asunto Catalina había sido una de las maniobras de confusión más misteriosas del régimen. Unos aviones suecos habían espiado en aguas jurisdiccionales soviéticas por cuenta de los americanos. Los rusos habían abatido dos de ellos y el gobierno, valiéndose de las más péfidas mentiras, había logrado crear un ambiente de claro anticomunismo que estuvo a punto de conseguir su propósito, es decir, la incorporación de Suecia al gran pacto antisocialista, la OTAN.

Rhea Nielsen comprobó con una rápida ojeada que Martin Beck todavía estaba despierto. Luego dijo:

—Hace unos días me hablaste de la Weserübung. No soy ninguna experta en ajedrez ni en operaciones navales complicadas, ni sé nada de

navegación, pero no soy tan tonta como para no ver que el mando de la marina alemana hizo un buen trabajo... ¿Cómo se llamaba aquel almirante?

—Raeder.

—Justo; leí sus memorias, que tú me regalaste el año pasado. Parece que fue una persona de grandes cualidades, valentía personal entre otras, pero...

—¿Pero qué?

—Te olvidas de una cosa referente a la Weserübung: que fueron franceses y polacos los que tomaron Narvik y destruyeron las instalaciones de agua pesada, ya que los ingleses habían atacado a la flota alemana.

—Hirieron al cazador, le dejaron sin su fuente de energía.

—Sí, sí —dijo ella irritada—. Lo cierto es que el general alemán, que se llamaba Dietl, quedó en una situación desesperada. Tuvo que retirarse a las montañas y pidió permiso a Hitler para capitular, pero los ferrocarriles suecos le suministraron material y refuerzos para que pudiera arreglárselas. Este es también un bonito ejemplo de la neutralidad sueca. El gobierno sueco sabía que Hitler no tenía ninguna intención de invadir Suecia, porque la consideraba una nación amiga. De todos modos, había muchos cretinos, dentro del gobierno, de la policía y del ejército, que deseaban que Suecia entrase en guerra al lado de Alemania con el señuelo del terror socialista. Pero tan pronto Rusia aplastó a los nazis en Stalingrado y fue notorio que Hitler perdería la guerra, las simpatías de Suecia se decantaron hacia Estados Unidos. Y así ha sido desde entonces. La socialdemocracia sueca ha estado engañando a las masas, durante decenios, con falsa propaganda; en realidad, lo que hacen es representar los intereses capitalistas y los cuatro cabecillas que se supone que controlan a la mayor parte de los trabajadores. Es un crimen contra el pueblo, en realidad un crimen contra cada individuo en particular de los que viven en este país. Y ahora incluso han logrado que la policía en bloque participe en este crimen. Sí, ya sé que tú y tu comisión de homicidios no tomáis parte en la brutalidad policial ni efectuáis persecuciones políticas, pero comprendo perfectamente a tu amigo, el que lo dejó.

—Kollberg.

—Por cierto, es un tipo fantástico, y su mujer también me gusta. Quiero decir que creo que hizo una buena cosa. Él vio que la policía como organización cree que los terroristas pertenecen fundamentalmente a dos clases: los socialistas y los otros, los que brotan de la sociedad de clases. Actuó de acuerdo con su conciencia y sus convicciones.

—Yo creo que se equivocó, pues si todos los buenos policías lo dejan, porque cargan con las culpas de los demás, entonces sólo quedarán los idiotas y la escoria. De eso ya hemos hablado antes.

—Tú y yo hemos hablado de casi todo antes, ¿te has dado cuenta?

Él asintió.

—Pero me has hecho una pregunta concreta y ahora tengo que contestarla; sólo quería aclarar primero algunos conceptos. Sí, cariño, yo creo que has hecho mal. ¿Qué habría pasado si hubieras dicho que no?

—Recibí una orden directa.

—¿Y si hubieras desobedecido la orden?

Martin Beck se encogió de hombros. Estaba muy cansado, pero la conversación le interesaba.

—Seguramente me hubieran suspendido, pero sinceramente no lo creo; le hubieran dado el trabajo a otro y ya está.

—¿A quién?

—Seguramente a Stig Malm, el jefe administrativo, el que se supone que es mi jefe y superior más inmediato.

—¿Y lo hubiera hecho peor que tú? Sí, yo creo que sí. En fin, pero insisto en que, visto de repente y sin pensarlo demasiado, tenías que haberte negado. Es decir, eso es lo que yo siento, y los sentimientos son difíciles de analizar. Seguramente lo que siento es que nuestro gobierno, que se pretende representante del pueblo, invite a un reaccionario con mala fama, que incluso estuvo a punto de ser presidente hace un tiempo; si lo hubiera sido, ahora tendríamos a lo mejor una guerra mundial en marcha, y a pesar de ello se le recibe como a un huésped respetable. Nuestro gobierno, con su presidente a la cabeza, se sentarán a conversar amablemente con él sobre la depresión y los precios del petróleo, y se asegurarán de que la buena y vieja Suecia continúe siendo la fiel antorcha contra el comunismo, como ha sido siempre. Le invitarán a una cena pantagruélica, en la que podrá saludar a la oposición, que defiende exactamente los mismos intereses capitalistas que nuestro gobierno, sólo que disfrazados con sutilezas. Y luego almorzará con nuestro rey títere. Y todo el tiempo va a estar tan protegido que probablemente no llegará a ver un solo manifestante ni sabrá que existe la más mínima oposición, a no ser que se lo diga la SÄPO o la CIA. Lo único que advertirá es que Calle Hermansson no irá a la cena de gala.

—Ahí te equivocas. Todos los manifestantes estarán a la vista.

—A no ser que el gobierno se sienta molesto y te desautorice, claro está. ¿Qué puedes hacer si el jefe del gobierno llama y ordena que todos los manifestantes sean encerrados en el estadio de Raasunda y que permanezcan allí?

—Entonces sí que lo mandaría todo a hacer puñetas.

Ella le miró largamente; estaba con la barbilla apoyada en la rodilla y las manos entrelazadas alrededor del tobillo. Tenía el cabello alborotado por la sauna y la ducha, y sus rasgos irregulares reflejaban preocupación. A él le pareció hermosa.

Por fin, ella dijo:

—Me gustas Martin, pero tienes un trabajo que es una mierda. ¿Qué clase de gente es la que tú detienes por asesinato y otras desgracias? Por ejemplo, ese último, un pobre trabajador que intentó defenderse de un cerdo capitalista que le había truncado la vida... ¿qué pena le caerá?

—Doce años, me parece.

—Doce años... —dijo ella—; bueno, quizá los vale para él.

Parecía disgustada, pero entonces cambió de tema, como solía.

—Los chicos están con Sara, en el piso de arriba, o sea que puedes dormir sin que se te sienten sobre el estómago; a lo mejor lo haré yo cuando vaya a acostarme.

Eso ocurría con frecuencia cuando ella se acostaba y él ya dormía. Y volvió a cambiar de tema nuevamente:

—Espero que seas consciente de que ese visitante honorable que llega tiene decenas de miles de vidas sobre su conciencia. Fue una de las fuerzas más activas que forzaron el bombardeo estratégico del Vietnam, y también se mostró activo durante la guerra de Corea, pues animaba a McArthur cuando ése quería bombardear China con armas nucleares.

Martin Beck asintió.

—Ya lo sé —dijo, y luego bostezó.

—Ve y acuéstate —ordenó ella—. Te daré el desayuno cuando te despiertes. ¿A qué hora quieres que te despierte?

—A las siete.

—Bueno.

Martin Beck fue a acostarse y se durmió en seguida.

Rhea trasteó en la cocina un rato; luego fue a la habitación y le besó en la frente, pero él ni se movió.

En el piso hacía calor y Rhea se quitó la bata, se instaló en su sillón favorito y leyó un rato. Tenía dificultades para dormirse y solía permanecer despierta hasta altas horas de la madrugada. El insomnio es un problema irritante que frecuentemente conduce a un temperamento inestable y humor imprevisible. Tiempo atrás había intentado combatir esas dificultades a base de vino tinto, pero después hizo de la necesidad una virtud y leía numerosos tratados soporíferos y cosas por el estilo.

Rhea Nielsen era curiosa, a menudo de forma irrefrenable. Después de leer un párrafo sobre análisis de personalidad, que había escrito ella misma años atrás, miró a su alrededor y vio el portafolios de Martin Beck.

Sin encomendarse a nadie lo abrió y empezó a examinar los papeles que contenía, con todo detalle y vivo interés. Por fin abrió la carpeta que Gunvald Larsson había entregado a Martin Beck justo antes de marcharse.

Examinó largo rato el contenido, con una tensa atención, no exenta de sorpresa. Al cabo de largo tiempo lo metió todo otra vez en su sitio y fue a acostarse. Pasó por encima de la barriga de Martin Beck, pero éste dormía tan profundamente que no se despertó. Luego se tumbó muy pegada a él, con la cara vuelta hacia la de él.

15

Martin Beck había supuesto que habría complicaciones, y éstas surgieron al día siguiente.

Eric Möller entró y depositó un montón de fotocopias sobre la mesa de Melander.

—Aquí está nuestro plan de protección cuerpo a cuerpo —dijo—. Claro y conciso. Utilizaremos a cuatrocientas personas, lo cual quiere decir que haré venir unos cuantos hombres de provincias y de...

Melander fumaba tranquilamente de su pipa mientras esperaba la continuación.

—...y de otros lugares.

—¿De qué otros lugares?

Möller no respondió; lo que hizo fue preguntar:

—¿Está Beck aquí?

Melander señaló en silencio con la boquilla de su pipa.

Martin Beck, Gunvald Larsson y Skacke se encontraban en la habitación. Habían estado hablando de algo, pero enmudecieron cuando entró el jefe de la SÄPO; Martin Beck y Gunvald Larsson saludaron con un movimiento de cabeza, y Skacke pronunció un tímido «Hola».

Möller, como de costumbre, venía sin aliento; se sentó en un sillón, se apoyó en el brazo del mismo y se secó el sudor de la frente con un pañuelo impoluto.

—Ha surgido una nueva dificultad, aunque no imprevista —explicó.

—¿Sí? —dijo Martin Beck.

Möller sacó un peine e intentó poner cierto orden en su coronilla de cabello rojo indomable, sin ningún resultado aparente. Después tomó de nuevo la palabra:

—Resulta que hemos recibido informes seguros de nuestros países vecinos, particularmente de Noruega y Dinamarca, diciendo que podemos esperar miles de manifestantes organizados procedentes de allí. Muchos vendrán en tren, pero fundamentalmente en autobuses alquilados, y, naturalmente, en coches particulares.

—¡Vaya!

—He venido para hacer una proposición seria —dijo Möller.

—¡Ajá!

—Quiero solicitar permiso para detener esos medios de transporte en la frontera y hacerles regresar a sus lugares de procedencia.

Gunvald Larsson no se había pronunciado todavía. Dio un golpe en la mesa con la palma de la mano y exclamó en voz muy alta:

—¡No!

—Quiero ese permiso —insistió Möller imperturbable.

—Y ya has oído la respuesta —dijo Martin Beck.

—Yo creía que el jefe de esto eras tú.

—Opino lo mismo que Gunvald.

—Me parece que no acabáis de comprender la situación —protestó el jefe de la SÄPO—. ¡Dios sabe con cuántos manifestantes propios tenemos que contar!

—Pues si lo sabe —dijo Gunvald Larsson— te has equivocado de lugar; la iglesia está más abajo, en la calle Hantverk.

—Seguro que varios miles —continuó Möller sin pestañear—. Los suficientes para tener ocupado a cada uno de los policías que estén de servicio. En Noruega, y sobre todo, en Dinamarca, existen grandes movimientos comunistas juveniles, organizados como grupos de liberación nacional y de otros tipos. La verdad es que no podremos hacer frente a tanta gente.

—Yo creo que sí —replicó Martin Beck—. El jefe de las fuerzas de orden público no está asustado.

—Yo tampoco me asusto —dijo Möller—; en realidad no me asusto nunca, pero quiero que esto funcione a la perfección. Hacemos todo lo que podemos para proteger al senador y no quiero que se vea rodeado por elementos fanáticos y peligrosos sociales de tres países. Aparte de esto, no me gusta la planificación de las fuerzas de orden público. ¿Quién garantiza que vayan a funcionar?

—Nosotros —dijo Martin Beck—. Tu misión, por lo que sé, consiste en garantizar la protección cercana, cuerpo a cuerpo.

Möller no pudo contenerse y aflojó un punto su cinturón.

—Ya lo sé —dijo—. El planteamiento es claro, lo acabo de dejar sobre la mesa de Melander. Es posible que tenga necesidad de un comando especial para esa ceremonia de la corona de flores, porque piensa apearse del coche blindado y por lo tanto quedará muy expuesto. No habrá

dificultades, en el peor de los casos supongo que me podréis prestar algunos hombres.

—Ése sí que será el peor momento —dijo Gunvald Larsson.

—Pero esa otra cuestión es más importante —insistió Möller—, Yo he hecho una proposición formal y habéis contestado que no sin ninguna razón.

—Te podemos proporcionar varias razones —dijo Martin Beck—, No hay ningún inconveniente.

Miró a Gunvald Larsson, y éste dijo:

—En primer lugar, tus ideas chocan de frente contra nuestra concepción del derecho de manifestación. Manifestarse es perfectamente legal.

—Si se hace pacíficamente, sí.

—En la mayor parte de las manifestaciones que no han resultado pacíficas, ha sido porque la violencia la ha provocado la propia policía. En varias ocasiones, la policía ha sido la única que se ha conducido con violencia.

—Eso no es verdad —protestó Möller con la calma aparente del embustero.

«Tenía que haber sido político», pensó Martin Beck.

—Habíamos pensado que esta vez no fuera así —dijo Martin Beck—. Y tu plan tiene otro punto básico erróneo.

—¿Sí? ¿Cuál?

—El tratado de cooperación entre los estados nórdicos contempla entre otras cosas el derecho de los ciudadanos de los diversos estados a moverse con toda libertad por Escandinavia. Este derecho forma parte de la libertad de circular sin pasaporte. Impedir que un grupo de manifestantes de Dinamarca, por ejemplo, entren en el país atenta contra la cooperación nórdica y es una transgresión de la convención del Consejo Nórdico. Probablemente no hará falta que te recuerde que Suecia ha firmado esa convención.

—Cooperación escandinava... ¡bah! —exclamó Möller—. Y luego construimos una central nuclear que está prácticamente tocando a Copenhague, sin consultar a los daneses. La semana pasada estuve allí para comprobar que, desde la estación Sur de Nordhav, se puede ver la central de Barsebäck con todo detalle sin ayuda de prismáticos.

—¿Y eso te parece mal? —preguntó Gunvald Larsson con calma.

—No es asunto mío tener opinión sobre este particular —replicó el jefe del servicio secreto—; sólo se me ha ocurrido citarlo después de oír a Beck invocar la cooperación escandinava.

Se levantó y se situó delante de Martin Beck; su barriga casi le tocaba.

—¿O sea que contestáis que no? Es la última vez que lo pregunto.

—Absolutamente —dijo Martin Beck—; sobre ese punto somos inflexibles.

—Supongo que eres consciente de que tienes unos cuantos superiores.

—No precisamente ahora —dijo Martin Beck—; no me considero subordinado a nadie en esta cuestión.

—Veo que los señores se muestran muy firmes en su posición —dijo Möller con semblante inexpresivo—, pero ya vendrán otros tiempos, y a lo mejor muy pronto.

Y Eric Möller salió sin despedirse.

—¿Qué creéis que hará ahora? —preguntó Benny Skacke.

Gunvald Larsson se encogió de hombros.

—Seguro que se va derecho a la DGP, y a hablar con Malm y con el director general de la policía. Después, ya veremos.

No tuvieron que esperar demasiado.

Al cabo de un cuarto de hora sonó el teléfono; contestó Skacke.

—El jefe administrativo —dijo, con la mano sobre el auricular.

Gunvald Larsson contestó al teléfono.

—Aquí Malm. Eric Möller acaba de estar aquí, y dice que le parece que os guaseáis de sus puntos de vista.

—Möller puede irse a tomar viento —replicó Gunvald Larsson—. ¿Y qué le ha parecido la cosa al gordito?

—¿El jefe? Está en su casa de campo; se marchó anoche.

El chalet de recreo del director general de la policía se encontraba en una reserva natural, lo cual se le antojaba a todo el mundo un tanto extraño e incluso ridículo.

—¿Está allí de fiesta? —preguntó Gunvald Larsson, atónito—, ¿precisamente ahora?

—Sí; ayer estaba muy cansado y enfadado. Dijo que quería meditar sobre todo este asunto en paz y tranquilidad. Su responsabilidad es enorme.

—Tócame los cojones —dijo Gunvald Larsson.

—¡Oye, qué lenguaje más desagradable, Larsson! En fin, en cualquier caso, el jefe no estaba del todo centrado.

—¿Y la tomó contigo?

Hubo silencio durante un rato y luego Malm dijo:

—Sí.

—¿Probaste lo que te dije de los burdeles, lo de las rayas de colores?

—Sí, pero ni siquiera se rió.

—Se lo habrás contado mal —dijo Gunvald Larsson.

Martin Beck y Skacke escuchaban lo que decía Gunvald Larsson con una cierta extrañeza.

—Es posible —admitió Malm—. Lo que quería decir es que, en realidad, Eric Möller es oficialmente el jefe de seguridad del país y no se puede tomar a broma lo que él dice.

—¿Que no? Para mí es como si no dijera nada.

—Personalmente, me parece que habéis adoptado una postura errónea.

—¿Eso crees? Pero esto es asunto nuestro, ¿no?

—Sea lo que sea, él va a dirigirse ahora al gobierno; he creído que era mi deber hacéroslo saber, en mi condición de experto coordinador dentro de este grupo.

—Perfecto —dijo Gunvald Larsson—; te has comportado brillantemente, gracias.

Y colgó. Los otros le miraban interrogantes.

—El director general de la policía está en su finca de recreo y medita sobre sus responsabilidades, probablemente con un helicóptero de la policía aparcado delante de su barraca, y Möller ha salido pitando a hablar con el gobierno.

—Mmm —dijo Martin Beck.

—¿Qué era eso de las rayas de colores? —preguntó Skacke.

—Demasiado tonto para repetirlo y demasiado largo para explicarlo —replicó Gunvald Larsson lacónicamente—. Tendríamos que marcharnos si queremos llegar a tiempo —le dijo a Martin Beck.

Martin Beck asintió y se puso la chaqueta. Al salir, Martin Beck dijo a Melander:

—¿Has mirado el plan de protección personal de Möller?

—Acabo de verlo.

—¿Y?

Melander mordisqueó la boquilla de su pipa.

—Parece muy bien meditado —contestó.

—Algo es algo —dijo Gunvald Larsson—, pero en tu lugar yo me lo volvería a leer.

—Ya lo pensaba hacer —repuso Melander.

Cuando dos horas después llamó Stig Malm, Benny Skacke estaba solo en el despacho. Melander se encontraba en el lavabo y Rönn había salido a hacer un recado.

—Inspector Skacke.

—Aquí el jefe administrativo Malm. Quiero hablar con Beck o con Larsson.

—Están reunidos.

—¿Dónde?

—Eso no se lo puedo decir.

—¿No sabes dónde están?

—Sí, lo sé —dijo Skacke orgulloso—, pero no puedo hablar de ello.

—Jovencito —murmuró Malm con rabia—, debo recordarte tu posición y, además, que estás en mi sección.

—No en este momento —replicó Skacke.

No había dudas sobre su confianza en sí mismo.

—¿Dónde están Beck y Larsson?

—No lo diré.

—¿No hay nadie más con quien pueda hablar? ¿Einar Rönn, por ejemplo?

—No, ha salido a hacer un recado.

—¿Qué clase de recado?

—Tampoco puedo hablar sobre eso —dijo Skacke—, lo lamento.

—Espera para lamentarlo que se te presente una verdadera ocasión —recomendó Malm agudamente—; a lo mejor será muy pronto.

Luego colgó. Skacke hizo una mueca y también colgó. El teléfono volvió a sonar.

—Inspector Skacke.

—Ya lo sé —dijo Malm fríamente—. ¿Crees que podrás tomar un recado y transmitírselo a Beck cuando regrese?

—Naturalmente —contestó Skacke obsequioso.

—He recibido las siguientes informaciones directamente desde el gobierno —explicó Malm muy orgulloso—. El jefe de seguridad se ha dirigido al ministro de Justicia y ha apelado contra una decisión tomada por Beck esta mañana. El ministro le ha remitido inmediatamente a la dirección

del grupo especial otra vez, y ha dicho que no quería inmiscuirse en las medidas policiales. El comisario Möller ha ido entonces, directamente, a ver al jefe del gobierno, quien primero ha tenido algunas dudas pero, después de hablar con el ministro de Justicia, ha llegado a la misma conclusión que éste. ¿Comprendido?

—Desde luego —dijo Skacke.

—Y en cuanto Beck o Larsson regresen, quiero hablar con ellos sobre otra cosa. Por vuestra cuenta podéis ir pensando cómo hay que dirigirse a los superiores. Adiós.

Martin Beck y Gunvald Larsson no regresaron hasta muy avanzada la tarde. Parecían modestamente satisfechos de lo que habían hecho. Rönn ya no regresó durante el resto del día. Tenía una misión especial que precisaba su tiempo.

Los telefonazos y los visitantes entraron a chorro.

El ayudante del rey comunicó que Su Majestad había decidido salir al patio de Logaard, delante de palacio, para recibir al senador cuando éste subiera por la escalera norte.

Martin Beck señaló que esta nueva idea no facilitaba los dispositivos de seguridad, especialmente la protección a distancia, pero el ayudante respondió lacónicamente que el rey no tenía miedo.

Alrededor de las cinco aterrizó un visitante insospechado; la puerta se abrió violentamente y entró como una exhalación Bulldozer Olsson con la cabeza gacha, casi como un toro cuando llega a la arena. Tenía el aspecto de siempre: traje arrugado azul violeta, camisa rosa y corbata de fantasía.

Melander no movió ni un dedo, pero Gunvald Larsson pegó un brinco como un muelle repentinamente aflojado y luego preguntó atónito:

—¿Qué coño haces tú aquí?

—El jefe administrativo Malm, de la DGP, me ha rogado que viniera cuando tuviera un momento —explicó Bulldozer llanamente—. Dice que podría surgir algún problema jurídico en el que necesitarais ayuda.

Avanzó hacia el mapa, lo examinó un momento, juntó las manos y de repente gritó:

—¿Qué tal os va, muchachos?

Incluso Martin Beck había acudido, atraído por el alboroto, y miró con disgusto al visitante, pero su voz fue muy plácida cuando dijo:

—Todo parece seguir su curso, y no han surgido cuestiones jurídicas especialmente relevantes, pero resulta tranquilizador saber que nos

podemos dirigir a ti si surgiera algún problema.

—Perfecto —dijo Bulldozer—, perfecto.

—¿Dónde está Werner Roos? —preguntó Gunvald Larsson con malicia.

—En Canberra, Australia, o sea que espero que aparezca en cualquier momento. El único problema es que me voy a quedar sin la mitad del personal de la brigada de atracos el jueves y el viernes. Y todo ¿por qué? Pues porque vosotros habéis decidido ocuparlos con vuestras organizaciones de defensa y protección. Serán días duros, señores, recuerden mis palabras, pero ya nos arreglaremos; ya estamos acostumbrados, la verdad.

Miró a su alrededor y exclamó alegremente:

—¡Suerte, chicos!

Luego abrió la puerta y desapareció antes de que ninguno de los presentes pudiera siquiera saludar con la cabeza.

—¡Mierda! —exclamó Gunvald Larsson—. Sólo Malm es capaz de ser tan burro como para enviarnos también a Bulldozer.

—No necesitamos echar mano de él —dijo Martin Beck desinteresado.

Excepto el recado de palacio, todo parecía ajustarse al programa previsto.

La prensa publicaría todo el programa, incluso el recorrido del cortejo. Lo único que nadie podía conocer era, como de costumbre, lo que se había tratado en la conversación entre los altos políticos y las conclusiones a las que se había llegado. Con toda seguridad cabía esperar un frío e inútil comunicado cuando todo hubiera sido ya decidido.

La radio y la televisión emitirían en directo la llegada del alto dignatario, al igual que la comitiva hasta la ciudad, la colocación de la corona de flores y el encuentro con el rey.

Todo parecía claro, sencillo y bien dispuesto.

El Museo del Ejército de Estocolmo estaba en la calle Riddar, en el barrio de Östermalm. Se encontraba dentro de un viejo cuartel, atrincherado tras un gran patio lleno de antiguas piezas de artillería cuidadosamente conservadas que ocupaban toda la manzana entre la calle Sibylle y la calle Artillen. El edificio más próximo era poco bélico; era la iglesia de Hedvig Eleonora, que, a pesar de su gran cúpula, no era de las obras arquitectónicas más notables de la ciudad ni ofrecía especial interés.

Por aquel entonces tampoco ofrecía ya gran interés el propio Museo del Ejército, especialmente desde que habían decidido trasladar una parte del servicio de información al edificio, ocultándolo tras la fachada del inofensivo museo.

Martin Beck tenía prisa, y además se había vuelto perezoso con los años. No había sido capaz de aguantar la cola telefónica para pedir un taxi, sino que se había hecho llevar al lugar en un coche patrulla. Los auxiliares de policía del coche no pertenecían al desprestigiado distrito de Östermalm, que de vez en cuando llamaba la atención con sus redadas descomunales y con la frecuente puesta en práctica de la abominable ley sobre el derecho policial a arrestar a la gente sin ningún motivo. Ambos eran jóvenes y educados, e incluso uno de ellos bajó y se cuadró cuando llegaron. Martin Beck estuvo dudando un momento sobre si aquel saludo estaba destinado a él o a los silenciosos recuerdos bélicos que les rodeaban.

El corazón del museo era una gran sala con viejos cañones y diversos mosquetones antiguos, pero el jefe de la comisión nacional de homicidios no había ido allí movido por interés con respecto a aquellas viejas armas.

En un despacho diminuto, había un hombre gordo sentado ante un escritorio estudiando un problema de ajedrez. Era un caso difícil, jaque mate en cinco jugadas, y de vez en cuando hacía anotaciones en una libreta y luego las tachaba. Podía sospecharse que no era aquello precisamente lo que tenía que hacer, porque sobre la mesa había también una pistola desmontada, y junto a su sillón había una caja de madera llena de armas de fuego, algunas de las cuales llevaban un cartelito atado con un cordel, aunque en su mayor parte no contuvieran ninguna información escrita.

El hombre del problema de ajedrez era Lennart Kollberg, el hombre más cercano a Martin Beck durante muchos años duros. Se había despedido de la policía aproximadamente un año antes, y su renuncia había ocasionado no poco desorden y confusión, además de dar lugar a comentarios muy desagradables.

Uno de los mejores criminalistas del país, un hombre con puesto y destino fijo, había abandonado la policía porque no podía soportar seguir siendo policía. Aquello no tenía buen aspecto, y Stig Malm había correteado como un perro de caza con la lengua colgando por los pasillos de Västberga y de Kungsholmen, para intentar conseguir la efectividad de la orden del director general de la policía en el sentido de que aquello no trascendiera.

Naturalmente, trascendió de todos modos, aunque en los periódicos no se extrañaron de que un veterano policía dimitiera o al menos se extrañaron tanto como si un reportero deportivo harto de viajar, de sobornos y de bebida, decidiera mandarlo todo a paseo y dedicarse a sus hijos o a contemplar la televisión. Para Martin Beck había sido personalmente una desgracia, pero probablemente no tan grande como para no poder superarla. Continuaban viéndose de forma privada, aunque no con gran frecuencia, si bien de vez en cuando trasegaban unas copas en el piso de Kollberg, en la calle Skärmarbrink, o en el de Martin Beck en la calle Köpman.

—Hola —dijo Kollberg.

Le alegraba aquella visita, pero no demostró ningún entusiasmo especial.

Martin Beck no dijo nada y se limitó a dar a su viejo compañero una palmada en la espalda.

—Esto es muy interesante —dijo Kollberg, indicando la caja con la cabeza—. Hay un montón de pistolas y revólveres —prosiguió— que provienen de distritos policiales diversos. Muchos vinieron a entregar viejos pistolones antiquísimos cuando el gobierno promulgó la nueva ley sobre posesión de armas. Pero, claro, los que las entregaron voluntariamente eran aquellos que no pensaban disparar contra nada en su vida. Ni siquiera existen municiones para muchas de ellas, aunque los coleccionistas dicen que las pueden conseguir, incluso para las provistas de percutor exterior. Al parecer, hay en Alemania un tipo muy mañoso que fabrica toda clase de munición para cualquier arma.

Martin Beck contempló el contenido de la caja, en la que parecía haber un poco de todo.

—Aquí no hay nadie que haya tenido ganas de entretenerse en revisar todo esto y catalogarlo decentemente —dijo Kollberg—. Y a alguien le pareció que yo encajaba bien en este trabajo, a pesar de que la mitad de la dirección general de la policía me tilda de comunista.

El que le había escogido para aquella tarea había acertado, porque Kollberg era un tipo sistemático.

Señaló la pistola desarmada y dijo:

—Mira ésta, por ejemplo. Una automática rusa Nagant, once milímetros y vieja como el mundo. Conseguí desmontarla, pero no sé cómo demonios puedo volverla a montar. Y aquí... —revolvió entre el contenido de la caja y extrajo un gigantesco Colt bastante viejo—. ¿Has visto qué fantástico Peacemaker? Es perfecto. Uno como éste era el que tenía Aasa Torell debajo de la almohada después de que mataran a Stenström; lo tenía cargado y sin seguro, por si acaso.

—He visto a Aasa varias veces este verano —dijo Martin Beck—, Está en la comisaría de Märsta.

—¿Con Märsta-Pärsta? —preguntó Kollberg con una risita.

—Ella y Benny hicieron un buen trabajo con el crimen de Rotebro.

—¿El crimen de Rotebro?

—¿No lees los periódicos?

—Sí, pero no tan a fondo —dijo Kollberg—. ¿Benny? Cada vez que oigo hablar de ese pollo me acuerdo de que realmente me salvó la vida, aunque, si no se hubiera comportado como un idiota minutos antes, no hubiera hecho falta que salvase la vida de nadie.

—Benny es eficiente —afirmó Martin Beck—, y Aasa se ha convertido en un buen policía.

—Sí, los caminos del Señor son inescrutables —dijo Kollberg, que, a pesar de haber abandonado la iglesia estatal varios años antes, pronunciaba frecuentemente citas religiosas—. Fíjate, yo siempre creí que te arreglarías con Aasa; era una bonita solución por un lado, y hubiera sido, además, una buena esposa. Además, tú estabas enamorado de ella, aunque no quisieras admitirlo. Y para colmo, es una monada de chica.

Martin Beck sonrió y meneó la cabeza. Kollberg dijo:

—Por cierto, ¿qué pasó aquella vez en Malmö, cuando yo encargué su habitación para que fuese contigua a la tuya?

—Probablemente no lo llegarás a saber nunca —dijo Martin Beck—, A propósito, ¿cómo está Gun?

—Perfectamente; le encanta el trabajo que tiene y está cada día más guapa, y a mí me encanta quedarme de vez en cuando para ocuparme de los chicos. Incluso me ha enseñado a cocinar... quiero decir mejor que antes —añadió con un guiño.

De repente, se abalanzó sobre la pistola desmontada que tenía delante y exclamó:

—¡Ahora lo veo! Es esta chaveta, ¿has visto alguna vez una cosa parecida? Sabía que acabaría por encontrarla; esta pieza es el punto clave de todo el mecanismo.

Montó la pistola en un momento, abrió una libreta, escribió una ficha de registro y guardó la pistola, después de haberle atado una etiqueta a la culata.

Martin Beck no se sorprendió, pues aquélla era la actitud normal de Kollberg.

—Aasa Torell —dijo Kollberg pensativo—. Hubierais formado una buena pareja.

—¿A ti te gustaría estar casado con una policía y pasarte el tiempo libre hablando del trabajo? Y además, con una mujer policía que pretende hacer carrera y es ambiciosa, y está completamente ocupada con las posibilidades de la mujer dentro del cuerpo policial.

Kollberg pareció meditar sobre el particular, hizo un gesto típico, suspiró con un ronquido y encogió sus gruesos hombros.

—Tal vez tengas razón —admitió—; la otra es mejor para ti, quiero decir Rhea.

—Puedes poner la mano en el fuego —aseguró Martin Beck.

—Pero habla tanto... —dijo Kollberg—; además, tiene los hombros demasiado anchos y me parece que tiene las caderas demasiado estrechas. Por cierto, ¿se tiñe el pelo?

Y de pronto se calló, pensando que quizá estuviera hiriendo inútilmente a su viejo amigo.

Pero Martin Beck sonrió y repuso:

—Conozco a otras que hablan por los codos y que son muy anchas de hombros, incluso gordas.

Kollberg pescó una pistola grande, automática, de la caja, la sopesó en la mano y dijo:

—Aquí tenemos un cacharro que le iría bien a Gunvald Larsson, una SIG 210, de nueve milímetros. Se puede incluso cromar por un par de miles.

—Ya tiene una muy parecida.

—La Master, sí, pero no la utiliza nunca. Imagínate andar por ahí llevando esto.

Accionó la corredera de la pistola y expulsó un casquillo de latón reluciente.

—¡Vaya descuido! —exclamó sacudiendo la cabeza.

Kollberg sacó el cargador, que estaba vacío, dejó la pistola sobre el problema de ajedrez y preguntó:

—¿Qué quieres? Porque supongo que no has venido para hablar de mujeres.

—Pensaba si querías hacer un pequeño trabajo especial.

—¿Retribuido?

—Sí, qué coño, tengo un buen presupuesto, casi sin límites.

—¿Para qué?

—Para la protección de ese senador americano que viene aquí el jueves. Yo dirijo la organización.

—¿Tú?

—Prácticamente me vi obligado.

—¿Y qué tengo que hacer yo?

—Simplemente leerte estos papeles, y luego una cosa especial, altamente confidencial. Míralo y dime si encuentras algo mal.

—¿No está ya bastante mal lo de invitar a ese tipo?

Martin Beck no respondió a esa pregunta; se limitó a insistir:

—¿Querrás?

Kollberg sopesó el montón de fotocopias; después preguntó:

—¿Qué prisa hay?

—Lo antes posible.

—Sí —dijo Kollberg—, dicen que el dinero no huele, y no veo por qué la pasta de la policía ha de oler peor que la de cualquier otro, pero necesitaré toda la noche, por lo menos. ¿Qué es esa otra cosa tan confidencial?

—Esto —contestó Martin Beck. Se sacó un papelito del bolsillo de la chaqueta y dijo—: De esto no hay ni siquiera copia.

—Está bien —dijo Kollberg—; estaré aquí mañana, a la misma hora.

—Eres más puntual que un recaudador de impuestos —dijo Kollberg el martes por la mañana.

Martin Beck estaba de pie detrás de su silla y observaba con curiosidad una pistolita de dos cañones que el otro estaba catalogando.

—Un Derringer —explicó Kollberg.

—No creía que los hubiera en Suecia.

—Seguramente es de alguien que lo trajo de Estados Unidos hace muchos años. Es viejo, pero es el original, fabricado en 1881, y seguramente no ha sido utilizado jamás, ni siquiera para probarlo.

—¿Y bien?

—Lo he leído todo; dos veces. Me ha ocupado toda la noche.

Martin Beck extrajo un sobre fino y alargado del bolsillo y se lo entregó; Kollberg lo abrió y silbó para sí mismo.

—Sí, la noche ha valido la pena. Será para el café de la Opera, probablemente esta misma noche.

—¿Has encontrado algo?

—Nada, en realidad. Es un buen plan, pero...

—¿Sí?

—Pero si hay que decirle algo a Möller, habría que advertirle acerca de los dos momentos difíciles en los que debe pensar. Uno es cuando ese imbécil esté en el patio de Logaard junto al rey; y luego, aunque quizá no sea tan difícil, cuando el senador y el presidente del gobierno coloquen la corona.

—¿Qué más?

—Nada más, como ya te he dicho, aunque este asunto secreto me parece un poco fantasioso. ¿No sería mejor disfrazar a Gunvald Larsson de árbol navideño con estrellitas y la bandera americana en la copa, colocarlo en la explanada de Svea y dejarlo ya hasta Navidad?

Kollberg colocó los papeles en un montón delante de Martin Beck, con lo más importante encima; luego sacó un revólver diminuto de la caja y dijo:

—Lo digo porque así la gente podría irse acostumbrando a su imagen fea y llena de adornos, como diría el jefe administrativo Malm.

—¿Algo más?

—Sí, dile a Einar Rönn que procure no volver a expresarse por escrito, y que si no hay más remedio haga lo posible para que nadie lo lea; de lo contrario, no le van a dar jamás el ascenso.

—Mmm —murmuró Martin Beck.

—Esto es una preciosidad —dijo Kollberg—, un revólver de señora niquelado, de esos que solían llevar las fulanas americanas en el bolso o en el ligero a principios de siglo, o antes.

Martin Beck contempló sin demasiado interés el arma niquelada, mientras metía los papeles en su portafolios.

—A lo mejor se puede acertar con él un melón a veinte centímetros, con la condición de no moverlo demasiado —explicó Kollberg, y desmontó la pequeña arma con un sólo movimiento.

—Tengo que marcharme —dijo Martin Beck—. Gracias por la ayuda.

—Estamos en paz —replicó Kollberg—, Saluda a Rhea, si te apetece. A los demás, lo mejor será que ni me nombres; te lo agradecería.

—Adiós.

—Que te diviertas —dijo Lennart Kollberg, alargando el brazo para alcanzar una de las fichas de registro.

Al transcurrir los años, más de uno se había preguntado qué valores eran los que hacían que Martin Beck fuera un buen policía. La pregunta se la hacían tanto sus superiores como sus subordinados, y la cuestión surgía más a causa de la envidia que de la admiración.

A los envidiosos les gustaba señalar que tenía pocos casos en los que trabajar, y que los que le caían eran fáciles. Eso era cierto, ya que las misiones que se le encomendaban eran menos, comparadas con las que tenían que resolver ciertos departamentos de la policía de Estocolmo. Las secciones de estupefacientes, de robos y de delitos violentos, por ejemplo, tenían un apretado programa de trabajo y el porcentaje de casos resueltos era bastante bajo. Muchas denuncias no llegaban siquiera a ser investigadas, sino que más o menos se archivaban. El jefe de la policía local, y en última instancia la propia dirección general de la policía, ofrecían siempre la misma explicación, es decir, que todo se debía a la falta de personal.

Algo había de eso, pero no era toda la verdad del asunto. La verdad no se quería admitir y consistía en que era más importante tener buenos policías que muchos.

En realidad, no podía haber quejas en cuanto a los efectivos policiales por su cantidad; en cambio, había mucho que decir sobre la formación personal de cada policía en concreto, tanto en sus aspectos psicológicos como éticos. El reclutamiento se solía hacer en períodos de coyuntura y se hacía mal, en parte porque el cuerpo se nutría sobre todo de parados de las zonas menos pobladas. A menudo eran hombres que desconocían por completo la dinámica de una gran ciudad; muchos de ellos se sentían desplazados y lo compensaban en forma de violencia o de simple abuso de autoridad. Muchos abandonaban la profesión y otros solicitaban plazas en pueblos lo más alejados posible de la gran ciudad.

Aparte de eso, en realidad no era fácil ser policía en Estocolmo, donde algunas bandas de delincuentes y sindicatos organizados dominaban la situación, la droga circulaba alegremente y muchas situaciones conflictivas desencadenaban absurdas expresiones de violencia por ambos lados. Además, el director general de la policía, apoyado por bastante gente, intentaba transformar el viejo cuerpo policial, que tenía facetas buenas pero

también bastantes defectos, de una organización en su origen civil en una fuerza paramilitar de control centralizado, con recursos técnicos terroríficos que no se sabía muy bien para qué se iban a utilizar.

Detrás de todo esto había en el gobierno un partido que se llamaba socialdemócrata, pero que con los años había llegado a no ser ni socialista ni democrático, si es que alguna vez lo había sido, y cuyo nombre era un débil velo tras el que se ocultaba un poder estatal fuertemente capitalista.

El oficio de policía es en gran parte triste y poco entusiasmante, y muchos de los que lo ejercían inspiraban automáticamente antipatía e impopularidad.

La comisión nacional de homicidios era una excepción, con su antigua y a menudo exagerada aureola de cosa misteriosa y romántica.

Pero Martin Beck había recorrido un largo camino y había sido un buen policía desde el principio, cuando patrullaba por el distrito policial de Jakob, unos treinta años atrás. Siempre había tenido facilidad para hablar con la gente; muchos problemas eran fáciles de solucionar mediante el humor y la inteligencia, y ya en aquella época se había alegrado de que no le reclutasen los militares, como les había ocurrido a muchos de sus compañeros. Seis años de servicio de patrulla no le habían dejado malos recuerdos, y las ocasiones en las que se había visto obligado a utilizar la violencia habían sido contadas.

Más adelante había pasado a ser funcionario, y de vez en cuando había tenido que aguantar a estúpidos superiores, pero lo había soportado, al igual que algunas disposiciones disciplinarias completamente incomprensibles, sin mayor daño para su espíritu.

Tenía, como casi todo el mundo, un cierto interés por hacer carrera, pero había sido inflexible en un punto: él se sentía hombre de campo, de calle, y quería trabajar en contacto con la gente y con sus ambientes. El temor a encerrarse en un despacho, inundado de papeles y sometido a constantes llamadas telefónicas, y para colmo tediosas reuniones, había motivado probablemente su tardanza en ascender dentro del escalafón.

Pero desde que en 1950 le nombraron auxiliar de homicidios había tenido suerte y pronto llegó a integrarse en la comisión nacional de homicidios. El trabajo allí le interesó enseguida, pues había iniciado por su cuenta estudios de criminología y psicología, y había tenido la suerte de contar siempre con jefes comprensivos y buenos compañeros de trabajo. Su habilidad para hablar con la gente la había ido cultivando y desarrollando

hasta el punto de que se le consideraba como uno de los mejores jefes de interrogatorio de toda la policía.

A pesar de que él mismo daba pruebas constantes de brillantez y de un gran poder de deducción, éstas no eran condiciones que él exigiera a ninguno de sus colaboradores. Si alguien le hubiera preguntado qué era lo que consideraba más importante en su oficio, con toda seguridad hubiera respondido que la sistemática, el sentido común y el sentido del deber, por este orden.

Incluso pensando exactamente lo mismo que Lennart Kollberg en lo tocante al papel que la policía debía tener en la sociedad, él jamás daría el paso de abandonar la profesión. Además, tenía extraordinariamente desarrollado el sentido del deber, lo que con frecuencia le hacía verse a sí mismo como un pobre diablo y a sentirse deprimido. Durante los últimos años había mejorado en este sentido, pero no era en absoluto hombre jactancioso ni tenía ninguna intención de llegar a serlo.

Sus depresiones obedecían últimamente a que se veía como un alto funcionario en una sociedad en la que parecía que jamás iba a mejorar nada. En cambio, él no sufría del mismo modo que Lennart Kollberg la decadencia colectiva del cuerpo de policía, porque no veía esa decadencia como cosa propia. Desde luego, se cometían innumerables equivocaciones y tropelías, pero ni él ni su sección se hacían responsables de tales cosas.

A las muchas cualidades que hacían de Martin Beck un buen policía habría que añadir una sólida conciencia, buena memoria, una constancia que a menudo desembocaba en una tozudez de muía, y una buena capacidad de coordinación. Otro detalle era que siempre procuraba tener tiempo para todo lo que de alguna forma afectara a su trabajo; a veces, eso se manifestaba en pequeñeces que resultaban irrelevantes, pero de vez en cuando una tontería proporcionaba pistas importantes en una u otra dirección.

Cuando dejó a Kollberg y hubo obtenido de él una especie de visto bueno sobre su plan y protección global, sintió un cierto alivio, pues, a pesar de todo, Kollberg era la persona en la que más confiaba en cuestiones policiales. Había sido un encuentro breve, y de repente decidió hacer una visita que había pensado hacer durante bastante tiempo, mas para la que nunca había tenido un momento disponible. En realidad, tampoco aquel día disponía de demasiado tiempo, pero, por otro lado, Melander, Gunvald Larsson y Skacke eran perfectamente capaces de resolver las más o menos

importantes llamadas telefónicas y visitas; Rönn tenía otras cosas que hacer, y seguramente no estaba disponible en el cuartel general.

Por eso pidió que le llevaran a la calle David Bagare.

Martin Beck podía conducir, al menos tenía un permiso a su nombre expedido en los años cuarenta, pero prácticamente no conducía nunca ni poseía vehículo propio. Aquel día, dos antes del gran acontecimiento, le habían proporcionado un coche oficial; era un coche verde y el hombre al volante iba de paisano.

Cinco minutos más tarde estaba frente a la puerta de la oficina de Hedobald Braxén.

El timbre no funcionaba, pero cuando golpeó la puerta se oyeron dos ruidos provenientes del interior: primero un sonoro eructo y después un maullido y a continuación una voz perezosa dijo:

—Adelante.

Martin Beck entró rápidamente, como era su costumbre, y estuvo dentro antes de que el otro terminara su palabra. El Trueno estaba ocupado alimentándose, él y su parque zoológico. Los dos gatos se apretujaban junto a un cuenco de leche, mientras el abogado servía semillas a su viejo canario. En un cenicero que probablemente nadie había vaciado durante meses, se consumía un solitario cigarro, y sobre un tapete lleno de manchas había una botella de leche, un vaso de plástico y dos canapés, uno de salchicha y otro de queso.

Braxén miró a Martin Beck con aire ausente. Después apartó a un lado el tapete con cuidado y se sentó tras la enorme mesa.

—La cafetera se estropeó —explicó—, o sea que ahora sólo bebo leche. Por lo visto, ya no es muy alimenticia a mi edad, pero me es difícil pensar que importe demasiado, ¿no le parece?

—Bueno —admitió Martin Beck—, no lo creo.

—El comisario quizá no recuerde la época de la propaganda de la leche, pero ahora parece como si todas aquellas informaciones hubieran sido falsas.

Martin Beck recordaba muy bien la propaganda de la leche, sobre todo a un hombre que iba con zancos, y que daban leche gratis en las escuelas, pero no tenía demasiadas ganas de profundizar en el tema y probó de ir directamente al grano.

—Hace aproximadamente medio año testifiqué a petición del señor abogado, en la vista contra una chica llamada Rebecka Lind.

—Por otro lado, los gatos, por ejemplo, viven casi exclusivamente a base de leche, y el «Fiscal general», que es ése de la mancha roja y amarilla en la cara, tiene doce años, lo cual no está nada mal para un gato.

—Se trata de aquel juicio contra Rebecka Lind... —insistió Martin Beck.

—En cambio, el «Ministro de Justicia», que es ése tan negro, sólo tiene cinco años, aunque el anterior «Ministro de Justicia» alcanzó los nueve y vivió a base solamente de leche y de croquetas de pescado; también era negro.

—A propósito de Rebecka Lind... —dijo Martin Beck.

—Sí, esa chica —admitió el Trueno—; fue muy amable por su parte prestar declaración, tuvo una importancia decisiva.

Braxén era célebre por su costumbre de citar testigos sorprendentes. De vez en cuando, había intentado que prestara testimonio el director general de la policía, cuando se trataba de juicios por enfrentamientos entre la policía y manifestantes, pero nunca consiguió su propósito.

—En realidad, tengo que hacer una pregunta —dijo Martin Beck—, y no dispongo de mucho tiempo.

El Trueno no dijo nada, pero le pegó un gran bocado al canapé de salchicha. Mientras masticaba, Martin Beck dijo:

—Usted había llamado a un testigo que no se presentó; un director de cine llamado Walter Petrus.

—¿Eso hice? —preguntó el Trueno, sacando las palabras a través de la comida que le ocupaba toda la boca.

—Sí —contestó Martin Beck—, así fue.

El Trueno tragó.

—Ahora lo recuerdo —masculló—; es verdad, pero por lo visto había muerto o tenía otro impedimento.

—No fue exactamente así —dijo Martin Beck—, pero fue asesinado al día siguiente.

—¡Vaya! —exclamó el Trueno.

De repente pareció desinteresarse por todo, incluidos los canapés.

—¿Por qué quería hacerle testificar?

Braxén pareció no haber oído. Al cabo de un rato, Martin Beck abrió la boca para repetir la pregunta, pero en aquel momento el otro alzó la mano y dijo:

—Tiene usted toda la razón. Ahora recuerdo lo que pasó. Mi intención era utilizar su testimonio para mostrar el carácter de la chica y sus

condiciones ambientales, pero se negó a comparecer.

—¿Qué tenía él que ver con Rebecka Lind?

—La cosa fue así —dijo Braxén—: poco después de que Rebecka quedase encinta leyó un anuncio en un periódico, en el que se necesitaban chicas con buena presencia para un trabajo bien pagado y con grandes posibilidades de futuro. Ella esperaba un crío y pasaba apuros económicos, así que contestó al anuncio. Pronto recibió una carta, en la que se le decía que debía presentarse a una hora determinada en una dirección determinada, aunque he olvidado tanto la hora como la dirección, pero la carta estaba escrita en papel de carta correspondiente a una empresa cinematográfica e iba firmada por el tal Petrus. La empresa se llamaba Petrusfilm. Ella aún conservaba la carta, y parecía auténtica, con la firma y todo.

Braxén se calló, se levantó, se acercó a los gatos y les sirvió otro poco más de leche.

—Sí —dijo Martin Beck—, ¿y qué pasó?

—Bueno, una historia típica —contestó el Trueno—; la dirección correspondía a un apartamento que, por lo visto, se utilizaba como estudio. Cuando llegó, allí estaba efectivamente el tal Petrus en el apartamento, junto con un fotógrafo. Petrus dijo que era productor de películas y que tenía amplios contactos internacionales, y luego le dijo que tenía que desnudarse. A ella no le pareció nada especial, pero quiso saber qué clase de películas era las que hacían.

Braxén volvió a dedicarse a su desayuno.

—¿Qué más? —insistió Martin Beck.

El Trueno sorbió de su vaso y luego explicó:

—Según Roberta, Petrus le contestó que se trataba de una película artística que se exhibiría en el extranjero, y que de momento le darían cinco coronas si se desnudaba para que pudieran ver si serviría. Ella se desnudó y ellos la examinaron. El fotógrafo dijo que serviría, a pesar de que se trataba de un papel difícil y aunque tenía los pechos demasiado planos y los pezones demasiado pequeños. Entonces Petrus dijo que tendrían que ponerle pezones de plástico; luego dijo el fotógrafo que tenía que acostarse con ella en un diván que había allí, y empezó a desnudarse. Entonces ella protestó y dijo que no quería y empezó a recoger su propia ropa. Ellos no la tocaron, pero el fotógrafo dijo que más valía que Petrus le contara de qué iba aquello, porque si no accedía a acostarse con él no podría trabajar en la película. Y entonces Petrus dijo que no pasaría nada, porque la película sólo

se iba a exhibir en sex-clubs extranjeros, y que lo único que tendría que hacer sería joder con un perro.

Braxén permaneció callado unos instantes. Luego añadió:

—Desde luego, hoy en día hay unas formas rarísimas de hacerse millonario. Después, Petrus le explicó un montón de cosas muy prometedoras: que le pagarían doscientas cincuenta coronas por la primera película, pero que luego podrían ser más, con papeles mejores y más importantes, según dijo. Esta chica..., ¿cómo se llama, de una vez?

—Rebecka.

—Justo, Rebecka sí. Se empezó a vestir y pidió que le diesen las cinco coronas prometidas. Entonces Petrus le dijo que lo había dicho en broma, y ella le escupió en la cara, y entonces la sacaron semidesnuda a la escalera; sólo llevaba calcetines y sandalias, y el resto de la ropa se la echaron escaleras abajo, y como era una casa de pisos pasó un montón de gente y la vio antes de que pudiera recoger todas sus prendas y ponérselas. Ella me lo contó cuando estaba detenida, y me preguntó si no era punible tratar así a una persona. Desgraciadamente, tuve que contestarle que no, pero fui a la oficina del tal Petrus. Era un tipo muy altivo y dijo que todo el gremio estaba infestado de golfas histéricas, pero que era verdad que una de ellas le había escupido en la cara.

Braxén engulló distraídamente su canapé de queso. Los gatos se estaban peleando junto al cuenco de leche, que se volcó.

—Lo he visto todo y ha sido culpa tuya, «Fiscal general» —rezongó el Trueno.

Salió al lavadero y trajo una bayeta.

—El problema de los gatos es que no saben secar lo que ensucian —dijo—. Bueno, pues intenté hacer testificar a Petrus y le envié una citación, pero no vino; de todos modos, ella fue declarada inocente.

Se rascó la cabeza con tristeza.

—Y Walter Petrus fue asesinado —dijo Martin Beck.

—Jurídicamente, no es defendible eso de matar a la gente —dijo el Trueno—, pero aun así... ¿Le ha pasado algo a Rebecka? Como le veo aquí...

—No, que yo sepa.

Braxén sacudió la cabeza con la misma tristeza de antes.

—Estoy un poco inquieto por ella —manifestó.

—¿Por qué?

—Vino aquí a finales de verano. Habían surgido dificultades con ese americano que era padre de su hija. Intenté aclararle algunas cosas y escribí una carta por su cuenta. Le resulta un poco difícil entender a la sociedad, y no creo que se la pueda culpar por eso.

—¿Dónde vive? —preguntó Martin Beck.

—No lo sé. Cuando vino aquí, no tenía domicilio fijo.

—¿Está usted seguro?

—Sí. Cuando le pregunté dónde vivía, me dijo «ahora en ninguna parte».

—En otras palabras, que no le dio ninguna pista para encontrarla.

—No, en absoluto. Todavía era verano, y, por lo que sé, hoy día muchos jóvenes viven juntos, ya sea en el campo o bien en un piso de algún conocido.

El Trueno había terminado su refrigerio, cogió una servilleta de papel y se limpió la boca y los dedos; luego soltó un desahogo natural que retumbó en toda la habitación, y, como inspirado por él, el canario desplumado emitió un pitido a modo de lamento como de alma en pena y muy parecido al eco de un mensaje galáctico desesperado.

Braxén abrió uno de los cajones de su escritorio y extrajo un grueso cuaderno de notas con tapas negras y provisto de un índice alfabético en el borde; seguramente lo tenía desde hacía mucho tiempo, porque estaba ajado y deformado por haberlo abierto muchas veces. Pasó algunas hojas y dijo:

—¿Cómo se llamaba, otra vez?

—Rebecka Lind.

Buscó la página adecuada, se acercó su viejo teléfono de baquelita negra y dijo:

—Siempre podemos llamar a sus padres.

«Fiscal general» saltó hacia las rodillas de Martin Beck, y éste le acarició mecánicamente el lomo, mientras intentaba seguir la conversación telefónica.

El gato empezó a roncar en seguida.

Braxén colgó.

—Era su madre —dijo—. Ni ella ni su padre han sabido nada de la chica desde el juicio en junio. Me ha dicho que es mejor así, porque nadie de la familia entiende a esa chica.

—Unos padres muy cariñosos —comentó Martin Beck.

—¿Verdad que sí? Por cierto, ¿qué es lo que le interesa de ella?

Martin Beck bajó a «Fiscal general» al suelo, se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—No lo sé exactamente —dijo—, pero gracias por su ayuda, de todas maneras. Si diera señales de vida, le agradecería que me lo hiciera saber, o que le dijera que quiero hablar con ella.

Braxén levantó la mano para saludar, luego se arrellanó en su silla y se soltó un agujero del cinturón.

Reinhard Heydt pensaba, lo mismo que Kollberg, que todo estaba perfectamente preparado. Se había mudado a un apartamento de dos habitaciones en Solna, y se lo había proporcionado la misma agencia inmobiliaria que encontró la vivienda de Södermalm.

Los japoneses permanecían allí y habían montado las sofisticadas bombas con gran cuidado y minuciosidad. Su próxima tarea era colocarlas en los lugares elegidos, lo cual debería hacerse lo más tarde posible.

Mucho antes de que los periódicos dieran la información, Heydt había comprado ya todos los detalles de la visita del senador, así como gran parte del programa de seguridad. El vendedor también fue esa vez el agente doble del misterioso y pequeño negocio en Östermalm.

El experto en telecomunicaciones llegó un poco tarde. Lo trajo un pesquero danés alquilado, desde Gilleleje hasta la región de Torekov, y pasó delante de las narices del mismísimo director general de la policía —sin que ninguno de los dos lo supiera, naturalmente— cuando éste se disponía a meditar en solitario sobre sus responsabilidades.

El hombre se llamaba Levallois y era una compañía considerablemente más amena que los dos japoneses con sus brotes de bambú y otras verduras curiosas, para no hablar del incomprensible juego de las bolitas.

Aparte de su valiosísimo equipo, traía también una mala noticia. La debilidad de ULAG eran las comunicaciones, que todavía no estaban organizadas totalmente, pues de otro modo Heydt hubiera podido enterarse antes: en alguna parte se había producido una filtración, y en alguna otra parte a alguien se le había ocurrido juntar una serie de informaciones que componían un cuadro interesante.

Heydt había sido visto durante la acción en la India, y le habían observado al abandonar el país tras el atentado en Latinoamérica. Desde entonces, la policía había intentado por todos los medios conseguir una descripción y había entrado en contacto con todo gobierno provisto de policía y de servicio de información a través de la Interpol de París, para hacer llegar a todos los escuetos informes de que disponían.

La filtración no provenía del interior de ULAG, sino de alguno de los países en los que Heydt había actuado antiguamente como mercenario en

las guerrillas. En cualquier caso, su verdadero nombre y su fotografía estaban ya indefectiblemente unidos a los informes. La policía de Salisbury dijo, desde el primer momento, que ignoraba quién era aquella persona, lo que seguramente era cierto, pero las autoridades de Pretoria, que probablemente no sabían a qué se dedicaba, explicaron que era ciudadano sudafricano, que se llamaba Reinhard Heydt y que no había sido denunciado en su país, y que, según todos los indicios, jamás había tomado parte en una actividad criminal.

Hasta aquí no parecía nada alarmante, pero inmediatamente después el Frelimo de Mozambique, que lo tenía en su lista negra, había cedido una fotografía suya de bastante buena calidad para ser reproducida y utilizada por la Interpol.

Nadie le estaba persiguiendo; sólo constaba que la policía de aquel estado latinoamericano estaba interesada en hablar con él para que les dijera en qué lugar se había encontrado en el momento del atentado.

Reinhard Heydt se enfureció al pensar en la fotografía que le habían hecho; había sido dos años antes, y probablemente debido a una funesta casualidad. En el curso de una redada al norte de Lourenço Marqués, habían destrozado a su grupo y le detuvieron a él y a otros, haciéndolos prisioneros de la guerrilla del Frelimo. Pocas horas después habían sido puestos en libertad, pero alguien les hizo fotografías durante ese tiempo. Seguro que la que circulaba se trataba de una ampliación parcial de aquella fotografía y, si la Interpol la había enviado a todo el mundo, era seguro que la policía sueca también tenía una copia en su poder. Eso complicaba un poco las cosas, pero no la acción en sí; lo que no podría hacer sería abandonar el país con la misma tranquilidad con que entró en él.

Pero una cosa estaba clara: durante los pocos días que le quedaban, su libertad de movimientos se vería seriamente limitada. Ni siquiera podía correr el riesgo de salir a la calle. Hasta entonces se había movido con entera libertad por Estocolmo, pero las excursiones por la ciudad se habían terminado. En caso de salir, tendría que ir armado. Sería un final estúpido para una carrera tan brillante como la suya ser reconocido y detenido por un policía sueco, a pesar de que eso difícilmente le salvaría la vida al famoso americano. La operación había sido organizada con toda clase de precauciones para garantizar sus resultados.

Lo primero que se dispuso a hacer Heydt fue deshacerse del Opel verde. Hizo que Levallois lo condujera hasta Gotemburgo, que lo aparcara en un

lugar determinado y que comprase legalmente un Volkswagen de segunda mano.

El apartamento de la calle Kapell, en Huvudsta, era un poco reducido para dos personas, sobre todo si querían tener dos receptores de televisión en color, tres aparatos de radio y el equipo técnico del francés. Organizaron las cosas de modo que la habitación principal se pudiera utilizar como central de operaciones, dejando la otra para dormir.

Levallois era muy joven, no tendría más de veintidós años, y su aspecto no revelaba su origen; era rubio y tenía el cabello rizado. A pesar de su poco robusta complexión, estaba bien entrenado para defenderse y para matar, al igual que todos los que habían pasado su entrenamiento en ULAG; disponía de igual destreza con sus dos manos que valiéndose de cualquier clase de arma.

Tenía un problema en Suecia, y era el idioma. El lunes, día 18, Heydt tuvo que meterse en el coche y acercarse a la ciudad por última vez antes de la acción. Levallois era un tipo precavido, entrenado para no confiar en nada, y pidió comprar material para hacer una instalación de reserva, para el caso de que fallara la corriente justo en mitad de la solemne ceremonia.

Reinhard Heydt se puso la chaqueta más ancha que encontró, y los que le vieron pensaron que tenía muy buen aspecto, alto como era y ancho de hombros: un tipo nórdico, rubio, de ojos azules y muy tostado por el sol. Nadie sabía que bajo aquella chaqueta llevaba una de las armas más mortíferas que existen, un Colt del tipo MK LLL Trooper 357 Magnum, y que también llevaba tres granadas de mano atadas al cinturón. Dos eran norteamericanas, llenas de púas metálicas recubiertas de plástico y gran expansión; eran de un tipo que se había utilizado durante la guerra del Vietnam y constituían un arma de defensa personal de efectos muy destructivos, con la ventaja, además, de que la capa de plástico que las recubría las hacía ilocalizables por rayos X. La tercera granada había sido fabricada en los talleres de ULAG; llevaba espoleta de varilla con percutor estriado, y él la consideraba como último recurso para una situación desesperada.

Pero no le ocurrió nada inquietante. Compró cuatro baterías de automóvil y unas cuantas piezas incomprensibles que Levallois había apuntado en una lista. El francés pareció satisfecho y construyó rápidamente un dispositivo adicional, que les suministraría corriente en caso de un apagón repentino.

Después montó un receptor de onda corta y localizó la frecuencia de radio policial. Escucharon comunicados de rutina, que Heydt más o menos consiguió traducir y descifrar, ya que disponía del código cifrado de la policía, que le había suministrado el agente habitual de Östermalm.

Levallois, aunque sin entender nada, parecía muy satisfecho. Pasó toda la tarde y gran parte del día siguiente ajustando y comprobando el dispositivo detonante. Por fin pareció aliviado, y dijo que nada podría fallar.

Reinhard Heydt empezó a pensar entonces en cómo abandonar el país. Su cara y su tipo eran en realidad una desventaja, puesto que cualquier tipo de disfraz sería fácilmente detectado. El día 19 por la noche estaba metido en la bañera, pensando.

De alguna manera, aquello tenía que salir bien; una de dos: o se marchaba como si fuera Levallois, o simplemente se quedaba en aquel apartamento hasta que las pesquisas policiales perdieran fuerza. Bien habría alguna estación fronteriza poco vigilada por la que poder largarse al cabo de un tiempo. Tal vez fuese necesario recurrir a la violencia, y la violencia era su especialidad. Estaba convencido de que todo se arreglaría, y de que él estaba muy por encima de los policías suecos a los que eventualmente tendría que enfrentarse. Había tenido ocasión de observar antes a la policía de Estocolmo y había quedado impresionado. Parecían rudos y brutales, pero cualquiera podía darse cuenta de que a menudo se metían con personas inocentes y que se trataba de una colección de individuos psicológicamente inmaduros, que, si bien utilizaban sus armas con frecuencia, lo hacían torpemente y sin ninguna eficacia.

Se secó a conciencia, se cepilló los dientes, se afeitó, se aplicó desodorante en los lugares de rigor y se arregló con gran esmero las rubias patillas. Reinhard Heydt era impecable en cuanto a la higiene, tanto que mucha gente le hubiera achacado una manía obsesiva por la limpieza. Para terminar se aplicaba crema dérmica por todo el cuerpo.

Después puso toallas limpias en su sitio y pasó a la central de operaciones, donde Levallois se hallaba enfrascado en un misterioso libro técnico mientras escuchaba la radio policial, aunque no la entendiera.

Reinhard Heydt se puso un pijama de seda recién planchado y se quedó un rato a escuchar la triste retahíla de comunicados por radio: puñaladas, violaciones, robos, una chica de catorce años muerta por probable sobredosis de heroína, actuaciones de revientapisos, peleas de borrachos, tráfico de drogas, atracos, un asesinato, dos suicidios, más robos,

especialmente contra personas ancianas, gamberros que realizaban actos vandálicos en el metro, toda clase de alborotos, disparos en un apartamento de Bagarmossen, varios accidentes graves de circulación, todo en una cascada interminable e ininterrumpida, una redada contra drogadictos y jóvenes sospechosos en Humlegaarden (no se decía de qué se les consideraba sospechosos), varias detenciones de ciudadanos extranjeros en virtud de una nueva ley que no acabó de entender; varios distritos comunicaron que sus calabozos habían quedado desbordados, y que estaban sobrecargados de trabajo y les faltaba gente. Después vino un asesinato: parecía ser que una mujer había asesinado a su marido con una plancha; el motivo había sido una acalorada discusión sobre qué canal de televisión tenían que ver. Incontables ciudadanos parecían denunciar a sus vecinos, que, o bien ponían discos a todo volumen, o bien celebraban fiestas en sus casas, o bien tenían niños que en vez de dormir, seguían levantados y jugando. Luego, una formidable pelea en la plaza de Mariatorg, y de nuevo locura y violencia en el metro.

Estocolmo era una ciudad en la que la policía no se daba punto de reposo.

El francés estaba tan entusiasmado con su libro que empezó a hacer extrañas conexiones y combinaciones, al tiempo que estudiaba el texto.

Reinhard Heydt fue a acostarse sin desconectar la radio; sacó el libro de Ruge y volvió a leer el capítulo dedicado a la Weserübung antes de dormirse.

Durmió bien, y despertó lleno de confianza. Mientras se duchaba y se arreglaba, pensó en cómo y cuándo tendría que abandonar aquel país gris e inhóspito, y le pareció llegar a una solución bastante aceptable, aunque para ello haría falta tiempo, pero tiempo era precisamente algo de lo que disponía en abundancia.

Después se preparó un desayuno a la inglesa y lo tomó ataviado con una elegante bata.

El francés se había despertado antes y no se había hecho la cama, detalle que Heydt consideró un poco grosero e interpretó como signo de una educación poco esmerada.

En la central de operaciones seguía funcionando la radio en la frecuencia policial, y Levallois tenía delante suyo nada menos que tres libros técnicos abiertos. No dijo buenos días, pero se quejó del pan que había tomado para desayunar; Heydt le informó de que en Suecia no había *croissants*, ni

apenas ninguna clase de pan recién hecho, a no ser que uno entrase en una fábrica de pan y le arrebatase una hogaza de las manos al panadero, antes de que las envolviese en plástico y comenzase la distribución por las tiendas. Levallois meneó la cabeza con tristeza lamentando aquellas costumbres bárbaras.

Reinhard Heydt estuvo escuchando un rato la radio; a aquellas horas parecía haber más calma, pero aun así la policía parecía muy ocupada y en aquel momento se estaban dando las instrucciones para la primera redada de aquel día contra los melenudos, en el distrito de Östermalm. Luego vino algo que podía ser homicidio o asesinato, pero que pronto se vio que había sido suicidio. Poco después se informó acerca de un ahorcado que seguramente se había colgado de madrugada, pues el cuerpo aún estaba caliente cuando lo encontraron en un cuarto trastero.

Levallois acababa de modificar la instalación para que, además de la central de policía, se pudiese escuchar las radios de los coches patrulla y de las motocicletas. Justo en aquel momento tenía lugar una conversación entre la central y alguien que se llamaba Arne, y que probablemente tenía algo que ver con el suicidio.

—¿Un ahorcado? —decía el tal Arne, con una repugnancia que se notaba a través de las ondas—. ¡Id al infierno!

—¿Tenéis la dirección? Calle Karlberg, 38.

—Ya tenemos un cliente en el coche —decía Arne—. Pronto tendremos que ir en un autocar, y si puede ser con desodorante...

—Bueno, id allí pues —decía el hombre de la central fríamente—. Sin tardar. El interfecto está en el cuarto trastero.

Otra persona del coche decía algo indescifrable.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el de la central.

—Simplemente un buen consejo —replicó Arne— de nuestra parte: ¡que os vayáis al infierno! ¡Cambio y corto!

En aquella ocasión no estaban empleando precisamente el código cifrado; seguramente la consideraban banal.

Heydt puso la mano sobre el hombro del francés, aunque con cierto reparo, pues por alguna razón no le gustaba nada el contacto físico con los demás.

Levallois alzó la mirada, y Heydt preguntó:

—¿Todo bien?

—Completamente, a no ser que Kaiten y Kamikaze no hagan lo que deben.

—No hay problema; conocen su trabajo a la perfección, como tú y como yo, y saben lo que tienen entre manos. Hemos decidido hacerlo a media noche.

—¿Y el riesgo de que alguien las desactive? Porque habrá un comando de artificieros en la policía de aquí, ¿no?

—Curiosamente, no; pero recuerda que la policía, allí donde estuvimos la última vez, no encontró las cargas suplementarias hasta pasados varios meses, y allí había artificieros de la policía y del ejército, y además sabían dónde tenían que buscar.

—¿Pondrán cargas suplementarias esta vez?

—Dos, y ambas cubren las otras dos posibilidades de hacer volar la comitiva dentro de la ciudad, en previsión de que los muchachos de seguridad tengan alguna intuición en el último momento.

—Es un riesgo mínimo —dijo Levallois—, La bofia no piensa nunca tan deprisa.

—Creo que tienes razón. Además, los otros itinerarios son poco prácticos y causarían muchos problemas de seguridad.

—Bueno, entonces no puede pasar nada —el francés bostezó—, Aquí, todo está preparado y listo, y los japoneses no pueden fallar en la instalación.

—Por descontado. Además, se pueden mover con toda libertad bajo tierra y cuanto quieran; ya lo han reconocido todo y se lo conocen perfectamente. Hace diez días pusieron tres falsas bombas y nadie las ha encontrado todavía.

—Me parece bien.

Levallois se levantó y recorrió la habitación con la mirada.

—Esta batería de reserva me deja mucho más tranquilo —dijo—. Imagínate que de repente mañana nos hubiéramos quedado sin luz. Sería terrible.

—No han cortado la corriente ninguna vez desde que estoy aquí.

—Esto no quiere decir nada —repuso el experto en telecomunicaciones—; basta con que algún imbécil con una excavadora estropee algún cable en alguna parte, y todo se va a paseo.

Durante un rato escucharon la radio policial. Una voz poco caritativa informaba que el ahorcado de la calle Karlberg ya había sido recogido.

—¡Pobre diablo! —decía—. Las puntas de los dedos estaban tan sólo a medio centímetro del suelo.

—¿Ha ido la policía?

Risas. Luego, la voz del coche contestó:

—Ya lo creo. Dos idiotas de uniforme estaban allí, esperando que Arne y yo hiciéramos el trabajo; al menos, hubieran podido ocuparse de la familia. La mujer estaba gritando como una loca, y los niños lloraban. En fin, ahora ya estamos hasta los topes. Si hay algo nuevo, dejadlo para después de comer; preferimos clientes vivos, francamente.

Levallois miró a Heydt interrogativo, y éste se encogió de hombros.

—Nada especial —dijo—; pura sociología práctica.

—¿Cómo nos largaremos? —preguntó el francés.

—¿Qué piensas hacer tú?

—Lo de siempre: me iré solo. Me marcharé directamente, por el mismo camino que vine.

—Hum —dijo Heydt—, yo creo que esperaré algún tiempo.

Levallois pareció aliviado; no tenía ninguna prisa por morir y sabía que las posibilidades de que les echasen el guante se multiplicaban si el sudafricano hubiera insistido en acompañarle en el pesquero.

—¿Quieres que juguemos al ajedrez? —preguntó el francés al cabo de un rato.

—Vale.

Reinhard Heydt jugó al variante Marshall a la siciliana, una jugada genial descubierta hacía mucho tiempo por un capitán de barco americano, que ganó a muchos de los campeones de su época y los dejó boquiabiertos de la sorpresa. Se basaba en movimientos audaces y un ataque implacable, un poco como la *Weserübung*, a fin de cuentas.

Lo malo era que con aquello se engañaba al adversario una sola vez, porque el interesado se hacía en seguida con un libro adecuado en el que pudiera hallar la defensa, que sobre el tablero resultaba incomprensible.

Jugaban sin reloj, y el francés meditaba mucho las jugadas, mientras iba viendo cómo perdía posiciones y llegaba a una situación indefendible, a pesar de la superioridad numérica de sus piezas en un momento dado. Hacia el final, Levallois tardó hora y media en mover su pieza, a pesar de que Heydt sabía que la situación de su adversario era desesperada desde hacía largo rato. Heydt entró en la cocina, preparó té y se lavó las manos

cuidadosamente, así como los brazos y la cara. Cuando regresó, el francés seguía con la cara entre las manos y la vista fija en el tablero.

Dos jugadas más tarde se vio obligado a rendirse. Se sintió ofendido, pues era de por sí mal perdedor, y ULAG enseñaba a su gente a no perder jamás. Lo único que se les permitía perder era, llegado el caso, la propia vida, cosa que en situaciones extremas tenían que solucionar por sí mismos.

Después, Levallois no dijo ni media palabra durante el resto de la tarde, y siguió estudiando sus libros técnicos en un silencio de animal herido.

La radio policial continuaba vomitando informaciones.

Reinhard Heydt pensó que aquél no era un país en el que apeteciera quedarse a vivir, aunque tal vez tuviera que hacerlo durante una larga temporada. Por tanto, más valía irse acostumbrando.

Mientras los japoneses colocaban las bombas aquella noche, la grande y las dos alternativas, Reinhard Heydt lo aprovechó para dormir a pierna suelta.

Levallois se quedó despierto bastante rato, meditando sobre la partida de ajedrez. Pensaba comprarse un buen libro teórico en cuanto regresase a Copenhague.

Los dos japoneses regresaron al apartamento de Södermalm a las cinco de la madrugada. Tampoco ellos pensaban salir durante un tiempo, y se habían aprovisionado de conservas como para resistir varias semanas.

Sobre la cama en la que antes dormía Heydt tenían las metralletas, cargadas y listas para disparar, con los cañones bien limpios y recién repasadas a conciencia; junto a ellas se encontraban varios cargadores llenos de munición. En el vestíbulo de la estación ferroviaria de la India, uno de ellos había disparado tres cargadores completos.

Junto a la cama había una caja de madera llena de granadas de mano. Las bombas previstas para un caso extremo y desesperado, las llevaban siempre consigo, incluso para dormir.

Para Martin Beck, aquel miércoles sería difícil de olvidar. No estaba acostumbrado a aquel tipo de trabajo, a aquellas innumerables llamadas telefónicas, ni a tener que discutir constantemente con gente de todos los niveles dentro de la burocracia. Había llegado el primero a la calle Kungsholm y parecía ser de los últimos en marcharse. Benny Skacke también se quedó hasta muy tarde, pero, a pesar de su relativa juventud, estaba tan cansado que Martin Beck lo mandó a casa.

—Por hoy ya basta, Benny —dijo.

Pero Skacke respondió:

—Me pienso quedar hasta que tú también te marches, mientras quede trabajo por hacer.

Era un joven realmente soberbio, tozudo como una muía, y Martin Beck se vio obligado finalmente a hacer algo que procuraba evitar en lo posible: en su calidad de superior, darle una orden autoritaria e incontestable.

—Cuando digo que te has de ir a casa, quiere decir que has de obedecer, pase lo que pase, ¿comprendes? Vete a casa. ¡Ahora!

Skacke comprendió; se puso el abrigo con cara enfurruñada y se marchó.

Había sido realmente un día pesado. El director general de la policía había superado su fase meditativa y estaba otra vez en plena forma. Valiéndose del sistema de carpetas de información interna, les había hecho llegar exactamente cuarenta y dos comunicados de diversa extensión y contenido; la mayor parte trataban de cosas completamente sabidas, que ya llevaban largo tiempo resueltas y archivadas. En cada escrito, aunque sólo tuviera dos líneas, se advertía un cierto tono de reproche; por lo visto se consideraba insuficientemente informado.

Stig Malm había recibido, en cambio, alusiones más directas, y se había mostrado cansado e irritado, probablemente más o menos ofendido por tener que representar en la oficina el papel de perro guardián, y el de calzonazos en casa.

—¿Beck?

—¿Sí?

—El jefe se pregunta por qué hemos de tener tan sólo dos helicópteros en el aire, cuando disponemos de doce, y aún podemos pedir alguno

prestado a la Armada.

—Porque creemos que es suficiente con dos.

—El jefe no lo cree así. Te ruega que repases de nuevo toda la cuestión de los helicópteros, y dice que casi mejor pedir consejo a los mandos de la Marina sobre el asunto.

—En principio, ni siquiera habíamos pensado utilizar ningún helicóptero.

—¡Eso es una tontería! Con nuestros propios aparatos y los de la Armada, podemos tener el control total del espacio aéreo.

—¿Y por qué hemos de controlar el espacio aéreo?

—Y si a la aviación se la hubiera dejado actuar como quería, tendríamos un escuadrón de cazas y un número igual de aviones de asalto en la zona.

—Les he dicho a los de aviación que no vamos a impedirles que vuelen.

—Claro que no se lo podemos impedir. Pero, en lugar de establecer unas relaciones de confianza con el ejército, has herido profundamente a una de las fuerzas armadas. Bueno, ¿vas a repasar la cuestión de los helicópteros o no?

—Ya la hemos estudiado más que suficiente.

—Esto no es una respuesta que vaya a alegrar al jefe.

—Mi deber no es alegrar al jefe, o al menos no considero que ése sea mi trabajo.

Malm suspiró profundamente.

—La verdad es que no resulta nada fácil ser el experto en coordinación aquí —dijo.

—Vete tú también a tu casa de campo a meditar sobre el asunto.

—¡Eres... eres un impertinente! Además, yo no tengo ninguna casa de campo.

—Pero tu mujer sí, ¿no?

Malm había hecho un casamiento realmente ventajoso, pero los que conocían a su media naranja decían que estaba siempre de mal humor, que era sumamente irritable y, además, fea. Esto último era muy subjetivo, pero el mal humor y la irritabilidad era algo de lo que Martin Beck había disfrutado en dosis masivas durante dieciocho años de matrimonio. Casi sentía lástima por Malm.

Una vez había tenido necesidad de llamar a su casa y había tenido ocasión de cambiar unas palabras con la esposa. Durante la breve conversación tuvo la viva sensación de que la esposa del jefe administrativo

también era muy altiva. La conversación había sido más o menos la siguiente:

—Buenos días, soy el comisario Beck. Necesitaría hablar con el jefe administrativo.

—¿Es usted uno de sus subordinados?

—Sí, en cierto modo.

—Creo que he oído su nombre alguna vez, policía Beck, pero ha llamado usted precisamente en la hora de entrenamiento del jefe administrativo, o sea que me temo que no podrá hablar con él.

—Bien, perdone pues...

—Un momento, policía Beck, en este momento veo que el jefe administrativo viene cabalgando por el paseo. Podrá hablar con él tan pronto alguien se haga cargo del caballo.

«Alguien» debió de ser muy rápido, porque Malm se puso al teléfono tan sólo un minuto después. Su voz le había parecido apocada y apagada, al contrario de lo que solía ser durante el trabajo, donde se mostraba arrogante y desagradable.

Martin Beck tuvo tiempo de recordar todas estas cosas antes de que volviera a sonar el teléfono. Era la Marina. El comandante en jefe, nada menos.

—Estaba pensando en si van a querer helicópteros grandes del tipo Vertol, o pequeños del tipo Alouette. ¿Quizá un grupo combinado de ambos? Los dos tienen sus ventajas.

—No queremos ningún avión.

—Mi querido comisario —dijo el hombre con cierta rigidez—, un helicóptero no es ningún avión, es más bien una aeronave.

—Gracias por la información; perdone si he empleado un término erróneo.

—Bueno —dijo el marino—. ¡Hay tanta gente que lo dice mal! ¿Así que no necesitan ningún helicóptero naval?

—No.

—Pues tuve otra impresión al hablar con el director general de la policía.

—Sí, es que en realidad ha habido un malentendido.

—Ya comprendo. Adiós, comisario.

—Adiós, señor comandante en jefe —dijo Martin Beck amablemente.

Y así había sido todo el día. Las decisiones llovían sobre su cabeza una y otra vez, y se revocaban y se modificaban, a menudo con buenos modales, y alguna vez en un tono brutal y recriminaciones.

Pero el plan de protección estaba terminado. De los que se encontraban en la calle Kungsholm, el que había realizado la tarea más dura había sido Melander, que había trabajado en silencio, como era su costumbre.

Los demás tampoco habían estado con los brazos cruzados. Rönn, por ejemplo, se había encargado de un trabajo para el que se necesitaba tiempo. Sólo se había dejado caer una vez en todo el día en el cuartel general, con la nariz colorada y bolsas debajo de los ojos. Gunvald Larsson le había preguntado en seguida:

—¿Qué tal te va, Einar?

—Bueno, no va mal, pero se tarda más de lo que yo creía, y mañana no dispondré de muchos minutos; quince, como mucho.

—Más bien doce o trece —observó Gunvald Larsson.

—¡Vaya!

—¡Cuídate, Einar!

Martin Beck observó largamente a Rönn. Gunvald Larsson y Rönn, dos tipos bien distintos, se entendían la mar de bien. Eran incluso amigos. En cambio, a él le resultaba extraordinariamente difícil trabajar con Rönn, y la idea de verse los dos fuera del trabajo o simplemente hablar de cosas ajenas al trabajo le parecía imposible. Le resultaba más llevadero trabajar con Gunvald Larsson, a pesar de su tosquedad y de sus comentarios a menudo groseros. Pero tampoco eran amigos, aunque sus relaciones habían mejorado con los años, tras un comienzo muy malo.

Sin embargo, Rönn y Gunvald Larsson eran buenos amigos. Lo que les unía era quizá el hecho de que eran buenos policías y se complementaban muy bien en el trabajo. ¿Se entendían igualmente bien en la vida privada? Probablemente sí, a pesar de que Rönn se había educado en la escuela pública en plena Laponia, y Gunvald Larsson había estado en los mejores y más caros colegios privados.

La única ocasión en que Martin Beck había visto a Rönn fuera de sí fue cuando Kollberg —injustificadamente, todo hay que decirlo— criticó a Gunvald Larsson. Eso había ocurrido mucho tiempo atrás, en la primavera de 1968.

Aunque Rönn llevaba viviendo veintiséis años en Estocolmo, no se había llegado a acomodar a la gran ciudad y a su vida. Durante su período

de formación, había trabajado en Escania, pero allí se había sentido aún más alienado; (Rönn no decía, desde luego, alienado, sino que lo expresaba de modo más directo, por ejemplo diciendo: «¡Joder, qué lugar!»).

En algunas cosas llamaba la atención por su congruencia. Sabía por ejemplo, dónde encontrar a una mujer, y la fue a buscar entre los lapones, como se sabe; y cuando su padre murió, él, siguiendo una vieja costumbre campesina, se llevó a su madre a Estocolmo y la colocó en un piso, donde tenía ocasión de verla a menudo. Ese tipo de unión familiar se había hecho cada vez más raro con los años, en una Suecia crecientemente burocratizada y deshumanizada. Rönn hablaba pocas veces de su esposa, y casi nunca de su madre, pero, por lo que Martin Beck sabía, la buena mujer seguía viviendo, anciana pero bien conservada, en su apartamento en Gärdet.

La madre de Martin Beck había muerto en un hogar de ancianos en otoño de 1972, y él todavía pensaba que se había cuidado poco de ella.

Otro que también había sudado lo suyo colgado del teléfono había sido el jefe de la policía de orden público. A causa de los nuevos aspectos de la teoría de Möller sobre las manifestaciones, el hombre había intentado salvar la papeleta llamando a más policías de la periferia, al precio de enérgicos improperios por parte de muchos jefes locales de policía, y de resignados comentarios por parte de la mayoría.

La DGP había enviado a todos los jefes de policía del país una circular extremadamente recia en la que podían leerse, para consternación de cualquiera, cosas como ésta:

«...y queremos insistir en que las medidas preventivas no sufran relajación ni abandono, sino muy al contrario, que aumenten, y que cada uno de los policías actuales reciba instrucciones para atajar más decisivamente cualquier desmán de los elementos de peligrosidad social, de manera que las eventuales lagunas o bajas de personal pasen inadvertidas a los ojos del público, y se continúe prestando el servicio policial con toda normalidad...».

Todas las consultas sobre el particular se le pasaron al jefe de las fuerzas de orden público, quien, como era de suponer, recibió una serie de preguntas espinosas, como por ejemplo:

—¿Cómo voy a poder aumentar yo la prevención de la delincuencia, con sólo tres hombres en servicio, cuando, además, los tres son necesarios en la

propia comisaría?

O bien:

—¿No sería mejor que enviásemos al alguacil a la plaza del pueblo, para que proclamase la prohibición de salir a todo el mundo, excepto a los bomberos y a la gente de orden?

Esta última pregunta vino de Ystad, localidad en la que todavía echaban mano a veces del alguacil para esparcir las noticias municipales.

Los de Gotemburgo se quejaron agriamente:

—Esta noche tenemos partido de balonmano, y están todos en Estocolmo menos el portero. ¡A ver qué hacemos!

El jefe de orden público, que no entendía nada de balonmano, pero que en cambio estaba muy enterado de cuestiones futbolísticas, le espetó:

—Pues en Londres la policía metropolitana disputó un partido de la liga de la zona Sur, en medio de una visita oficial, me parece que de alguien de Grecia, y metieron a nueve reservas y jugaron a pesar de todo... y encima ganaron.

Luego colgó, y los de Gotemburgo se quedaron con su portero y sin saber qué hacer.

Todo el plan estaba organizado ya, tal y como a Martin Beck le pareció. Habría que poner algunos tiradores de precisión con fusiles en los tejados, pero no demasiados. Habría que controlar algunos pisos y algunos altillos a lo largo del recorrido, y habría que visitar a algunas personas, pero eso eran excepciones.

Los especialistas en protección personal de Möller lo tendrían bastante fácil. Según Martin Beck, había puntos más delicados que otros: por ejemplo, la llegada del senador al aeropuerto y su visita al palacio real, quizá también el homenaje al difunto rey, que a instancias del gobierno se había decidido celebrar en la iglesia de Riddarsholm. La tumba de Gustavo VI Adolfo no estaba allí, pero la iglesia era céntrica y resultaba ideal desde el punto de vista de la protección y seguridad; además, la mayor parte de los restantes reyes de Suecia yacían allí, y por tanto el cambio no revestía gran importancia.

Esto seguramente introduciría ligeros cambios en el horario previsto, pero no afectaban en absoluto a la organización.

Proporcionando detalles de cada uno de sus movimientos, los periódicos daban cuenta de todos los actos en los que iba a participar el importante

visitante. Incluso se hacía una cierta crítica desde la prensa, pero de momento no se metían con la policía.

A las once y diez, Martin Beck apagó todas las luces de todos los despachos y cerró la puerta del pasillo, aunque notaba la desagradable sensación de que se le olvidaba algo, sin lograr recordar de qué se trataba.

No quería pasar la tarde y la noche solo, por lo que se dirigió a casa de Rhea. Los miércoles por la tarde solía tener una especie de «casa abierta» para sus inquilinos y para otras personas, y él sentía aquel día enormes deseos de charlar con personas cuyos pensamientos no estuviesen permanentemente ocupados en cordones policiales, tiradores especialmente entrenados, helicópteros y bombas inverosímiles. Había pedido un coche de la policía para que le llevase, y le pidió al chófer que le dejara en la calle Frej, que hacía esquina con la casa de Rhea. Su chófer habitual tenía el día libre.

Cuatro minutos después de que Martin Beck abandonase el cuartel general, Gunvald Larsson subía en el ascensor. Abrió el despacho, y, al ir a encender la lámpara de su escritorio, se dio cuenta de que aún estaba caliente. «Beck —pensó—, ¿quién si no?» Él tenía el pelo húmedo y alborotado. Más allá de la ventana se abría un imperio de gamberros, ladrones, atracadores, borrachines y drogadictos en medio de la oscuridad, el frío y la lluvia.

Gunvald Larsson estaba cansado. La noche anterior no había dormido, sino que había permanecido despierto pensando en ULAG, en la cabeza de aquel presidente que voló por los aires y en cosas parecidas. Después no había comido ni cenado y había estado muchas horas trabajando junto con Einar Rönn, la mayor parte del tiempo fuera, ya que éste último necesitaba que le echasen una mano. Gunvald Larsson tenía una constitución formidable, tanto física como mental, pero tampoco podía aguantar impávido aquellos hartones de trabajo.

Allá arriba tenían una cafetera y él guardaba algunos terrones de azúcar y unas bolsitas de té en uno de los cajones de su escritorio. Vertió agua en la cafetera, la enchufó y esperó. Desde muy joven le había parecido que la utilización de bolsitas de té era algo más o menos tan sabroso como meter condones en la cafetera, pero en aquellos momentos no tenía elección.

Cuando le pareció que el té estaba preparado, sacó su taza particular del escritorio; los demás utilizaban siempre vasitos de plástico, o vasos desechables de papel vegetal.

Se sentó ante el escritorio y bebió unos cuantos sorbos bien calientes, a la vez que se metía un par de terrones de azúcar en la boca, los suficientes para neutralizar el calor y equilibrar su sangre desnutrida. Luego cogió todos los papeles que se amontonaban en su bandeja y empezó a leer. Estaba de mal humor, arrugó la frente y se le formó un surco justo encima de la nariz. Al cabo de un rato también se le fueron juntando las rubias cejas.

Estaba convencido de que algo se iba a ir al diablo, pero ¿qué podía ser?

Fue a buscar el plan de protección personal de la SÄPO, que estaba sobre el escritorio de Melander. Era casi ilegible, debido a los cientos de abreviaturas que salpicaban el texto, pero aun así lo fue recorriendo página por página. También consultó las tablas estadísticas adjuntas, y algunos esbozos de panorámicas generales.

Al igual que los demás componentes del grupo unas horas antes, tuvo que admitir que era un plan irreprochable. Eric Möller era un especialista y sus consideraciones acertadas. Además, la protección personal era un reto fácil. El reconocimiento de la zona que Möller llamaba zona sensible, empezaría a la medianoche.

Gunvald Larsson miró el reloj de pared. Eran las doce menos nueve minutos. Buena parte de los cuatrocientos policías de seguridad de los que hablaba el texto iban a empezar a remojarse de un momento a otro.

Apartó los papeles y empezó a pensar en la protección a distancia. El patio de Logaard era un lugar ventajoso en ese sentido, pues el rey y el maldito americano estarían, como si ocuparan un estrado, a la vista de los expertos tiradores apostados en Blasieholmen y en Skeppsholmen, y serían igualmente visibles desde las barcas y desde los embarcaderos cercanos.

Repasó algunos puntos y se sintió más tranquilo; los cinco cerebros de la operación, es decir, él mismo, Beck, Melander, Rönn y Skacke, hicieron todas esas previsiones largo tiempo atrás. El puente que conducía a Skeppsholmen había sido cerrado al tráfico varias horas antes, y se habían controlado rigurosamente todas las casas a lo largo del muelle de Blasieholm, particularmente el Grand Hotel Royal, que tenía muchísimas ventanas.

Gunvald Larsson suspiró y hojeó los montones de papeles; las cloacas y túneles subterráneos bajo el patio de Logaard no eran muy numerosos, y eran fáciles de vigilar por hombres que seguramente llevarían trajes de goma o que no se iban a preocupar demasiado si se les ensuciaba la ropa.

El reloj de la pared marcó exactamente las doce. Miró su propio reloj; el de la pared, como de costumbre, iba con retraso, exactamente un minuto y veinte segundos. Gunvald Larsson se levantó para poner en hora el reloj eléctrico de la pared. Y precisamente en aquel momento llamaron a la puerta.

Los componentes del grupo de trabajo no solían llamar a la puerta; por lo tanto tendría que ser otra persona.

—Entre —dijo Gunvald Larsson.

En la habitación entró una chica, que aparentaba tener entre veintitrés y treinta años. Tras mirar pensativamente a Gunvald Larsson, dijo:

—Hola.

—Hola —contestó Gunvald Larsson, prudente.

Se cruzó de brazos, y se colocó delante de su escritorio, mientras preguntaba:

—¿Ocurre algo?

—Te recuerdo, tú eres Gunvald Larsson, de la sección de delitos violentos.

Él no dijo nada.

—En cambio, tú no sabes quién soy yo.

Gunvald Larsson la observó. Tenía el cabello con mechas cenicientas, ojos azules y rasgos precisos; era bastante alta, quizá un metro setenta y cinco o tal vez más, y relativamente guapa. Iba vestida con sencillez, con una camisa de cuello alto de color gris, pantalones azules muy bien planchados y zapatos bajos. Parecía demasiado tranquila para llevarse algo entre manos, pero él estaba casi seguro de no haberla visto nunca antes. Él se limitó a arrugar la frente y a clavar su mirada azul y cristalina sobre ella.

—Me llamo Ruth Salomonsson —dijo ella a modo de aclaración—, Trabajo en la casa, en la sección de investigación.

—¿Haciendo qué?

—Soy asistente policial —contestó ella—, y ahora mismo estoy de servicio. Es decir, para ser más exacta, ahora tengo un descanso.

Gunvald Larsson se acordó de su té, se dio media vuelta y vació la taza de un solo trago.

—¿Quieres ver mi placa? —preguntó ella.

—Sí.

Ella sacó su placa identificativa del bolsillo posterior derecho y se la tendió.

Gunvald Larsson la estudió atentamente. Veinticinco años; parecía coincidir. Le preguntó:

—¿Qué quieres?

—Sé que estás trabajando en un grupo especial a las órdenes del comisario Martin Beck, del jefe local de policía y del director general de la policía.

—Es suficiente con Beck. ¿Dónde lo has oído?

—¡Hombre! Ya sabes lo mucho que se habla por estos pasillos, y...

—¿Y qué...?

—Sí, pues dicen que estáis buscando a una persona, cuyo nombre no recuerdo, aunque he oído la descripción.

—¿Dónde?

—En el departamento de identificación; tengo un amigo que trabaja allí.

—Si tienes algo que decir, suéltalo —ordenó Gunvald Larsson.

—¿No vas a pedirme que me siente?

—No pensaba hacerlo. ¿De qué se trata?

—Pues hace unas semanas...

—¿Cuándo? —inquirió Gunvald Larsson—. Sólo me interesan los hechos.

Ella le miró con resignación y contestó:

—Pues fue el lunes cuatro de noviembre.

Gunvald Larsson movió la cabeza animándola, y dijo:

—¿Lo ves? ¿Qué pasó el lunes cuatro de noviembre?

—Pues una amiga y yo quedamos para salir e ir a bailar. Fuimos al Amaranten...

Gunvald Larsson la interrumpió.

—¿Amaranten? ¿Se puede bailar allí?

Ella no contestó.

—¿Se baila en el Amaranten? —repitió él.

Ella pareció quedar cortada de repente y sacudió la cabeza.

—¿Qué hicisteis tú y tu amiga, pues?

—Pues... nos sentamos en el bar.

—¿Juntas?

—No.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Conocí a un hombre de negocios danés, que dijo llamarse Jörgensen.

—Bien. ¿Y luego?

—Luego fuimos a mi casa.

—¡Ajá! ¿Y qué pasó allí?

—¿A ti qué te parece?

—Nunca hago conjeturas —dijo Gunvald Larsson—, especialmente en lo referente a la vida privada de los demás.

Ella se mordió los labios.

—Estuvimos juntos —explicó ella con tono retador—; hicimos el amor, para decirlo finamente. Después se marchó y no he vuelto a saber nada más de él.

En la sien derecha de Gunvald Larsson se hinchó una vena. Rodeó la mesa y se sentó. Después asestó un puñetazo tan fuerte sobre la mesa que el reloj eléctrico se paró, naturalmente con un retraso de un minuto y veinte segundos.

—¿Qué clase de broma es ésta? ¿Qué quieres que te diga? ¿Quieres que ponga letreros por todas partes anunciando que la policía proporciona placeres gratis, y que vayan a hacer cola en el Amaranten? ¿Qué horarios haces? ¿Los lunes de siete a once de la noche?

—Debo decir que no me esperaba una reacción tan rígida y anticuada —dijo ella—. Tengo veinticinco años, soy soltera y no tengo hijos, y de momento pienso seguir así.

—¿Veinticinco años?

—Soltera y sin hijos —repitió ella—. ¿No tengo quizá derecho a tener mi propia vida sexual?

—Sí, sí —dijo Gunvald Larsson—, siempre y cuando no me mezcles en ella.

—De eso puedes estar segurísimo.

A Gunvald Larsson no le gustó el tono que empleó para decir eso, y volvió a golpear la mesa con el puño, esta vez con tanta fuerza que le dolió hasta el codo e hizo una mueca.

—¡Polis con faldas que se sientan en los bares a cazar tíos! —exclamó—, ¡Y luego venir aquí a hablar mal de los daneses!

Miró el reloj parado de la pared y luego el suyo.

—Seguro que tu descanso ha terminado —dijo—. ¡Fuera!

—La verdad es que he venido por si podía ser de alguna utilidad —dijo ella—, pero por lo visto no os hace falta.

—A lo mejor no.

—¿O sea que no hace falta que cuente el resto?

—No me interesa la pornografía.

—A mí tampoco —dijo ella.

—A ver, cuéntame el resto, pues.

—Aquel tipo me gustó; era un hombre culto y simpático, atractivo, y estaba muy bien. —Miró fríamente a Gunvald Larsson y añadió—: Incluso extraordinariamente bien. Bueno, pues diez días después llamé al hotel en el que me dijo que vivía.

—¡Ah! —dijo Gunvald Larsson.

—Sí, y el recepcionista me dijo que allí no había ningún huésped con ese nombre, y que tampoco habían tenido a nadie que se llamase así alojado en el hotel.

—Muy interesante. A lo mejor se dedica a viajar y a ir probando chicas policía de diversos países, para alguna especie de informe sexual. Estoy seguro de que será un *best-seller*. ¿Te has ocupado de que te reserven una comisión?

—¡Eres completamente imposible! —exclamó ella.

—¿Tú crees? —dijo Gunvald Larsson maliciosamente.

—En cualquier caso, ayer me encontré con mi amiga. Ella también estuvo hablando un rato con él antes de que nos fuéramos a mi casa.

—¿Y dónde vives?

—En la calle Karla, veintisiete.

—Gracias. Si me regalan una agenda en Navidad, me apuntaré tus señas. Ella empezaba a indignarse, pero seguía obstinada.

—Pero seguramente no me regalarán nada —añadió Gunvald Larsson, suavizando el tono—. Todos los regalos de Navidad me los compro yo.

—Mi amiga ha trabajado varios años en Dinamarca, y dijo que si de verdad era danés, tenía que ser de algún lugar muy raro. Dijo que el danés que hablaba era el que se utilizaba a principios de siglo.

—¿Y qué edad tiene tu amiga?

—Veintiocho.

—¿Y en qué trabaja?

—Enseña lenguas nórdicas en la universidad.

Gunvald Larsson despreciaba muchas cosas de este mundo, entre otras la formación universitaria, pero empezaba ahora a mostrarse pensativo.

—Continúa —dijo.

—Hoy he mirado en el registro de extranjeros y he estado comprobando. Ese nombre tampoco estaba allí.

—¿Cómo dices que se llamaba?

—Reinhard Jörgensen.

Gunvald Larsson se levantó y se dirigió hacia la mesa de Melander.

—¿Y qué aspecto tenía?

—Más o menos igual que tú, sólo que veinte años más joven. Y además llevaba patillas.

—¿Era, por ejemplo, alto como yo?

—Casi, pero seguro que pesaba menos.

—No hay muchos tan altos como yo.

Gunvald Larsson medía un metro noventa y seis sin zapatos.

—Quizá era unos centímetros más bajo.

—¿Y dijo que se llamaba Reinhard?

—Sí.

—¿Tenía algún signo que llamase especialmente la atención?

—No; es decir, estaba muy moreno, excepto...

—¿Excepto...?

—Excepto en los sitios en que los tíos no suelen estar morenos.

—Y hablaba danés.

—Sí. A mí me pareció bastante auténtico, si no llega a ser porque mi amiga se fijó en su acento.

Gunvald Larsson había cogido un sobre marrón de la mesa de Melander, lo sopesó un instante y sacó luego una fotografía ampliada a dieciocho por veinticuatro. Se la tendió a Ruth Salomonsson y preguntó:

—¿Tenía este aspecto?

—Sí, es él, pero esa foto tiene por lo menos un par de años. —Observó la fotografía más atentamente—. Es de mala calidad —dijo.

—Es una ampliación parcial de una foto de grupo sacada de un negativo bastante pequeño.

—Sea como sea, es él, estoy completamente segura. ¿Cómo se llama en realidad?

—Reinhard Heydt; por lo visto es sudafricano. ¿A qué dijo que se dedicaba?

—Negocios. Compraba y vendía máquinas muy complicadas para no sé qué.

—¿Y tú le conociste el día cuatro por la noche?

—Sí.

—¿Estaba solo?

—Sí.
—¿Cuándo le viste por última vez?
—La mañana siguiente, hacia las seis.
—¿Tenía coche propio?
—Al menos no lo trajo consigo.
—¿Dónde dijo que vivía?
—En el Grand.
—¿Sabes algo más?
—No, nada en absoluto.
—Muy bien; gracias por venir.
—De nada.
—Antes he dicho algunas cosas sin pensar —dijo Gunvald Larsson.
—¿Aquello del placer gratuito? —comentó ella y sonrió.
—No —contestó Gunvald Larsson—; sobre la policía femenina. Creo que nos haría falta tener más.
—Bueno, creo que mi descanso ha terminado definitivamente —dijo ella—. Adiós.
—¡Un momento! —exclamó Gunvald Larsson.
Golpeó la fotografía con las uñas y dijo:
—Ese tipo es peligroso.
—¿Para quién?
—Para todo el mundo, sea quien sea. Conviene que digas algo si le vuelves a ver.
—¿Ha matado a alguien?
—A muchos —dijo Gunvald Larsson—, a demasiados.

Martin Beck pudo pasar por fin una velada agradable. Había unas siete u ocho personas alrededor de la mesa cuando él llegó, y poco antes había conocido a otras tantas.

Entre ellas a un hombre joven llamado Kent y que dos años antes había querido ser policía. Martin Beck no le había visto desde entonces y le preguntó:

—¿Cómo te fue?
—¿En la academia de policía?
—Sí.
—Ingresé, pero al cabo de medio curso me vi obligado a dejarlo. ¡Era un verdadero manicomio!

—¿En qué trabajas ahora?

—En el servicio de limpieza, de basurero. Es mil veces mejor.

Alrededor de la mesa de Rhea, la conversación solía ser fluida y amena, y se saltaba de un tema a otro continuamente.

Martin Beck estuvo casi todo el tiempo callado y un tanto ausente; de vez en cuando tomaba un sorbo de su vaso de vino. Había decidido que no bebería más que vino.

Sólo una vez se tocó el tema del famoso senador. Unos pensaban ir a manifestarse, y otros se contentaban con despotricar contra el gobierno.

Luego, Rhea empezó a hablar sobre la sopa de pescado gascona y sobre los cangrejos de Bretaña, y con eso terminaron todas las discusiones políticas.

El domingo, ella tenía que marcharse a casa de su hermana, que siempre necesitaba ayuda de una forma o de otra.

A la una despidió a todos los huéspedes, excepto a Martin Beck, que ya no podía considerarse un huésped en aquella casa.

—Si no te acuestas en seguida, vas a estar mañana tan deshecho como hoy —le dijo ella.

Rhea también se acostó en seguida, pero al cabo de media hora tuvo que levantarse para ir a la cocina. Martin Beck la oyó traficar con el horno, pero estaba demasiado cansado para empezar a pensar en canapés de jamón gratinados con tomate y queso parmesano, de modo que continuó en la cama.

Al cabo de un rato regresó ella, dio varias vueltas en la cama y luego se acurrucó muy cerca de él. Estaba caliente y su piel muy suave, con su vello rubio y breve y casi transparente.

—¿Martin? —dijo.

—Mmmm.

—Tengo que decirte una cosa, ¿estás despierto?

—Mmm.

Si aquello era una respuesta afirmativa, había que entenderla como incompleta.

—Cuando estuviste aquí el jueves pasado, estabas muy cansado y te dormiste antes que yo, que estuve leyendo una hora o algo así. Pero, verás, como soy tan curiosa abrí tu portafolios y ojeé tus papeles.

—Mmmm.

—Había una carpeta con una fotografía, y también la miré. Era una cara y ponía Reinhard Heydt.

—Mmmm.

—Se me ocurrió una cosa que puede ser importante.

—Mmm.

—Yo vi a ese tipo hace unas tres semanas, un tipo alto y rubio de unos treinta años. Anduvimos juntos por pura casualidad, después de estar contigo en la calle Köpman. Luego fuimos por la calle Bollhus, que es una calle muy estrecha. Él caminaba tan sólo dos pasos detrás de mí, o sea que le dejé pasar. Era un hombre con aspecto de europeo norteno, y probablemente turista, porque llevaba un mapa de Estocolmo en la mano. Y llevaba patillas rubias.

Martin Beck se despertó de repente.

—¿Dijo algo?

—No, nada, sólo pasó por mi lado, pero un par de minutos después le volví a ver; subió a un coche verde con matrícula sueca. No entiendo mucho de coches y no sé de qué marca era. Tenía que haberme fijado mejor en la combinación de letras y números; sé que las letras eran GOZ, pero no recuerdo los números, y ni siquiera estoy segura de haberlos visto bien. Ya sabes que tengo mala memoria para las cifras.

Martin Beck estaba despierto y, antes de que ella pudiera sacar una pierna de la cama, él estaba de pie y desnudo junto al teléfono.

—¡Nuevo récord mundial en huida rápida de la cama de la amada! —observó ella.

Martin Beck marcó el número de Gunvald Larsson en Bollmora. El teléfono sonó doce veces, y no contestó nadie. Colgó y llamó a la central.

—¿Sabéis si está Gunvald Larsson en la casa?

—Pues hace diez minutos todavía estaba.

A Martin Beck no le gustaban los términos como cuartel general, central de operaciones o comando táctico, y pidió que le comunicaran con la sección de delitos violentos. La respuesta llegó enseguida.

—Aquí Larsson.

—Heydt está en la ciudad.

—Sí —dijo Gunvald Larsson—, me acabo de enterar; una de las policías auxiliares de la sección de investigación tuvo el buen gusto de fornicar con él la noche entre el cuatro y el cinco. Parece que está segura de que era él;

se hizo pasar por danés. Según ella, era un tipo agradable, que hablaba una especie de escandinavo.

—Yo también tengo un testigo —dijo Martin Beck—: una tía que lo vio en la calle Köpman, en la Ciudad Vieja, hace unas tres semanas; le vio meterse en un coche con matrícula sueca en la bajada de Palacio, y según parece se dirigió hacia el sur.

—Tu testigo —preguntó Gunvald Larsson—...¿es de fiar?

—La persona más de fiar que conozco.

—Sí, ya comprendo.

—Si me envías un coche patrulla, puedo estar contigo dentro de veinte minutos.

—Te lo envío.

Gunvald Larsson guardó silencio un momento.

—¡Maldito cabrón! —dijo—. Ese tío nos lleva ventaja y no nos queda tiempo. ¿Qué vamos a hacer?

—Tenemos que pensar —dijo Martin Beck.

—¿Quieres que avise a Skacke y a Melander?

—No, déjales dormir; alguien tendrá que estar despierto mañana. ¿Cómo te encuentras tú?

—Hace un momento estaba completamente agotado, pero ahora me encuentro mejor.

—Yo igual.

—Vaya —dijo Gunvald Larsson—, me parece que dormiremos poco esta noche.

—Es inevitable —admitió Martin Beck—, Si conseguimos pescar a Heydt, podemos eliminar bastantes riesgos.

—Es posible —dijo Gunvald Larsson—; por lo visto es un tipo muy listo.

Así terminó la conversación. Martin Beck empezó a vestirse.

—¿Era importante? —dijo Rhea.

—Extraordinariamente importante. Adiós y gracias, por lo uno y por lo otro. ¿Nos veremos mañana por la noche? ¿En casa?

—Puedes estar seguro —respondió ella cariñosa.

—Has de ir allí a ver la televisión en color.

Cuando Martin Beck se hubo marchado, ella se acostó y estuvo meditando largamente. Había estado de buen humor un par de minutos

antes, pero ahora se sentía deprimida; su psique era así, intuitiva y cambiante.

A Rhea Nielsen no le gustaba la situación, pero por fin se durmió. Su último pensamiento fue una mezcla de calma y de terror. Era horrible dormir sola en aquella cama enorme.

OceanofPDF.com

Gunvald Larsson y Martin Beck habían consumido las primeras horas de la mañana pensando intensamente, pero por desgracia se veían limitados por sentimientos de inquietud, humillación y cansancio. Ambos se daban cuenta de que ya no eran jóvenes.

Heydt había entrado en el país a pesar de todas las medidas de seguridad rigurosísimas; parecía lógico pensar que el resto del grupo terrorista se hallase también en Estocolmo, y que llevase allí bastante tiempo. No parecía verosímil que Heydt hubiera venido solo.

Sabían bastantes cosas sobre Reinhard Heydt, pero en cambio no tenían la más ligera idea de en qué parte de la ciudad se encontraba, y sólo podía tratar de adivinar qué pensaba hacer.

De todos modos, tenían algunas pistas, al menos dos bastante seguras: el aspecto de Heydt, y el hecho de que dispusiera de un coche verde con matrícula sueca, con las letras GOZ; en cambio, no sabían de qué clase de coche se trataba, ni la marca, y, sobre todo, ya no les quedaba tiempo para hacer nada.

¿De dónde había sacado el coche? ¿Lo habría robado? Eso parecía ser un riesgo innecesario y Heydt no era hombre que se arriesgase inútilmente. En cuanto pudieron, comprobaron la lista de coches robados, pero no coincidía ninguno.

También podía haberlo comprado o alquilado, pero hacer esas comprobaciones les llevaría días, y quizá semanas, y sólo disponían de unas pocas horas, durante las cuales sus despachos pasarían de ser un lugar de trabajo decente a convertirse en la sede del caos y del desorden.

Skacke y Melander llegaron a las siete y escucharon con expresión grave el nuevo aspecto del caso Heydt. Después empezaron a hacer trabajar sus teléfonos, pero ya era demasiado tarde. Por allí empezó a desfilar una cantidad enorme de personas, muchas de las cuales parecía como si se acabaran de dar cuenta de que su presencia en el lugar era indispensable. Llegó el director general de la policía, seguido de cerca por Stig Malm, el jefe local de la policía de Estocolmo, y el jefe de las fuerzas de orden público. Poco después apareció Bulldozer Olsson con su alegre semblante, y luego vino un representante del cuerpo de bomberos, al que nadie había

invitado, dos intendentes de la policía, que según todos los indicios sólo venían movidos por la curiosidad, y, como colofón, un secretario de Estado enviado por el gobierno, al parecer con el encargo de observar la operación.

Un rato más tarde, incluso se pudo ver la coronilla de Eric Möller en medio de aquel jolgorio, pero a aquellas horas ya habían perdido todas las esperanzas de poder hacer algo importante.

Gunvald Larsson se dio cuenta muy pronto de que le resultaría totalmente imposible llegar a su casa en Bollmora para ducharse y cambiarse de ropa, y si Martin Beck tenía algún plan en ese sentido o en cualquier otro, todo se vino abajo debido a que, desde las ocho y media y sin interrupción, estuvo hablando por teléfono con un montón de personas, la mayor parte de las cuales tenían una relación bastante remota con la visita del alto dignatario.

En el revuelo general, también entraron dos reporteros criminalistas en el cuartel general, donde intentaban captar noticias. Estos periodistas, según se creía, tenían una opinión favorable sobre la policía, y en la dirección general existía la intención de caerles bien y de lograr su apoyo. El director general con uno de los reporteros a sólo medio metro de distancia, se dirigió a Beck diciéndole:

—¿Dónde está Einar Rönn?

—No lo sé —mintió Martin Beck.

—¿Qué está haciendo?

—Eso tampoco lo sé —dijo Martin Beck, mintiendo todavía más.

Mientras retiraba el codo del armario, se oyó al director general de la policía murmurar para sí:

—Es curioso, es una forma de dar órdenes curiosísima.

Poco después de las diez llamó Rönn y consiguió, tras mucho toma y daca, hablar con Gunvald Larsson.

—Sí, hola, soy Einar.

—¿Está todo preparado?

—Sí, me parece que sí.

—Bien, Einar, ¿estás cansado?

—Sí, eso sí. ¿Y tú?

—Estoy hecho un guiñapo —confesó Gunvald Larsson—, ayer ni me acosté.

—Bueno, yo al menos he dormido dos horas.

—Algo es algo. Y ahora, ten mucho cuidado.

—Sí, y tú también.

Gunvald Larsson no dijo nada sobre Heydt, en parte porque allí había demasiadas personas extrañas que podían oírle, y en parte porque aquella información sólo serviría para que Rönn se pusiera aún más nervioso de lo que ya estaba, suponiendo que lo estuviera.

Gunvald Larsson avanzó como pudo hasta la ventana, dio la espalda a todos los demás y miró hacia el exterior. Lo único que se veía desde allí era el supercuartel general de la policía, en construcción, y un poco de cielo gris y triste.

El tiempo era el que se podía esperar con cero en el termómetro, viento del noroeste y nubes de nieve aproximándose, lo cual no iba a ser nada divertido para la gran cantidad de policías de servicio en el exterior, ni tampoco para los manifestantes.

El jefe de la SÄPO parecía haber tenido razón en un aspecto: durante todo el día habían estado llegando manifestantes de Noruega y aún más de Dinamarca, confundándose con los del país y formando todos juntos un muro ininterrumpido desde Norrtull hasta la plaza de Sergel y el edificio del Parlamento en el centro de Estocolmo, centro de reciente construcción, todo él provisional, y absolutamente catastrófico desde el punto de vista del medio ambiente.

A las diez y media, Martin Beck consiguió liberar a sus tres colaboradores más cercanos y les hizo entrar en un despacho contiguo, en el que Gunvald Larsson cerró en seguida las puertas y desconectó todos los teléfonos.

Martin Beck les dirigió un parlamento muy breve:

—Sólo nosotros cuatro sabemos que Reinhard Heydt está en la ciudad, con toda seguridad, y con él por consiguiente un grupo terrorista al completo. ¿A alguien le parece que estos hechos deben hacernos modificar nuestro plan?

Nadie respondió hasta que Melander se sacó la pipa de la boca y habló:

—Por lo visto, ésta es la situación con la que habíamos contado desde un principio, o sea que no veo por qué hemos de cambiar nuestro plan a estas alturas.

—¿Cuál es el riesgo que corren Rönn y su gente? —preguntó Benny Skacke.

—Muy grande —dijo Martin Beck—. Vamos, eso me parece a mí.

Sólo Gunvald Larsson discrepó:

—Si ese maldito Heydt o alguno de sus colaboradores sale con vida del país, me lo voy a tomar como un fracaso personal, tanto si hacen volar por los aires a ese americano como si no.

—O le pegan un tiro —dijo Skacke.

—Les va a ser prácticamente imposible pegarle un tiro —aseguró Melander con una gran calma—. Toda la protección a distancia se basa en impedir acciones a larga distancia. En los contados casos en que abandone el coche blindado va a tener una fuerte protección personal de hombres provistos de armas automáticas y chalecos antibala. Todas las zonas interesadas han sido cerradas al tráfico desde las doce de esta noche.

—Y en el banquete de esta noche —preguntó Gunvald Larsson de repente—, ¿van a servirle champán en copas blindadas a ese cabrón?

Solamente se rió Martin Beck, por lo bajo pero de todo corazón, y él mismo se sorprendió al verse capaz de reír en una situación semejante.

Melander dijo con paciencia:

—El banquete es cosa de Möller; si he entendido bien su plan, cada uno de los camareros y servidores del patio de Caballerizas será esta noche un agente de seguridad armado.

—¿Y la comida? —quiso saber Gunvald Larsson—. ¿Va a cocinar el propio Möller? Porque, si es así, el pobre senador tiene pocas probabilidades de salir con vida.

—El cocinero jefe y las cocineras son de confianza, pero además se les visitará y se les observará atentamente.

Durante un rato hubo silencio. Melander fumaba su pipa; Gunvald Larsson abrió la ventana y dejó entrar un viento helado y algo de lluvia y nieve, junto con la dosis normal de motas de polvo y aceite y demás desechos dañinos de la industria.

—Tengo otra cuestión —dijo Martin Beck—, y ahora el tiempo apremia. ¿Quiénes están de acuerdo en que deberíamos advertir al jefe de la policía de seguridad sobre la presencia de Heydt y también de ULAG en Estocolmo?

Gunvald escupió con desprecio por la ventana. Skacke parecía meditar, pero no dijo nada; fue de nuevo Melander el responsable de la idea más lógica:

—Informar de estas cosas en el último momento no mejorará las posibilidades de Eric Möller y de la protección personal; muy al contrario, corremos el riesgo de que se produzca confusión y órdenes contradictorias.

La protección personal ya está organizada y todos son conscientes de su trabajo.

—Está bien —dijo Martin Beck—; como sabéis, hay varios detalles —bueno, muchísimos— que sólo conocemos los cuatro. Si algo sale mal, seremos nosotros los que carguemos con el muerto.

—No tengo nada en contra —respondió Skacke.

Gunvald Larsson volvió a escupir con desprecio por la ventana. Melander asintió con la cabeza; lleva treinta y cuatro años como policía y pronto serían treinta y cinco, y tenía mucho que perder con una suspensión o un eventual despido.

—No —dijo por fin—, yo no puedo decir, como Benny, que no tengo nada en contra; en cambio, estoy dispuesto a correr un riesgo calculado, y éste es el caso.

Gunvald Larsson miró su reloj. Martin Beck siguió su mirada y dijo:

—Sí, ya es la hora.

—¿Nos atenemos estrictamente al plan? —preguntó Skacke.

—Sí, mientras la situación no desemboque en algo dramático; entonces, lo dejo a vuestra propia consideración.

Skacke asintió. Martin Beck dijo:

—Yo y Gunvald nos serviremos de uno de los coches más rápidos de la policía, un Porsche, para poder avanzar o retroceder y dar la vuelta a lo largo del itinerario, lo más deprisa posible, en caso necesario.

La policía no tenía más de media docena de aquellas maravillas mecánicas pintadas de blanco y negro.

—Vosotros dos, Benny y Fredrik, iréis en la furgoneta de la radio; os colocaréis a la cabeza de la comitiva, entre la escolta motorizada y la *limousine* blindada. Allí podréis seguir la radio y la televisión, y vigilar también nuestra propia radio. Aparte del conductor, dispondréis de un experto en electrónica, que según dicen es capaz de hacer cualquier cosa con la electrónica y algunas cosas más.

—Bien —dijo Melander.

Volvieron al despacho, en el que sólo permanecía el jefe local de la policía. Estaba delante del espejo y se peinaba con cuidado y coquetería. Después se miró la corbata, que era de seda y de un solo color, como de costumbre; aquel día era amarillo claro.

Sonó el teléfono y contestó Skacke.

Tras una breve conversación ininteligible, colgó y dijo:

—Era SÄPO-Möller; ha expresado su sorpresa.

—Vamos, habla, Benny —ordenó Martin Beck.

—Estaba sorprendido de que uno de sus hombres figurase en la lista del grupo especial.

—¿Qué coño es eso de una lista del grupo especial? —exclamó Gunvald Larsson.

—El hombre se llama Victor Paulsson. Möller dice que él, personalmente, ha estado aquí esta mañana para recoger la lista del grupo especial. Dice que necesitaba este grupo para una misión especial de protección personal, y que ha puesto a ese Victor Paulsson en la lista del GE y que desde ahora está bajo sus órdenes.

—¡Por todos los demonios del infierno! —gritó Gunvald Larsson—. ¡No, por todos los cuernos del mundo, esto no puede ser cierto! Ha estado arriba y se ha llevado la lista de los idiotas, los patanes, los que estaba previsto que hicieran guardia sin moverse.

—Pues ahora ya los tiene —dijo Skacke—, y no me ha dicho desde dónde llamaba.

—¿O sea que se ha creído que tu abreviatura de Gilipollas Escogidos quería decir Grupo Especial? —preguntó Martin Beck.

—¡No! —gritó Gunvald Larsson y se golpeó la frente con el puño—. ¡Mierda de mierda, esto no puede ser! ¡Me cago en su madre! ¿Ha dicho para qué los quería?

—Sólo que era para una misión especial.

—¿Como proteger al rey?

—Si es por el rey, aún llegaríamos a tiempo —dijo Martin Beck—, pero si no...

—Si no, no podemos hacer ni una puñetera mierda —exclamó Gunvald Larsson—, porque ahora nos tenemos que marchar ya. ¡Qué puta mala suerte, joder!

Cuando atravesaban la ciudad en el coche, añadió:

—Pero ha sido culpa mía, ¿por qué no escribí simplemente «Lista de idiotas», y por qué no me la guardé en mi escritorio bajo llave?

—A lo mejor aún se puede arreglar —dijo Martin Beck.

El vehículo de escolta iba por su cuenta al aeropuerto. Gunvald Larsson prefirió tomar el camino por la calle Kung y la de Svea. En todas partes se veían grupos de policías uniformados, así como muchos de paisano, que en su mayor parte eran criminalistas y agentes de la periferia.

Detrás de ellos se apretujaban ya bastantes manifestantes con pancartas y banderolas, y un número superior de curiosos.

En la acera, delante del cine Rialto, justo delante del edificio principal de la Biblioteca Nacional, se encontraba una persona cuya presencia sorprendió bastante a Martin Beck. El hombre no era muy alto para ser policía, tenía la cara curtida y las piernas un poco arqueadas. Llevaba un abrigo con capucha y pantalones de lana a rayas diagonales grises, marrones y verdes, con las perneras metidas en unas botas altas y verdes de goma. En la nuca llevaba un sombrero de safari de color indeterminado. Nadie que no supiera que era policía podía habérselo imaginado.

—¿Quieres parar un momento? —dijo Martin Beck—. Junto a ese tipo del sombrero de cazador de tigres.

—¿Quién es? —preguntó Gunvald Larsson frenando—. ¿Un agente secreto o el jefe del servicio de seguridad de Korpilombolo?

—Se llama Nöjd —contestó Martin Beck—, Herrgott Nöjd. Es inspector de policía en Anderslöv, un municipio entre Malmö e Ystad, en el distrito policial de Trelleborg. ¿Cómo puñeta ha venido a parar aquí?

—¿Y qué piensa hacer? —dijo Gunvald Larsson parando el coche—. ¿Cazar alces en el parque de Humle?

Martin Beck abrió la portezuela y dijo:

—¿Herrgott?

Nöjd le miró sorprendido. Luego se ajustó la cinta del sombrero de safari y éste se inclinó hacia adelante, sobre uno de sus ojos vivarachos.

—¿Qué hace aquí, Herrgott?

—No lo sé exactamente. Me han traído en un avión chárter lleno de policías de Malmö, Ystad, Lund y Trelleborg, esta mañana muy temprano, y después me han colocado aquí. Ni siquiera sé muy bien dónde estoy.

—Estás muy cerca del cruce de las calles Oden y Svea —explicó Martin Beck—, Si todo va bien, la escolta pasará por aquí.

—Hace un rato ha pasado un borrachín y me ha dicho que fuese a buscarle una botella de licor. Se ha quedado muy cortado. Teníamos orden de parecer unos paletos.

—Tienes un aspecto formidable —dijo Martin Beck.

—¡Vaya tiempo de mierda! —exclamó Nöjd—. ¡Y qué ciudad más complicada! Hace un par de minutos ha venido una viejecita y me ha preguntado por la Biblioteca Nacional. ¿Qué podía decirle yo, si ni siquiera sé en qué calle estoy?

—Si miras al frente verás un gran edificio marrón con una torre redonda muy rara, justo enfrente de ti; ésa es la Biblioteca Nacional, y tú estás en la calle Svea, de espaldas a un cine que se llama Rialto.

—Sí, eso ya lo había visto —dijo Nöjd—, y parece que hacen una buena película.

Martin Beck echó un vistazo a los carteles, que anunciaban una película de Luis Buñuel.

—¿Vas armado?

—Sí; ésas eran las órdenes.

Se desabrochó el abrigo y dejó ver un gran revólver, sujeto a la cintura con un gancho, justamente como Gunvald Larsson solía llevarlo, aunque él prefería la pistola automática.

—¿Eres el jefe de todo este circo? —preguntó Nöjd.

Martin Beck asintió y preguntó a su vez:

—¿Y qué tal por Anderslöv cuanto tú no estás?

—Bien. Me sustituye Evert Johansson, y todo el mundo sabe que vuelvo pasado mañana. Nadie se atreverá a hacer nada, aparte de que no pasa nunca nada en Anderslöv, excepto aquella vez hace un año, cuando estuviste allí.

—Me invitaste a una cena fantástica —dijo Martin Beck—. ¿Quieres cenar en mi casa esta noche?

—¿Aquel día que cazamos faisanes?

Nöjd se echó a reír y luego respondió a la pregunta:

—Desde luego, sólo que lo que ocurre es que nos dan las órdenes más fantásticas. Tengo que dormir en una casa que está vacía, junto con otros diecisiete. Alojamiento dijeron... ¡joder!

—Ya lo arreglaremos —le aseguró Martin Beck—; hablaré con el jefe de la policía de orden público; precisamente en estos momentos es subordinado mío. ¿Tienes mi número y mi dirección, verdad?

—Ya lo creo —contestó Nöjd palmeándose el bolsillo trasero—. ¿Y éste quién es?

—Se llama Gunvald Larsson. Normalmente trabaja en la sección de delitos violentos, aquí en la ciudad.

—¡Pobre diablo! —dijo Nöjd—, He oído hablar de él. ¡Vaya trabajo! Es un tío enorme para un cochecito tan pequeño. Me llamo Herrgott Nöjd; es un nombre chocante, pero ya me he acostumbrado. Y en Anderslöv ya no se burla nadie.

Gunvald Larsson no le dirigió ni una palabra a Nöjd; acababan de ser presentados y esto era todo.

—Nos hemos de marchar —dijo.

—Está bien —dijo Martin Beck—; entonces nos veremos esta noche en mi casa. Si hay jaleo, nos llamaremos.

—Muy bien —asintió Nöjd—, pero ¿tú crees que pasará algo?

—Casi seguro —contestó Martin Beck—, algo ocurrirá pero es difícil saber qué.

—Mmmm —rezongó Nöjd—, espero que no me ocurra precisamente a mí. ¿Cómo se llama esta calle que cruza?

—Calle Oden.

—Procuraré acordarme. Es mejor que os marchéis, hasta luego.

—Adiós. Ya nos veremos. ¿Te parece bien a las ocho?

Gunvald Larsson conducía velozmente. Aquel coche estaba hecho para correr. Durante el camino sólo intercambiaron un par de frases.

—Parecía un buen tipo —comentó Gunvald Larsson—; no sabía que todavía quedaban polis así.

—Tenemos alguno que otro, pero no quedan demasiados.

A la altura de Norrtull, Martin Beck preguntó:

—¿Dónde está Rönn?

—Bien oculto, pero no estoy preocupado por él.

—Rönn es bueno —dijo Martin Beck.

—Pocas veces expresas lo que sientes en este aspecto.

—No, es mi manera de ser.

A lo largo de la carretera había policías, y más allá, esparcido a lo largo de la carretera, se encontraba lo que la policía valoraba en diez mil manifestantes, una cifra algo baja a todas luces, pues más bien parecía que había treinta mil.

Cuando entraban en la zona del vestíbulo de llegada vieron el avión, que se disponía a tomar tierra en aquel momento.

La operación había empezado. Por la radio policial llegó una voz metálica:

—Todas las unidades provistas de radio emplearán desde este preciso instante la señal Q. Repetimos: Q, y será válida hasta nueva orden. Sólo se obedecerán las instrucciones del comisario Beck. No hace falta contestarlas.

Martin Beck sonrió. La señal Q era muy poco frecuente; significaba silencio total en la radio policial.

—¡Coño, y yo no he podido ducharme ni cambiarme de ropa! — exclamó Gunvald Larsson—. Ese maldito Heydt tiene la culpa.

Martin Beck observó a su compañero y le pareció que estaba bastante más elegante que él mismo.

Gunvald Larsson aparcó fuera de la terminal de llegadas internacionales. El avión todavía no había tocado tierra. A pesar de todo, habían llegado a tiempo, por lo menos con varios minutos de antelación.

21

El reactor de reluciente aluminio aterrizó doce minutos y treinta y siete segundos antes de lo previsto. Después rodó hacia un lugar que Eric Möller, personalmente, consideraba seguro. Bajó la escalera mecánica y, también doce minutos y treinta y siete segundos antes de lo previsto, el senador salió de la cabina.

Era un hombre corpulento y moreno, con una sonrisa seductora y dientes blanquísimos. Miró a su alrededor y vio el desierto aeropuerto y el bosque interminable que lo rodeaba. Luego levantó su sombrero blanco de ala ancha y lo agitó, saludando a los manifestantes y la policía que se hallaban en la terraza del mirador.

Gunvald Larsson pensó que aquel hombre no gozaba de buena vista y que leía «Larga vida al próximo presidente» en lugar de «Yankee go home» y «Asesino hijo de puta», tal como estaba escrito en las pancartas. A lo mejor creyó que los retratos de Mao y de Lenin eran su propia efigie, y en realidad la diferencia no era muy notable.

Bajó del avión y, con la misma sonrisa en el rostro, estrechó la mano al director del aeropuerto y a un secretario de Estado.

Tras él bajó por la escalerilla un hombre con una gabardina muy ancha a cuadros. Era un tipo rudo y corpulento, con una cara que parecía esculpida en granito. De aquella cara de piedra salía un enorme cigarro que más bien parecía formar parte del cuerpo. A pesar de las ampulosas dimensiones de la gabardina, se advertía un gran bulto debajo de la manga izquierda; debía de ser el guardaespaldas personal del senador.

El jefe del gobierno sueco también tenía un guardaespaldas, que era algo que ningún primer ministro sueco había tenido antes. El primer ministro prefirió esperar en la sala de VIPS acompañado de otros tres miembros del gobierno.

Una patrulla de agentes de élite de Möller condujo al senador, con el de la cara de piedra a remolque, hasta un carro blindado cedido por el ejército. El vehículo les trasladó los pocos centenares de metros que les separaban de la sala de los VIP; Möller no quiso correr riesgos y la operación se celebró, como tantas otras de la SÄPO, bajo el signo de la ridiculez y de la payasada, lo cual inducía erróneamente a muchos a considerar a la policía

de seguridad como una colección de memos y de idiotas, opinión que más de uno había tenido que cambiar por propia experiencia.

Efectivamente, el presidente del gobierno se encontraba en la sala de los VIP; era un tipo pequeño, crispado y nervioso, de rasgos agriados y afeminados. Lo que se desprendía de su cara no era, pues, la bonhomía de la que se enorgullecieron algunos de sus antecesores. Los que intentaban analizar en profundidad su aspecto y su carácter, afirmaban que en él concurrían rasgos evidentes de mala conciencia y desengaños infantiles.

El senador y el jefe del gobierno se dieron la mano largamente y con auténtica euforia, para regocijo de la televisión y de los fotógrafos, pero no hubo besuqueo como ocurrió cuando vinieron los mandatarios rusos. En cambio, se vio en seguida que el senador era un estrechador de manos bien entrenado, porque prácticamente había sido candidato a la presidencia en una ocasión. Con un intérprete de la embajada pegado a la mejilla se dirigió a cada una de las personas presentes en la sala y les estrechó la mano, uno por uno. Martin Beck fue uno de los primeros en ser saludado, y la primera impresión que tuvo fue la fuerza y la confianza que despertaba aquel apretón de manos.

Tan sólo Gunvald Larsson dio muestras de un cierto desagrado; se volvió de espaldas a todo el mundo y se quedó mirando por la ventana. Afuera, los agentes de Möller pululaban como podían chapoteando en la pasteta de nieve, mientras los vehículos de la comitiva se iban situando, marcha atrás, en sus lugares, con la limusina blindada justo delante de la puerta.

Tras unos minutos notó unos golpecitos en el hombro, muy decididos, se volvió y contempló aquella cara de piedra con el cigarro.

—El senador desea darle la mano —le dijo el guardaespaldas en inglés, y el cigarro le tembló un poco al hablar. Parecía tan humano como el monstruo de Frankenstein.

El visitante sonrió con mayor seducción aún y clavó su mirada en Gunvald Larsson y en sus azules ojos cristalinos. Los del senador eran amarillos, como los de un tigre tibetano.

Gunvald Larsson lo pensó sólo unos segundos, después alargó la mano derecha peluda y rubia y la encajó lo más profundamente que pudo. Aquello lo había aprendido en la Armada, y continuó apretando hasta que la sonrisa del político se transformó en una mueca de dolor. Cara de Piedra observó la maniobra con atención, pero el cigarro no se le movió ni un milímetro.

Aquel hombre sólo parecía capaz de llegar a meras y ligeras expresiones faciales.

Gunvald Larsson oyó que detrás del senador el intérprete decía algo sobre «comando» y «policía especial». Cuando soltó la mano, el rostro del visitante extranjero daba la impresión de que su dueño estaba completamente agotado.

Los fotógrafos brincaban aquí y allá y disparaban; de vez en cuando se agachaban para conseguir ángulos interesantes, y uno incluso se tendió de espaldas en el suelo y apretó el gatillo. Sus compañeros parecieron un tanto frustrados por no haber tenido ellos antes la idea.

El presidente del gobierno se paseaba de arriba abajo, casi como Bulldozer Olsson, con su guardaespaldas pegado a los talones. Ansiaba marcharse, pero primero habían de tomar el champán, y además iban doce minutos por delante del horario previsto, lo cual no se cansaba de señalar el realizador de televisión allí presente.

Martin Beck bebió su champán, mientras Gunvald Larsson vertía el suyo en la maceta de una horrible planta de adorno, con la esperanza de que muriera de intoxicación etílica aguda. Cara de Piedra mantenía la mano derecha dentro de la gabardina, y alzó la copa con la izquierda como si pensase devorar el cigarro y la copa.

A Eric Möller no se le veía por ninguna parte. A Martin Beck se le ocurrió pensar que a lo mejor estaba inspeccionando la protección personal desde un helicóptero, lo cual le llevó en seguida a pensar en Stig Malm, que era un maníaco de los helicópteros. Él y el director general de la policía se hallaban en la sala de los VIP, donde éste último se lucía hablando elegantemente en un inglés fluido aunque algo tosco, primero con el senador, y luego con Cara de Piedra, que no movió ni un músculo ni parecía entender una palabra. Aquel hombre seguramente no había estado ni en Princeton ni en Yale.

El embajador de Estados Unidos también se hallaba en plena actividad febril. Era de raza blanca, y no había peligro de que le llamasen «negrito» como al anterior, y, cuando se observaba la gran cantidad de gente que componía su séquito, uno se preguntaba cómo sería de numerosa la legación del gran amigo americano.

Afuera roncaban las motocicletas. Los motoristas pertenecían a un grupo especial dentro de la propia policía, y se habían integrado en la policía porque les divertía conducir motocicletas, y solían ocuparse de hacer

demonstraciones públicas el día de la Policía y en ocasiones similares. Otra de sus ambiciones consistía en llegar a demostrar que se podía circular en una motocicleta de gran cilindrada sin que pareciera el bombardeo sobre Dresde o un lanzamiento de cohetes en serie desde Cabo Cañaveral, o Cabo Kennedy, como se llamaba entonces.

A Melander y a Skacke no se les consideró apropiados para la sala de los VIP, y permanecieron en el minibús de las comunicaciones. En la frecuencia de la policía el silencio era total, mientras la radio pública y la televisión sólo emitían las voces de comentaristas, que, con voz trascendente y severa actitud, describían la dilatada carrera política del otrora candidato a la presidencia, aunque sin decir una sola palabra sobre su postura ideológica o sus intervenciones reaccionarias en política interna o exterior. En cambio, dijeron dónde vivía, qué aspecto tenían sus perros, que una vez por poco se convirtió en estrella del béisbol, que su mujer casi llegó a ser actriz, que sus hijas eran como casi todas las hijas de todo el mundo, que él mismo iba a veces a hacer la compra, que él —al menos durante las campañas electorales— solía vestir trajes de confección, y que una vez sufrió un atentado en Portland, Oregon (en realidad, el viento había desprendido una teja del tejado del ayuntamiento y le había dado en la cabeza, lo que rápidamente le había granjeado el sobrenombre de «frente de piedra»). A la población sueca también se le hizo saber el volumen de su fortuna personal (bastante importante, pollo visto), y que en cierta ocasión estuvo a punto de ser objeto de una investigación del Senado en busca de evasores de impuestos, cosa que no ocurrió porque, providencialmente, él era precisamente el portavoz de aquella comisión. Su esposa había abierto un internado gratuito para huérfanos de soldados caídos en la guerra de Corea. Él, cuando joven, había aconsejado al presidente Truman lanzar las primeras bombas atómicas, y ya más maduro había resultado imprescindible para una serie de administraciones diversas. Había sido propuesto para la candidatura a la alcaldía de Nueva York (una de las tareas más ingratas del mundo), pero él había renunciado a presentarse en los comicios. Más adelante se decía que diariamente montaba una hora a caballo y que, en condiciones normales, nadaba mil metros cada día. Había contribuido activamente a las «liberaciones» de Tailandia, Corea, Laos, Vietnam y Camboya, según palabras de un locutor de televisión nada sospechoso de izquierdismo, quien dijo, además, que el senador era un ejemplo de lozanía y juventud en un mundo en el que la gerontocracia era

demasiado manifiesta, y entonces salieron varias imágenes fijas de Mao, Tito y Franco, todos por encima de los ochenta, y Breznev, que tenía sesenta y ocho, junto con Enver Hoxha, que también era de «avanzada edad», aunque no se pudo precisar más, seguramente por insuficiencia de datos.

—Lástima que Stalin, Churchill, Hitler, De Gaulle, Adenauer, Ulbricht y Napoleón hayan muerto —dijo Skacke—, porque hubieran podido enseñarlos también.

Un minuto antes de lo previsto, el cortejo estaba formado y dispuesto. El senador y el jefe del gobierno sueco ocuparon el asiento posterior de la limusina blindada. El jefe del gobierno pareció sorprenderse al ver que Cara de Piedra también subía con ellos y desdoblaba el asiento que quedaba justo frente a él, de manera que el cigarro casi tocaba la punta de la nariz del jefe del partido, que notó en su interior una tremenda irritación, pues su propio guardaespaldas viajaba tranquilamente en otro vehículo.

El jefe del gobierno hablaba correctamente inglés, y el intérprete entre ambos dignatarios poca cosa tenía que hacer.

—¡Vamos allá! —dijo Gunvald Larsson, accionando el encendido de su coche.

El Porsche empezó a rodar, y Martin Beck se volvió para ver si el resto de la columna salía como estaba previsto, y así fue.

En el coche de los cristales azules, el senador observaba atentamente el paisaje, pero, aparte de los policías y una casi imperceptible cantidad de manifestantes, sólo pudo ver el trozo de aburrido paisaje sueco que se extiende entre Estocolmo y el aeropuerto. Estuvo un buen rato intentando encontrar algo positivo que decir, pero por fin se rindió, se volvió hacia el primer ministro y le dedicó su mejor sonrisa electoral. El líder político sueco le devolvió la sonrisa, que no fue electoralmente tan mala, aunque al senador le pareció que con aquella sonrisa el hombre no podría conseguir que le eligieran ni siquiera sheriff de Frankfort, Kentucky.

Cara de Piedra permanecía totalmente en silencio.

El senador había dejado de mirar el paisaje, y el jefe del gobierno ya había agotado en la sala de los VIPS su repertorio de frases hechas y de gestos.

El senador no dejaba de acariciarse los dedos de la mano derecha. A pesar de los cientos de manos que llevaba estrechados en su vida, nunca le habían apretado tan fuerte como lo hiciera Gunvald Larsson.

Al cabo de un rato Gunvald Larsson condujo hacia el arcén y paró. El convoy pasó ante ellos en perfecta formación y buen ritmo.

—Me gustaría saber para qué va a utilizar Möller esa tropa de gilipollas escogidos —dijo mientras maniobraba.

—Ahora lo veremos —contestó Martin Beck.

—¡Y ahora, mi querido Heydt, vas a ver cómo las gastamos en Suecia —dijo Gunvald Larsson—, bajo el estandarte de Carlos XII!

Puso en marcha el motor, apretó a fondo el acelerador y adelantó a toda la caravana. El Porsche alcanzaba los doscientos veinticinco en una buena recta.

—Buen coche —dijo Gunvald Larsson—. ¿Cuántos tenemos como éste?

—Una docena —contestó Martin Beck—, como máximo.

—¿Para qué se usan?

—Para llevar al director general a su casa de campo.

—¿Todos? ¿Caben todos esos chorizos en un solo coche?

—La idea es que sirvan para alcanzar a los chalados de la velocidad y los transportes rápidos de droga.

Se acercaban ya a Estocolmo, lo cual no mejoró el aspecto del paisaje. El senador volvió a mirar un rato por la ventanilla, pero pareció resignarse. «¿Qué se había figurado? —pensó el primer ministro y sonrió para sus adentros con malicia—. ¿Lapones vestidos de colorines y con cascabeles de plata en las piernas, o renos con cazadores montados a pelo y halcones en el brazo?» Luego se dio cuenta de que Cara de Piedra le empezaba a mirar, y se puso a pensar en conversaciones importantes sobre la balanza de pagos, la crisis del petróleo y el acuerdo armamentístico.

El primer ministro no sabía que el nuevo embajador ante las Naciones Unidas estaba a punto de pronunciar un discurso ante la asamblea general en Nueva York, discurso que estaría muy en la línea de las tradiciones socialdemócratas, que, desde luego, ya no podían seguirse considerando reformistas ni mucho menos. Diría, más o menos que los judíos tenían derecho a su tierra y los palestinos tenían el derecho a luchar por la suya, pero se olvidaría naturalmente de señalar que se trataba exactamente de la misma tierra, como si se tratase de una cosa baladí. ¡Suecia habría hablado!

Poco después se detuvo la escolta. Otro Porsche, con la palabra POLIS en letras de palo a los lados, se acercó desde el final de la hilera de coches. Excepto Martin Beck y Gunvald Larsson, tan sólo unas pocas personas sabían de qué se trataba; el deportivo blanco y negro paró a la altura de la

limusina, y Aasa Torell, que lo conducía, se inclinó un poco a un lado y abrió la portezuela izquierda. El primer ministro cambió de coche; Aasa apretó gas a fondo, sin decir ni una palabra, y continuó hacia el centro de Estocolmo. Al mismo tiempo, la comitiva volvió a ponerse en movimiento y los visitantes observaron la maniobra con miradas indiferentes. Todo había durado menos de treinta segundos.

En la valla norte de Haga se habían amontonado numerosos manifestantes, y primero dio la impresión de que se estaban zurrando con la policía, pero desde más cerca se veía que la policía permanecía impasible, mientras los manifestantes armaban jaleo con un pequeño grupo de contramanifestantes que agitaban banderas de Estados Unidos, del régimen de Van Thieu y de Taiwan.

Cuando pasaban por Norrtull Martin Beck preguntó:

—¿Dónde está Einar?

—Está detrás de aquella esquina, en la calle Dannemora —explicó Gunvald Larsson—; la hemos cerrado en sus dos extremos, pero aún quedaban riesgos, inquilinos sospechosos y cosas por el estilo.

—De todos modos, desde ahí no pueden llegar más que a la central de alarma o a la centralita de la policía —observó Martin Beck.

Herrgott Nöjd continuaba en su puesto. Estaba helado y de bastante mal humor, pero había logrado tener un aspecto apacible. Definitivamente, aquello no era Anderslöv y los campos ondulados de Söderslätt.

Desde la acera opuesta se le acercó, muy compuesto, un policía de uniforme y se detuvo ante él; luego preguntó ceremonioso:

—¿Qué tal por aquí?

—Bien —dijo Nöjd—. ¿Satisfecho?

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—En autobús.

—¿Podría identificarse?

Nöjd sacó su placa de identificación y el policía la contempló un buen rato, mientras iba enrojeciendo lentamente. Era un típico representante del cuerpo de policía de Estocolmo: rubio, con patillas, alto y con ojos azules.

—Ya llegan —dijo Nöjd en voz baja—; yo creo que vale más que vuelvas a tu puesto.

El agente se cuadró y volvió a atravesar la calle con paso marcial.

En el apartamento de dos habitaciones de la calle Kapell, a Reinhard Heydt le pareció que todo encajaba perfectamente. Él y Levallois permanecían en la central de operaciones, como ellos lo llamaban. Tenían los dos televisores en marcha, al igual que los aparatos de radio. Todos transmitían lo mismo: la primera visita en muchos años de un político americano de relieve a aquel país. Sólo una cosa estaba fastidiando a Heydt, que inquirió:

—¿Por qué no se oye la radio de la policía?

—Porque ya no emite más, y los coches tampoco.

—¿Puede deberse a un fallo de nuestro equipo?

—Imposible —dijo Levallois.

Reinhard Heydt recordó; aquello de la señal Q debía de significar silencio, pero no tenía aquella señal en su lista. Seguramente se trataba de una medida muy poco frecuente.

Levallois lo repasó todo por enésima vez, y ya era imposible saber cuántas veces lo había controlado todo. Probó también otras frecuencias, y por fin meneó la cabeza y dijo:

—Totalmente imposible. Simplemente, mantienen silencio por radio.

Heydt se rió para sus adentros. Levallois le miró interrogante.

—¡Fantástico! —exclamó Heydt—, La policía intenta engañarnos no utilizando su radio. ¿Has visto los policías de esta ciudad?

—Ni uno.

—Por eso no entiendes de qué me río. Lo único que les falta es decir: «oink, oink».

Echó un vistazo a las pantallas de televisión. La comitiva pasaba en aquel momento por delante de los almacenes OBS de Rotebro. La radio resaltó el hecho y añadió que la hilera de manifestantes se hacía más densa.

El locutor de televisión no decía demasiadas cosas, excepto cuando las cámaras tomaban panorámicas de la policía y el público a lo largo del carril oriental de la autopista.

Quinientos metros por delante de la escolta avanzaba un coche de la policía, y otro cerraba la comitiva a igual distancia.

Gunvald Larsson miró a través del parabrisas.

—Ahí —dijo—, ahí tenemos uno de los helicópteros.

—Sí —constató Martin Beck.

—¿No tenían que situarse sobre la plaza de Sergel?

—Sí, pero hay tiempo. A ver si adivinas quién va sentado en ese aparato.
—¡El senador! —exclamó Gunvald Larsson—. ¡Hubiera sido genial! Recogerle en Arlanda y soltarlo en el tejado del Parlamento...

—Ni él ni el gobierno lo han querido. Bueno, ¿quién va en el helicóptero?

Gunvald Larsson se encogió de hombros.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Malm. Le dije que era la posición ideal desde el punto de vista de la coordinación, y picó en seguida. Viene directamente desde Arlanda.

—Malm, claro —dijo Gunvald Larsson—; ése está loco por los helicópteros.

A Reinhard Heydt le pareció que la cosa empezaba a resultar divertida. Vio el jaleo entre los manifestantes de Haga y sabía que se acercaba el momento.

Levallois estaba muy serio; miraba sus instrumentos y sus conexiones, pero sin tocar nada.

La radio y la televisión coincidían plenamente:

«La comitiva pasa ahora por las verjas de la puerta sur de Haga» —decía la voz de la radio—. «Todo el camino está flanqueado por un hervidero de manifestantes; los megáfonos transmiten consignas sin parar. En la Audiencia de Haga, la cosa es aún peor.»

Por la radio se oían claramente los slogans.

Heydt contempló las pantallas de televisión y pudo constatar lo mismo; el griterío de consignas se oía menos por televisión, y el reportero se esmeraba en no hacer ninguna referencia a ellas. En cambio, dijo:

«En estos momentos, el Pontiac especialmente diseñado y blindado del senador cruza el patio de Caballerizas, donde el gobierno ofrecerá una cena de gala esta noche.»

El momento crucial estaba muy próximo.

«En estos instantes, el automóvil con el senador y el primer ministro abandona Solna y cruza el límite de Estocolmo.»

Muy, muy cerca del momento.

Levallois señaló la cajita negra con el botón blanco; él sostenía entre sus dedos dos cables listos para cortocircuitar, por si Heydt caía fulminado o se hacía daño en los dedos; el francés era muy cauteloso y era evidente que no le gustaba dejar ningún cabo suelto.

Reinhard Heydt dejó descansar su dedo índice sobre el botón blanco, mientras seguía mirando las imágenes televisivas.

Tan sólo unos segundos. Vio un Porsche blanco y negro y pensó: «Ahí se va un bonito coche a la mierda».

¡Ahora!

Apretó el botón en el preciso instante..., pero no sucedió nada. Levallois cortocircuito en seguida los dos cables, pero siguió sin ocurrir nada.

Las imágenes televisivas mostraban la comitiva pasando por Norrtull y torciendo en la embocadura de la calle Svea. Luego cambiaron a una cámara fija que mostró las imágenes desde el cruce de las calles Oden y Svea, con grandes cantidades de manifestantes y curiosos tras un espeso muro de policías.

Heydt se fijó en un policía con sombrero de safari y botas, y pensó que se trataba de un agente secreto.

Luego dijo con mucha tranquilidad:

—Hemos fallado, la bomba no ha explotado; se ve que no es nuestro día. —Soltó una carcajada y añadió—: Señor senador, le regalo la vida para que haga con ella lo que le dé la gana.

Levallois meneó la cabeza. Llevaba puestos dos enormes auriculares.

—No —dijo—, la carga ha explotado cuando has apretado el botón, exactamente como tenía que ser. Todavía oigo ruido de tierra o de cascotes, o lo que sea.

—¡Pero esto es imposible! —exclamó Heydt.

Por la televisión se veía el coche blindado que pasaba por delante de la Biblioteca Nacional, e inmediatamente después ante un gran edificio gris, que sabía que era la Escuela Superior de Comercio.

Los manifestantes estaban tan apiñados como podían, pero los policías parecían muy tranquilos, y nadie intentaba abrirse camino a través del cordón policial. Por ningún lado se veía una pistola empuñada o una porra en alto.

—¡Curioso! —dijo Levallois.

—¡Imposible! —exclamó Heydt—. Yo he apretado el botón en la precisa décima de segundo, ¿qué ha pasado?

—No lo sé —confesó Levallois.

Reinhard Heydt apretó el detonante en la décima de segundo precisa para que no dañara a nadie. El comando dinamitero de ULAG hizo volar

exactamente dos mil noventa y un sacos de arena y una montaña de material aislante de fibra de vidrio. La única víctima relacionada con alguna persona fue el sombrero de Einar Rönn, que salió volando y no se encontró nunca más.

Rönn había hecho colocar en la calle Dannemora veinticinco camiones, un camión de reparaciones del servicio de gas, tres ambulancias, dos coches con altavoces, más un camión cuba y un camión escalera del cuerpo de bomberos. Mandaba, además, a treinta hombres y mujeres escogidos, en su mayor parte pertenecientes a las fuerzas de orden público, todos provistos de cascos protectores y la mitad de ellos con altavoces portátiles.

Cuando la comitiva hubo pasado, dispuso de doce a quince minutos para tapar el lugar de la calle bajo el cual se suponía que quizá habría de estallar una bomba. Además, tuvo que cerrar todos los accesos al lugar y conseguir que la gente de los alrededores se mantuviera a una distancia prudente.

Los coches de bomberos y las ambulancias continuaban en la calle Dannemora. Doce minutos era muy poco tiempo para todas estas cosas, pero afortunadamente ese tiempo se alargó hasta los catorce minutos y treinta segundos.

A Rönn no le ajustaba el casco a la medida de su cabeza, y por eso no se lo puso hasta el último instante, dejando su sombrero distraídamente sobre uno de los sacos de arena.

Uno de los camiones no logró depositar su carga de arena porque el motor de arranque le falló, pero eso tuvo poca importancia. Lo único que produjo la bomba fue un gigantesco surtidor de arena y pedacitos blancos de fibra de vidrio, aparte de una interrupción del servicio de gas, que tardó varias horas en ser subsanada provisionalmente.

Y en el instante en que la explosión hizo vibrar varias manzanas como si se tratara de un terremoto auténtico, el desagradable senador estaba en el Parlamento bebiendo Ramlösa, mientras Cara de Piedra mostraba por primera vez un aspecto ligeramente humano al sacarse el cigarro de la boca, dejarlo en el borde de una mesa y atizarse un trago largo de whisky de la petaca que llevaba escondida; luego, colocó de nuevo el cigarro en su sitio y volvió a tener el aspecto de antes.

El senador lanzó una mirada a su guardaespaldas y dijo a modo de aclaración:

—Ray está intentando dejar de fumar, y por eso no lo enciende nunca.
Se abrió la puerta.

—Y aquí tenemos al ministro de Asuntos Exteriores y al ministro de Comercio —anunció el jefe del gobierno con naturalidad.

La puerta volvió a abrirse, pero esa vez eran Martin Beck y Gunvald Larsson los que entraron. El jefe del gobierno los miró con ingratitud y dijo:

—Gracias, pero aquí no les necesitamos.

—De nada —dijo Gunvald Larsson—; sólo estamos buscando a SÄPO-Möller.

—¿Eric Möller? Tampoco tiene nada que hacer aquí. Pregunten a sus hombres, que están pululando por toda la casa. ¿Qué ha sido ese estruendo que se ha oído hace un momento?

—Un atentado frustrado contra el coche blindado.

—¿Una bomba?

—Sí, más o menos.

—Ocúpense de que detengan inmediatamente al responsable.

—¡Magníficas instrucciones! —exclamó Gunvald Larsson cuando se dirigían al ascensor.

—Me ha recordado la manera de hablar de Malm —dijo Martin Beck.

Bajaron en el mismo ascensor que C-H Hermansson, que tenía las mejillas coloradas y la mirada aturdida.

—¿Qué, ya es hora de irse a casa? —dijo Gunvald Larsson.

—Oh, sí, y de quedarse hasta el domingo por la mañana.

Preguntaron a varios de los agentes de Möller y todos respondieron:

—Seguro que está en alguna parte, por aquí cerca, pero nunca se sabe dónde.

Reinhard Heydt no comprendía qué había sucedido, ni siquiera cuando leyó los periódicos del viernes. No era el único en extrañarse. El director general de la policía y Stig Malm llamaron inmediatamente a Gunvald Larsson y Martin Beck a su presencia. Rönn pensaba que ya había hecho lo suyo y se marchó a su casa de la calle Vittangi, en Vällingby, donde Unda y Mats se habían enzarzado en una disputa a pleno pulmón sobre si los copos de trigo eran más nutritivos que los de avena o viceversa, pero, como querían a Rönn como esposo y como padre, y como vieron su aspecto cansado, cesaron repentinamente en su alboroto.

—¡Hola, papá! —exclamó Mats—. ¿Qué tal ha ido?

—Bien, pero mi sombrero se fue a paseo.

—Mañana te compraré otro —dijo Unda.

Rönn prefería comprarse los sombreros personalmente, pero optó por callarse en lugar de protestar.

Todos miraron la cama, y él se echó en ella sin sacarse siquiera los zapatos. Su mujer y su hijo le ayudaron a desvestirse.

—No te quejarás, ¿verdad? Te busqué un buen padre.

—El mejor —dijo Mats.

Rönn oyó estos comentarios, pero no logró reaccionar porque se quedó dormido como un tronco.

Durmió profundamente y sin soñar.

Al día siguiente, cuando se despertó, se le ocurrió pensar en una liebre asada con carbón de leña y en arenque fermentado; luego fue a la cocina, donde se cocía un desayuno de arroz con leche.

Un poco más tarde cogió el metro hacia Kungsholmen y tomó un tren que le condujo a Fridhemsplan.

Gunvald Larsson y Martin Beck fueron llamados en seguida a presencia de Poncio Pilatos; desde la llegada del senador al Parlamento había pasado solamente media hora.

El silencio de la radio policial se había roto, y la central de alarmas estaba desbordada de llamadas.

Otro que quedó desbordado, pero de impropiedades, fue Stig Malm.

—Sí, eres realmente un experto en coordinación bien curioso —dijo el director general de la policía—; yo podía haberme quedado en mi casa de campo mientras todo ocurría... y, por cierto, ¿qué ha ocurrido?

—No lo sé muy bien —confesó Malm. Le temblaban visiblemente los puños, y empezó a decir—: Mi querido...

—No quiero que me llamen «mi querido», soy el máximo jefe ejecutivo de la policía del país, y exijo estar informado de todo lo que pasa dentro del cuerpo, ¿me has oído? ¡Todo! Y precisamente ahora, a ti, que eres el jefe de la operación conjunta, te pregunto: ¿qué ha pasado?

—Ya te he dicho que no lo sé muy bien —dijo Malm.

—¡Un jefe de coordinación que no sabe nada...! —tronó el director general de la policía—. ¡Fantástico! ¿Qué sabes, pues? ¿Tampoco te enteras cuando te limpias el culo?

—Sí, pero...

Suponiendo que Malm fuera a decir algo, el otro le interrumpió en seguida.

—No comprendo por qué el jefe de las fuerzas de orden público, y Beck y Larsson y Packe, o Macke o como se llame, no han encontrado un momento para venir y entregarme un informe, o aunque sólo fuera telefonear aquí...

—La centralita no pasa ninguna llamada aquí a no ser que llame tu mujer... —replicó Malm insinuante; parecía haberse repuesto un poco, pero continuaba sin ser él mismo, su mismísimo yo, como decía él a veces.

—Bueno, a ver, explícame esto del atentado.

—Realmente, no sé nada sobre este asunto, pero parece ser que Beck y Larsson vienen hacia aquí.

—¿Parece ser? ¡Un experto en coordinación que no sabe nada! ¿Y quién va a ser aquí la cabeza de moro?

«El mismo de siempre», pensó Malm. Luego dijo:

—Nuestro hombre no se llama Macke, sino Skacke, y se dice cabeza de turco. Aparte de esto, sublime es una palabra que realmente significa trascendente.

Malm comenzaba realmente a remontar el vuelo.

El director general de la policía se levantó violentamente y se dirigió con rápidos pasos hacia una de las pesadas cortinas de la ventana.

—Nadie se ha de meter en lo que yo digo —replicó irritado—, y si digo cabeza de moro, es que es cabeza de moro. Si hay que corregir algo, lo corregiré yo mismo.

«Otra vez a tirar de las cortinas —pensó Malm con resignación—; y espero que esta vez se le caiga todo encima.»

Llamaron a la puerta.

Entraron Martin Beck y Gunvald Larsson. Martin Beck no era ningún alfeñique, pero, comparado con Gunvald Larsson, parecía totalmente inofensivo.

Gunvald Larsson contempló la escena y exclamó:

—¡Hombre, llegamos a tiempo! Por nosotros, no se priven. —Y, volviéndose hacia Malm, le dijo—:

—¿Le has contado aquello de los burdeles?

Malm asintió y dijo:

—Pero no le pareció gracioso; dijo que eso era porque los decoraban así.

—¿Le dijiste cómo se pone la polla cuando te tiras a una de sus putas? ¿Que se pone a rayas?

—No —contestó Malm—, no se lo dije. ¡Eres tan vulgar, Larsson!

—¿A rayas, de verdad? —preguntó el hombre de las cortinas.

—Seguro, igual que un anuncio de peluquería.

El director general de la policía estalló en una carcajada y se sentó en su escritorio, mientras se apretaba con ambas manos el estómago.

—No tienes ningún sentido del humor, Stig —se quejó Gunvald Larsson dirigiéndose a Malm.

—No, eso es absolutamente cierto —jadeó el director general.

—Malm, tendrías que hacer un cursillo de perfeccionamiento en el arte del humor —dijo Gunvald Larsson.

—¿Los hay? —preguntó Malm.

—Hombre, claro, en la universidad —contestó Gunvald Larsson mirando significativamente a Martin Beck, que no parecía entender gran cosa de aquella extraña conversación.

El director general de la policía se había recompuesto y exigió:

—Ahora quiero saberlo todo sobre esa bomba.

—Desde el principio trabajamos según la teoría de Gunvald y valiéndonos de sus recientes experiencias —explicó Martin Beck—, y parecía que eso era lo correcto. ULAG todavía no había operado nunca en Europa, y, además, parecía que recientemente había pasado a dar golpes en las grandes ciudades, a pesar del gran despliegue policial que en ellas se concentra. Además, nuestro honorable huésped es una pieza codiciada para toda clase de organizaciones terroristas.

—¿Toda clase?

—Sí, se sabe que muchos grupos de liberación y de izquierdas están en contra suya por sus posiciones reaccionarias, de la misma manera que los elementos de derechas le consideran un simple provocador. Igualmente, los grupos pacifistas, que lo señalan como una amenaza para la paz mundial. Es de ese tipo de políticos a los que teme todo el mundo, no sólo como persona, sino por lo que representa. Todo esto podía seducir a ULAG: una persona peligrosa y despreciada en todas partes, excepto en ciertos círculos de Estados Unidos. Cuando fue nombrado candidato a la presidencia, hace unos años, parece ser que mucha gente votó prácticamente a cualquier otro candidato por miedo a dónde pudieran conducirles las ideas de política internacional de este hombre, por ejemplo en forma de confrontación entre las superpotencias y China. En cuanto a Oriente Medio, siempre ha apoyado la ayuda americana a Israel; ha sido siempre uno de los más activos «halcones» en la guerra del Vietnam, y no existe ninguna duda de que trabajó para la junta fascista chilena, responsable del asesinato de Allende, del comandante en jefe y de miles de otras personas. Lo que se le puede considerar como bueno es que tiene un cierto valor moral y que es un hombre cultivado y tiene una presencia simpática.

—Yo creía que tú eras apolítico —dijo el director general de la policía.

—Y lo soy; sólo estoy citando hechos, a los que habría que añadir que, a pesar del desmoronamiento de la administración Nixon, él ha conservado su puesto político, tanto en el senado como en su ciudad natal y a nivel federal.

Martin Beck miró a Gunvald Larsson, que asintió.

—Y ahora llegamos al atentado —dijo Martin Beck—. Muy pronto tuvimos la impresión de que ULAG o alguna organización similar, por ejemplo alguno de los grupos palestinos ilegales, podían dar un golpe. Ya que el atentado de junio, del que tan cerca estuvo Gunvald, se llevó a cabo completamente, a pesar de unas medidas de seguridad extremas, poco a poco nos convencimos de que aquí se emplearía el mismo *modus operandi*, como tú, Malm, sueles decir, venga o no venga a cuento. Para el grupo central de las operaciones escogimos a cinco policías de lo criminal con experiencia, es decir, a Benny Skacke y a mí mismo, de Västberga, a Gunvald Larsson y a Einar Rönn, de la sección de delitos violentos, junto con un extraordinario administrador y crítico, Fredrik Melander, de la sección de robos. Los cinco hicimos, cada uno por su lado, un cálculo sobre el lugar idóneo para un atentado con explosivos contra el coche del senador y buena parte de la escolta, y llegamos al mismo punto exactamente.

—¿En Norrtull?

—Exacto; a no ser que cambiáramos el rumbo del cortejo, en cuyo caso probablemente hubiera pasado sobre otras bombas, que, dicho sea entre paréntesis, todavía no hemos podido localizar, y no se hubiera ganado nada. Por eso, nos dispusimos a tomar medidas de dos clases.

Martin Beck empezó a notar que se le secaba la garganta. Miró a Gunvald Larsson, que en seguida tomó el hilo.

—Después del atentado del cinco de junio, llegué a dos conclusiones: la una era que las bombas no se podían descubrir ni rastrear con detectores. Pero más importante fue que quien hizo estallar la bomba se encontraba muy lejos del lugar, al menos fuera del radio de visión, y que no tenía colaboradores que le mantuvieran informado por radio de onda corta acerca del punto exacto en el que se encontraba el coche blindado. ¿Cómo podían saber, entonces, en qué momento había que hacer explotar la carga? La respuesta es muy sencilla: esa persona estaba escuchando el programa ordinario de la radio, que, al igual que la televisión, retransmitía en directo el reportaje de la llegada del presidente y de su traslado desde el aeropuerto al palacio. El resto de la información lo obtuvo de la radio de la policía, que emitía con toda normalidad. De esta manera pudo ver con sus propios ojos dónde se encontraba la comitiva, y podía comprobarlo también escuchando la radio.

Gunvald Larsson se aclaró la garganta, pero Martin Beck no mostró ninguna intención de retomar la palabra, así que Gunvald Larsson

prosiguió:

—A partir de estas... digamos teorías, tomamos una serie de medidas. Lo primero fue tener una larga y complicada conversación con el director de la radio, que por fin se avino a no retransmitir los acontecimientos en directo, sino darlos en diferido con quince minutos de diferencia. El público vería y oiría una transmisión en diferido, pero con una mínima diferencia. Llamaron a un par de técnicos, y opusieron toda clase de dificultades y de complicaciones hasta que también entraron en el asunto. Después hablamos también con los reporteros que comentarían el programa, y dijeron que a ellos les era completamente indiferente.

En aquel momento, Martin Beck se mostró dispuesto para continuar las explicaciones.

—A todas esas personas se les pidió absoluto silencio y discreción. En cuanto al silencio de la radio policial, hablé con el jefe de la policía de aquí, de Estocolmo, y con los jefes de los distritos vecinos, y, a pesar de que algunos eran reacios a esa medida, al final accedieron todos.

Gunvald Larsson le interrumpió y dijo:

—La misión más difícil se la encomendamos a Einar Rönn. Norrtull es una zona normalmente de mucho tráfico, y se trataba de remodelar rápidamente toda aquella zona, a la vez que se hacía lo que se podía para aminorar el efecto de la explosión y del subsiguiente y mucho más peligroso escape de gas con explosión.

Gunvald Larsson hizo una pausa, y luego dijo:

—No ha sido nada fácil, en la medida en que todo tenía que quedar listo en menos de quince minutos. Rönn ha contado con treinta policías, de los cuales la mitad eran mujeres, en la calle Dannemora; además, ha dispuesto de dos coches con altavoces, dos coches de bomberos y un gran número de camiones con sacos de arena, colchonetas y material de aislamiento ignífugo.

—¿Y no ha habido ningún herido?

—No.

—¿Y daños materiales?

—Algunos cristales de ventanas y, naturalmente, la conducción de gas, que tardará un tiempo en quedar reparada.

—Ha hecho un buen trabajo este Rönn —dijo el director general—. ¿Dónde está ahora?

—Yo diría que está en casa durmiendo —contestó Gunvald Larsson.

—¿Por qué ha cambiado de coche el primer ministro sin que se nos hubiera informado? —terció Malm.

—¿O sea que no sabes ni siquiera eso? —exclamó Gunvald Larsson.

—He observado el cambio desde el helicóptero —dijo Malm muy tieso.

—¡Ah, claro!

—Simplemente, queríamos que el senador y él pasaran por el punto crítico cada uno de por sí —dijo Martin Beck.

Malm no contestó. Gunvald Larsson miró su reloj y dijo:

—Dentro de treinta y tres minutos comienza la ceremonia en la iglesia de Riddarholm; desde luego, eso ya es cosa de Möller, pero me gustaría estar cerca.

—Por cierto, y hablando de Möller... —dijo el director general de la policía—. ¿Le ha visto alguno de vosotros?

—No —dijo Martin Beck—, a pesar de que le hemos estado buscando.

—¿Para qué?

—Para un asunto especial —contestó Gunvald Larsson.

—¿Qué riesgo creéis que existe todavía para un nuevo atentado con bomba? —preguntó el director general.

—Muy pequeño —respondió Martin Beck—, pero eso no obsta para que continuemos la vigilancia con todos nuestros efectivos.

—Podríamos decir que ya hemos superado la primera etapa —dijo Gunvald Larsson—. La que viene ahora puede ser bastante más difícil.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Malm.

Desde luego, aquél era el tipo indicado para la coordinación.

—Pues echarles el guante a los terroristas —dijo Gunvald Larsson.

Aquel jardín de flores era realmente gigantesco; era la corona de flores más enorme que Martin Beck y Gunvald Larsson habían visto en su vida, y probablemente era también la hecha con peor gusto. La composición de colores daba una impresión sorprendente, aunque obedecía a un orden lógico. Desde lejos parecía un descomunal salvavidas pintado por algún modernista loco de atar.

Estaba distribuida en cuatro secciones, dos compuestas de claveles blancos, rojos y azules, o más bien turquesa, y otras dos secciones, alternas, con margaritas amarillas y azules. En los bordes, entre los colores de barras y estrellas y los de la bandera sueca, se mezclaban las cinco clases de flores, y aquí y allá habían metido hojas verdes, que ya empezaban a colgar hacia afuera. La circunferencia interior de la corona estaba formada por ramas de pino plateadas, y, como reborde para la circunferencia exterior, había hojas de laurel artísticamente trenzadas.

Los creadores de coronas de las dos empresas de floristería que habían recibido el encargo de confeccionar aquel engendro habían hecho seguramente lo que habían podido, y no se les podía echar en cara aquella curiosa composición, ya que el mismísimo y muy honorable huésped había dado instrucciones exactas sobre su construcción.

En la parte superior de la corona había un escudo dorado con un águila calva sujeta, y tras el emblema sobresalían las banderas americana y sueca en forma de V. De la parte inferior colgaba una cinta azul celeste tornasolada, con un texto genial en letras doradas: «A la Memoria de un Gran Hombre, Su Majestad El Rey Gustavo VI Adolfo de Suecia, de los Corazones del Pueblo de los Estados Unidos».

La cinta era muy ancha, y debía de haberle costado mucho esfuerzo y pintura de purpurina al rotulista, escribir aquel elegante homenaje.

La corona descansaba sobre la plataforma de un camión que se hallaba estacionado en la acera sur de la desembocadura de la calle Tryckeri.

Los cuatro oficiales del navío americano llevaban ya media hora de pie ante el palacio de Stenbock, esperando el momento de realizar su labor como portadores de la corona. Lo más seguro era que se estuvieran

helando, pero al menos estaban al abrigo del viento del noreste, que arrastraba consigo ráfagas de aguanieve.

Martin Beck y Gunvald Larsson, que acababan de llegar, se habían situado en la escalera del tribunal de Svea y el viento les azotaba en la cara. Después de haber contemplado atónitos aquel fenómeno que descansaba sobre la plataforma del camión, se dedicaron a examinar los alrededores.

Riddarholmen, que es una pequeña isla con una decena de edificios estatales y públicos, constituía la parte esencial de la Ciudadela entre los puentes. El ferrocarril y el angosto canal de Riddargolm la separaban de la Ciudad Vieja, y, a no ser que se llegase a ella en barca, sólo existían tres accesos: se podía ir por el arcén del puente sobre el ferrocarril o subir por la escalera de Hebbe, procedente del puerto de Munkbro, mas para alcanzar el montículo en automóvil sólo existía la posibilidad de llegar cruzando el puente de Riddarhus sobre el ferrocarril y el canal.

Esos tres puntos estaban cerrados. Para Eric Möller y su grupo especial, había sido muy sencillo cerrar la zona y comprobar que en ella no se encontrase ninguna persona ajena a la ceremonia. A lo largo de todo el día habían estado vigilando que sólo se acercaran allí las personas que trabajaban en los diversos organismos y oficinas, y no dejaron pasar a nadie más a través de las barreras.

Los manifestantes y los curiosos tuvieron que permanecer al otro lado del puente, en la plaza de Riddarhus.

Diez minutos antes de la hora prevista para la llegada del cortejo, Eric Möller había enviado a dos hombres al interior de la iglesia, ordenándoles:

—Id a ver, no vaya a ser que por un descuido se hayan colado algunos japoneses con la cámara colgando ante la barriga y se vayan a quedar ahí embobados durante la ceremonia.

Esos dos hombres del comando especial eran Karl Kristiansson y el auxiliar de homicidios Aldor Gustavsson. Kristiansson era increíblemente perezoso de natural, y Gustavsson un joven garboso y despreocupado, que tenía un alto concepto de sí mismo.

Gustavsson se apostó en el interior del portal y encendió un cigarrillo, mientras Kristiansson se arrastraba por dentro contemplando aquel ambiente sacrosanto. Se acordó de cómo le fastidiaba cuando iba al colegio y le obligaban a visitar museos y otros lugares históricos, en los que no solamente se moría de aburrimiento, sino que además le exigían que

escribiera redacciones sobre sus experiencias. También recordó que no había entrado en una iglesia desde el día de su Confirmación.

Kristiansson regresó al lado de Gustavsson, que pateaba el suelo, rodeado de ceniza.

—Dentro de cinco minutos viene el yanqui —dijo—. Será mejor que ocupemos nuestros puestos.

Kristiansson asintió y siguió los pasos de Gustavsson.

Martin Beck y Gunvald Larsson se pelaban de frío en el lugar desde el que observaban la plaza de Birger Jarl; alrededor de la plaza había policías armados, y entre el camión y la entrada de la iglesia había otros tantos hombres armados, jalonando el camino.

De repente, Gunvald Larsson se limpió unas gotas de lluvia que le habían llegado a los ojos y dio un codazo a Martin Beck.

—¡Me cago en la leche! —exclamó—. ¡Lo sabía! Mira: ¡el comando de gilipollas escogidos!

Martin Beck vio a Gustavsson bambolearse al salir de la iglesia con Kristiansson pisándole los talones, y simultáneamente descubrió a Richard Ullholm que venía andando ruidosamente desde la cuesta de Wrangelska, y que pasó ante la iglesia en dirección al puente.

Martin Beck miró el reloj; tan sólo faltaban cinco minutos.

—No podemos hacer gran cosa ya —dijo—, aparte de ver cómo termina todo esto. Por cierto, ¿dónde está Möller?

Gunvald Larsson señaló la iglesia.

—Ahí viene —dijo—, con los auténticos figurones de la lista.

Y se golpeó la frente con la palma de la mano.

Eric Möller caminó con pasos rápidos hacia la entrada de la iglesia, seguido por Bo Zachrisson y de Kenneth Kvastmo; se pararon y Möller examinó su pequeña tropa.

Martin Beck y Gunvald Larsson continuaban en la escalera frente a la plaza y vieron cómo Möller hablaba con sus cuatro hombres, dirigiéndose a cada uno de ellos, uno por uno. No daba la impresión de ser el hombre calmado de siempre, pues miró muchas veces el reloj y lanzaba inquietas miradas a la plaza de Riddarhus, donde aparecería de un momento a otro el cortejo. Al parecer, les dio algunas órdenes terminantes. Zachrisson se colocó junto a Kristiansson a uno de los lados del portal, y Gustavsson y Kvastmo al otro lado.

—No pienso mover un dedo —dijo Gunvald Larsson—. Esto es asunto de Möller. ¡Madre mía, qué comando especial! ¡Y qué mierda de corona! Es una suerte que el homenajeado se libre de verla.

Martin Beck se alzó el cuello, se metió las manos en los bolsillos y dijo:

—Cuando depositen esa porquería, se van a revolver en sus tumbas varias generaciones de monarcas. Por cierto, ¿qué es esa idiotez de traerla desde Norstedts hasta aquí?

Gunvald Larsson miró a través de la cortina de nieve hacia los cuatro oficiales, que se habían colocado junto al camión.

—La idea es que resulte más pomposo haciendo una procesión a través de la plaza, y estamos en primera fila, date cuenta; no sé si tendríamos que aplaudir.

Martin Beck miró hacia el grupo de gente de televisión y prensa, que estaban reunidos junto a la embocadura del puente frente a la iglesia. Richard Ullholm estaba en medio de ellos y gesticulaba. Eric Möller se dirigía hacia el puente para ordenar que quitaran las barreras y dar instrucciones a los del autobús de la televisión para indicarles dónde podían colocarse.

Todos tenían la mirada puesta en dirección a la calle Mynt, por donde debía aparecer la comitiva en cualquier momento.

De repente, Martin Beck vio una figura muy conocida, que se ocultaba tras la estatua de la plaza. Victor Paulsson era, probablemente, el hombre más fácilmente identificable de la sección de espionaje de la policía de seguridad, precisamente debido a las curiosas indumentarias que utilizaba para confundirse disimuladamente entre la gente en cualquier ocasión.

Era un hombre bastante corpulento, de unos cuarenta años, y Martin Beck lo descubrió cuando cruzaba la plaza. Caminaba tranquilamente y sin mirar a su alrededor, como si estuviera dando un paseíto sin rumbo fijo.

Sus ropas estaban a tono con el fausto acontecimiento. Martin Beck no le había visto nunca equipado de aquella manera, pues normalmente se presentaba ataviado con lo que él mismo denominaba ropas juveniles, de intensos colores, especialmente cuando tenía que estar de servicio de vigilancia en manifestaciones, encuentros estudiantiles o reuniones políticas.

Aquel día llevaba botines, pantalón gris oscuro con discretas rayas gris claro, y abrigo negro con cuello de terciopelo. En la cabeza llevaba bombín gris y bajo el brazo un ejemplar doblado del *Svenska Dagbladet*.

—¿Dónde está el paraguas? —preguntó Gunvald Larsson—. ¿Y el maletín? Se ha vuelto a afeitar el bigote, aunque a lo mejor era postizo, porque la semana pasada lo llevaba.

—¿Quieres decir aquel individuo parecido a Salvador Dalí? —dijo Martin Beck.

En aquel preciso instante se oyeron los gritos de los manifestantes en la plaza Riddarhus, y se vio aparcar la comitiva a lo lejos, en la calle Mynt.

Eric Möller iba casi brincando de un lugar a otro, dando órdenes a diestra y siniestra, y luego hizo una señal al cuarteto de oficiales de marina, que se pusieron firmes, dispuestos a bajar del camión la monstruosa corona de flores.

El cortejo giró hacia el puente de Riddarholm; primero la escolta motorizada y después el coche blindado con el senador, el jefe del gobierno y el guardaespaldas, esa vez sin el cigarro en su cara de piedra. Detrás, seguían coches con agentes de seguridad, el guardaespaldas del jefe del gobierno, el embajador de Estados Unidos y otros diplomáticos de alto copete, y miembros del gobierno.

Se había rogado al joven rey que participara en el homenaje a su desaparecido abuelo, pero se encontraba en visita oficial en un país vecino y le fue imposible asistir.

La hilera de vehículos torció a la izquierda y se detuvo ante el palacio de Stenbockska, justo enfrente del lugar en el que se encontraban Martin Beck y Gunvald Larsson.

El conductor se apeó rápidamente de la limusina y desplegó un gran paraguas negro antes de abrir la portezuela trasera.

El guardaespaldas del jefe del gobierno se acercó dando trompicones, con otro paraguas, y ambos potentados bajaron del coche y empezaron a caminar por la plaza, flanqueados por sus porteadores de paraguas. Cara de Piedra, que les seguía a corta distancia, tuvo que quedarse sin protección contra la lluvia, pero esto no pareció importarle; seguía sin mover un sólo músculo de la cara.

De repente, el senador se detuvo y señaló la estatua de Birger Jarl, que les daba su enorme y brillante espalda de bronce. Los que iban detrás de él se detuvieron también, y todos miraron hacia la estatua.

La lluvia caía en pesadas gotas sobre los desprotegidos y cada vez más melancólicos acompañantes.

El primer ministro explicó a quién representaba aquella estatua, y el senador asentía interesado y parecía querer saber más sobre aquel mariscal del reino que en cierto modo había sido el primer antecesor del primer ministro en el cargo.

Mientras los participantes en la ceremonia iban adquiriendo cada vez más el aspecto de unos gatos remojados, especialmente las señoras, con sus peinados recientes, que ya empezaban a lanzar miradas asesinas en todas direcciones, ambos mandatarios permanecían quietos bajo sus paraguas, y el primer ministro parecía dispuesto a iniciar un largo parlamento.

Cara de Piedra seguía pegado al senador, con la mirada clavada en su cogote. Le seguía exactamente a la misma distancia como si estuviera atado a un hilo, cuando los dos hombres, con sus portadores de paraguas rodearon lentamente la estatua, mientras el parlamento del primer ministro continuaba, interrumpido de vez en cuando por las preguntas del senador.

—¡Mierda! Podrían dejar ya tranquilo a Birger Jarl, o ponerle la corona a él —exclamó Gunvald Larsson irritado.

Miró sus mocasines italianos, que estaban completamente mojados y probablemente estropeados para siempre.

—Estaba pensando en cómo se debe decir «mariscal del reino» en inglés —dijo Martin Beck—. ¿State Marshal?

—Eso parece más bien comisario nacional en americano —contestó Gunvald Larsson.

Se sacudió como un perro mojado y miró a los dos hombres, que en aquel momento estaban justo enfrente de la estatua y la contemplaban con las cabezas inclinadas hacia atrás.

—Mira a Cara de Piedra —dijo Martin Beck.

—Sí —asintió Gunvald Larsson—, pide que deje de llover.

—¿Cómo puede saber ése tantas cosas sobre Birger Jarl? ¿Crees que lo ha estudiado, o es que forma parte de los deberes de un primer ministro?

—Lo único que yo sé sobre Birger Jarl es que inventó el «Women's Lib» o algo así —dijo Gunvald Larsson—. Yo tuve el sarampión cuando dieron la lección sobre él en la escuela.

El senador pareció darse cuenta de repente de que no estaba haciendo turismo y que su misión era otra que la de asistir a una clase sobre el introductor de la liberación de la mujer y fundador de Estocolmo. Se dirigió entonces hacia los cuatro oficiales navales, que estaban empapados y que tal vez desearan ya que aquello fuera de verdad un salvavidas.

El senador saludó con aprobación y dijo:

—*Marvellous. Exactly as I wanted it.*

Entonces se formó una comitiva, que desfiló lentamente hacia el portal de la iglesia de Riddarholm.

El jefe del gobierno y el senador iban muy juntos entre el chófer y el guardaespaldas, que intentaban maniobrar de acuerdo con los paraguas para que protegieran a los mandatarios y para que no se volvieran ni se les escaparan de las manos a causa del fuerte viento.

—Sería fantástico que ese par de payasos salieran volando a la vela sobre la bahía de Riddar —dijo Gunvald Larsson.

—¡Como Mary Poppins! —exclamó Martin Beck.

—Y John Blund.

Cara de Piedra permanecía en su puesto; tres metros detrás de él venían los portadores de la corona, y tras ellos el resto de los participantes, de dos en dos.

La cinta azul de seda de la corona ondeaba al viento y el escudo dorado con el águila se tambaleaba peligrosamente. Lo que antes había sido una artística composición de banderas parecía en aquellos momentos más bien un par de trapos de cocina usados.

Los cuatro oficiales parecían planchados debajo de aquella carga monumental; lo que no estaba ya tan bien planchado eran sus uniformes.

—¡Pobres diablos! —dijo Gunvald Larsson—. Yo no me hubiera prestado jamás a cumplir una misión como ésta; me hubiera sentido como un idiota.

—Vete a saber, igual les hubieran arrestado o algo así —replicó Martin Beck.

—Oye, hablando de idiotas —dijo Gunvald Larsson—, casi mejor que cambiemos de sitio para ver qué van a hacer los gilipollas de guardia.

Esperaron a que hubieran pasado los últimos del cortejo, cuatro agentes de seguridad, y se colocaron en la esquina del edificio de la Audiencia, desde donde tenían una buena visión de la puerta de la iglesia, justo enfrente de la cuesta de Wrangelska.

A la derecha de la entrada se hallaban Kristiansson y Zachrisson. Tenían aspecto de estatuas y parecían sentirse impregnados de la seriedad del momento.

En la parte izquierda del portal se encontraban Kvastmo y Aldor Gustavsson; Kvastmo en posición de firmes, tieso como un palo.

Muy pegado a la pared del edificio del tribunal, frente a la iglesia, estaba Victor Paulsson. Del ala de su bombín le caían grandes gotas sobre el cuello de terciopelo, y el periódico, que continuaba llevando doblado bajo el brazo, estaba a punto de diluirse.

A Eric Möller no se le veía, pero Richard Ullholm continuaba muy atareado, haciendo que los chicos de la prensa y de la televisión se mantuvieran en los lugares que se les habían asignado.

La ceremoniosa procesión se aproximaba lentamente a la iglesia.

Justo delante de la entrada se detuvieron el guardaespaldas del primer ministro y el chófer del senador, bajaron los paraguas y se unieron a Cara de Piedra tras el honorable huésped y su anfitrión.

En el momento en que se disponían a entrar salió alguien por la puerta de la iglesia. Era una chica joven, con el cabello largo y rubio, de ojos castaños abiertos de par en par y los labios apretados, en una cara seria y pálida. Llevaba una chaqueta de gamuza, una falda verde de terciopelo hasta los pies y botas de piel.

Entre las manos llevaba un pequeño revólver brillante. Se paró en el umbral, levantó los brazos y disparó.

La distancia entre la boca del revólver y el punto central entre las cejas del primer ministro, en el que la bala hizo un agujero para entrar, no superaba los veinte centímetros.

El primer ministro se derrumbó cuan largo era hacia atrás y sobre su guardaespaldas, que fue arrastrado en la caída con el paraguas todavía en la mano.

La chica retrocedió un poco debido al retroceso del arma, y se quedó completamente inmóvil mientras bajaba muy lentamente los brazos.

El ruido del disparo retumbó entre las paredes de los edificios, y transcurrieron varios segundos hasta que cada uno reaccionó como pudo.

El único que no reaccionó fue el primer ministro. Había muerto en el preciso instante en que la bala perforó su frente.

—¡Mierda! —exclamó Martin Beck.

Gunvald Larsson le miró con expresión interrogante. Martin Beck no solía reaccionar así.

Victor Paulsson cruzó rápidamente la calle y a medio camino de la iglesia se le cayó la pistola de su periódico doblado y desapareció en un gran charco de agua, entre salpicaduras.

Mientras el senador, con mucha tranquilidad, tomaba en sus manos la pequeña pistola niquelada de la chica, su guardaespaldas sacó un gigantesco revólver del interior de su ancha gabardina.

Victor Paulsson se aproximó al grupo con un ejemplar totalmente remojado del *Svenska Dagbladet* en la mano.

El senador seguía mirando a la chica mientras entregaba el arma homicida a Zachrisson, que era a quien tenía más cerca.

Cara de Piedra apuntó con su Peacemaker a la indefensa muchacha. Incluso en su enorme mano destacaba como un artefacto gigantesco, y hubiera quedado bien en manos de Wyatt Earps o al menos de John Wayne.

Bo Zachrisson levantó el pequeño revólver con la intención de arrancar de un disparo el arma de la mano de Cara de Piedra, pero el guardaespaldas del senador fue más rápido y, sin mover un músculo de la cara, golpeó la mano de Zachrisson con su Colt. Zachrisson chilló y dejó caer el revólver.

Kenneth Kvastmo, que hasta entonces había permanecido en posición de firmes, se abalanzó sobre la muchacha y le juntó los brazos a la espalda en una maniobra rapidísima. Ella no ofreció resistencia, pero se inclinó hacia adelante e hizo muecas de dolor durante el duro tratamiento.

El guardaespaldas del primer ministro se había levantado y miraba atónito el cadáver del jefe del gobierno, que yacía a sus pies. El paraguas continuaba en sus manos.

Se oyeron chillidos de terror entre los miembros de la procesión, mientras fotógrafos y periodistas saltaban por todas partes con Richard Ullholm a la cabeza.

En el momento en el que Martin Beck y Gunvald Larsson llegaban al lugar, apareció Eric Möller procedente de alguna parte. Intentó apartar de allí a todas aquellas personas alarmadas e impresionadas, que empezaban a formar un círculo alrededor del muerto, a la vez que gritaba órdenes a sus hombres más o menos desocupados.

Martin Beck vio a Rebecka Lind, que continuaba agarrada por Kvastmo.
—Suéltala —le dijo.

Kvastmo sostuvo a la chica e intentó protestar, cuando Martin Beck se adelantó y se la arrebató.

—Me la llevo a nuestro coche —dijo Gunvald Larsson, y condujo a Rebecka a través de toda aquella gente sorprendida.

Martin Beck se agachó y recogió el revólver que Cara de Piedra le había hecho soltar a Bo Zachrisson.

Hacía poco que había visto un arma parecida. Se la había enseñado Kollberg en el Museo del Ejército, y recordó lo que Kollberg le había dicho sobre aquel pequeño revólver de señora: «con esto se le puede dar a un melón a veinte centímetros de distancia, siempre que el melón se esté completamente quieto». Martin Beck miró la frente agujereada del jefe del gobierno muerto y pensó que aquello era, más o menos, lo que había logrado hacer Rebecka.

La confusión era total. Los únicos que parecían tomarse las cosas con cierta frialdad eran el senador, su guardaespaldas y los cuatro oficiales de marina, que habían colocado la monstruosa corona a los pies del primer ministro.

Richard Ullholm tenía la cara roja de rabia, y dijo a Eric Möller, que intentaba poner orden en aquel tumulto:

—Esto lo voy a denunciar; es un grave abandono de servicio y hay que denunciarlo al comité disciplinario. Es una falta de servicio escandalosa.

—¡Cierra el pico! —gritó Eric Möller.

Richard Ullholm se puso todavía más colorado, si es que eso era posible, y se volvió hacia Kristiansson, que permanecía en su puesto.

—A ti habrá que denunciarte por abandono de servicio —dijo Ullholm—; os voy a denunciar a todos ante el comité disciplinario.

—Yo no he hecho nada —protestó Kristiansson.

—No, ¡eso, precisamente! —gritó Ullholm—, Ya lo creo que te voy a denunciar.

Martin Beck se volvió hacia Ullholm y dijo:

—Déjate de gritos y haz tu trabajo; haz salir a toda esta gente de aquí, y tú también, Zachrisson.

Después se dirigió a Eric Möller y le dijo:

—Ocúpate tú de todo esto, yo me llevo a la chica a la comisaría.

Eric Möller había logrado apartar a la muchedumbre de las proximidades del cadáver del primer ministro.

El difunto jefe del gobierno estaba tendido de espaldas sobre la mojada escalera de la iglesia. A sus pies tenía la grotesca corona de flores, y al otro lado de la corona se hallaba el senador, con una expresión preocupada en su cara tostada por el sol. El guardaespaldas de la cara de granito estaba detrás de él, todavía con el revólver de vaquero en la mano.

Desde la plaza de Riddarhus se acercaba un ulular de sirenas.

Martin Beck se metió el pequeño y reluciente revólver en el bolsillo y se encaminó hacia el coche, donde Gunvald Larsson esperaba en compañía de Rebecka Lind.

OceanofPDF.com

La situación no era completamente nueva para Martin Beck. Él, detrás de su escritorio, y en la silla de enfrente alguien que había matado a otra persona.

Se había encontrado en ella muchas veces; aquello formaba parte de su trabajo.

En cambio, no solía ocurrir que se pudiese hacer un interrogatorio menos de una hora más tarde de cometerse el crimen, del que él mismo y una gran cantidad de policías habían sido testigos, ni los asesinos solían ser chicas de dieciocho años; las preguntas de «cómo», «dónde» y «cuándo» quedaban eliminadas, por consiguiente, y sólo quedaba preguntar «por qué».

Durante todos sus años de policía se había tenido que enfrentar a criminales y a víctimas de todas las clases sociales y de diferentes niveles, pero jamás la víctima había sido una persona del rango y de la importancia del jefe del gobierno de la nación.

Aparte de eso, no recordaba haber tenido nunca nada que ver con un arma homicida de las características de la que había en aquellos momentos sobre su escritorio. Junto al pequeño revólver niquelado había una vieja caja bastante estropeada y llena de munición; era de cartón verde pálido, con las esquinas redondeadas y con una etiqueta cuyo texto era completamente ilegible. En aquella caja había estado guardada la bala que había perforado el cerebro del primer ministro, y la chica había sacado la pequeña caja de su bolso y se la había entregado en el coche, camino de la comisaría.

Gunvald Larsson sólo había estado en la habitación unos instantes; comprendió que aquélla iba a ser una conversación que Martin Beck llevaría mejor a solas, y, después de intercambiar unas miradas de acuerdo con él, le había dejado a solas con Rebecka.

Ella estaba sentada ante Martin Beck, a la expectativa, con la espalda muy tiesa, las manos entrelazadas sobre las rodillas, y la cara todavía infantil, redonda, pálida y expectante. Había negado con la cabeza cuando él le había preguntado si le apetecía comer, beber o fumar.

—Hace unos días intenté ponerme en contacto contigo —dijo Martin Beck.

Ella le miró sorprendida. Al cabo de un rato, preguntó:

—¿Y por qué?

—Le pregunté al abogado Braxén tu dirección, pero no sabía dónde vivías. Desde el juicio de este verano, a veces me he preguntado qué tal te iba, y suponía que lo estarías pasando mal y que tal vez necesitases ayuda.

Rebecka se encogió de hombros.

—Sí —dijo—, pero en cualquier caso ahora es demasiado tarde.

Martin Beck casi se arrepintió de lo que había dicho. La chica tenía razón; era demasiado tarde, y el hecho de que él hubiera hecho un bienintencionado intento para ponerse en contacto con ella no podía suponerle ningún consuelo en su situación actual.

—¿Dónde vives ahora, Rebecka? —le preguntó.

—La semana pasada viví en casa de una amiga; su marido tuvo que irse de viaje unas semanas, y Camilla y yo pudimos vivir allí hasta que él regresó.

—¿Está allí Camilla, ahora?

Ella asintió.

—¿Cree usted que podrá quedarse allí —preguntó ella angustiada—, al menos de momento? Mi amiga no tiene inconveniente en cuidar de ella una temporada.

—Seguro que se puede arreglar —dijo Martin Beck—. ¿Quieres telefonar allí?

—Todavía no; más tarde, si puede ser.

—Sí, claro; y también tienes derecho a llamar a un abogado. ¿Supongo que querrás volver a tener al abogado Braxén, no?

Rebecka volvió a asentir.

—Es el único que conozco —dijo—, y ha sido muy amable conmigo, pero no sé su número de teléfono.

—¿Quieres que venga aquí en seguida?

—No lo sé —contestó ella—, tiene usted que explicarme qué debo hacer; yo no sé cómo es la costumbre.

Martin Beck levantó el auricular y pidió a la centralita que le localizasen al Trueno.

—Él me ayudó a escribir una carta —explicó Rebecka.

—Sí —dijo Martin Beck—, vi la copia en su despacho anteayer. Espero que no tengas nada en contra.

—¿En contra de qué?

—De que leyese tu carta.

—No, ¿por qué iba a estarlo? ¿Entonces también sabe lo que me contestaron? —Y le dirigió una mirada vaga.

—Sí —dijo él—, no fue nada especialmente alentador ni de gran ayuda. ¿Qué hiciste después de recibir la respuesta?

Rebecka levantó los hombros y se miró sus manos. Se quedó un rato callada, antes de contestar:

—Nada. No sabía qué tenía que hacer, no había nadie más a quien preguntar. Yo creí que el que era el jefe máximo del país podría hacer algo, pero si ni siquiera le importaba...

Hizo un pequeño gesto de fatalidad con las manos, y continuó casi en un susurro:

—Ahora no importa, ahora ya no importa nada de nada.

Se la veía tan pequeña, solitaria y rendida que a Martin Beck le entraron ganas de levantarse y acariciarle el cabello reluciente, o de abrazarla y consolarla. Pero se limitó a preguntar:

—¿Dónde has estado viviendo todo el otoño, antes de ir a casa de tu amiga?

—Un poco en cada lado. Durante un tiempo viví en una casa de verano en Vaxholm, donde un amigo nos dejó vivir mientras sus padres estaban en el extranjero. Cuando regresaron, él no se atrevió a dejarnos seguir allí y nos fuimos a casa de su chica y nos dejó una habitación, pero, al cabo de unos días, la casera empezó a protestar y nos tuvimos que marchar otra vez. Bueno, y desde entonces hemos vivido en casa de varios amigos.

—¿No pensaste en dirigirte a la asistencia social? —preguntó Martin Beck—. A lo mejor hubieran podido ayudarte a encontrar una vivienda.

Rebecka sacudió la cabeza.

—No lo creo —dijo—. Lo único que hubieran hecho habría sido echarme encima a los de la protección de menores y me hubieran quitado a Camilla. Yo creo que no se puede confiar en ninguna autoridad de este país; no les importan las personas corrientes que no sean ni ricas ni conocidas, y lo que ellos entienden por ayuda no es lo que yo entiendo por ayuda. Sólo engañan.

Parecía amargada, y a Martin Beck no le pareció oportuno contradecirla, aparte de que no tuvo ocasión; a grandes rasgos, aquella chica tenía toda la razón.

—Mmmm —se contentó con responder.

Llamó el teléfono; la centralita comunicaba que el abogado Braxén no estaba localizable, tanto en su oficina como en la Audiencia, y no tenían manera de encontrar ningún teléfono privado. Martin Beck imaginó que tendría la vivienda junto a la oficina y que sólo utilizaría un teléfono, a no ser que tuviera un número secreto. Pidió a la telefonista que siguiera buscando a Braxén.

—No importa mucho si no le encuentra —dijo Rebecka cuando Martin Beck colgó—. Me parece que esta vez no me podrá ayudar.

—¡Oh, sí! —exclamó Martin Beck—. No te desanimes, Rebecka. De cualquier manera has de tener un defensor, y Braxén es un buen abogado, el mejor que puedas encontrar, pero mientras tanto te tendrás que conformar hablando conmigo. ¿Crees que puedes contarme todo lo que pasó?

—Usted ya lo sabe lo que pasó.

—Sí, pero quiero decir lo que ocurrió antes, porque supongo que lo estuviste pensando durante un tiempo.

—¿Lo de matarle, quiere decir?

—Sí.

Rebecka se quedó en silencio un rato, mirando al suelo. Luego alzó la mirada, que estaba tan llena de desesperación que Martin Beck temió que rompiera a llorar de un momento a otro.

—Jim ha muerto —dijo ella con un hilo de voz.

—¿Cómo...?

Martin Beck se interrumpió cuando ella se agachó en busca de su bolso, que estaba en el suelo junto a su silla, y revolvía su contenido. El se sacó un pañuelo limpio, aunque bastante arrugado, del bolsillo y se lo ofreció por encima de la mesa. La joven le miró sin lágrimas y sacudió la cabeza. Él volvió a guardarse el pañuelo y esperó hasta que ella hubo encontrado lo que buscaba en el bolso.

—Se quitó la vida —dijo ella, y colocó un sobre de avión con reborde a rayas azules, blancas y rojas sobre la mesa—. Puede usted leer la carta de su madre.

Martin Beck extrajo la carta del sobre; era una carta escrita a máquina y consistía en una sola hoja. Estaba escrita en un tono seco y mesurado, y no

había nada en aquellas palabras que reflejase que la madre de Jim sintiese alguna conmiseración hacia Rebecka, o dolor por la muerte de su hijo. La carta no expresaba ningún sentimiento en absoluto, y resultaba extremadamente cruel.

Jim había muerto en la cárcel el 22 de octubre, escribía la madre. Había fabricado una soga con la sábana y se había ahorcado en una viga de su celda. Por lo que ella sabía, no había dejado ninguna nota explicativa, ni para sus padres ni para Rebecka ni para nadie. La mujer quería contárselo a Rebecka, ya que sabía que se preocupaba por él y que era madre de una niña que podía ser hija de él, pero le decía que podía dejar de esperarle o de esperar noticias suyas. La señora Cosgrave terminaba la carta diciendo que la forma de morir de Jim, más que la propia muerte en sí, había afectado seriamente a su padre y había empeorado su ya precaria salud. Firmado: Grace W. Cosgrave.

Martin Beck dobló la hoja y la volvió a meter en el sobre. Llevaba matasellos del 11 de noviembre.

—¿Cuándo la recibiste? —preguntó él.

—Ayer por la mañana —dijo Rebecka—, La única dirección que ella tenía era la de los amigos con quienes viví este verano, y la carta estuvo varios días en su casa hasta que me pudieron localizar.

—¿No es una carta muy amable, verdad?

—No.

Rebecka permaneció en silencio mirando la carta, que se hallaba sobre el escritorio delante de ella.

—No creí que la madre de Jim fuera así —dijo—, tan dura; Jim solía hablar mucho de sus padres y parecía que los quería mucho, aunque quizá más a su padre.

Se encogió de hombros y añadió:

—Aunque los padres no necesariamente quieren a sus propios hijos.

Martin Beck comprendió que se refería a sus propios padres, pero también se sintió personalmente aludido. Él tenía un hijo, Rolf, que contaba casi veinte años, y el contacto entre ambos había sido siempre deficiente. Fue después de su divorcio, o, mejor dicho, después de conocer a Rhea, que le había enseñado a ser sincero, no sólo con los demás, sino consigo mismo, cuando se atrevió a reconocer que en realidad no quería a Rolf. Entonces miró la cara amarga y encogida de Rebecka y pensó en qué influencia podía

tener en la vida afectiva de su hijo aquella ausencia de sentimientos de ternura por su parte.

Desechó aquellos pensamientos sobre Rolf y dijo a Rebecka:

—¿Fue entonces cuando te decidiste, al recibir la carta?

Ella tardó un poco en responder. Martin Beck imaginó que aquella tardanza era debida más a su deseo de ser exacta en la respuesta que a su inseguridad. Él creía conocerla bien hasta ese punto.

—Sí —dijo ella por fin—, fue entonces cuando me decidí.

—¿De dónde sacaste el revólver?

—Lo he tenido siempre. Me lo dieron hace un par de años, cuando murió mi tía abuela materna; ella me quería y yo solía ir mucho a su casa, de pequeña, así que cuando murió heredé unas cuantas cosas con las que había jugado de niña en su casa; entre esas cosas estaba ese revólver, pero no me acordé de que lo tenía hasta ayer, y ni siquiera me acordaba de que estaba cargado. He hecho tantos traslados que ha estado todo el tiempo metido en el fondo de una maleta.

—¿Habías disparado antes con él?

—No, nunca. En realidad no estaba segura de que funcionase. Es que es muy viejo, me parece.

—Sí —dijo Martin Beck—, por lo menos tiene ochenta años.

Martin Beck no sentía un interés especial por las armas y no sabía del tema más de lo necesario. Si Kollberg hubiera estado allí, habría podido explicarles que se trataba de una Harrington and Richardson 32, de acción simple, modelo 1885; también hubiera podido identificar la munición como bala de plomo descubierta en casquillo de latón y baja carga, de la marca Remington, fabricada en el año 1905.

—¿Cómo te las arreglaste para que no te descubrieran? La policía cerró todo Riddarholmen y vigilaron a todos los que entraron.

—Yo sabía que el primer ministro iría allí en co..., en co..., no sé cómo le llaman.

—Comitiva —dijo Martin Beck—; es como una procesión, pero en este caso de coches, uno detrás del otro.

—Sí, junto con ese americano; y leí en el periódico adonde pensaban ir y qué iban a hacer, y pensé que lo mejor era la iglesia. Anoche entré y me escondí; entonces me quedé toda la noche y durante el día hasta que llegaron. No fue difícil esconderse, y me llevé leche por si tenía hambre o sed. En la iglesia entró gente; a lo mejor eran policías, pero no me vieron.

«Los gilipollas escogidos», pensó Martin Beck. Naturalmente, éstos no la vieron.

—¿Eso es todo lo que has comido en todo un día y una noche? —dijo él—. ¿De verdad no quieres comer nada?

—No, gracias, no tengo hambre. Yo no necesito demasiada comida. La mayor parte de la gente de este país come demasiado. Además, tengo dátiles en la bolsa, por si me entra hambre.

—Está bien, pues sólo tienes que decirlo, si necesitas algo.

—Gracias —dijo Rebecka amablemente.

—Me imagino que tampoco has dormido mucho durante las últimas veinticuatro horas.

—No, no mucho; dormí en la iglesia, pero muy poco, quizá una hora como máximo; hacía mucho frío.

—No hace falta que hablemos mucho hoy —dijo Martin Beck—. Podemos continuar mañana, cuando hayas descansado. Si quieres, podemos darte algo para dormir más tarde.

—Yo no tomo nunca pastillas —dijo Rebecka.

—El tiempo se te debe de haber hecho muy largo, tantas horas metida en la iglesia. ¿Qué hacías mientras esperabas?

—Pensaba, sobre todo en Jim. ¡Es tan difícil creer que haya muerto! Pero en cierto modo yo ya sabía que no podría resistir la cárcel; no soportaba estar encerrado.

Hizo una pausa, y prosiguió con la voz agitada:

—Es un castigo inhumano, horrible y humillante. ¿Cómo puede haber gente que decida que otra gente haya de vivir encerrada? Todos deberían tener derecho a su propia vida y a su libertad.

—En una sociedad ha de haber leyes —dijo Martin Beck—. Y las leyes que hay, debemos seguirlas.

—Sí, quizá sí, pero entonces los que hacen las leyes... ¿qué pasa, que son mejores y más listos que los otros? Yo, al menos, no lo creo así. El no había hecho nada malo, nada de nada. Y aun así, habían de castigarle; igualmente hubieran podido condenarle a muerte.

—Jim fue juzgado según las leyes de su país...

—A él le juzgaron aquí —interrumpió Rebecka y se adelantó en su silla—; cuando le engañaron para que regresase a casa y le dijeron que no le castigarían, entonces ya le estaban juzgando. No diga otra cosa, porque a usted tampoco le creo.

Martin Beck tampoco dijo nada. Rebecka se volvió a apoyar en el respaldo de la silla y se apartó los cabellos que le colgaban sobre la mejilla. Él esperó a ver si continuaba hablando, porque precisamente en aquel momento no quería interrumpir su hilo discursivo haciéndole preguntas, o intercalando comentarios. Tras unos minutos, ella dijo:

—Antes he dicho que me decidí a matar al primer ministro en cuanto me enteré de la muerte de Jim; esto es verdad, pero a lo mejor pensé ya antes en eso, ahora no estoy muy segura.

—Pero has dicho que hasta ayer no recordaste tener un revólver.

Rebecka arrugó la frente y contestó:

—Es cierto, no me di cuenta hasta ayer.

—Si hubieras pensado en dispararle antes, también hubieras recordado antes que tenías ese revólver.

Ella asintió.

—Sí, quizá —admitió—, no lo sé; sólo sé que ahora que Jim está muerto no hay nada que tenga importancia. Lo único que significa algo para mí es Camilla; la quiero, pero ahora no tengo posibilidad de darle nada más que cariño. Si ha de crecer y vivir en esta sociedad, será mejor que vaya aprendiendo cómo se vive aquí, eso es algo que yo no le podré enseñar nunca. He intentado verlo así: que será más feliz si sabe vivir según las reglas y las leyes, y los conceptos que son válidos en este país. Además, nunca me ha parecido que el hecho de parir a una criatura autorizara a nadie a poseerla. En el mejor de los casos, se hará fuerte para poder decidir sobre su propia vida cuando sea mayor.

Rebecka lanzó una mirada de reto a Martin Beck y prosiguió:

—Usted, naturalmente, piensa que yo soy infantil e irresponsable, pero la verdad es que he pensado mucho en todas estas cosas.

—Y yo te creo —dijo Martin Beck—, No creo que seas infantil ni que seas irresponsable, al contrario; tú parece tener mayor sentido de la responsabilidad que la mayor parte de la gente de tu edad. Además, eres sincera, y eso tampoco es nada frecuente.

—No —dijo Rebecka—, todos mienten. Es triste vivir en un mundo en el que los unos mienten a los otros y nada más. Y todos creen que deben mentir para arreglárselas en esta vida, y aquellos que se supone que tienen más que decir y que tienen que explicarles a los demás lo que han de hacer y lo que no han de hacer, éstos son los que más mienten, y todo el mundo se queda tan fresco. ¿Cómo puede una persona, que es un cabezota y un

embustero, estar ahí y decidir los destinos de una nación entera? Porque eso es lo que era él, un podrido embustero. No es porque piense que el que vaya a estar de jefe en su lugar vaya a ser mejor que él, no soy tan tonta, pero me gustaría demostrarles a todos esos que gobiernan y deciden que no pueden engañar a todo el mundo y eternamente. Yo creo que hay muchas personas que saben muy bien que les están engañando y mintiendo, pero la mayoría son demasiado cobardes o demasiado comodones para decir algo. Protestar y quejarse no sirve para nada; los que tienen el poder se cagan en todo esto, sólo se preocupan de su propia importancia, y les importa un solemne bledo lo que les pase a las personas corrientes. Por eso le disparé, para que a lo mejor les entre miedo y entiendan que la gente no es tan simple como ellos se imaginan. Se cagan en lo que la gente necesite, y se cagan en las quejas y en los jaleos que se arman cuando no te dan ninguna ayuda, y en lo único que no se cagan es en sus propias vidas, pero yo...

Sonó el teléfono y la interrumpió. Martin Beck se arrepintió de no haber dado orden de que no le pasaran llamadas; aquello de que Rebecka se mostrara tan locuaz no era habitual en ella, pues las veces que la había visto siempre había estado triste y callada.

Descolgó el teléfono; de la centralita le comunicaban que continuaban intentando dar con el abogado Braxén, aunque sin ningún resultado hasta el momento.

Martin Beck colgó, y en el mismo instante golpearon la puerta y Hedobald Braxén entró en la habitación.

—Buenos días —le dijo a Martin Beck, y se dirigió directamente hacia Rebecka.

—¡Sí, eres tú, Roberta! Oí por la radio que le habían disparado al primer ministro, y por la descripción que dieron del... digamos del agresor, comprendí de quién se trataba y me apresuré a venir.

—Buenos días —dijo Rebecka.

—Le hemos estado buscando —dijo Martin Beck.

—He estado en casa de un cliente —explicó el Trueno—, un hombre interesantísimo, por cierto extraordinariamente culto y metido en un montón de asuntos fascinantes. Su padre, por cierto, fue un destacado experto en tapices flamencos en su época. Allí fue donde oí las noticias de la radio.

Braxén iba vestido con un abrigo jaspeado de verde y amarillo que se ensanchaba sobre su prominente barriga. Se lo quitó y lo dejó colgado en

una silla; colocó su portafolios sobre el escritorio y vio el revólver.

—Mmmm —dijo—, no está mal, acertar con uno de éstos es difícil; me acuerdo de una ocasión, me parece que fue antes de estallar la guerra, en un juicio en el que participaban dos hermanos gemelos y había una pistola como ésta. ¿Han terminado ya, para que Roberta y yo podamos...?

—Rebecka —dijo Martin Beck.

—Naturalmente, ¿puedo hablar un momento con Rebecka?

El Trueno rebuscó en su portafolios y sacó una vieja cigarrera de latón, la abrió y extrajo de ella una colilla de puro medio deshecha a mordiscos.

Martin Beck creyó que para Rebecka sería mejor quedarse sola con el Trueno un rato. La multitud de asociaciones de ideas y de elucubraciones sería indudablemente menor si el Trueno sólo tenía a Rebecka de oyente. Además, tenía que llenar varios folios y protocolos e informes con todas las informaciones sobre Rebecka, y para eso se las podía arreglar bastante bien sin su ayuda. Se levantó de su silla detrás del escritorio y dijo:

—A su disposición. Volveré dentro de un rato.

Mientras se dirigía hacia la puerta, oyó al Trueno que decía:

—Bueno, pequeña Rebecka, has dado un mal paso, pero vamos a tratar de arreglarlo. ¡Arriba esa cabeza! Recuerdo que una vez una chica de tu edad, era en Kristianstad, en la primavera del cuarenta y seis, por cierto el mismo año en que...

Martin Beck cerró la puerta tras de sí y suspiró.

Martin Beck había acertado en sus pronósticos cuando le dijo al director general de la policía que el riesgo de nuevos atentados contra el senador era mínimo. Uno de los principios de ULAG era golpear con rapidez y procurar desaparecer sin dejar rastro. Repetir un intento de atentado para dar mejor en el blanco era algo totalmente impensable para ellos.

En el apartamento de la calle Kapell, en Huvudsta, Levallois empezaba a hacer su equipaje; creía que sus posibilidades de salir sin problemas del país eran bastante buenas, siempre que lo hiciera con rapidez. Para él, era suficiente poder llegar a Dinamarca para sentirse relativamente seguro. El francés no pensó demasiado en lo que había ocurrido, pues su carácter no era de ese estilo.

Para Reinhard Heydt, la situación era muy diferente. Por un lado, sus señas físicas eran conocidas, y por otro lado estaba más o menos acosado.

En el apartamento hacía calor, y se había tumbado de espaldas en la cama, con la ropa interior puesta; se acababa de duchar. No había empezado todavía a plantearse en serio cómo y cuándo debería abandonar el país. Probablemente podría quedarse allí echado y pensando mucho tiempo, mientras esperaba la ocasión propicia para desaparecer.

Los dos japoneses tenían instrucciones parecidas. Tenían que quedarse en el apartamento de las cinco habitaciones de Södermalm hasta que lo pudieran abandonar sin correr ningún riesgo, es decir, hasta que la policía se hubiera cansado de buscarlos y cuando la vida del país volviera a la normalidad. Al igual que Heydt, habían hecho acopio de conservas suficientes para alimentarse durante más de un mes. La diferencia consistía tan sólo en que Heydt probablemente sólo hubiera sobrevivido un par de días comiendo lo que comían los japoneses. En caso de haberse quedado con ellos, lo más probable habría sido que se hubiera dejado morir de hambre, pero el surtido de que disponía en su nevera y en la despensa era de otro tipo y sería suficiente para una sola persona, incluso aunque se tuviera que quedar necesariamente todo un año.

En aquel momento sólo pensaba en una cosa: ¿cómo había podido fallar? Ya en los campos de entrenamiento, se le había imbuido la idea de que en adelante había que contar con sorpresas y con pérdidas de vidas,

pero también se le decía que ULAG se distinguía por no fallar ningún golpe y por no tener ningún muerto entre sus agentes.

Pero aun así... Levallois estaba seguro de que la bomba había estallado, y él no acostumbraba a equivocarse. Y la posibilidad de que los dos japoneses la hubieran colocado en un lugar equivocado parecía descartada.

Reinhard Heydt estaba acostumbrado a hacer cálculos correctos y a resolver incluso problemas complicados. No llevaba más de veinte minutos tumbado en la cama, cuando creyó saber qué había ocurrido; se levantó y entró en la habitación del control operativo. Levallois ya había empaquetado su reducido equipaje y se estaba poniendo la gabardina.

—Ahora entiendo cómo ocurrió —dijo Heydt.

El francés le miró interrogante.

—Simplemente, nos engañaron; la radio y la televisión no retransmitían en directo; trabajaban con un retraso de una media hora y, cuando actuamos nosotros, el cortejo ya había pasado.

—Mmmm —dijo Levallois—, parece bastante lógico.

—Y esto explica por qué la policía mantuvo su radio en silencio. La radio de la policía se calló en el momento de empezar la retransmisión por televisión y por radio.

El francés sonrió.

—¡Muy listos! —exclamó—. Hay que admitirlo.

—La típica infravaloración de la policía —dijo Heydt—. Por lo visto, no todos son idiotas.

Levallois miró a su alrededor.

—Sí, pero qué le vamos a hacer. Yo me voy.

—Puedes coger el coche —dijo Heydt—; yo no puedo utilizarlo para nada.

El francés recapacitó. A aquellas horas, probablemente todo el país, y en especial los alrededores de Estocolmo, estarían vigilados por la policía, y, a pesar de que el vehículo no podía relacionarse con los hechos, no dejaba de implicar un riesgo.

—No —contestó—, cogeré el tren. Adiós.

—Adiós —dijo Heydt—, hasta la vista.

—Eso espero.

Levallois había hecho bien sus planes; llegó sin novedad a Ängelholm a la mañana siguiente, y desde allí tomó el autobús para Torekov.

El barco pesquero estaba, tal como se había convenido, en el puerto. Subió en seguida a bordo, pero no zarparon hasta el anochecer.

Al día siguiente, a media mañana, estaba en Copenhague y más o menos seguro.

A pesar de que casi no entendía el danés, las portadas de los periódicos le sorprendieron, y se impacientó esperando la hora en que pudiera encontrar *France-Soir* en alguno de los kioscos del gran vestíbulo de la estación central.

Reinhard Heydt continuaba echado en la cama, con las manos entrelazadas debajo de la nuca. Escuchaba apáticamente la radio mientras meditaba sobre su primer gran fracaso. Alguien le había logrado engañar, a pesar de que los preparativos se habían hecho a la perfección.

¿Quién había podido ser tan inteligente como para darle aquel esquinazo tan monumental?

Cuando empezaron a emitir el boletín especial de noticias, se incorporó y escuchó atónito. ¡Para colmo, había ocurrido aquella especie de casualidad chistosa!

Heydt no encontró nada mejor que seguir sentado allí, partiéndose de risa.

Pero lo que no le hacía ninguna gracia era que ahora, más que nunca, se le desvanecían todas las posibilidades de salir del país.

Reinhard Heydt se alegró de haberse podido aprovisionar de buenos libros, de los que se pueden leer muchas veces y dan oportunidad de meditar.

Pensó que podría pasar mucho tiempo antes de volver a ver Pietermaritzburg, y, ya que era una persona acostumbrada a vivir al aire libre, la espera prometía ser dura.

A pesar de todo, no se sentía especialmente deprimido. Una persona de su condición apenas podía permitirse el lujo de tener depresiones.

Para Martin Beck, aquel día de confusiones se vio coronado por una llamada telefónica de Herrgott Nöjd, que dijo estar libre, pero que no tenía ni idea de dónde se hallaba.

—¿No hay nadie que lo sepa? —le preguntó Martin Beck.

—No, todos los que hay aquí son de Escania.

—¿Y cómo habéis llegado?

—En un autobús de la policía —dijo Nöjd—, pero se ha marchado y no volverá a recogerlos hasta mañana temprano. Lo único que sé es que cerca de aquí hay un ferrocarril; los trenes son verdes.

—El metro —dijo Martin Beck—; debe de ser algún suburbio.

—¡No, coño! Este tren no circula bajo tierra.

—Dile que salga y se dirija a la esquina más cercana y mire la placa —aconsejó Rhea, que siempre espiaba las conversaciones telefónicas.

—¿Hay fantasmas? —preguntó Nöjd y se rió.

—No exactamente.

—He oído lo que decía la chica —observó Nöjd—; espera un momento.

Al cabo de cuatro minutos, exactamente, regresó y dijo:

—Calle Lysvik, ¿te dice algo?

Aquello no le decía nada a Martin Beck, pero Rhea se volvió a mezclar en seguida en la conversación.

—Está en Färsta —dijo—, pero llegar hasta allí es un jaleo, porque las calles van de cualquier manera. Dile que se ponga en la misma esquina y estaré allí dentro de veinte minutos.

—¡Ya lo oigo, ya lo oigo! —exclamó Nöjd.

Rhea acabó de ponerse las botas rojas de goma, se abrochó el abrigo y abrió la puerta.

—¡Y tócate las narices o lo que quieras, pero no metas los dedos en los mandos del horno! —ordenó a Martin.

—¡Qué mujer tan discreta! —rió Nöjd—. ¿Cómo se llama?

—Pregúntaselo tú mismo —dijo Martin Beck—. Hasta luego.

Rhea tenía una vieja furgoneta Volvo, con la que solía atemorizar a conductores y viandantes. Aquel coche, al que mucha gente poco refinada solía llamar tractor o apisonadora, parecía ser un gran acierto mecánico, porque no fallaba nunca ni se averiaba. La fábrica, como es muy natural, había dejado de producir aquel modelo y Rhea acostumbraba a decir que aquél era un signo, entre otros muchos, de que el capitalismo sólo obedece a sus propias leyes.

Al cabo de exactamente cuarenta y cuatro minutos regresó con Nöjd. El resultado de su encuentro había sido óptimo, al parecer, porque Martin Beck les oyó reírse y hablar por los codos ya en el ascensor.

Después, ella se quitó el abrigo, miró el reloj y salió disparada hacia la cocina.

Nöjd examinó el apartamento y finalmente dijo:

—No está mal para ser Estocolmo.

Y luego:

—¿Qué ha pasado, en realidad, hoy? Como policía en una ciudad como ésta, uno no se entera de nada; se queda allí de pie y embobado, en el lugar que te ordenan vigilar.

Tenía razón; en situaciones como aquélla, el policía de a pie sabía tanto como un soldado raso en el campo de batalla, es decir, absolutamente nada.

—Ha sido una chica la que ha matado al primer ministro; se había escondido en la iglesia, y la policía de seguridad, que era la que había de inspeccionar la zona, tuvo un descuido.

—No quiero decir que yo me contara entre sus admiradores —dijo Nöjd—, pero la cosa parece absurda, porque van a poner a otro igual que él dentro de media hora.

Martin Beck asintió, y seguidamente preguntó:

—¿Ha ocurrido algo en Anderslöv?

—Muchas cosas —dijo Nöjd—, pero sólo cosas divertidas. Kalle y yo salvamos la tienda de comestibles; alguien quiso meterse en la tienda a robar, pero en una pelea contra dos tipos tan cuadrados como el cura y el jefe de la policía, los cacos siempre salen perdiendo.

—¿Y qué tal está Folke Bengtsson?

—Creo que bien, como siempre; en cambio, parece ser que fue algún chiflado de Estocolmo y compró la casa de Sigbrit para tenerla como residencia de veraneo, imagínate. Y luego pasó algo curioso con Bertil Maard.

—¿Qué?

—Tenía que preguntarle un par de cosas sobre inmobiliarias y esas cosas, y resultó que el tío se había vendido casas, locales y hasta el último clavo, y había vuelto al mar. Alguien dijo que alguien se lo había aconsejado. Me gustaría saber quién fue.

Martin Beck no contestó. El consejero había sido él.

—Bueno, y luego escribimos cartas en inglés a todas partes y por fin recibimos un día una carta muy finolis de un armador de Taipeh, en Taiwan, en la que se decía que el capitán Maard había sido contratado cuatro meses antes en Liberia, y que era ahora comandante del barco *MS Taiwan Sun*, que estaba haciendo la ruta entre Sfax y Botafogo, con un cargamento de esparto. Ahí me rendí, pero me preocupa una cosa: Maard era un borracho

empedernido y no podía obtener un certificado de buena salud. ¿Cómo puñeta se las apañó para ser capitán de un barco transatlántico?

—Si pones quinientos dólares debajo de la nariz del médico adecuado en Monrovia, te pueden dar un certificado de buena salud aunque tengas una pierna de madera y un ojo de cristal, todo a la vez —explicó Martin Beck—. Lo único que me sorprende es que esto no se le ocurriera a él mismo un poco antes.

—Él mismo... —repitió Nöjd con picardía—. O sea que fuiste tú quien le...

Martin Beck asintió y Nöjd prosiguió:

—Luego hubo una serie de cosas en torno al asesinato que me sorprendieron, si no te lo has de tomar a mal. Se dijo, por ejemplo, que como se llamase tuvo un infarto y murió cuando la policía fue a buscarle.

—¿Sí?

—¡Pero a uno no le da un infarto así, por encargo! —exclamó Nöjd—. Cuando más tarde tuve ocasión de conocer al médico de aquel tipo en Trelleborg, resultó que tenía una lesión grave de corazón. No podía fumar ni beber café, y no podía subir escaleras ni ponerse nervioso. En realidad ni siquiera podía jo...

Rhea entró en la habitación y Nöjd guardó silencio.

—¿Qué era lo que no podía? —preguntó ella.

—Joder —dijo Nöjd.

—¡Pobre hombre! —exclamó Rhea y volvió a la cocina.

—Y otro detalle —prosiguió Nöjd—: cuando le robaron el coche, no estaba cerrado y las puertas del garaje estaban abiertas. ¿Por qué? Naturalmente, porque él confiaba en que alguien le robase el coche, ya que sabía que era una prueba en el caso Sigbrit Maard. O sea que el coche había estado allí desde el asesinato, pero no antes. Si no llega a ser por la fiera de su mujer, estoy seguro de que ni siquiera hubiera denunciado el robo del coche.

—Tú tendrías que estar en la comisión nacional de homicidios —dijo Martin Beck.

—¿Quién, yo? ¡Estás loco! ¡Nunca más quiero saber nada de eso, te lo juro!

—¿Quién ha sido el que ha dicho «la fiera de su mujer»? —gritó Rhea desde la cocina.

—¿No será una de esas del trapo rojo? —preguntó Nöjd en voz baja.

—No lo creo —contestó Martin Beck—, aunque a veces lleva trapos rojos, me refiero a vestidos, claro.

—¡He sido yo! —gritó Nöjd.

—Bueno —admitió Rhea—, mientras no vaya por mí. La comida está lista. A la cocina en seguida, antes de que se enfríe.

A Rhea le encantaba preparar la comida, especialmente para ella o para gente sin demasiadas pretensiones. En cambio, le fastidiaban los invitados que eran capaces de meterse cualquier cosa entre pecho y espalda, sin distinguir nada y sin hacer ningún comentario.

El inspector de policía de Anderslöv era el invitado ideal. Era un genio en la cocina y saboreaba minuciosamente las cosas antes de pronunciarse, y cuando decía algo, siempre era algo positivo.

Cuando lo metieron en un taxi en el puente de Skepp, un par de horas más tarde, Nöjd parecía más contento que unas pascuas.

El viernes 22 de noviembre, Herrgott Nöjd volvía a ocupar su puesto en la calle Svea, frente a la biblioteca. Cuando pasó por allí la comitiva, Martin Beck levantó la mano para saludarle y Gunvald Larsson le dijo de mal humor:

—¿Es al cazador de alces a quien saludas?

Martin Beck asintió.

Él y Gunvald Larsson se habían jugado a cara o cruz quién iría a la cena de gala la noche anterior, y, por una vez, Martin Beck había tenido suerte, lo que también significó que Herrgott Nöjd cenase bien aquella noche.

La recepción en el patio de Caballerizas había sido una ceremonia siniestra, pero tanto el senador como el nuevo primer ministro, investido a toda prisa, habían aguantado el tipo. Ambos, en sus respectivas alocuciones, se habían referido al «trágico episodio», pero ninguno de los dos había ido más lejos. Por lo demás, los discursos de uno y otro versaron sobre los temas manidos de la amistad, la voluntad de paz y el respeto mutuo e igualitario.

Gunvald Larsson llegó a pensar que ambos mandatarios habían confiado la redacción de sus discursos al mismo amanuense.

La protección personal de Möller no había dejado en aquella ocasión ningún cabo suelto, y no se vio allí a ningún miembro del batallón de GE. La mayoría estaban de servicio en algún lugar, y algunos tenían el día libre, pero el único que, según su propia y personal manera de entenderlo,

trabajaba, era Richard Ullholm. Estaba sentado en la cocina de su casa escribiendo. En total, redactó once denuncias dirigidas a la oficina popular del ministerio de Justicia, un resultado sobre el que se sentía muy orgulloso. En la mayor parte de los casos, se limitó a formular denuncias por negligencia, incompetencia y comunismo, pero en su denuncia contra Martin Beck fue más allá al indicar que él mismo había sido objeto de injurias graves por su parte. Ullholm era ya inspector de policía, y, como tal, no podía tolerar que alguien le dijera que dejase de chillar, cualquiera que fuese el grado que esa persona ostentara.

Gunvald Larsson pasó la velada sumido en un mutismo total y una absoluta tristeza, y sólo se pronunció en una ocasión. Observó el enorme bulto bajo la americana de Cara de Piedra, y le dijo a Eric Möller, que en aquel momento se encontraba en el guardarropa:

—¿Desde cuándo puede circular armado ese tipo en un país extranjero?

—Permiso especial.

—¿Permiso especial? ¿Concedido por quién?

—El responsable ya no está con vida —contestó el impasible Möller.

El jefe de la SÄPO se alejó, y Gunvald Larsson se quedó sumido en vacilaciones. Sus conocimientos jurídicos no eran muy extensos, y empezó a pensar hasta qué punto los permisos concedidos por personas muertas para cometer actos ilegales podían considerarse válidos, y en tal caso para cuanto tiempo. No obtuvo ninguna respuesta a esa cuestión, y al cabo de un rato volvió a la realidad y empezó a compadecerse del hombre de la cara de piedra.

«¡Qué mierda de trabajo! —pensó—. Sobre todo, cuando tiene que ir por el mundo con un cigarro apagado en los morros.»

La sonrisa del senador lució con sordina, igual que toda la ceremonia en sí, y el acto terminó bastante temprano, a pesar de lo cual Gunvald Larsson no llegó a su casa de Bollmora antes de la una y media de la madrugada. Se duchó, se puso un pijama recién lavado, se acostó, leyó media página de Jul. Regis y se durmió.

A aquellas horas, el senador llevaba ya casi hora y media durmiendo al amparo de la seguridad de la embajada. Cara de Piedra también descansaba, tras haber colocado ordenadamente el cigarro, el cañón y una lata de cerveza sobre la mesilla de noche.

A la mañana siguiente se especuló abundantemente sobre la posibilidad de si el rey ofrecería o no el almuerzo previsto. Podía tranquilamente

anularlo en atención a los sucesos del día anterior, y por el hecho de que él acababa de llegar de su viaje oficial a Finlandia.

Pero en palacio nadie dijo nada, y el grupo especial participó en todo aquel complicado plan, concebido tan solo para la ocasión. Como el ayudante había dicho, el rey no tenía miedo; salió al patio de Logaard y dio personalmente la bienvenida al senador.

Lo único que parecía indicar que se habían producido contactos entre la corte y la delegación norteamericana era el hecho de que Cara de Piedra se quedó sentado en el interior del coche blindado que, después de apearse el senador para subir en solitario aquella escalera tan delicada desde el punto de vista de la seguridad, fue aparcado en el mismo patio de palacio. Cuando Martin Beck pasó por su lado, le vio a través de los cristales azulados, y estaba abandonando el cigarro para sacar una lata de Budweiser y algo que parecía una fiambra.

Aparte de ese pequeño detalle, no ocurrió nada imprevisto. El almuerzo era una iniciativa particular del rey y lo que allí dentro se dijo o se hizo no trascendió al exterior. La razón por la cual el guardaespaldas tuvo que tomar un almuerzo frugal metido en el coche, era, probablemente, que el rey no quería estar sentado al lado de gente armada con artillería pesada, punto de vista que Martin Beck comprendía perfectamente.

Las manifestaciones frente al palacio fueron insignificantes, comparadas con lo que se había dispuesto, y en el encuentro en el patio de Logaard tampoco fueron muchos los que gritaron «Queremos ver a nuestro rey» y «Yankee go home».

El factor tiempo fue importante para la policía, especialmente para Gunvald Larsson, que, junto con el jefe de la policía de orden público, estaba al mando de las fuerzas móviles de la protección a distancia. Gunvald Larsson miró repetidas veces el reloj y comprobó que el programa se cumplía sorprendentemente al minuto. Los personajes de la alta política y de la vida oficial solían ser gentes amigas de atenerse a los horarios convenidos, y ni el monarca ni el senador se desviaron un minuto del horario previsto. El senador accedió por la escalera norte al patio de Logaard en el momento preciso, y el rey estaba también en su sitio. Se dieron la mano y entraron por la puerta oriental del palacio, tal como estaba previsto. Malas lenguas aseguraban que el rey era disléxico y no sabía deletrear —corría el avieso rumor de que en una ocasión había escrito «monraca» en lugar de «monarca»—, pero en cambio nunca fallaba a la

hora de cumplir con sus citas, a las que siempre llegaba con un mínimo de treinta segundos de antelación.

En el momento en que el rey, junto con el agasajado y por muchos despreciado senador, desapareció en el interior de palacio, se juzgó pasado el período más crítico, y Martin Beck, al igual que seguramente muchos otros, lanzó un suspiro de alivio.

La partida fue también bastante puntual; el senador subió al coche blindado quince segundos más tarde de lo previsto.

Como de costumbre, a Möller no se le veía, pero se hallaba con toda seguridad en las cercanías. Se formó la comitiva y se inició el largo camino hacia Arlanda. Möller había cerrado la zona del patio de palacio con sus mejores hombres; disponía realmente del personal más eficiente, y aquella vez tuvo la precaución de rastrear la zona disponiendo de mucho tiempo y de forma concienzuda.

El cortejo se desvió ligeramente para evitar la zona de la explosión, en la que el personal de la compañía de gas distaba todavía de dar por terminada la reparación de los daños.

Se alcanzó una velocidad mayor que el día anterior, pero, al igual que entonces, Gunvald Larsson condujo el rápido Porsche de forma totalmente inconvencional, yendo para adelante y para atrás de la columna de vehículos.

No habló mucho, y pensaba sobre todo en Heydt y sus comparsas, quienes, con toda seguridad, habían desaparecido de la circulación para una buena temporada.

—Tenemos un par de pistas buenas —le dijo a Martin Beck—: el coche y la descripción de Heydt.

Martin Beck asintió.

Al cabo de un buen rato, Gunvald Larsson dijo, como hablando para sus adentros:

—Y esta vez no te librarás. Hay que hacer dos cosas: buscar la empresa que vendió o alquiló el coche verde, y después esperar que aparezcan. Hay que poner inmediatamente a dos hombres a trabajar en esto, pero ¿a quién?

Martin Beck meditó un largo rato y al fin contestó:

—Rönn y Skacke. No será un asunto fácil, pero Skacke es tozudo como una muía, y Rönn tiene una larga experiencia.

—Antes no opinabas así.

—La gente cambia con los años, y uno mismo también.

En la sala de los VIP del aeropuerto, se sirvió champán y Gunvald Larsson, que no bebía, volvió a verter el contenido en el primer tiesto que encontró.

A lo largo del camino se habían visto muchos manifestantes, pero muchos menos que el día anterior. La mayoría habían pasado una mala noche en tiendas de campaña y con mal tiempo, y parecía que el inesperado suceso había desanimado a una gran parte de ellos. No se produjeron incidentes, y sólo se vieron numerosas pancartas, que en seguida se estropearon debido al mal tiempo.

La sonrisa del senador había quedado disminuida; fue de uno a otro, dándoles la mano a todos, pero cuando llegó a Gunvald Larsson se metió la mano en el bolsillo y se limitó a inclinar levemente la cabeza y a exhibir su mejor sonrisa electoral. Por encima del hombro, Cara de Piedra miró a Gunvald Larsson con una cierta expresión de tristeza y comprensión; fue una de las pocas ocasiones en las que reaccionó de manera más o menos humana.

El senador pronunció unas palabras de agradecimiento, seguramente no programadas, pero con todo bastante rutinarias; fue una alocución concisa, corta y sencilla, y se refirió al trágico episodio una vez más.

Después se dirigió al jeep de la SÄPO que debía conducirlo hasta el avión, que se hallaba en pleno campo, a bastante distancia y muy bien protegido. En el vehículo viajaba también Martin Beck, Möller y el mismo secretario de Estado que había participado en la ceremonia de bienvenida del día anterior y que había sido nombrado ministro sin cartera deprisa y corriendo; además, también iba Cara de Piedra con su cigarro.

—¡Sucio puerco hijo de puta! —gritó un desertor de color desde la terraza del mirador, cuando el senador subía por la escalerilla del avión.

El senador miró al que le había gritado, sonrió y saludó encantado.

Diez minutos más tarde, el avión estaba volando; primero despegó ascendiendo en un ángulo muy pronunciado, luego viró y describió una amplia curva en la que brilló su fuselaje metálico, hasta que encontró su rumbo. Un minuto más tarde ya no era visible.

En el coche, de regreso a Estocolmo, Gunvald Larsson observó:

—Espero que el avión de ese cabrón se estrelle, pero creo que eso sería pedir demasiado.

Martin Beck miró a Gunvald Larsson de reojo; nunca lo había visto tan serio y tan crispado.

Gunvald Larsson apretó el acelerador a fondo y la aguja del velocímetro osciló alrededor de los doscientos kilómetros por hora. El tráfico estaba bastante calmado. Ninguno de los dos dijo nada hasta que hubieron aparcado en el patio de la Jefatura de policía.

—Ahora empieza el auténtico trabajo —dijo Gunvald Larsson.

—¿Buscar a Heydt y el coche verde?

—Y a sus compinches; los tipos como Heydt nunca trabajan solos.

—No, tienes razón —asintió Martin Beck.

—Un cacharro verde con una matrícula GOZ —dijo Gunvald Larsson—, ¿crees tú que recordó bien el orden de las letras, después de tanto tiempo?

—Ella no suele asegurar nada de lo que no esté segura —contestó Martin Beck—, pero cualquiera puede equivocarse en una cosa así.

—¿Y no será daltónica, verdad?

—En absoluto.

—Si el coche no era robado, tenía que ser alquilado, o también puede ser que lo comprasen. En cualquier caso, hay que poder seguirle la pista.

—¡Exacto! —exclamó Martin Beck—. Será un trabajo entretenido para Skacke y para Rönn, pero así caminarán un poco, y entonces Melander podrá quedarse junto al teléfono.

—¿Y qué haremos entonces nosotros?

—Esperar —dijo Martin Beck—, esperar y ver qué pasa, igual que esta gente de ULAG. Ahora saben que algo falló, y estoy seguro de que actúan con más cautela que nunca. Deben de estar tumbados y pensando a fondo.

—Sí, lo más seguro.

Tenía razón, pero sólo en parte.

La situación era la siguiente, el viernes 22 de noviembre a media tarde.

Reinhard Heydt estaba en Huvudsta y los dos japoneses examinaban las cosas en el apartamento de Södermalm.

El avión charter que tenía que devolver a Herrgott Nöjd a Escania no pudo aterrizar en el aeropuerto Sturup, de Malmö, a causa de la intensa niebla —cosa habitual— y tuvo que bajar hasta Kastrup, en Dinamarca. Cuando Nöjd se dejaba llevar por la cinta sinfín para tomar el autobús que, a través del transbordador entre Dragör y Limhamn, le dejaría más o menos cerca de la estación de Malmö, desde lo cual con un poco de suerte encontraría un taxi que le condujese a Anderslöv, se cruzó con Levallois,

que iba en dirección contraria, es decir, a tomar el avión de París, que salía a los pocos minutos. Nunca se habían visto antes, y seguramente no se volverían a ver en la vida, y por consiguiente ninguno de los dos reaccionó en absoluto.

El senador dormía apaciblemente en una butaca de descanso, mientras su avión privado cruzaba el océano en dirección oeste.

Cara de Piedra no pudo resistir más; cogió una caja de cerillas con el emblema del patio de Caballerizas, y encendió el cigarro.

Martin Beck y Gunvald Larsson repartían instrucciones a sus colaboradores. Rönn bostezaba, Melander sacaba la ceniza de su pipa y miraba ostensiblemente el reloj, y Skacke, siempre a la caza de nuevos méritos, escuchaba atentamente.

A unos pocos centenares de metros de allí se encontraba Rebecka Lind, nuevamente ante un tribunal para ser juzgada. La vista se había atrasado porque le había correspondido de oficio Bulldozer Olsson; éste creyó que el juicio era demasiado fácil y además sentía horror sólo al pensar que tendría que soportar las parrafadas del Trueno, y de repente excusó su asistencia por enfermedad, a pesar de que se encontraba en su bufete.

Su sustituto fue un fiscal femenino, que en seguida solicitó prisión incondicional y examen psiquiátrico, procedimiento que por lo general tardaba varios meses en terminar.

Rebecka Lind no decía nada. Parecía completamente sola en el mundo, a pesar de que estaba acompañada por una agente, que parecía muy agradable y se había colocado a su izquierda, cediendo su derecha a Hedobald Braxén.

Cuando la fiscal terminó su exposición del caso, todos esperaron impacientes para oír lo que tuviera que decir Braxén, ya que los funcionarios de la audiencia querían marcharse a casa y los periodistas estaban dispuestos a salir disparados en busca del primer teléfono. Sin embargo, hubo que esperar bastante hasta que el Trueno tomó la palabra.

Durante el rato que pasó sin decir nada, el hombre observó con preocupación a su cliente, eructó en dos ocasiones y se aflojó un agujero del cinturón; después, eructó por tercera vez y por fin habló.

—La versión de la fiscal es completamente errónea. Lo único que indudablemente es cierto es que Rebecka Lind mató de un tiro al jefe del gobierno. A estas horas, prácticamente la totalidad de los habitantes del país han presenciado el suceso por televisión, que hace menos de una hora

estaba ofreciendo las imágenes de los hechos por decimosexta vez. Como abogado defensor de Rebecka y consejero jurídico suyo, he llegado a conocerla bastante bien y estoy convencido de que su estado mental es más sano y está menos pervertido que las facultades de cualquiera de los que se hallan en este local, yo mismo incluido. Espero poder demostrarlo en un juicio que confío tenga lugar alguna vez en el futuro. Rebecka Lind, a pesar de sus pocos años, se ha enfrentado en repetidas ocasiones a este sistema a cuya arbitrariedad nos sometemos todos. Ni en una sola ocasión, la sociedad, o la filosofía que la sostiene, le ha ofrecido alguna clase de ayuda o de comprensión. Cuando la fiscal pide un examen psiquiátrico con la excusa de que la agresora carece de móvil, a mí esto me parece, en el mejor de los casos, una muestra de simpleza. En realidad, Rebecka se guió por razones políticas, a pesar de que no pertenece a ningún grupo político, y seguramente flota en una feliz ignorancia del sistema político dominante, que prácticamente dicta todo lo que ocurre a nuestro alrededor. No olvidemos que la disparatada máxima de que la guerra es la continuación de la política por otros medios todavía es válida hoy en día, y que esta frase fue forjada por teóricos muy bien pagados al servicio de la sociedad capitalista. Lo que esta joven hizo ayer fue un acto político, a pesar de no ser consciente de ello. Yo diría que Rebecka Lind ve la podredumbre y la corrupción de la sociedad con mayor claridad que muchos miles de otros jóvenes. Puesto que carece de contactos políticos y que apenas tiene noción de lo que quiere decir un régimen de economía mixta, su clarividencia resulta aún mayor. En los últimos tiempos, al menos hasta allí donde uno pueda recordar, han existido países enormes, pertenecientes al bloque capitalista, que han sido dirigidos por personas que, según una estricta valoración jurídica, han sido verdaderos delincuentes y que, por su sed de poder y su avaricia económica, han conducido a los pueblos a abismos de egoísmo y desprecio por el trabajo, y han hecho florecer un pensamiento basado en el puro materialismo y en una grave falta de consideración hacia sus congéneres. Tan sólo en algunos casos, dichos políticos han sido castigados, pero los castigos son simbólicos y los sucesores de los culpables se mueven por los mismos intereses. Soy el único de esta sala que tengo la edad suficiente como para acordarme de políticos como Harding, Coolidge y Hoover; sus actos fueron condenados, pero ¿ha mejorado algo desde entonces? Hemos visto a Hitler y a Mussolini, a Stroessner, a Franco y a Salazar, a Chiang Kai Chek y a Ian Smith, Smuts, Vorster y Verwoerd, y a

los generales de Chile, personas todas que, si no han precipitado a sus pueblos en la pendiente imparable de la decadencia, al menos han tratado a sus súbditos a tenor de sus intereses y beneficios, y han actuado con ellos tal como una pérfida potencia guerrera oprime un país ocupado.

El juez miró nervioso el reloj, pero el Trueno continuó imperturbable:

—Alguien ha dicho que nuestro país es un pequeño y hambriento estado capitalista. Esta afirmación es correcta. Para una persona limpia de corazón, como por ejemplo esta mujer joven, que pronto será encarcelada y cuya vida ya está estropeada, un sistema como éste tiene que resultar totalmente inconcebible y antihumanitario. Ella comprendió, sin embargo, que alguien tenía que ser el responsable de todo esto, y cuando se dio cuenta de que esta persona era inalcanzable y no había manera de llegar hasta ella por procedimientos al alcance de la gente corriente, se vio sumida en la desesperación y el odio irracional. Si he hablado tanto rato, se debe a que mi experiencia como jurista me dice que Rebecka Lind no será examinada nunca a fondo y que lo que acabo de decir es lo único que se podrá decir jamás en su defensa. Su situación era realmente desesperada, y su decisión de devolver el golpe aunque sólo fuera una vez en su vida, contra quienes estaban destrozándole la existencia, es comprensible.

El Trueno hizo una breve pausa. Después se levantó y dijo:

—Rebecka Lind ha cometido un asesinato, y, naturalmente, no puedo impugnar la petición de prisión. Yo también solicito el examen psiquiátrico, pero por razones completamente distintas de las de la fiscal, puesto que en realidad tengo una vaga esperanza de que los médicos en cuyas manos esté ella lleguen a la misma conclusión y al mismo convencimiento que yo mismo, es decir, que está más cuerda y más juiciosa que la mayoría de nosotros. En ese caso, será juzgada y tiene una mínima posibilidad de que su caso sea tratado de una forma digna de un estado de derecho, pero, desgraciadamente, mis esperanzas no son muy grandes.

Se volvió a sentar, eructó y se dedicó a contemplar con preocupación sus descuidadas uñas.

El juez tardó menos de treinta segundos en declarar a Rebecka Lind sometida a prisión preventiva y ordenar su traslado a las dependencias psiquiátricas forenses, para someterla a un profundo examen psiquiátrico.

Hedobald Braxén tenía razón. El examen psiquiátrico tardó nueve meses y el resultado fue que se la trasladó a un manicomio en el que recibiría cuidado psiquiátrico cerrado.

Tres meses más tarde, se quitó la vida lanzándose contra la pared con tanta fuerza que se partió la cabeza.

En las estadísticas, su muerte se anotó en la columna de hechos accidentales.

OceanofPDF.com

A Einar Rönn y a Benny Skacke les costó algo más de una semana dar con la empresa de alquiler de coches correcta. Heydt no se había dirigido a ninguna de las grandes empresas como Hertz o Avis, sino que buscó una pequeña empresa del ramo.

El coche que alquiló era una marca corriente, concretamente un Opel Rekord; era verde y la matrícula tenía la combinación de letras FAK 311. Con toda seguridad, se había dado prisa en cambiar la matrícula. Había dado el nombre de Andrew Black y no había tenido más remedio que dejar constancia de una dirección; en eso había demostrado conocer poco la red viaria de Estocolmo, pues dio un número de una calle de la zona de Tanto, es decir, el mismo barrio en el que tanto él como los japoneses vivieron. Lo más seguro era que se tratase de una dirección falsa, pero fue suficiente como para que Skacke y Rönn tuvieran que utilizar ocho días más visitando piso por piso, preguntando por el coche y mostrando la famosa fotografía.

El método era infalible, y pronto dieron con algo.

—Perdón, señora, ¿no habrá usted visto por casualidad a este hombre? —dijo Benny Skacke, como había hecho unas ochocientas cincuenta veces antes, mientras mostraba su placa de identificación.

—¡Ya lo creo! —contestó la mujer que abrió—. Tenía un coche verde y vivía en esta casa, doce pisos más arriba, junto con dos japoneses, que, por cierto, todavía siguen ahí: uno pequeño y otro grandullón; pero él de la fotografía se marchó hace unas tres semanas. Eran todos muy amables y muy agradables cuando nos encontrábamos en el ascensor. Son hombres de negocios; el piso es de una empresa.

—O sea que los japoneses aún están —dijo Rönn.

—Sí, pero llevan mucho tiempo sin salir; además, trajeron un montón de cajas de comida, que compraron en el supermercado que hay junto a la parada del autobús. Yo creo que en su mayor parte eran conservas.

Aquella mujer pertenecía al tipo de las observadoras, o quizá sea mejor decir que era una curiosa empedernida. Skacke no pudo resistirse a preguntar:

—¿Podría usted decirme desde cuándo no se ve a ninguno de los japoneses fuera de la casa o en el ascensor?

—Desde el horrible asesinato de Riddarholmen.

La mujer se golpeó la frente con la palma de la mano y preguntó con gran expectación: —¿No irán ustedes a decir...?

Y Rönn replicó en seguida:

—¡No, nada, en absoluto!

—Además, el autor del asesinato fue detenido en seguida —apuntó Skacke.

—¡Claro! —exclamó la mujer—. Además, aquella chica tampoco se hubiera podido disfrazar como dos japoneses, digo yo. —Y añadió—: Y sobre estos dos chinitos no se puede decir nada malo, la verdad, ni sobre el de la foto; la verdad es que era un señor muy discreto.

Habían pasado diecisiete días desde el atentado y el magnicidio, y en el cuartel general de investigación tenían en aquellos momentos dos problemas serios encima de la mesa: ¿Seguía Heydt en el país o había logrado desaparecer? ¿Cómo habría que arreglar la cuestión de los dos japoneses, que seguramente estaban armados hasta los dientes y que probablemente tenían orden de ofrecer resistencia hasta el final, y en último caso saltar por los aires ellos y los que vinieran a detenerles, antes de entregarse voluntariamente?

—Voy a atrapar a esos cabrones vivos —aseguró Gunvald Larsson, lanzando una mirada siniestra hacia la ventana.

—¿Crees tú que eso era todo el grupo terrorista? —preguntó Skacke—. ¿Esos dos y Heydt?

—Probablemente eran cuatro —contestó Martin Beck—, y el cuarto ya debe de haberse largado.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Skacke.

—No lo sé —confesó Martin Beck.

Muchas veces acertaba en sus pronósticos, aunque muchos lo calificaban de intuición, pero, según el propio Martin Beck, la intuición no tenía ninguna importancia en el trabajo policial práctico, e incluso dudaba de que existiese semejante potestad.

Einar Rönn se hallaba en la zona de Tanto, en un apartamento al que la policía había logrado acceder mediante la violencia o al menos valiéndose de amenazas y a base de ofrecerle al inquilino habitual pensión completa en uno de los hoteles más lujosos de la ciudad.

Se ocultaba de la visión exterior detrás de unas cortinas que resultaban opacas siempre y cuando no se encendiera ninguna luz detrás de ellas, cosa

que no hizo. Rönn no fumaba, y el paquete de cigarrillos daneses de la marca Prince, medio vacío, que llevaba en el bolsillo de la americana desde hacía varios años sólo lo utilizaba para hacerle un favor a algún fumador empedernido.

En el plazo de seis horas había visto a los japoneses en dos ocasiones, gracias a sus prismáticos de largo alcance. En ambas ocasiones iban provistos de metralletas, y Rönn se hizo la silenciosa reflexión de que no se parecían en absoluto entre sí, y que el viejo mito de que los coreanos y chinos y otras gentes de por allí eran todos iguales, era simple y llanamente un mito, muy parecido al que se aplicaba a los lapones o a los gitanos.

La distancia entre las casas era de unos cuatrocientos metros, y si Rönn hubiera sido un buen tirador, cosa que no era, y hubiera dispuesto de un buen fusil de tiro rápido provisto de mira telescópica, hubiera podido dejar fuera de combate a uno de los hombres, el más grandote, que se acercó el primero a la cortina.

Pasadas diez horas, Rönn fue relevado; en aquellos momentos se sentía profundamente cansado de toda aquella historia.

Benny Skacke, que fue quien le relevó, no estaba muy contento con sus instrucciones.

—Gunvald Larsson dice que los hemos de pillar vivos —dijo disgustado—, pero ¿cómo lo vamos a hacer?

—Sí, es que a Gunvald no le gusta que haya muertos —contestó Rönn bostezando—. ¿No estuviste en aquel tejado de la calle Dala, hace casi cuatro años?

—No, entonces yo trabajaba en Malmö —dijo Skacke.

—Malmö —dijo Rönn—, la ciudad en la que incluso los intendentes de la policía están corrompidos, y donde la propia policía robaba informes confidenciales. Repugnante, ¿verdad? —Y en seguida añadió—: Bueno, no he querido decir que tú tuvieras algo que ver con todo ello; no, tú está claro que no.

Se puso la gabardina y se dirigió a la puerta de salida; luego dijo:

—Y no toques las cortinas.

—No, claro.

—Y si ocurre algo importante, llama en seguida al número que está anotado en ese papel, y te pondrán directamente con Beck o con Gunvald.

—Que duermas bien —le deseó Skacke.

Y él se dispuso a pasar diez horas de vigilancia probablemente inútil.

Al parecer, los japoneses se acostaban, pero una luz quedaba siempre encendida, lo que quería decir que seguramente dormían por turnos. Esto fue lo que supuso Benny Skacke al principio, y fue al filo de la media noche cuando vio por primera vez a uno de los dos, el más pequeño, que con muy mala luz recorrió las cortinas y examinó los alrededores. Por lo visto, no encontró nada interesante, pero Skacke tenía un buen anteojo nocturno y pudo ver claramente la metralleta, que se apoyaba en el antebrazo derecho del hombre. Skacke pensó que los dos se veían obligados a vigilar en dos direcciones, mientras que la policía se podía concentrar en cubrir uno de los lados de la casa, donde se hallaban la puerta principal y las entradas del sótano.

Al cabo de un rato, Skacke pudo ver a un grupo de gamberros que avanzaban por entre los pasillos que separaban las casas rompiendo los globos de cristal del alumbrado hasta que la zona quedó a oscuras. La pandilla estaba compuesta de chicos y chicas, pero a aquella distancia era difícil saber quién era qué. Uno de los japoneses, de nuevo el pequeño, miró para ver qué estaba ocurriendo, y aquello fue lo último que supo de ellos en toda la noche.

Cuando Rönn llegó a las siete de la mañana, Skacke dijo:

—He visto a uno de ellos dos veces; iba armado, pero se parecía mucho a cualquiera de nuestros gamberros.

Rönn meditó unos instantes sobre la palabra «gamberro»; estaba seguro de no haberla oído desde que el mariscal Mannerheim hablaba por la radio, y de aquello hacía mucho tiempo.

Benny Skacke salió, y Einar Rönn ocupó su lugar tras las cortinas.

En la comisaría de la calle Kungsholm no estaban más divertidos. Fredrik Melander se había ido a casa poco después de medianoche, pero vivía en las cercanías y se le podía llamar fácilmente; quizá con algunas dificultades, pero cabía hacerlo.

Martin Beck y Gunvald Larsson se quedaron hasta bastante más tarde de que empezara aquel triste, deprimente y plúmbeo amanecer, y rebuscaban entre fotocopias, planos de casas, dibujos y mapas de la zona de Tanto, sumidos en profundas cavilaciones.

Justo antes de marcharse, Melander había hecho un comentario:

—Y es una casa normal con escalera interior de incendios, ¿no es así?

—Sí, eso es —respondió Gunvald Larsson—, ¿y qué?

—¿Y la escalera de incendios da al apartamento, no es así?

Entonces le tocó a Martin Beck preguntar:

—¿Y qué?

—Resulta que tengo un cuñado que vive en una de esas casas —explicó Melander—, y sé cómo están construidas. Cuando tuve que ayudarlo a colocar un espejo de pared, uno de esos grandotes, se derrumbó la mitad de la pared hacia la escalera de incendios, y el resto de la pared se cayó en la salita del vecino.

—¿Y qué le pareció esto al vecino? —preguntó Gunvald Larsson.

—Tuvo una buena sorpresa. Estaba mirando la tele, la liga inglesa.

—¿Quieres decir...?

—Quiero decir que es algo a tener en cuenta, especialmente si hemos de sorprenderles desde tres o cuatro puntos diferentes.

Y después, Melander se marchó, visiblemente inquieto por su imprescindible sueño nocturno.

Mientras duró la calma en la calle Kungsholm, Martin Beck y Gunvald Larsson empezaron a transformar la historia de Melander en algo que, con un poco de buena voluntad, podía llamarse el embrión de un plan.

—Estarán de cara a la puerta, sobre todo porque sólo hay una —dijo Martin Beck.

—¿Por qué?

—Esperarán que alguien irrumpa de golpe: por ejemplo, tú mismo, con un montón de policías pegados a los talones; si entiendo bien los métodos de estos tipos, procurarán matar a todos los que puedan; luego, cuando ya no les quede ninguna esperanza, se harán volar a sí mismos por los aires, confiando en llevarse a algunos de nosotros como propina.

—¡Uf! —dijo Gunvald Larsson.

—Habrá que reclutar a mucha gente para el nuevo cuartel general de ahí arriba, como decía Kollberg.

—Pues voy a atraparlos con vida —aseguró Gunvald Larsson sombrío.

—¿Pero cómo? ¿Vamos a dejarles morir de hambre?

—¡Buena idea! —exclamó Gunvald Larsson—, Y entonces les enviaremos al director general vestido de Santa Claus el día de Nochebuena, con una gran fuente de arroz con leche; para entonces, estarán tan agotados que se rendirán en seguida, sobre todo si aparece simultáneamente Malm con doce helicópteros y trescientos cincuenta hombres con perros, escudos y chalecos antibalas.

Martin Beck estaba apoyado en la pared, con un codo sobre el archivador metálico.

Gunvald Larsson se sentaba ante su escritorio y se hurgaba los dientes con el abrecartas.

Durante la hora siguiente, ninguno de los dos apenas dijo palabra.

Benny Skacke era un buen tirador, y había tenido ocasión de demostrarlo, no sólo en la cancha de tiro, sino también durante el trabajo. Si hubiera sido cazador de cabezas, habría podido añadir a su colección de trofeos una fea cabezota que un día perteneció a un libanés, considerado como uno de los diez hombres más peligrosos de la época. En la sala tenía su rifle, un Browning High Power Rifle Medaillon Grade 458 Magnum.

Por añadidura, tenía muy buena visión nocturna; a pesar de ser noche cerrada y de mostrarse los japoneses muy parcos en la iluminación, vio que se disponían a comer. La cena era, por lo visto, un asunto ritual. Se vistieron de blanco, con algo así como quimonos, y se sentaron, o lo que fuera, de rodillas, uno a cada lado de un mantel cuadrado, al parecer provisto de platos y pequeños cuencos.

Procedieron con gran calma y tardaron bastante, pero descubrió que cada uno tenía su metralleta con un cargador de reserva al alcance de la mano.

Skacke estaba seguro de poder alcanzarles antes de que pudieran reaccionar y esconderse, o devolver los disparos.

Pero ¿y luego qué? ¿Cuáles eran sus instrucciones? Benny Skacke, muy a pesar suyo, abandonó la idea del tiro de precisión y miró con tristeza hacia la oscuridad exterior.

Martin Beck y Gunvald Larsson tenían ante sí un hueso duro de roer, pero primero deberían dormir algunas horas, así que fueron a echarse en sendas celdas desocupadas de la comisaría, y dieron orden de que no se les molestase, a no ser que apareciera un asesino de masas o algún otro autor de delitos monstruosos.

Poco antes de las seis estaban nuevamente en pie, y, como primera medida práctica, Gunvald Larsson llamó a casa de Rönn, que se acababa de despertar y estaba un poco espeso.

—Einar, no hace falta que vayas hoy a Tanto.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Tenemos que hablar contigo aquí.

—¿Y quién irá a relevar a Skacke?

—Ya lo harán Strömgren o Ek; tampoco es una misión tan difícil.

—¿Cuándo queréis que vaya?

—Tan pronto como hayas leído el periódico y hayas tomado el café o lo que tomes ahora por las mañanas.

—Bueno, bueno, de acuerdo.

Gunvald Larsson colgó y miró largamente a Martin Beck.

—Con tres hombres será suficiente —dijo—: uno desde el balcón, otro por la puerta y otro en la escalera de emergencia.

—A través de la pared.

—Exacto.

—A ti se te da bien atravesar puertas cerradas —dijo Martin Beck—, pero ¿qué tal con las paredes?

—Exacto, no puede ser. El que tenga que atravesar la pared habrá de disponer de una taladradora neumática con sordina. Ya que de todos modos habrá ruido que, aunque no sepan lo que es, les llamará la atención, también estarán pendientes de la puerta, y creo que el que tiene mejores posibilidades es el que entre por el balcón.

—¿Tres hombres?

—Sí, ¿no te parece a ti también?

—Sí, pero ¿cuáles?

—Dos están clarísimos —dijo Gunvald Larsson.

—Tú y yo.

—La idea es nuestra, y es difícil de llevar a cabo. ¿Podemos dejar la responsabilidad en manos de alguien más?

—No creo. Pero ¿quién...?

—Skacke —dijo Gunvald Larsson, aunque dubitativo.

—Es demasiado joven —repuso Martin Beck—, tiene críos pequeños y está trabajando duro para hacer carrera en el oficio; aparte de esto, todavía no tiene demasiada experiencia, especialmente en cuestiones prácticas. No podría resistir verle morir en ese piso, como vi morir a Stenström en el autobús.

—¿A quién podrías resistir ver morir ahí arriba? —inquirió Gunvald Larsson con una agudeza desusada.

Martin Beck no respondió.

—Y Melander es demasiado viejo —dijo Gunvald Larsson—; seguro que lo haría, pero pronto cumplirá los cincuenta y cinco y puede pensar, con toda la razón, que ya ha hecho bastantes trabajos de esta clase. Aparte de esto, es un poco lento. Por cierto, que nosotros también tenemos ya unos cuantos años, aunque no seamos tan lentos.

—¿Nos queda, pues...?

—Einar —dijo Gunvald Larsson, y suspiró profundamente—. Llevo horas pensando en esto. Einar tiene ciertos inconvenientes, que ambos conocemos muy bien, pero cuenta al menos con una gran ventaja, y es que lleva mucho tiempo trabajando con nosotros y sabe cómo pensamos.

Martin Beck encontraba a faltar a Kollberg. Era cierto que Rönn sabía cómo pensaba Gunvald Larsson, pero también lo era que no sabía cómo pensaba Martin Beck, o al menos no lo había demostrado nunca.

—Podemos hablar con él —propuso Martin Beck—. Éste no es un trabajo de esos que se encomiendan al primero que pasa, y se le dice así y asá y hasta luego.

—Vendrá en seguida —dijo Gunvald Larsson.

Mientras esperaban enviaron a Strömgren al apartamento de Tanto. Skacke estaba demasiado cansado para reaccionar; colocó su precioso rifle en una caja que parecía diseñada para contener un instrumento musical; luego abandonó el lugar, se metió en su coche nuevo, se fue a su casa y se acostó.

La nariz colorada de Rönn no hizo su aparición en la puerta del despacho hasta un poco antes de las nueve. Se lo había tomado con tranquilidad, entre otras cosas por el tono de voz de Gunvald Larsson, que no presagiaba ninguna sorpresa agradable. Además, llevaba bastante tiempo sin poder tomarse nada con tranquilidad, así que utilizó el metro para dirigirse al centro, ya que en realidad no le hacía ninguna gracia conducir.

Al llegar, saludó y se sentó, mientras observaba a sus compañeros, a la expectativa.

Martin Beck pensaba que toda vez que Gunvald Larsson era amigo de Rönn desde hacía muchos años, era él quien tenía que empezar a hablar, cosa que hizo Gunvald Larsson inmediatamente.

—Beck y yo hemos estado pensando durante bastantes horas en quiénes han de llegar hasta ese par de pájaros en Tanto, y creemos haber llegado por fin a una solución razonable.

«A ver si será razonable», pensó Martin Beck mientras Gunvald Larsson empezaba a contarle su plan.

Rönn permaneció en silencio durante un buen rato y luego les miró a los dos, aunque sólo fugazmente a Martin Beck, como si le hubiera visto tantas veces que ya supiera por dónde iba; en cambio, a Gunvald Larsson le dedicó una mirada bastante más penetrante. El silencio era casi irresistible. Puesto que le habían dado orden a Melander de atender a todas las llamadas, no había ni siquiera la esperanza de que el timbre del teléfono pudiera romper aquel silencio. Después de lo que parecieron muchísimos minutos, dijo Rönn:

—En mi pueblo, a eso le llaman suicidio.

Rönn era de Arjeplog. Los dos crímenes que se habían cometido en aquel lugar tuvieron lugar después de que Rönn abandonase su pueblo natal. En cierto modo, habían sido dos crímenes bastante parecidos, pero se distinguían en que la policía resolvió el primero y falló en el segundo.

En el caso número uno, un hombre del pueblo había asesinado a tiros, en plena calle, a su mujer y a un hombre que creyó que era su amante, y luego se mató él. El lugar del crimen fue la calle, y allí estaban los tres cadáveres junto con el arma homicida. Se compararon todas las huellas digitales y demás requisitos, y todo coincidió. La policía consideró con toda convicción que el crimen estaba resuelto, y se instruyeron las diligencias oportunas.

El segundo caso parecía bastante fácil para un no iniciado, pero resultó muy complicado. Un borrachín muy conocido en toda la zona, de nombre Nelon Nelonsson, entró hacia las siete de la tarde en el economato del lugar, con el mastodóntico propósito de beberse toda la cerveza que hubiera allí dentro. Varias personas vieron cómo Nelon Nelonsson asaltaba la tienda, y aún más personas oyeron durante horas su repertorio de frases inconexas y los comentarios propios del caso.

Se avisó a la policía, pero los dos agentes disponibles estaban fuera, recorriendo el despoblado territorio en un coche patrulla que la dirección general de la policía les había asignado, a pesar de enormes reticencias en contra, para patrullar la descomunal provincia lapona. El coche estaba provisto de un tacógrafo que obligaba a la policía a recorrer decenas de miles de kilómetros inútilmente. En el pueblo había un tercer policía, pero aquél era su día libre, y estaba tan borracho que ni siquiera pudieron conducirlo al lugar del desastre. Cuando el coche de la policía regresó de la

estepa al cabo de largas horas, la cerveza se había agotado y Nelson Nelonsson había desaparecido, si bien fue hallado al día siguiente durmiendo en el desván de la tienda; cuando le despertaron, lo negó todo. Poco después se trasladó a vivir al sur del país, y, quizá debido a que aquel asunto le había otorgado una cierta aureola heroica, se metió en política. Empezó como provocador sindical socialdemócrata, pero pronto derivó hacia posturas más refinadas y respetables en el seno de aquel partido ficticio y desproporcionado.

La investigación policial se suspendió, y el caso se dejó por irresoluble.

Einar Rönn se había convertido en una persona decente. Colocado ante la disyuntiva de ser policía o militar, había ido a parar a las fuerzas del orden. Gracias a la evidente falta de lógica que tan a menudo distingue a los mandos policiales, le enviaron al sur de Suecia y sirvió en Lund, aunque su auténtica formación policial la había adquirido en la sección de delitos violentos de Estocolmo, en ambientes dominados por un cinismo y una brutalidad tan crudos y bestiales que la mayoría no creen que existan hasta que se encuentran con ello.

Al cabo de un rato, Rönn dijo:

—Bueno, ¿le habéis enseñado a Melander esta especie de plan?

—Sí —dijo Martin Beck—, en realidad fue de él de quien partió la idea original.

—¿Qué idea original? ¿La de que él no tomara parte en esto?

Gunvald Larsson y Martin Beck no pudieron ocultar la decepción ante aquella reprimenda que echaba por tierra un trabajo de planificación de varios días, pero Rönn se dirigió de repente hacia la ventana, miró cómo caía la nieve y dijo con apatía:

—Está bien, iré; dadme otra vez esa porquería para que la lea otra vez.

Y al cabo de más o menos media hora:

—Me imagino que la idea es que Gunvald entre a patadas por la puerta, mientras Martin se descuelga desde el balcón del piso superior.

—Sí —dijo Gunvald Larsson.

—Sí, y yo, entretanto, salgo de la pared dando un rugido, así por las buenas... ¿y a qué hora ha de ocurrir?

—¿A qué hora suelen comer? —preguntó Martin Beck.

—A las nueve —contestó Rönn—; la primera comida a las nueve en punto, y suele ser un almuerzo de abrigo, con un montón de platos.

—Entonces los cogeremos a las nueve y cinco.

—Sí —dijo Rönn—, ¿y Gunvald?

—¿Qué?

—En caso de que la puerta esté abierta, ten en cuenta que ese apartamento está a doce pisos de altura. Y por cierto, ¿de dónde vamos a sacar todos esos trastos?

—De obras públicas —dijo Martin Beck.

—¿Y quién manejará las herramientas?

—Policías —contestó Gunvald Larsson—. No podemos pedir que haya un montón de obreros municipales que corean riesgos imprevisibles.

—Riesgos imprevisibles, sí —dijo Rönn—. ¿Y de qué vamos a ir disfrazados?

Gunvald Larsson hizo una fea mueca y respondió: —Llevaremos monos, que nos prestarán los de obras públicas. ¿Einar...?

—¿Sí?

—Supongo que eres consciente de una cosa.

—¿De qué?

—De que esto es completamente voluntario.

—Sí, claro —dijo Rönn.

Era el viernes 13 de diciembre, pero a nadie le ocurrió nada especial por ese motivo.

Por si a alguno de los tres miembros del grupo le quedaban dudas sobre la posibilidad de poder accionar las diez taladradoras neumáticas sin llamar la atención, a las nueve menos dos minutos de la mañana del miércoles salió de dudas, pues las diez taladradoras, si bien se hallaban en un espacio cerrado, tenían como telón de fondo dos excavadoras que parecían manejadas por sendos locos y cuatro perforadoras de piedra históricas.

Rönn operaba en la escalera, junto a otros tres hombres, y realizó un trabajo minucioso, horadando los agujeros a tal profundidad que la pared cedería a la mínima presión; además, era el único que había utilizado anteriormente una taladradora neumática.

Gunvald Larsson, que se mantuvo en el descansillo delante de los ascensores, pudo comprobar en seguida que aquello era algo que no dominaba; a pesar de asumir su cara un color violáceo a causa del esfuerzo, el taladro se le salía continuamente de sitio, y en lo único en lo que demostró su capacidad fue en el arte de armar un ruido infernal.

Martin Beck estaba tumbado en el balcón del piso superior, y tenía a su lado la pequeña escalerilla de aluminio. La familia que ocupaba aquella vivienda no había puesto ningún inconveniente serio cuando la policía se presentó en su casa y la evacuó a un piso más arriba. El otro apartamento del rellano de los japoneses estaba vacío; las casas eran malas y los alquileres tan altos que las personas que podían permitirse el lujo de vivir allí preferían escoger algo mejor.

La empresa multinacional propietaria del edificio había demandado recientemente a la otra multinacional gigante constructora del inmueble y había pedido una indemnización de varios millones por incumplimiento de contrato, motivado por negligencia, chapucería, fallos de material y todas las cosas consabidas que son práctica rutinaria en la construcción de grandes inmuebles en Suecia. Mientras los inquilinos pagaron, en dinero legal o bajo mano, callaron y aguantaron, no se oyó nunca ninguna queja contra ningún propietario, a pesar de que era casi un milagro que aquellas casas no se derrumbaran nada más terminarlas, pero a medida que fue

creciendo la oferta en el mercado de la vivienda, la gente se mostraba más concienciada y ya no aceptaba de buenas a primeras la primera vivienda especulativa que se les ofrecía.

Martin Beck podía ver el balcón de los japoneses por un orificio de desagüe; habían salido dos veces para mirar las excavadoras y las taladradoras, que sin embargo sólo eran responsables de una parte del formidable estruendo que se había formado.

La operación tenía que prepararse en ocho minutos, y así se hizo. A las nueve y cinco minutos en punto, Gunvald Larsson asestó una patada contra la puerta y penetró en el apartamento; la puerta, que segundos antes había parecido una plancha de imitación de madera más o menos decorativa, se convirtió en unos segundos en un montón de astillas inidentificables.

El japonés grandote dejó su desayuno (¿o era ya su almuerzo?) con la metralleta en la mano, dispuesto a volverse contra Gunvald Larsson, pero en el mismo instante, en una fracción de segundo la pared que estaba a su derecha pareció venirse abajo y grandes pedazos de ella volaron dentro de la habitación junto con Einar Rönn, que, en pie y con un aspecto realmente inquietante, les apuntaba con su pistola Walther. Simultáneamente, Martin Beck soltaba la escalerilla de aluminio y derribaba de una patada la puerta del balcón, descubriendo que lo de dar patadas a las puertas era bastante divertido, a pesar de que aquélla era tan sólo una puerta chapucera de vidrio y conglomerado en lugar de auténtica madera; también recordó que Lennart Kollberg le había jurado que vio cómo una vez Gunvald Larsson en una situación extrema derribó de una patada la puerta del Instituto Eastman, que en circunstancias normales sólo hubiera sido posible forzar empleando un carro de combate o algo parecido.

No había nada que decir en contra del perfecto entrenamiento de ambos japoneses y de su ánimo fatalista, y tampoco demostraron desconocer las reglas de la estrategia; habían sido sorprendidos a pesar de su constante vigilancia, y además los habían sorprendido desde tres puntos distintos. Si no actuaban siguiendo estrictamente sus propias instrucciones, aquellos tres hombres metidos en sendos monos de color naranja, con toda seguridad policías disfrazados, podían matarlos a los dos en cuestión de segundos. No dijeron nada, ni siquiera cuando Gunvald Larsson aprovechó que el japonés grandote se volvía hacia la pared derrumbada y hacia Rönn, para asestarle con todas sus fuerzas un golpe en la nuca con la culata de su revólver Master del 38, una buena arma que Gunvald Larsson había conseguido por sus

propios medios, pero con la que no había disparado jamás contra ninguna persona.

En aquel preciso instante saltaron de los blancos ropajes de desayuno (¿o del almuerzo?) de los japoneses dos cajitas del tamaño de cajetillas de cigarrillos, que cayeron al suelo; de cada una de ellas salía un cable que terminaba alrededor de la muñeca de su portador.

No era difícil imaginar de qué se trataba: eran dos bombas compactas. El cable conectaba las muñecas de los japoneses a sendas espoletas. Si cualquiera de ellos conseguía tirar de su cable, estallaría la cajita, y probablemente con una sola había más que suficiente como para hacer volar a las cinco personas que allí se encontraban. ¿Y por qué no iba a poder tirar del cable? Un rápido tirón, la espoleta accionaría la bomba, y todo habría terminado.

Gunvald Larsson se quedó perplejo. Era un mal asunto, y el golpe que le había asestado en la nuca al japonés grandote no parecía haber tenido mayores consecuencias. Gunvald Larsson comprendió todo esto. Los japoneses renunciaban a todo, el grandote estaba estirando el cable y les quedaban cinco o diez segundos de vida. Gunvald Larsson gritó desesperadamente:

—¡Einar, el cable!

Y entonces Rönn hizo algo que ni él ni nadie pudo comprender ni entender: a pesar de ser uno de los peores tiradores del cuerpo, alzó unos centímetros su Walther y disparó contra el cable de la espoleta, partiéndolo con una precisión sobrehumana.

Cuando el cable quedó en el suelo, convertido en una inofensiva madeja, Gunvald Larsson se abalanzó sobre el japonés grandote lanzando un rugido como el que había proferido Rönn al empujar la pared.

Entonces, Rönn se volvió hacia Martin Beck y el otro japonés y dijo con mucha calma:

—Martin, el cable detonador.

Hallándose ante dos adversarios, y prácticamente desarmado desde que Martin Beck le arrebatara la metralleta de las manos, el japonés intentó hacer algo para lo que le faltaba tiempo: miró a Rönn con una especie de extraña complicidad a la vez que recogía el cable detonador, que era demasiado largo, con la mano derecha para tensarlo. Entonces miró a Rönn, a la pistola y pareció pensar: «¿Y por qué no me mata?». ».

Al mismo tiempo, Martin Beck sacó del bolsillo interior unas tijeras de oficina, y sin el menor dramatismo, cortó el cable detonador.

Cuando el japonés volvió a mirar a Martin Beck para comprobar la nueva calamidad que había estado a punto de producirse, Rönn le golpeó con total frialdad en la nuca con la culata de su pistola. El adversario se desplomó sin decir ni pío, y Rönn se arrodilló para ponerle las esposas, mientras Martin Beck apartaba la cajita con el pie. Ya que se había estropeado el detonador, seguramente era inofensiva, pero nunca se podía estar seguro del todo.

El japonés grandote era enormemente fuerte, ágil y técnico. Tenía por lo menos veinte años menos que Gunvald Larsson y parecía dominar todos trucos del judo, del jiu-jitsu y del superkarate, ¿pero de qué servían todas esas cosas contra un Gunvald Larsson desatado por la rabia? Sentía crecer en su interior el odio, un odio salvaje e incontrolado contra aquellas personas que mataban por dinero sin que les importara a quién mataban ni por qué. ¿Quién era ése, el joven? Un terrorista capitalista al servicio de regímenes depravados y decadentes, un asesino profesional cuyo oficio era el peor y el más despreciable de todos. Gunvald Larsson sentía respeto por la vida, pero por un instante pensó que gente de aquella calaña apenas debería tener derecho a la vida.

Tras algunos minutos de dura lucha, Gunvald Larsson obtuvo la ventaja y la posición deseada y golpeó a su adversario siete veces contra la pared con la cara y la parte anterior del cuerpo. Las últimas dos veces, el japonés ya estaba sin sentido, con sus ropas empapadas en sangre. Aun así, Gunvald Larsson se disponía a volver a golpear aquel pesado cuerpo que tenía que sostener en pie.

—Ya está bien, Gunvald —dijo Martin Beck sin levantar la voz—; déjalo y ponle las esposas.

—Sí —asintió Gunvald Larsson. Sus ojos azules y cristalinos brillaron, y dijo—: Esto me ocurre muy pocas veces.

—Ya lo sé —dijo Martin Beck.

Entonces contempló a los dos hombres esposados e inconscientes, y dijo casi como para sí mismo:

—Vivos, y lo conseguimos.

—Sí —dijo Gunvald Larsson—, lo conseguimos.

Se apoyó en el umbral de la puerta más cercana, flexionando sus doloridos hombros y brazos, y murmuró:

—¡Era fuerte el cabrón!

Lo que ocurrió después habría que considerarlo como un absurdo anticlímax.

Martin Beck salió al descansillo y se asomó al balcón, desde el cual hizo señales para que cesara el ruido.

Cuando regresó, Rönn y Gunvald Larsson se estaban quitando los uniformes de color naranja, con su ancha franja fosforescente.

Un policía de uniforme, desconocido para todos ellos, miró a través de lo que quedaba de aquella puerta destrozada y luego hizo una señal, invitando a pasar a alguien situado detrás de él. Se abrió una de las puertas del ascensor y salió de él Bulldozer Olsson, quien, con la cabeza agachada y dando pequeños saltitos, entró en el apartamento.

Primero contempló a los dos japoneses desmayados, luego el apartamento destrozado, y después miró a Martin Beck, Gunvald Larsson y Einar Rönn.

—¡Perfecto, muchachos! —dijo—. Nunca creí que lo lograríais.

—¿No? —dijo Gunvald Larsson con amargura—. Por cierto, ¿y qué coño haces tú aquí?

Bulldozer Olsson se acarició un par de veces la corbata gigante del día, que era una cosa americana de propaganda electoral con elefantes blancos sobre fondo verde.

Se aclaró la garganta y recitó pomposamente:

—Hitadichi Iti y Matsuma Leitzu, os declaro detenidos como sospechosos de intento de asesinato, terrorismo y resistencia armada contra funcionarios.

El más pequeño de ellos se había despertado y dijo amablemente:

—Perdón, señor, pero esos no son nuestros nombres. —Hizo una breve pausa y añadió—: Suponiendo que lo que usted ha dicho hayan sido nombres.

—Oh, eso de los nombres lo arreglaremos en seguida —replicó Bulldozer con despreocupación.

Hizo un gesto a los policías que estaban tras él y dijo:

—Muy bien, llévenlos a Kungsholmen, y busquen a alguien que les lea sus derechos en inglés o en algo que entiendan, y que les expliquen que mañana serán juzgados. Si no tienen abogado propio, les proporcionaremos uno. —Tras una breve pausa, añadió—: Aunque a ser posible, que no sea el Trueno.

Entraron en el apartamento varios hombres de Bulldozer y los dos detenidos fueron sacados de allí, el uno por sus propios medios, y el otro a cuestas.

—Bueno —dijo Bulldozer—, buen trabajo, muchachos. Repito: una detención perfecta, aunque sigo sin comprender cómo lo habéis logrado vosotros solos.

—No —replicó Gunvald Larsson, de peor humor que antes—, tú no lo entiendes.

—Larsson, eres un tipo curioso —dijo Bulldozer.

—Y tira esa corbata de propaganda americana a la basura.

—¡Ni hablar! —exclamó Bulldozer—, Me gusta, me la regaló el gobernador de Nueva York cuando estuve allí; era republicano. Quise que el alcalde de la ciudad me regalara una demócrata, pero no tenía ninguna y me dijo que me enviaría una en la próxima campaña; ya se han celebrado nuevas elecciones, pero no me ha enviado la demócrata. —Por un momento pareció disgustado; meneó la cabeza y concluyó—: No te puedes fiar de nadie.

Después, el fiscal jefe se alejó dando saltitos, metido en su traje azul y arrugado.

Cuando Bulldozer hubo desaparecido Gunvald Larsson empezó a decir: «¿Cómo puñeta...?», pero se calló.

Martin Beck pensó un momento lo mismo, pero no dijo nada.

La cosa era demasiado sencilla; Bulldozer Olsson tenía confidentes en todas partes, se metía en todas partes y procuraba llevarse los honores. Martin Beck estaba casi seguro de que Bulldozer Olsson no había logrado meter a ningún observador dentro de la comisión nacional de homicidios, pero parecía indudable que tenía a alguien de su confianza en la sección de delitos violentos de Estocolmo.

¿Quién? ¿Ek? ¿Strömgren? Strömgren era de esa clase, pero sería muy difícil lograr que lo admitiera.

—Bueno —dijo Rönn, aspirando sonoramente por la nariz—, se ha acabado la diversión.

—¿La diversión?

Gunvald Larsson contempló largamente a Rönn, pero se abstuvo de hacer más comentarios.

Martin Beck examinó las bombas de las cajitas; el laboratorio técnico criminal se ocuparía de ellas.

A cuatrocientos metros de allí estaba Strömgren, fumando detrás de las tupidas cortinas. Tras la conversación con Bulldozer una hora antes, no había hecho otra cosa que fumar un pitillo tras otro. Pensaba que ya era hora de pasarse al grupo especial de Bulldozer y obtener el anhelado ascenso.

Benny Skacke estaba en casa acostado; sus ocupaciones eran en aquel momento de índole privada.

—¿Y dónde carajo estará Heydt? —preguntó Gunvald Larsson desanimado.

—¿No puedes pensar en otra cosa? —replicó Rönn—. Por lo menos ahora.

—¿En qué, por ejemplo?

—Bueno, por ejemplo en que le di a aquel cablecito. Era una cosa imposible.

—¿Cuántos puntos obtuviste en el último entrenamiento?

—Cero —contestó Rönn enrojeciendo a continuación.

—¡Qué fuerte era el cabrón! —dijo Gunvald Larsson, tocándose los hombros.

Quince segundos más tarde repitió para sí mismo:

—¿Dónde carajo estará Heydt?

El proceso contra los dos japoneses tuvo lugar la mañana del día 16 y fue la mayor bufonada que se había representado nunca en el Ayuntamiento de Estocolmo.

En Suecia sucede que los fiscales de los diversos juicios se asignan por sorteo, probablemente para lograr una quimérica justicia formal.

Si se hubiera celebrado algún sorteo, lo cual era dudoso, Bulldozer Olsson se las habría arreglado de antemano para que su nombre figurase en varias papeletas, pues él actuaba con tal autoridad y grandilocuencia que la mera idea de que otro ocupase su lugar parecía absurda e impensable. Llevaba el traje recién planchado —mejor dicho, debía de haber estado recién planchado á primeras horas de la mañana—, los zapatos recién cepillados, y la corbata de un verde chillón con dibujos de torres petroleras rojas, y probablemente él se vanagloriaba, al menos, de que era un regalo personal del Sha de Persia.

Les había rogado a Martin Beck, a Gunvald Larsson y a Einar Rönn que estuvieran presentes y, aparte de ellos, el local estaba rebosante de personas que o bien habían venido por pura curiosidad, o bien porque consideraban casi como un deber estar puntualmente informados de aquel proceso. A la última categoría pertenecían el director general de la policía y Stig Malm, que ocupaban majestuosamente los primeros bancos destinados al público. En un lugar algo más discreto podía advertirse la coronilla rojiza alrededor de la calva del jefe de la SÄPO. Era la primera ocasión en la que aparecía en público desde el 21 de noviembre.

Los dos japoneses tenían asignada la defensa de un abogado, comparado con el cual Hedobald Braxén parecía Clarence Darrow y Abraham Lincoln juntos.

El más corpulento de los terroristas recordaba a una momia de una película antigua de Boris Karloff, después del trato recibido por parte de Gunvald Larsson, pero el pequeño sonreía sin cesar y se inclinaba en seguida en cuanto alguien ponía la vista en él.

Todo se complicaba debido a que había que utilizar un intérprete.

El punto más débil de la argumentación de Bulldozer era que realmente no sabía cómo se llamaba ninguno de los dos detenidos. En el curso de las

diligencias previas, sacó una lista de catorce nombres de una lista facilitada por la Interpol, y tanto la momia como su sociable amigo sacudieron la cabeza al oír cada uno de los nombres.

Por fin, el juez perdió la paciencia y pidió al intérprete que les preguntase a los japoneses cuáles eran sus nombres y cuándo habían nacido.

A la pregunta contestó el japonés sociable que se llamaban Kaiten y Kamikaze respectivamente, y dio dos fechas de nacimiento. La momia ni siquiera podía hablar.

Martin Beck y Gunvald Larsson se miraron sorprendidos, pero nadie más reaccionó. Por lo visto, eran los únicos en saber que Kaiten significaba torpedo humano, y que Kamikaze significaba piloto suicida. Además, los dos hombres habían dado la fecha de nacimiento del almirante Togo y del almirante Yamamoto, lo cual hubiera significado que tenían respectivamente ciento treinta y noventa años, si bien cualquiera que los viese podía comprender que no tenían más de treinta.

El tribunal se tragó sin embargo aquellas fechas, y el escribano tomó nota sin perder una palabra.

Bulldozer, acto seguido, les declaró sospechosos de un montón de delitos, por ejemplo, de un delito de lesa majestad, de intento de asesinato contra el primer ministro, contra el rey, contra el senador americano y contra dieciocho personas más, entre las que citó a Gunvald Larsson, Martin Beck y Einar Rönn. Prosiguió acusándoles de intento de subversión armada, de provocar daños en las construcciones municipales de gas, tenencia ilícitas de armas, permanencia ilegal en el país, estropicios graves en el inmueble de Tanto, robo, contrabando de armas, violencia contra funcionarios, preparación de un delito de tráfico de narcóticos (se había descubierto un frasco de jarabe contra la tos que contenía tintura de opio), comisión de un delito contra la ley de alimentación (en el congelador se había hallado un perro troceado), además de secuestro de perros y falsificación de documentos, y transgresión de la ley de juegos de azar. En este último punto, había considerado las famosas bolitas de madera como parte de un juego de azar.

Cuando hubo llegado a este extremo, Bulldozer salió de la sala, de repente y sin la menor palabra de justificación, y todos se quedaron mirándole con sorpresa.

Al cabo de unos minutos regresó dando saltitos a la cabeza de seis de sus títeres, que portaban una caja de madera en forma de ataúd y una gran mesa

de juego.

Luego sacó de la caja un montón de objetos que constituían pruebas, componentes de bombas, granadas de mano y municiones entre otras cosas. Mostró cada uno de los objetos al juez y al público, tras lo cual colocó los objetos sobre la mesa.

La caja estaba todavía medio llena, cuando Bulldozer extrajo una cabeza de perro envuelta en plástico, y se la mostró primero al director general de la policía y luego a Stig Malm, que escupió en seguida en el suelo.

Animado por aquel inicio, Bulldozer retiró el plástico y colocó la cabeza de perro debajo de la nariz del juez, que se sacó un pañuelo del bolsillo y se lo puso delante de la boca, mientras decía con voz medio ahogada:

—Es suficiente, señor fiscal jefe, es suficiente.

Bulldozer empezó entonces a sacar el resto del perro decapitado, pero el juez repitió con énfasis:

—Ya le he dicho que era suficiente.

Bulldozer soltó un resoplido de disgusto por encima de su corbata, dio una vuelta de honor por la sala, se detuvo ante la momia y dijo:

—Solicito que se encarcele a los señores Kaiten y Kamikaze. Debido a que estoy esperando que llegue más material procedente del extranjero, solicito la prisión preventiva mientras tanto.

El intérprete se lo tradujo; la momia asintió, y el otro japonés sonrió amablemente y se inclinó profundamente.

Le correspondía la palabra al abogado defensor, un hombre flaco que parecía un cigarro que hubiera sido encendido por las dos puntas y luego aplastado, y que llevara mucho tiempo apagado y tirado en cualquier parte.

Bulldozer examinó distraídamente el interior de la caja; cogió la parte posterior del perro, con el rabo colgando, y mostró aquella prueba al director general de la policía hasta que a éste se le puso la cara de color violeta.

—Me opongo al encarcelamiento —dijo el abogado defensor.

—¿Y eso por qué? —preguntó el juez, con un tono de sorpresa en la voz.

El abogado defensor permaneció en silencio un buen rato, y luego contestó:

—La verdad es que no lo sé.

Con esta respuesta genial se dieron por terminadas las diligencias previas, los japoneses se declararon en prisión preventiva y los oyentes

salieron de la sala.

En la casa de la calle Kapell, en Huvudsta, Reinhard Heydt estaba tumbado en la cama, pensando.

Se acababa de bañar y el trecho que separaba el baño de la cama estaba sembrado de toallas blancas extendidas.

Estaba desnudo; en el lavabo se había estado mirando largo rato en el espejo y había podido constatar dos cosas: que el tono moreno de su piel se empezaba a desvanecer, y que había bien poca cosa que hacer con su aspecto.

Era la primera vez que una acción de ULAG había fracasado totalmente. Habían perdido la misión y a dos de sus activistas, que habían caído en manos del enemigo con vida, con el agravante de que uno de ellos era de lo mejorcito.

Levallois se había librado, por lo visto, pero ése era un flaco consuelo.

Los enemigos eran incontables y en aquella ocasión estaban representados por la policía sueca.

En el periódico del día anterior había visto la fotografía de una persona de quien se decía que era «el cerebro detrás de la detención de los dos japoneses», el fiscal jefe Sten Robert Olsson. Contempló largamente la fotografía, que mostraba a un hombre de mejillas redondas con una corbata llamativa y aspecto satisfecho. Había algo oscuro en todo aquello. ¿Era aquel Olsson, Bulldozer como se le llamaba en el texto, realmente el responsable del golpe? A Reinhard Heydt le resultaba difícil creerlo; mejor dicho, estaba seguro de que era mentira. No, y en otro lugar había otro hombre tumbado en una cama intentando imaginar dónde se encontraba Heydt y qué se podía pensar que hiciese en las próximas horas. Y ese hombre, fuese quien fuese, constituía el gran riesgo, el gran peligro.

Quizá era aquel comisario de policía que apareció en la televisión y en los periódicos, en conexión con los curiosos sucesos del 21 de noviembre. Heydt se había anotado su nombre y se había fijado en su aspecto: el comisario Martin Beck.

¿Valdría la pena concertar una entrevista con ese tal Martin Beck? La experiencia le había demostrado que los adversarios con mayores aureolas eran los menos peligrosos, pero, por otro lado, ¿era seguro que fuese precisamente aquel Beck el hombre tan peligroso para él? Cuanto más

pensaba en todo lo que había ocurrido, más seguro estaba Reinhard Heydt de que su principal adversario era otra persona.

Quizá fuese Beck, o simplemente aquel Bulldozer Olsson, el que los había engañado a él y a Levallois el 21 de noviembre. Aparte de eso, ellos mismos se habían engañado también.

Pero tras un detenido examen de las fotografías se convenció de que no era ninguno de aquellos dos; al menos no era Olsson, desde luego, quien logró aquella magistral operación que permitió detener a Kaiten con vida sin que nadie hubiera resultado muerto, ni siquiera gravemente herido.

Kaiten, que naturalmente no se llamaba así, había sido uno de los ases en el mismo grupo de formación en el que había estado Heydt; el simple hecho de cogerle por sorpresa era algo casi imposible. El propio Heydt ni siquiera hubiera intentado una cosa así, y, en caso de hacerlo, hubiera tenido muy pocas posibilidades de éxito.

Reinhard Heydt era peligroso, él lo sabía y estaba orgulloso de ello; por lo visto, había sido único en los entrenamientos, pero en las pruebas físicas había quedado siempre muy por debajo de la puntuación de Kaiten; además, se decía que Kaiten y el otro habían sido detenidos, después de dominarlos y atarlos, dentro del apartamento; aquello le parecía imposible, pero alguien lo había logrado, y no parecía haber sido cosa de un batallón de policías, sino de tan sólo tres hombres, más o menos, con Beck a la cabeza.

Y uno de ellos había reducido a Kaiten sin matarlo ni resultar herido por él. Ese hombre era peligroso, pues quien hubiera podido reducir a Kaiten era un adversario al que Heydt no tenía la menor gana de conocer. Pero ¿quién era? ¿Beck? ¿O quizá uno de los mejores agentes de la CIA? También era una posibilidad. ¿Podía tratarse realmente de un policía sueco? Por lo que Heydt había podido ver de la policía sueca, aquello le pareció descartado.

En tres ocasiones había visto al jefe de la policía nacional por la televisión, y una vez a una especie de administrador; ambos le parecieron, si no idiotas declarados, por lo menos nulidades burocráticas con ligeras ideas sobre su trabajo y con una propensión insistente a pronunciar discursos sin sentido y sumamente aburridos.

El servicio de seguridad del país no solía aparecer en público, lógicamente, pero parecía ser objeto de las chanzas de todo el mundo, si bien no debían de ser tan ineficaces como se decía.

Parecía ser que el servicio de seguridad nacional sólo se había encargado de parte de la organización en torno a la visita del senador, sobre todo de la parte más desastrosa desde el punto de vista de la policía; pero el resto del plan había sido inteligente y Heydt era el primero en reconocer que alguien le había engañado. Pero ¿quién? ¿Podría ser el mismo que le había dado la paliza a Kaiten y lo había metido entre rejas? ¿Había alguna otra persona en aquella ciudad, tumbada en una cama y meditando sobre aquellas mismas cosas? ¿Alguien lo suficientemente interesado en Reinhard Heydt como para resultarle peligroso? Más bien parecía que sí.

Reinhard Heydt se puso boca abajo y extendió ante sí el mapa de Escandinavia. Pronto abandonaría el país, y ya hacía tiempo que había decidido por dónde se iba a escabullir; iba a hacerlo a través de Copenhague, donde se encontraba Levallois y otros simpatizantes. Pero ¿cómo se las arreglaría para llegar hasta allí?

Había varias posibilidades, pero algunas las había descartado hacía tiempo, por ejemplo el avión regular, que resultaba demasiado fácil de controlar, y también el método de Levallois. Sin duda le dio buen resultado a éste, que llevaba cinco años estableciendo los contactos necesarios, pero Heydt carecía de esta clase de contactos y el riesgo de que le detuvieran era demasiado alto.

Viajar a Finlandia parecía poco seguro; en parte, las comunicaciones estaban bajo control, y por otro lado se decía que la policía finlandesa era más peligrosa que sus colegas en el resto de los países escandinavos. Los caminos de salida eran pocos, pero los había más prometedores.

Personalmente, le apetecía más la idea de tomar un tren o ir en coche hasta Oslo, y luego abordar un barco danés de pasajeros en dirección a Copenhague. Además, podría ser una retirada bastante tranquila, cómodamente instalado en un camarote confortable y en elegantes salones.

Pero ese camino tal vez no fuese el más seguro. A veces, a Heydt le parecía que sí, pero otras veces imaginaba que el trayecto de transbordador entre Helsingborg y Helsingör resultaba mejor desde el punto de vista de la seguridad. Justo antes de Navidad, aquella línea estaría llena a rebosar. Esto también ocurría en la línea de hidroplanos que unían Malmö con Copenhague, y en ella no hacía falta que fuera Navidad para que la situación fuera caótica.

Había otros caminos, por ejemplo los transbordadores y pequeños barcos entre Lanskrona y Tuborg o Copenhague, y también quedaban otras muchas

posibilidades, como el transbordador de coches de Helsingborg, Malmö y Trelleborg hacia la República Federal de Alemania, y las buenas conexiones de transbordadores ferroviarios entre Trelleborg y la República Democrática Alemana, o desde Ystad a Swinemünde, que pertenecía a Polonia y se llamaba algo raro, como Swinouscie o algo parecido.

Pero el control de pasaportes era muy minucioso en Polonia y en la República Democrática de Alemania, y tampoco tenía nada que hacer en Alemania Federal. No, lo mejor sería un buque grande de pasajeros desde Oslo a Dinamarca, o bien un transbordador de Helsingborg o un hidroplano de los que hacían la lanzadera entre Malmö y Copenhague, y aprovechar la locura navideña.

Acababa de reservar un camarote de lujo en el *Kong Olav V* de Oslo, pero todavía no estaba decidido del todo. Estudió el mapa y se desperezó de tal manera que le crujieron los huesos.

Reinhard Heydt era un tipazo rubio y de un metro noventa y cinco; su estado físico era perfecto y sus condiciones psíquicas inmejorables. Pensó un rato en Kaiten y Kamikaze, pero no se inquietó; no había brutalidad policial o tortura que les pudiera hacer decir nada comprometedor.

En cambio tenía la intensa sensación de que, en algún lugar de aquella ciudad gris y castigada por el viento, existía otra persona que probablemente en aquel preciso instante estaba intentando adivinar dónde estaba Heydt y qué era lo que pensaba hacer en las próximas horas.

A lo mejor no era mala idea deshacerse de aquel Martin Beck; un cuerpo de policía no puede permitirse perder a una de las mejores cabezas sobre las que descansa su trabajo y su gestión.

Heydt tenía un rifle con mira telescópica nocturna para disparar a gran distancia; días atrás lo había montado y lo tenía preparado y limpio dentro del armario. ¿Martin Beck? Sí, era una idea, pero ¿era realmente Martin Beck el que había detenido a Kaiten y a Kamikaze y estaba intentando detenerle a él también? Lo dudaba.

Aun así, la idea de deshacerse de Martin Beck para siempre era buena, aunque a lo mejor ya se le había ocurrido al propio Martin Beck que eso pudiera suceder.

Heydt se dirigió desnudo hacia el armario, sacó el rifle, lo desarmó y comprobó cuidadosamente que cada pieza estuviera en su sitio. Todo estaba como debía, en perfecto estado.

Luego empezó a montar el rifle de nuevo; finalmente sacó unos cuantos cargadores de la maleta de doble fondo, cargó el arma, y la ocultó debajo de la cama.

Reinhard Heydt tenía razón, a pesar de que su invisible adversario estaba más lejos de lo que él creía. Aunque dentro de la misma ciudad, la distancia entre Huvudsta, en el noreste, y el remoto suburbio de Bollmora, hacia el sur y bastante hacia el este, era realmente grande.

Allí vivía Gunvald Larsson. Había comprado un poco de comida en el supermercado, donde todos parecían más o menos neuróticos ante la inminencia de la Navidad y ni siquiera él consiguió tener la cabeza clara. Cuando la música de fondo intentó atormentar nuevamente los impulsos adquisitivos de la clientela, repitiendo por quinta vez la misma estúpida traducción de «Rudolph the Rednosed Reindeer», Gunvald Larsson compró distraído un queso equivocado, camembert sueco en lugar de brie danés, y para colmo se equivocó de té y compró Earl Greys Gunpowder en vez de Twinings Lapsang Souchong, hasta que por fin se abrió paso a codazos a través de la cola hacia la caja y abandonó la tienda cansado, dolorido e irritado.

Empezaba a hacerse tarde. Después de comer se había quedado un buen rato en la bañera y había pensado en varias posibilidades; después se había secado, se había puesto un pijama limpio de seda blanca, zapatillas y batín, y se había tumbado en la cama boca abajo, abriendo el mapa de Escandinavia en el suelo. Se tuvo que ir acomodando entre varios cojines, porque la lucha con Kaiten le había dejado diversos cardenales producidos por misteriosos golpes contra el pecho y los brazos. Después concentró toda su atención en el mapa.

Hubo un tiempo, en realidad un período de muchos años, durante los cuales Gunvald Larsson jamás se había llevado trabajo a casa, y de vez en cuando incluso había conseguido olvidar que era policía en el momento de entrar en casa, pero esa época se había desvanecido.

En aquel momento pensaba única y exclusivamente en Reinhard Heydt; a aquellas horas creía conocer bastante bien a Heydt, tal como se conoce a un colega desagradable o a un compañero de colegio odioso.

Gunvald Larsson estaba convencido de que Heydt seguía en el país; también estaba casi seguro de que el hombre iba a intentar aprovechar la confusión del tráfico navideño para escabullirse.

Gunvald Larsson había dibujado sobre el mapa muchas flechas azules y algunas rojas. Las marcas rojas señalaban las rutas aéreas que consideraba más adecuadas por su poca vigilancia; las marcas azules señalaban posibilidades más sofisticadas. Gran parte de las flechitas azules señalaban al este, a Finlandia la mayoría, y algunas a la Unión Soviética, y otras hacia el sur, a Polonia, la República Democrática de Alemania y la Alemania Federal. Las que señalaban el oeste iban de Gotemburgo a Tilbury Docks, en la desembocadura del Támesis, a Immingham, y a Frederikshavn en Jutlandia, y desde Varberg hacia Greña.

Alrededor de los aeropuertos internacionales, que por desgracia eran muy pocos, había círculos azules; los aeropuertos eran fáciles de vigilar, y desde la ola de secuestros aéreos de los últimos años existía un mayor control, que sólo haría falta extremar un poco más.

Las auténticas líneas calientes estaban en otros lugares. La carretera hacia el sur de Noruega estaba señalada por flechas rojas, sobre todo en las autopistas europeas 6 y 18, al igual que las líneas ferroviarias a la capital de Noruega. Gunvald Larsson también había dibujado una ruta por mar hacia Copenhague, con una línea roja muy ancha sobre la que meditó largamente.

Después se concentró en la parte sur de Suecia. La ancha línea roja entre Helsingborg y Helsingör señalaba los transbordadores ferroviarios daneses, los transbordadores de coches suecos y los pequeños barcos de pasajeros, que hacían la ruta de ida y vuelta. La intensidad de tráfico entre Suecia y Dinamarca era máxima precisamente en aquel trecho. En general, sólo pasaban quince minutos entre turno y turno, y a veces menos tiempo.

Entre Landskrona y la capital danesa había dos líneas diferenciadas: el transbordador de coches al puerto de Tuborg y los pequeños barcos de pasajeros que iban al interior del puerto. Pero los barcos salían a intervalos más prolongados, e incluso en pleno jaleo navideño, aunque la afluencia de pasajeros fuese masiva, el control seguía siendo factible; ahí puso solamente flechas azules.

En Malmö, la situación era completamente distinta; el trayecto hasta Copenhague lo recorría un transbordador ferroviario hasta el puerto franco, dos compañías de barcos de pasaje medianos que entraban directamente en el canal portuario interior de la capital danesa, además de los famosos hidroplanos, que en situación crítica, por ejemplo en las grandes festividades, cubrían un trayecto pendular con turnos doblados y sin horario específico. Para colmo, había el transbordador de coches desde Limhamn

hasta Dragör, en Amager, una línea que los días anteriores a Navidad iba y venía cinco veces.

Gunvald Larsson se incorporó y pensó un poco más. Si él mismo estuviera en la situación de Heydt, no lo dudaría demasiado. Iría a Oslo en coche, o mejor aún en tren, y proseguiría hasta Copenhague en barco. Detenerle allí sería cosa de la policía danesa y, por lo pronto, casi imposible. Una vez en Copenhague, tendría el mundo abierto de par en par. Pero Heydt a lo mejor pensaba de otra manera, y además no había sido nunca marino, por lo que seguramente aprovecharía la máxima confusión y ésa estaba en Helsingborg y en Malmö.

Gunvald Larsson se levantó y dobló el mapa.

La vigilancia tendría que concentrarse en tres puntos: el camino hacia Oslo, y los puertos de Malmö y de Helsingborg.

A la mañana siguiente, Gunvald Larsson dijo a Martin Beck:

—Me he pasado la noche en vela mirando el mapa.

—Yo también.

—¿Y a qué conclusiones has llegado?

—Que tendríamos que consultar con Melander —contestó Martin Beck.

Entraron en la otra habitación, donde Fredrik Melander intentaba lograr que su pipa tirase bien.

—¿Te has pasado la noche en vela mirando el mapa? —preguntó Gunvald Larsson.

Era una pregunta tonta, porque todo el mundo sabía que Melander jamás pasaba una noche en vela. Él se preocupaba de cosas más importantes, es decir, de dormir.

—No —dijo Melander—, la verdad es que no, pero lo he mirado esta mañana, mientras Saga me preparaba el desayuno, y un rato después.

—¿Y qué has descubierto?

—Oslo, Helsingborg o Malmö —dijo Melander.

—Mmm —hizo Gunvald Larsson.

Dejaron a Melander ocupado con su pipa y regresaron al despacho todavía provisional de Martin Beck.

—¿Coincide con tus meditaciones?

—Exacto —dijo Gunvald Larsson—, ¿y con las tuyas?

—Sí —dijo Martin Beck—, yo pensé lo mismo.

Permanecieron en silencio un rato. Martin Beck ocupaba su lugar preferido junto al armario y se tocaba la nariz con el pulgar y el índice de la mano derecha; Gunvald Larsson estaba junto a la ventana.

Martin Beck estornudó.

—¡Salud! —exclamó Gunvald Larsson.

—Gracias. ¿Crees tú que Heydt continúa aquí?

—Estoy seguro.

—Seguro... —dijo Martin Beck— sería emplear grandes palabras.

—Quizá —admitió Gunvald Larsson—, pero me siento seguro; está aquí en alguna parte, y nosotros no somos capaces de encontrarle, ni siquiera de encontrar su maldito coche. ¿Qué te parece a ti?

Martin Beck tardó bastante en contestar.

—Está bien —dijo—, yo también creo que sigue aquí, pero no estoy seguro.

Y meneó la cabeza.

Gunvald Larsson no dijo nada. Miraba con tristeza el colosal edificio casi terminado.

—¿Tienes unas ganas tremendas de toparte con Heydt, verdad? —le preguntó Martin Beck.

Gunvald Larsson le miró y dijo:

—¿Cómo lo sabes?

—¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos? —preguntó Martin Beck.

—Diez o doce años, o quizá más.

—Exacto; pues eso contesta a tu pregunta.

Nuevo silencio, largo silencio.

—Piensas mucho en Heydt —dijo Martin Beck.

—Siempre, excepto cuando duermo.

—Pero no puedes estar en tres sitios a la vez.

—No lo creo —admitió Gunvald Larsson.

—Es justo dejarte escoger —dijo Martin Beck—. ¿Dónde crees que hay más posibilidades?

—En Oslo —contestó Gunvald Larsson—, Hay una reserva muy rara en el barco de Copenhague, la noche del veintidós.

—¿Qué barco es?

—El *Kong Olav V*, uno de los de lujo.

—No está mal —dijo Martin Beck—. ¿Y cómo es esa reserva?

—Un inglés, Roger Blackman.

—Noruega está repleta de turistas ingleses todo el año.

—Es verdad, pero casi nunca hacen esa ruta, y a ese Blackman no se le localiza; al menos, la policía noruega no ha podido encontrarle.

—¿O sea que escoges la frontera noruega?

—Sí, gracias, ¿y tú?

Martin Beck reflexionó, y dijo:

—Me llevaré a Benny e iremos a Malmö.

—¿Skacke? —dijo Gunvald Larsson—. ¿Por qué no te llevas a Rönn en su lugar?

—Benny es mejor de lo que tú crees. Además, conoce Malmö. Y allí hay unos cuantos bastante buenos también.

—¿En serio?

—Per Mansson es bueno, por ejemplo.

Gunvald Larsson gruñó, como solía hacer cuando no quería decir ni que sí ni que no, y se limitó a contestar:

—Lo cual quiere decir que Einar y Melander tendrán que ir a Helsingborg. Helsingborg es de lo más difícil.

—Exacto —dijo Martin Beck—, y por eso tendrán que estar bien preparados; ya nos ocuparemos de esto. ¿Quieres llevarte a Strömgren a Noruega?

Gunvald Larsson miró fijamente por la ventana y respondió:

—Con Strömgren no iría ni a mear juntos, ni aunque estuviéramos solos en una isla desierta, y se lo he dicho a él mismo.

—Tu popularidad es comprensible.

—¿Verdad que sí?

Martin Beck miró a Gunvald Larsson y pensó que le había costado cinco años acostumbrarse a estar con él, y casi el mismo tiempo llegar a comprenderle. Si pasaban cinco años más, a lo mejor lograban encontrarse a gusto el uno con el otro.

—¿Cuáles son los días críticos?

—Del veinte al veintitrés, ambos inclusive —dijo Gunvald Larsson.

—O sea viernes, sábado, domingo y lunes.

—Por ejemplo.

—¿Y por qué no el mismo día de Nochebuena?

—Sí, ¿por qué no?

—Habrá que contar con refuerzos —dijo Martin Beck—, todas las fuerzas disponibles...

—¡Todas las fuerzas disponibles ya están en marcha ahora!

—Todas las fuerzas disponibles, más nosotros cinco desde mañana por la noche, y después hasta que todo termine pasadas las fiestas de Navidad.

—Se irá el domingo —aseveró Gunvald Larsson.

—Eso es lo que dices tú, sí, pero ¿qué piensa Heydt?

Gunvald Larsson levantó los brazos, puso sus manazas en el marco de la ventana y siguió mirando aquella cosa gris y horrible.

—No sé qué coño me ocurre, pero es como si ya conociera a ese Heydt —dijo—; yo creo que hasta sé cómo piensa.

—¡No me digas! —exclamó Martin Beck, muy impresionado, y cambió de tema—. Imagínate lo contento que se va a poner Melander si tiene que estar allí, en el muelle de los transbordadores de Helsingborg, pelándose de frío en plena Nochebuena.

Fredrik Melander se había marchado a petición propia, primero de la comisión nacional de homicidios, y luego de la sección de delitos violentos, precisamente para no tener que estar fuera de casa, a pesar de que era bastante tacaño y cada traslado le había costado dinero en reducción de salario y en pérdida de ascensos.

—Pues se tendrá que aguantar —dijo Gunvald Larsson.

Martin Beck guardó silencio.

—Oye, Beck —dijo Gunvald Larsson sin volver la cabeza.

—Sí, ¿qué quieres?

—Yo de ti me andaría con mucho cuidado, sobre todo hoy y mañana.

Martin Beck se sorprendió.

—¿Qué coño quieres decir? ¿He de tener miedo de Heydt?

—Sí.

—¿Por qué?

—Últimamente has aparecido mucho en la prensa, en la radio y en la televisión. Heydt no está acostumbrado a que le engañen, y además es posible que le interese llamar precisamente la atención aquí, en Estocolmo.

—¡Tonterías! —exclamó Martin Beck y abandonó la habitación.

Gunvald Larsson suspiró profundamente y siguió mirando hacia afuera sin ver, con sus cristalinos ojos azules muy abiertos.

Reinhard Heydt estaba delante del espejo del lavabo. Se acababa de afeitarse y se estaba peinando las patillas. Durante un momento se le ocurrió afeitárselas, pero en seguida desechó la idea. En otros momentos había hablado del asunto, en otro contexto; sus superiores se lo habían sugerido y casi ordenado. Examinó su cara en el espejo. El pigmento soleado le iba desapareciendo día a día, pero no había ningún defecto en su aspecto. Siempre le había gustado, y nadie había tenido nunca nada que objetar. Faltaría más.

Salió del baño hacia la cocina, donde acababa de comer, luego fue hacia el dormitorio y salió a la gran sala que Levallois y él habían convertido en central operativa hacía casi un mes; estaba vacía y hacía frío.

Ya que no salía, no sabía tampoco qué decían los periódicos, pero se mantenía informado por radio y televisión, aunque subsistían ciertos puntos oscuros. ¿Cómo demonios había conseguido aquel Martin Beck detener a Kaiten?

Que alguien pudiera aparecer por sorpresa y arrestar a Kamikaze tenía una explicación, si bien eso también se consideraba teóricamente imposible. Kamikaze, al igual que todos los demás, se había entrenado para enfrentarse a situaciones límite y había superado todas las pruebas, pero Heydt siempre le había considerado como uno de los elementos más vulnerables del grupo.

¿Pero y Kaiten? Kaiten había matado a cientos de personas de cien maneras distintas. Incluso desarmado era mucho más peligroso que la mayor parte de soldados o de policías con armas de fuego, porque Kaiten mataba con las manos con la misma facilidad con que las personas corrientes rompen un huevo. Una patada suya solía bastar para cobrarse una vida.

La televisión y la radio habían concedido amplio espacio a la detención y a las diligencias previas al encarcelamiento. Se había hablado del tema una y otra vez, y seguían dando noticias al respecto.

Quedaba claro que aquel hombre, Olsson, era como mucho el organizador y el administrador, y que el realmente peligroso era, por lo tanto, el célebre policía Martin Beck. Probablemente había sido también él quien engañó a Heydt con ocasión del atentado un mes atrás. Había pocos

policías de aquella clase, y el hecho de que hubiera uno en un país como Suecia parecía increíble.

Heydt fue de una habitación a otra con largos pasos silenciosos, aunque el apartamento no permitía grandes excursiones. Iba descalzo y llevaba camiseta blanca y calzoncillos blancos y cortos. No había mucha ropa en el apartamento, y, dada su constante preocupación por la higiene, se lavaba la ropa interior en el lavabo cada noche.

Reinhard Heydt tenía dos problemas, que debía resolver sin tardanza, pero todavía no se había decidido. Hacía tiempo que había establecido que precisamente aquel día, jueves 19 de diciembre, era su última oportunidad para decidirse.

El primer problema era escapar del país; tenía muy claro qué día tenía que marcharse, pero seguía teniendo dudas sobre la ruta a seguir. Aquel día tenía que decidirse; probablemente haría la ruta Oslo-Copenhague, como había pensado desde un principio, pero las otras posibilidades continuaban abiertas.

La segunda cuestión era aún más delicada; no la había empezado a estudiar hasta que Kaiten y Kamikaze fueron detenidos.

¿Tendría que liquidar a Beck? ¿Qué ventajas le reportaría eso? Reinhard Heydt no pensaba nunca en términos de venganza o de desquite; para empezar, no experimentaba el más leve sentimiento de traición, celos, deseos de venganza o pasión por el desquite; además, era un tipo endiabladamente realista, y todos sus actos obedecían a conveniencias prácticas. Tampoco se había sentido jamás humillado, alterado o atemorizado.

En los campos de entrenamiento había aprendido a tomar decisiones por sí mismo, sopesarlas minuciosamente y ejecutarlas sin vacilación. También había aprendido que una planificación exacta equivalía a medio trabajo hecho.

Sin haber decidido nada todavía, fue al vestíbulo en busca del listín de teléfonos, se sentó en la cama y empezó a buscar la página, que encontró sin dificultad:

«Beck, Martin, comisario de la sección criminal, calle Köpman 8; 22 80 43.»

Luego sacó el rollo de copias del plano de la ciudad que guardaba en el armario; tenía buena memoria y una idea de dónde estaba más o menos la calle Köpman, muy cerca del Palacio Real, y recordó que precisamente

había recorrido aquella calle hacía mes y medio. El mapa de la ciudad era muy detallado y en seguida encontró la casa que buscaba; estaba en una especie de callejuela y no daba directamente a la calle; los edificios circundantes parecían idóneos.

Extendió la copia del plano en el suelo, después se agachó y sacó el rifle que tenía debajo de la cama; al igual que todo el material de ULAG, aquella arma era perfecta. Era de fabricación inglesa e iba provista de visor nocturno, lo que permitía utilizarla prácticamente a cualquier hora del día o de la noche.

Heydt sacó el maletín del armario, desarmó el rifle y lo introdujo en el maletín; luego se tumbó en la cama para pensar.

El hecho de eliminar a Martin Beck tenía dos vertientes: por un lado, la policía utilizaría lo mejorcito de sus fuerzas, y también a los hombres más peligrosos, pero, por otro lado, aquel suceso concentraría la atención policial en Estocolmo.

También había algunos inconvenientes; en primer lugar, era de esperar un inusitado despliegue policial, y, en segundo lugar, el control exhaustivo e insalvable de todas las salidas. Claro que sólo se tomarían aquellas medidas si se conocía en seguida la muerte de Martin Beck.

Si había que liquidar al comisario criminal Martin Beck, tenía que ser en su propio domicilio. Anteriormente, en sus pesquisas Heydt había averiguado que Beck estaba separado de su mujer y que vivía solo, lo cual era una ventaja, sin duda alguna.

Heydt miró su reloj; le quedaban todavía algunas horas para decidir en aquellos dos asuntos.

Después se preguntó si realmente la policía era tan torpe como para no poder haber dado todavía con el coche. Inmediatamente después de que llegase Levallois con las malas noticias sobre las fotografías y la descripción, Heydt le envió con el coche a Gotemburgo, para que lo dejase aparcado en el embarcadero de los barcos de Londres, en el puerto de Skandia. Después, el francés, siguiendo sus instrucciones, había comprado legalmente un Volkswagen usado de color beige, matriculado y listo para circular. Este vehículo nada llamativo estuvo desde entonces aparcado en las cercanías de la avenida de Huvudsta.

Reflexionó varios segundos sobre este punto, y llegó a la conclusión de que podía tratarse de una trampa. Después reanudó su solitaria

peregrinación por las habitaciones del apartamento, con pasos largos, suaves y casi imperceptibles.

En realidad, era muy curioso que un tipo tan alto y fuerte pudiera hacer tan poco ruido; hacía poco que se había pesado en la báscula del lavabo, que había dado cien kilos y algunos centenares de gramos. Pero Kaiten pesaba ciento veinte y no tenía ni un gramo de grasa superflua en el cuerpo.

Aquel día, por la mañana, Martin Beck había enviado a Benny Skacke a Malmö. Skacke prefirió viajar en coche, para cobrar el kilometraje, pero Martin Beck solía marearse en los viajes largos en coche y optó por el último tren nocturno. Había cierto egoísmo en esto, pues ya que su Navidad se iba al traste de todos modos, al menos hubiera podido pasar media noche con Rhea, si es que ella aparecía, cosa que nunca se sabía con seguridad.

Rönn y Melander habían partido para Helsingborg en tren, con las caras más lúgubres que jamás les había visto.

Gunvald Larsson, a quien le gustaba conducir, se fue muy temprano hacia la frontera noruega en su curioso automóvil de lujo germano-oriental de la Eisenacher Motorwerke; la marca era realmente EMW, pero casi todo el mundo creía que era la BMW mal escrita.

Si Rönn y Melander habían puesto cara de vinagre, Gunvald Larsson parecía muy esperanzado, y Benny Skacke declaradamente contento. Benny Skacke era un coleccionista de méritos, y aquella ocasión tal vez le brindara alguno bastante sonado.

Martin Beck no pudo encontrar a Rhea, pero dejó un recado lapidario en la centralita de la oficina social. Luego pensó en irse a casa, pero cuando se estaba poniendo el abrigo sonó el teléfono. Dividido entre su sentido del deber y sus inclinaciones meramente humanas, volvió a su escritorio y descolgó el auricular.

—Beck.

—Hammargren —dijo alguien, con acento de Gotemburgo.

Aquel nombre no le decía nada a Martin Beck, pero lo más seguro era que se tratase de un policía.

—Sí, ¿qué pasa?

—Hemos encontrado ese coche que buscaban, un Opel Rekord verde, con matrícula falsa.

—¿Y dónde?

—En el muelle de Skandia, aquí en Gotemburgo, donde está el *Saga*, el barco de Londres de la Lloyd. Debe de haber pasado ahí un par de semanas antes de que se diera cuenta alguien.

—¿Y bien?

—Pues no hay ni una huella dactilar; seguramente las borraron. Todos los documentos estaban en la guantera.

Martin Beck se sintió decepcionado, pero su voz sonó como siempre cuando dijo:

—¿Es eso todo?

—No exactamente. Hemos interrogado a la tripulación del *Saga*, y empezamos por arriba con Einar Norrman, que es el delegado de la Lloyds, y luego pasamos por toda la delegación; después hablamos con el intendente, Harkild, y con todo el personal encargado de los servicios, especialmente con las azafatas, los camareros y el servicio de camarotes, pero ninguno de ellos reconoció al tipo de la foto, a Heydt.

—¿Intendente...? —repitió Martin Beck—. ¿Ya no se les llama contra maestres?

—Bueno, ése no es el *Suecia* ni el *Britannia* precisamente. Aquí, al contra maestro le llaman intendente, y a los camareros del comedor maestros de ceremonias. Pronto dirán ventana en vez de escotilla, e izquierda en vez de babor. Bueno, luego...

—¿Sí?

—Iba a decir que, por consiguiente, vale más coger un avión que un barco. Precisamente me dijo Einar Norrman que ni siquiera se había puesto la gorra durante los últimos seis meses. Pronto van a parecer cualquier cosa menos barcos.

Martin Beck era de la misma opinión que el policía de Gotemburgo, pero había que reanudar la conversación en el punto clave, y preguntó:

—¿En cuanto a Heydt...?

—Nada —dijo Hammargren—; no creo que haya estado a bordo. Con esa cara, alguien le hubiera recordado, pero el coche estaba allí, eso sí.

—¿Y las investigaciones técnicas?

—Tampoco nada, absolutamente nada.

—Muy bien, gracias por la llamada. Adiós.

Martin Beck se mesó los cabellos. Había varias posibilidades; el coche podía ser una pista falsa, pero aún era más creíble que Heydt hubiera abandonado el país a bordo de algún otro barco menos llamativo que el

Saga. Gotemburgo tenía un gran puerto, del que salían muchos barcos diariamente; muchos de ellos llevaban pasajeros y tenían permiso para hacerlo, y otros tantos, al menos entre los de mediano tonelaje, embarcaban viajeros a los que no les interesaba ser reconocidos y que podían pagárselo.

¿Qué significaba aquella información? Era muy posible que Heydt hubiera abandonado el país varias semanas antes y se hallara ya fuera de su alcance.

Miró el reloj. Era demasiado pronto para encontrar a alguno de sus colaboradores en sus distintos puestos, y tampoco sería adecuado decirles que regresaran. El coche verde podía ser una falsa pista colocada para despistar. Era una lástima que el hombre de Gotemburgo no supiera si el coche se hallaba allí desde el último atentado, en cuyo caso hubiera podido estar seguro.

Todo se había reducido a un enorme signo de interrogación.

Martin Beck cerró de un portazo su despacho provisional y se marchó a su casa. A pesar de todo, lo mejor sería atenerse al programa.

El tren no saldría de la estación central de Estocolmo hasta minutos antes de la medianoche; todavía tenía bastante tiempo.

Había hielo en los tejados, pero no hacía demasiado frío. Reinhard Heydt permanecía inmóvil y en silencio sobre el tejado de cartón embreado, y el calor de su cuerpo fue suficiente para fundir rápidamente la fina capa de hielo debajo de él y a su alrededor.

Llevaba un polo negro de cuello alto, un pasamontañas negro calado hasta las orejas y que le tapaba toda la frente, pantalones negros y zapatos negros con suela de goma, que había untado con crema negra. Además, llevaba guantes negros.

El rifle tenía el cañón negro y la culata marrón oscuro y lo único que le habría podido descubrir hubiera sido un reflejo del visor, pero la lente era de color y estaba especialmente preparada para no dar reflejos.

Lo importante era no ser visto, y aunque no las tuviera todas consigo, lo cierto es que no le hubiera podido ver nadie ni a dos metros de distancia, excepto en el caso poco probable de que ese alguien hubiera aparecido precisamente en el tejado.

Había llegado hasta allí con toda facilidad, a través de una trampilla en un techo; su Volkswagen estaba aparcado en la cuesta de Palacio y, para

venir desde allí, se había puesto un impermeable amarillo, que había dejado, junto con el maletín, en un rincón del estrecho desván inferior.

El lugar era idóneo; desde allí veía todas las ventanas de Martin Beck, aunque algunas estuvieran orientadas hacia el este.

De momento, el apartamento estaba a oscuras y no se veía ningún movimiento.

El rifle era de construcción especial para tiro de precisión en la oscuridad, y podía distinguir detalles del apartamento a pesar de que éste estaba completamente a oscuras. Detrás suyo tenía un fondo perfecto: el escandaloso barullo del tráfico en el puente de Skepp. El rifle inglés estaba provisto de silenciador y el ruido de un solo disparo quedaría completamente sofocado por el concierto de motores, frenazos temerarios y tubos de escape petardeantes.

La distancia hasta las cuatro ventanas no era de más de cincuenta o sesenta metros; incluso a una distancia diez veces mayor, hubiera estado seguro de acertar.

Heydt no permanecía totalmente inmóvil, pues movía los dedos y las piernas para no quedarse de una pieza. Estas cosas las había aprendido mucho tiempo atrás: permanecer casi inmóvil, pero haciendo trabajar un poco los músculos pequeños para que no le fallase ninguno en el momento oportuno.

De vez en cuando, contemplaba el visor del rifle, que era un auténtico milagro tecnológico.

Llevaba ya unos cuarenta minutos sobre el tejado cuando de repente se encendió la luz en el descansillo del ascensor, y poco después en la ventana más alejada.

Reinhard Heydt apretó la culata contra el hombro y apoyó el dedo índice en el gatillo; presionó con suavidad y dejó el dedo dispuesto; conocía su arma y sabía exactamente dónde estaba el punto de presión.

Su plan era sencillo. Se trataba de actuar con rapidez, de matar a aquel Beck en cuanto asomara, y luego desaparecer, deprisa pero con calma, de aquel lugar.

Como todos los tiradores de precisión, Heydt se relajó, notó cómo se le llenaba el cuerpo de un calor agradable y tranquilizador, a la vez que el rifle se convertía casi en una prolongación de su propio cuerpo.

El dedo índice derecho se apoyaba en el gatillo sin el más leve temblor. Su control físico y psíquico era total.

Había una persona de espaldas a la tercera ventana, pero era otra persona: una mujer bajita y ancha de hombros, con el cabello rubio y corto y el cuello también corto. Llevaba un jersey de punto de alegres colores, una falda de lana hasta las rodillas, y probablemente leotardos.

De repente se volvió y miró hacia afuera y arriba.

Reinhard Heydt la había reconocido ya antes de ver su flequillo rubio y recto, y sus ojos azul claro.

Había pasado más de un mes y medio desde que la había visto por primera vez.

Entonces llevaba un abrigo negro, téjanos muy manchados y botas de goma rojas. También recordaba exactamente dónde la había visto; primero allí cerca, en la calle Köpman, después en una callejuela cuyo nombre había olvidado, y finalmente en la cuesta de Palacio.

No tenía ni idea de quién era, pero la reconoció en seguida, y si hubiera estado pensando en ella se habría quedado de una pieza; la miró a través del visor y vio que no iba teñida, como había creído la vez anterior.

En su campo de visión apareció un hombre; era un tipo muy alto con frente ancha, nariz recta, boca fina y amplia, y fuerte quijada.

Heydt le reconoció en seguida por haberle visto en la televisión. Aquél era su enemigo Martin Beck, el hombre que primero había convertido el atentado en un fracaso total, luego había reducido a Kaiten, el agente más peligroso de ULAG, y ahora estaba a punto de desaparecer para facilitarle a Heydt la huida.

El hombre rodeó a la mujer con sus brazos, le hizo dar media vuelta y la atrajo hacia sí.

A Heydt no le pareció excesivamente peligroso; levantó un poco el cañón, de manera que la cruz del visor se situase exactamente entre las dos cejas del policía.

Matarle en aquel momento era un juego fácil, pero en tal caso tendría que matar también a la mujer, y la cosa tendría que ser muy rápida; todo dependía de cómo reaccionase ella. No había visto mucho de ella, pero algo le decía que aquella mujer era de reflejos rápidos. Y si ella se movía con rapidez, se ocultaría y daría la alarma, y entonces su situación allí arriba dejaría en seguida de ser favorable.

Si había policías suficientes en las inmediaciones, ya no le serviría de nada ocultarse en la oscuridad y valerse de su posición aislada, y en cambio

se encontraría en una trampa mortal, sin posibilidades de huir o de retroceder.

Reinhard Heydt analizó la situación con rapidez; después pensó que todavía le quedaba tiempo y que podía esperar a ver qué ocurría.

Rhea Nielsen se puso de puntillas y mordió juguetona a Martin Beck en la mejilla.

—Tengo ahora un horario regular —dijo—, y me va muy bien. Resulta tal vez un poco raro que venga un policía y se me lleve tres cuartos de hora antes de terminar mi trabajo.

—Las circunstancias son un poco especiales —dijo Martin Beck—, y además no me daba la gana de irme a casa solo.

—¿Qué clase de circunstancias?

—Tengo que irme esta noche.

—¿Adónde?

—A Malmö. En realidad, ya tendría que estar en camino.

—¿Y por qué no te has ido, pues?

—He pensado que primero tenía que arreglar un asunto.

—¿Arreglar un asunto? ¿Dónde, en la cama?

—Por ejemplo.

Se alejaron de la ventana; ella pasó los dedos por una de las maquetas navales de Martin Beck, le miró con suspicacia y preguntó:

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—No lo sé con seguridad; pueden ser cuatro o cinco días.

—¿O sea Nochebuena y todo? ¡Mierda! Ni siquiera he tenido tiempo de comprarte un regalo.

—Yo tampoco, pero es posible que esté de regreso antes de Nochebuena.

—¿Es posible? Bueno, ¿te gusto hoy? Falda, blusa, leotardos, zapatos de verdad, sujetador de tela escocesa y bragas haciendo juego.

Martin Beck se echó a reír.

—¿De qué te ríes? ¿De mi feminidad?

—No la veo en tu indumentaria.

—¡Eres un tesoro! —exclamó ella de repente.

—¿Tú crees?

—Sí, de verdad; y si adivino tus pensamientos, creo que hemos de irnos corriendo a la cama y quitarnos la ropa.

—Siempre adivinas mis pensamientos.

Ella se sacudió los zapatos de golpe, y cada uno fue a parar a un lugar diferente. Después, dijo con toda seriedad:

—En ese caso, será mejor pasar primero por la nevera y traerse víveres, para que no haya escenas de hambre inmediatamente después.

Se dirigió a la cocina y permaneció en ella un rato. Martin Beck se acercó a la ventana y miró afuera; hacía una noche clara y estrellada, una maravilla meteorológica en aquellas fechas.

—¿De dónde ha salido este cangrejo? —gritó ella.

—Del mercado de Hötorg.

—Se pueden hacer muchas cosas con él. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—Depende del rato que te pases traficando por la cocina —contestó él—. Si no, una hora justa, ni un minuto más.

—Ya está —dijo ella—; ya voy. ¿Tienes vino?

—Sí.

—Bien.

Rhea Nielsen se fue desnudando mientras iba desde la cocina al dormitorio. Empezó por arrojar el jersey al suelo.

—Es que pica —dijo a modo de explicación.

Cuando llegó a la cama, sólo llevaba el sujetador.

—¿Quieres sacármelo? —preguntó con una coquetería teatral—, Es una ocasión especial, ya que nunca llevo sostén, excepto precisamente hoy.

No bajaron ninguna de las cortinas, ya que normalmente no había ninguna posibilidad de que les viese nadie desde el exterior.

Desde su posición del tejado, Reinhard Heydt no podía ver la cama, pero observó que la luz del dormitorio bajaba de intensidad y pudo imaginar perfectamente lo que se estaba celebrando allí dentro.

Al cabo de un rato se encendió la luz y la mujer se acercó a la ventana; estaba desnuda.

A través de su mira telescópica miró tranquilamente su pecho izquierdo; la cruz del visor estaba sobre el pezón marrón claro. El visor nocturno tenía tantos aumentos que el pezón ocupaba todo su espacio; incluso podía ver que la mujer tenía un pelo rubio y largo, de unos veinte milímetros, justo encima del pezón.

Pensó que tendría que sacárselo y luego bajó un poco la boca del rifle. La cruz del visor se fijó en un punto bajo su pecho izquierdo, el corazón.

Reinhard Heydt oprimió el gatillo medio milímetro y supo que estaba exactamente en su tope, listo para disparar.

Si apretaba un cuarto de milímetro más el gatillo, la bala saldría y le daría a ella en el corazón.

Con la munición superrápida que empleaba, la mujer sería empujada hacia atrás, cruzaría toda la habitación y moriría antes de que su espalda tocara la pared opuesta, cualquiera que fuese la parte del corazón en la que recibiera el impacto.

Rhea Nielsen seguía asomada a la ventana.

—¡Cuántas estrellas! —exclamó—. ¿Por qué tienes que ir a Malmö? ¿Se trata todavía de ese payaso de las patillas, ese Heydt?

—Precisamente.

—¿Sabes qué es lo que me parece que está haciendo ahora? Debe de estar en Bali, alimentando peces de colores, con una chica llena de collares de flores sentada en sus rodillas. Ven, vamos a preparar ese cangrejo.

A cincuenta metros de allí, Reinhard Heydt pensó que todo aquello no tenía ningún interés y resultaba absurdo. Se descolgó por la trampa, desmontó el rifle y metió las piezas en el maletín. Después de puso el impermeable amarillo y empezó a caminar.

Mientras paseaba con toda tranquilidad por la calle Bollhus decidió cuándo, cómo y por dónde abandonaría el país.

Desde la época en que Martin Beck y los que pertenecían a su generación eran niños, hasta la época actual, la Navidad había pasado de ser una fiesta familiar y tradicional a convertirse en algo que sólo podía calificarse de derroche económico y locura comercial. Desde un mes antes de Nochebuena, que era el gran día, se anunciaba prácticamente cualquier cosa en una publicidad constante y desesperada que atacaba los nervios de las personas, y su única razón era sacarle a la gente su dinero hasta la última perra. La Navidad era, en realidad, la fiesta de los más pequeños, y la mayor parte de los pobres críos ya lloraban de cansancio, hartos de comida, varias semanas antes de que llamase a su puerta un Santa Claus de alquiler, que solía estar borracho como una cuba.

Para muchos ramos del comercio, la Navidad lo era todo. El mercado del libro era uno de ellos. El escritor que no conseguía agotar una edición en la marabunta navideña, lo mejor que podía hacer era retirarse, ya que después de la cena de Nochebuena, parecía como si los libros dejaran de existir en las estanterías de las tiendas. Curiosamente, ésta era una especialidad sueca, pues en el vecino país de Dinamarca los libros se seguían vendiendo por su calidad y durante todo el año.

Aparte de todo esto, parecía como si toda la población se viera asaltada por un irreprimible deseo de moverse. Las colas de automóviles eran interminables, todos los vuelos chárter a Gambia, Malta, Marruecos, Túnez, Málaga, Israel, Canadá, Canarias, Algarve, Islas Feroe, Capri, Rodas y otros lugares agradables en aquella época del año estaban completos, el pobre ferrocarril estatal tenía que agregar varios vagones extra, y un montón de autobuses incomodísimos salían en las direcciones más dispares, tales como Säfte, Borgholm y Hjo. Incluso el buque zoológico y los barcos de Visby estaban repletos.

Martin Beck no pudo dormir en el tren nocturno de Malmö, a pesar de que en su condición de alto funcionario tenía derecho a primera clase, y no sólo se debió a que su compañero de compartimiento roncaba en la litera superior, hablaba en sueños y rechinaba los dientes. Ya en Älvsjö, el hombre bajó a hacer aguas, como se dice en lenguaje fino, cursi y de mal gusto; esto se repitió hasta la saciedad, y, cuando el tren enfilaba la vía de

ataque de la estación de Malmö, el compañero de viaje meó por decimocuarta vez. Probablemente aquel hombre sufría una inflamación de la vejiga.

Pero Martin Beck no se dejó afectar por esto, al menos no demasiado. Eran más bien sus pensamientos, que se le disparaban en todas direcciones y siempre dirigidos hacia Heydt.

Unas cuantas horas antes, cuando Rhea estaba desnuda en la ventana del dormitorio de la calle Köpman y él mismo estaba en la cama admirando su espalda y sus musculosas pantorrillas, se le ocurrió pensar en la advertencia de Gunvald Larsson, y había estado a punto de pegar un brinco y sacarla de la ventana. Gunvald Larsson no solía decir cosas de aquella naturaleza a no ser que tuvieran alguna justificación. Y poco después, mientras Rhea entrecharla ininterrumpida y un considerable barullo transformaba el cangrejo en una exquisita mezcla de las variantes Vanderbilt y Rhea Nielsen, había ido por todo el apartamento bajando las cortinas enrollables.

Heydt era, naturalmente, un tipo peligroso, pero ¿seguía en Suecia?

¿Y esa pregunta era suficiente para que Martin Beck les estropease la Navidad a cuatro leales colaboradores, de los cuales, además, tres tenían hijos pequeños?

Bueno, eso lo diría el tiempo, o a lo mejor el tiempo tampoco diría nada, al menos sobre Reinhard Heydt.

En su interior Martin Beck deseaba que Heydt escogiera el camino de Oslo para dar la oportunidad a Gunvald Larsson de echarle el guante; no habría mejor regalo de Navidad para Gunvald Larsson.

Después pensó un momento en el mal ambiente que estarían creando Melander y Rönn entre la policía de Helsingborg. Sin embargo, eran hombres eficaces. Melander lo había sido siempre, y Rönn había llegado a serlo contra las esperanzas pesimistas de mucha gente, y si Heydt se proponía escapar por allí no tendría muchas oportunidades de éxito.

Pero Malmö... Sí, Malmö era el mismísimo infierno en cuanto a vigilancia de fronteras. Por allí entraba casi toda la droga en el país, y otras muchas cosas.

El hombre de las urgencias urinarias bajó al suelo, y, dado que Martin Beck no se dignó darse la vuelta, pudo disfrutar del espectáculo de ver cómo se vestía su compañero de viaje. Volaron calcetines y calzoncillos y luego hubo todo un jaleo de pantalones y tirantes hasta que Martin Beck tuvo ocasión de ponerse sus propias ropas.

Se fue directo hacia el Savoy, donde solía alojarse siempre, aunque sus visitas no fueran muy frecuentes, y fue ceremoniosamente recibido por un conserje de chaqué.

Subió a su habitación, se afeitó y se duchó, y se trasladó en taxi hasta la comisaría, en la que poco después entró en el despacho de Per Mansson. La policía de Malmö había tenido un año difícil y casi angustioso, pero a Mansson no se le notaba; estaba más tranquilo que nunca mientras mascaba uno de sus eternos palillos.

—¿Benny? —dijo Mansson—, No está aquí. Prácticamente se ha quedado a vivir en la terminal de los hidroaviones.

—¿Y aparte de esto?

—Pues, aparte de esto, tenemos colas en todas partes —explicó Mansson—, y la culpa la tiene esta manía de desplazarse y de viajar todos a la vez durante estos días. Y en todas direcciones. Una pura histeria, pero...

—¿Sí?

—Tiene buen aspecto ese Heydt. Es alto como una torre; podría ir a cuatro patas y pasar como perro, si no fuera que no se pueden llevar perros a Dinamarca, porque los zorros han cogido la rabia.

—Bueno —dijo Martin Beck—, hay muchas personas altas. Por ejemplo, Heydt no es tan alto como Gunvald Larsson.

—Pero sirve para meterles miedo a los niños —repuso Mansson y sacó otro palillo del bote de los lápices.

—¿Qué opinas tú, que lo sabes todo sobre este tráfico?

—Mmmm —dijo Mansson—, a veces me pregunto si sé algo en realidad. Lo más fácil de vigilar es el transbordador ferroviario Malmöhus; ahí no tiene escapatoria. Luego hay los barcos grandes, Ornen, Gripen y Öresund; es un poco más pesado que lo de los transbordadores de coches de Limhamn, el *Hamlet* y el *Ofelia* o cómo se llamen. Y luego viene lo peor, la terminal de hidroplanos, que es el mismísimo infierno, van y vienen sin parar y el edificio de la terminal está tan atestado de gente todo el rato que no hay manera de meter las narices.

—Comprendo.

—No comprenderás nada hasta que realmente lo hayas visto con tus propios ojos. Al hombre que ha de comprobar los billetes lo pisan continuamente, y los aduaneros y los del control de pasaportes tienen un cuarto en el que se pueden esconder y desde el cual pueden seguir mirando, porque si no lo tuvieran quedarían planos como pizzas en menos de diez

minutos; se les podría llevar a casa y hacerlos pasar por debajo de la puerta... —Mansson se interrumpió porque el palillo se le quedó trabado entre los dientes. Luego añadió—:...para emplear un viejo chiste.

—¿Y qué hace Skacke, pues?

—¿Benny? Está en el embarcadero y se pela de frío. A estas horas debe de estar amoratado. Y allí se ha estado prácticamente desde que llegó ayer.

Gunvald Larsson también se pelaba de frío, aunque tenía mejores oportunidades para impedirlo. Desde luego, la temperatura era varios grados inferior en la frontera sueco-noruega que en Malmö, pero por otro lado iba mejor equipado para la ocasión, con botas de piel, gruesos calcetines, calzoncillos largos (que detestaba), recios pantalones de pana, chaqueta de piel de cordero y gorro de piel.

Estaba prácticamente en la misma frontera, con la espalda contra un tronco de pino, mientras contemplaba atentamente aquella interminable corriente de coches, los cobertizos de la aduana, la barra móvil de la frontera y el bloqueador provisional de carreteras, y escuchaba molesto la retahíla de juramentos que los automovilistas soltaban en cuanto se les acercaba un agente a preguntar algo. ¿No había libertad de circulación, o qué? ¿Qué pasaba con el convenio de libre circulación por los países nórdicos? ¿Era de repente tan difícil entrar en Noruega como en Arabia Saudita? ¿Se trataba del petróleo del mar del Norte? ¿O era que todos los policías suecos eran idiotas? ¿Por qué cojones me he de llamar Heydt? ¿Y a la policía qué coño le importa cómo me llamo, además? ¡Mientras yo sea ciudadano sueco y tengamos libertad de circulación en Escandinavia, a la policía no le importa si me llamo Perico de los Palotes o Cojón de Mico, y además, mire qué cola de coches ha formado para nada!

Gunvald Larsson suspiró y miró la cola de coches, que empezaba a ser inquietantemente larga, mientras los vehículos que venían del otro lado entraban sin ningún problema en Suecia, procedentes del querido y viejo país vecino. De todos modos, algunos de los policías que estaban en la barrera se comportaban como estúpidos; cada hombre iba provisto de la fotografía y su descripción; sabían que hablaba mal el sueco, pero bastante bien el danés, y que tenía unos treinta años y medía un metro noventa y cinco. Pues aun así, hubo quien se entretuvo cerca de diez minutos con algún sesentón calvo y con acento de Värmland. Pero intentar erradicar la

idiotez del cuerpo de policía le había costado a Gunvald Larsson años de su vida, y le parecía que ya era hora de que apareciese un nuevo Don Quijote.

Casi todos los coches llevaban baca sobre el techo, unos para llevar esquís, otros trineos y otros cabezas de reno. Había, en algún lugar de la parte sueca, quien ya les vendía las cornamentas de reno antes de salir del país, a unos precios escandalosos. Gunvald Larsson lo contemplaba todo con un profundo desagrado.

Le gustaba el país de los lapones, y mucho, pero sólo en verano.

Rönn y Melander no pasaban frío. Estaban sentados, cada uno en una silla bastante confortable, dentro de una garita con paredes de vidrio, que la policía de Helsingborg les había montado expresamente para ellos. Dentro se mantenía una buena temperatura gracias a dos eficientes radiadores eléctricos, y a intervalos regulares entraban policías jóvenes con café en termos, vasos de plástico y cuencos con galletas y pan danés. Todo el tráfico se hacía pasar por delante de la garita de las paredes de cristal, y, si algún viajero merecía atención especial, tenían dos pares de prismáticos a su disposición. Además, mantenían comunicación por radio con los policías que controlaban a los pasajeros de los coches y los trenes.

De todas formas, Rönn y Melander seguían de pésimo humor. La Navidad se les había estropeado totalmente.

No decían gran cosa, excepto cuando podían agarrarse a un teléfono privado y hablar con sus mujeres para lamentarse.

Así transcurrió el viernes 20 de diciembre, cuatro días antes de Nochebuena. El sábado fue peor, en la medida en que había más gente de vacaciones y el trasiego humano a través del Öresund era enorme. Casi se encontraba a faltar el odiado puente, porque al menos un puente se puede cerrar.

Cuando Martin Beck bajó al embarcadero junto a la terminal de los hidroplanos, después de haberse visto obligado a abrirse paso a codazos entre una horda de personas histéricas, que no tenían hora de embarque en sus billetes pero pensaban embarcarse en el próximo turno fuera como fuese, pudo comprobar que el hombre encargado de comprobar los billetes para subir al *Löberen*, que estaba a punto de zarpar, era un danés muy desconfiado ante personas que afirmaban ser comisario de lo criminal, pero que no podían encontrar su placa de identificación. Martin Beck se había

cambiado de chaqueta y, naturalmente, su placa se había quedado en la habitación del hotel. Por fin vino en su auxilio Benny Skacke, que a aquellas alturas ya era un viejo conocido de todos los revisores de billetes.

Martin Beck salió al viento punzante y húmedo, tan típico del invierno del sur de Suecia y especialmente de Malmö. Contempló a su compañero, detrás del cual una hilera de Santa Claus repartían papeles de propaganda de las cosas que podían comprarse en la capital de Dinamarca, a pesar de la crisis económica y de la amenazante devaluación.

Skacke tenía un aspecto deplorable, con las mejillas de color azulado violeta pero la frente blanca como la tiza, al igual que la nariz, y, sobre la bufanda de lana, la piel parecía casi transparente.

—¿Cuánto rato llevas aquí? —preguntó Martin Beck.

—Desde las cinco y media —contestó Skacke temblando—, mejor dicho, desde las cinco y cuarto; desde el primer turno, vamos.

—Ve inmediatamente a tomar algo caliente —ordenó Martin Beck autoritario—, ¡deprisa!

Skacke desapareció, pero tan sólo un cuarto de hora más tarde volvía a estar allí. El color de su cara era ya más normal.

No pasó nada más durante el domingo, aparte de que unos cuantos tipos se emborracharon y empezaron a pegarse. Martin Beck recordó que hacía poco había leído una circular según la cual los suecos, los norteamericanos y posiblemente los finlandeses se pelean más que la demás gente. Era quizá generalizar demasiado, pero a veces parecía cierto.

A eso de las diez de la noche, Martin Beck se dirigió al hotel. El celosísimo Skacke se quedó, decidido a seguir en su puesto hasta que hubiese zarpado el último barco. Por lo visto, no acababa de fiarse del todo de sus antiguos compañeros de la policía de Malmö.

Martin Beck cogió la llave de su habitación y se dirigió al ascensor, pero lo pensó mejor y entró en el bar. Había mucha gente, como es habitual justo antes de Navidad, pero uno de los taburetes estaba libre y lo ocupó.

—¡Hombre, usted por aquí! —exclamó el camarero con empalagosa amabilidad—. ¿Whisky con agua helada, como siempre?

Martin Beck dudó. El agua helada no era muy tentadora después de tantas horas en el embarcadero azotado por el viento. Miró lo que tomaba su vecino, que era una cosa amarilla en un vaso alto. No tenía mal aspecto. Después miró al hombre, un hombre de aspecto juvenil pero de unos cincuenta años, con barba y cabellos largos y brillantes.

—Pruebe esto —recomendó el hombre—; es un Gyllenkrok, o Golden Hook como le llaman los americanos. Es la especialidad del bar.

Martin Beck siguió el consejo; la bebida estaba buena y trató de adivinar lo que contenía, aunque sin conseguirlo. Luego miró al hombre que se lo había recomendado y dijo:

—A usted le conozco; usted es el botánico y periodista que encontró a Sigbrit Maard en el lago de Börringe, el otoño pasado.

—¡Bah! —exclamó el hombre—; no hable de eso, por lo menos aquí.

Poco después miró a Martin Beck y dijo:

—Sí, soy yo, y usted es el comisario de policía de Estocolmo que me interrogó después. ¿Qué hace aquí?

—De servicio —contestó Martin Beck y se encogió de hombros.

—Bueno —dijo el descubridor de cadáveres—, tampoco me interesa.

Tres minutos más tarde, Martin Beck dio las buenas noches y subió a acostarse. Estaba tan cansado que ni siquiera fue capaz de llamar a casa de Rhea.

El domingo 22 de diciembre se formó el desorden más increíble en la terminal de los hidroplanos. Las tiendas debían de estar abiertas, pues los Santa Claus con hojas de propaganda eran más numerosos que nunca. Además, había muchos niños entre los pasajeros que avanzaban a empujones. Era mediodía, la hora de las aglomeraciones, y era temporada alta para todo excepto para el buen tiempo. El viento venía del norte, húmedo y cortante; soplabla casi en horizontal a través de la embocadura del puerto, y giraba despiadado hacia el desprotegido embarcadero.

Dos barcos estaban a punto de zarpar, uno danés, llamado *Flyvefisken*, y otro sueco llamado *Tärnan*. Los iban llenando hasta la borda y los enviaban tan deprisa como podían.

El barco danés soltó amarras y Benny Skacke, que estaba cerca de la pasarela, empezó a caminar hacia el buque sueco. Martin Beck se encontraba en la salida, justo detrás del revisor sueco que taladraba los billetes a un ritmo endiablado, mientras tecleaba en una calculadora con la otra mano, para contar el número de viajeros.

El viento era punzante y Martin Beck agachó la cabeza para ocultar la cabeza unos segundos. Oyó entonces que alguien le decía algo al revisor en danés.

Inmediatamente volvió a enderezar la cabeza; no había ninguna duda. Reinhard Heydt había pasado el control de billetes, pasando por delante de todos los policías, situados allí, y estaba a un metro de él, caminando hacia la pasarela.

Skacke se encontraba a unos veinticinco metros, todavía a medio camino entre el barco que acababa de zarpar y el que iba a soltar amarras al cabo de pocos minutos.

El único equipaje de Heydt era una bolsa de cartón de color marrón, con una cara de Santa Claus impresa en uno de los lados.

Skacke miró hacia él, reconoció en seguida al sudafricano, apretó el paso y sacó su pistola reglamentaria.

Sin embargo, Reinhard Heydt había visto antes a Skacke y le había identificado de inmediato como un policía de paisano; la cuestión era si el policía le había reconocido a él.

En cuanto Skacke metió la mano derecha dentro del abrigo, la situación quedó aclarada para Heydt. Alguien iba a morir en los próximos segundos y Heydt estaba seguro de que no iba a ser él. Mataría a aquel policía, y luego saltaría por encima de la verja hacia la calle y se perdería en medio del tráfico. Soltó la bolsa y abrió la chaqueta.

Benny Skacke era rápido y estaba bien entrenado, pero Reinhard Heydt era diez veces más rápido. Martin Beck no había visto nunca nada parecido, ni siquiera en el cine.

También él era rápido de movimientos, dio un paso hacia adelante y dijo:

—Un momento, señor Heydt...

Simultáneamente, le agarró el brazo derecho, pero el sudafricano ya tenía el impresionante Colt en la mano y era lo suficientemente fuerte como para poder levantar el brazo a pesar de que Martin Beck se lo apretaba hacia abajo.

Skacke vio con claridad que esta vez se estaba jugando la vida mucho más que en cualquier ocasión anterior, y que Martin Beck le había ofrecido una oportunidad para continuar con vida.

Ya había sacado su Walther, apuntó y disparó a matar.

La bala le dio a Heydt en la boca y se le incrustó en la prolongación de la espina dorsal.

Pero, a pesar de todo y a pesar de la imposibilidad de aquella desesperada situación, a pesar de que ya estaba muerto, Reinhard Heydt

consiguió hacer un disparo con su MK III Trooper Magnum. La bala tocó la cadera derecha de Benny Skacke, muy arriba, y le hizo girar como una peonza hasta el lugar donde se encontraban los atónitos Santa Claus. A nadie se le ocurrió ni siquiera alzar una mano para evitar que se hiciera más daño al caer.

Skacke quedó tendido boca abajo, sangrando abundantemente, pero no estaba inconsciente. Cuando Martin Beck se arrodilló a su lado, Skacke dijo en seguida:

—¿Cómo ha ido con Heydt?

—Lo has matado; ha muerto en el acto.

—¿Qué podía hacer yo? —dijo Skacke.

—Has hecho bien; era lo único que podías hacer.

Per Mansson acudió corriendo desde alguna parte, envuelto en vapores de café recién hecho.

—La ambulancia está aquí. Estáte quieto, Benny.

«Estáte quieto», pensó Martin Beck. Si a Reinhard Heydt le hubiera quedado un segundo más de vida, Benny Skacke se habría quedado quieto para siempre. Y había sido cosa de unos milímetros que Skacke no quedara inválido de por vida. Pero se arreglaría todo. Martin Beck había visto la herida, y estaba en la parte más alta de la cadera.

Habían aparecido numerosos agentes de policía, que apartaban a los curiosos alrededor del muerto.

Cuando la sirena de la ambulancia se alejaba, Martin Beck contempló a Heydt. Tenía la cara algo desencajada, pero por lo demás presentaba un aspecto agradable incluso muerto.

El que se puso al teléfono en la barraca de la frontera de la autopista europea 18 parecía muy enfadado. Llamaban demasiado a menudo por aquel maldito teléfono, y además la cola de coches se hacía más larga cada vez, y ya se perdía en la lejanía.

—Sí, policía de fronteras; sí, está aquí, espere un momento.

Tapó el auricular con la mano.

—¡Gunvald Larsson! —dijo—, ¿No es ese tío grandullón vestido de millonario que está aguantando aquel árbol?

—Sí —contestó su compañero—, creo que sí.

—Le llaman por teléfono; es ese maldito Heydt del que habla tanto todo el mundo... ¡No, coño, debe de ser otro el que llama!

Gunvald Larsson entró y cogió el auricular. No se podía saber gran cosa de lo que hablaba, dadas sus respuestas monosilábicas.

—¡Vaya!

—¡Hombre!

—¿Muerto?

—¿Herido? ¿Quién?

—¿Skacke?

—¿Y está bien?

—Adiós.

Colgó, miró al hombre de la barraca de control y dijo:

—Ya podéis soltar el tráfico y sacar las barreras; ya no hacen falta.

—¿Y tú?

—Yo me voy a casa.

—¿Podrás?

Gunvald Larsson recordó de pronto que no había dormido en mucho tiempo. No podría, y no pudo. En Karlstad se rindió y se metió en el hotel de la ciudad.

En Helsingborg estaba Fredrik Melander al aparato y parecía aliviado. Después miró el reloj. Rönn, que había estado espiando, también mostraba una cara extraordinariamente alegre.

Podrían celebrar la Nochebuena en casa.

El viernes 10 de enero de 1975 fue una de esas veladas de las que uno quisiera que el año estuviera lleno. Una de aquellas en que todos están relativamente tranquilos y en equilibrio interior y con respecto al mundo que les rodea, cuando todos han comido y bebido a placer y saben que al día siguiente no tienen nada que hacer, a no ser que suceda algo muy especial o muy espantoso e inesperado.

Es cuando se forma un pequeño grupo lleno de humanidad.

Por ejemplo, cuatro personas.

Martin Beck y Rhea se encontraban aquella noche en casa de Lennart Kollberg y su mujer, y juntos habían hecho todas esas cosas, y se disponían a pasárselo tan bien como deseaban.

Ninguno hablaba demasiado, pero eso se debía a que se entretenían con un juego conocido como cruzar palabras y que parece la mar de sencillo. Todos tienen papel y lápiz, con veinticinco casillas delante suyo, y después

cada uno tiene que decir una letra por turno. Los que juegan han de llenar las casillas con las letras que se van diciendo y ninguna más, y no se puede mirar el papel del vecino.

—Equis —dijo Kollberg por tercera vez en la misma partida, y todos suspiraron profundamente.

Martin Beck pensaba que aquel juego tenía un defecto, y era que Kollberg ganaba cuatro de cada cinco veces. La quinta vez ganó Rhea.

Pero cuando se trataba de jugar, tanto Martin Beck como Gun Kollberg eran perdedores natos y no importaba demasiado.

—Equis, como en ex policía —insistió Kollberg de buen humor, como si los demás no hubieran descubierto ya que resultaba imposible meter con calzador un ejemplar más de aquella letra desesperante. Martin Beck miró un momento el casillero, después se encogió de hombros y dijo:

—Oye, Lennart.

—Dime —respondió Kollberg.

—¿Te acuerdas de hace diez años?

—¿Cuando perseguíamos a Folke Bengtsson y nos acababan de nacionalizar? Ya lo creo, aquéllos eran buenos tiempos..., pero lo que vino después... ¡oh, mierda, aquello no!

—¿Crees que empezó entonces?

Kollberg meneó la cabeza y contestó:

—No, no lo creo, y desgraciadamente tampoco terminará aquí.

—¡Y! —anunció Rhea, con lo que todos estuvieron callados un rato más.

Poco después llegó el momento de sumar los puntos. Martin Beck copió las cifras en su papel; como siempre, había quedado el último.

—Aunque una cosa está clara —dijo Kollberg—, y es que aquella vez se equivocaron; hacer que la policía sea la primera en emplear la violencia es como enganchar el carro delante del caballo.

—¡Ja, he ganado! —exclamó Rhea.

—¡Vaya! —rezongó Kollberg.

Luego miró muy serio a Martin Beck y dijo:

—Deja ya de pensar en eso, la criminalidad y la violencia se han abatido sobre el mundo occidental como un alud durante los últimos diez años, y ese alud no lo pueden parar ni dirigir individuos aislados. Crece sin cesar y no es culpa tuya. —¿No?

Todos dieron la vuelta al papel y dibujaron nuevos casilleros. Cuando Kollberg estuvo listo, miró a Martin Beck y dijo:

—Tu problema, Martin, es que tienes un trabajo equivocado en un momento equivocado, en un lugar equivocado del mundo, y en una sociedad equivocada.

—¿Eso es todo?

—Más o menos —dijo Kollberg—. Empiezo yo, y digo: equis, como en Marx...